



FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
-SEDE ACADÉMICA ARGENTINA-

PROGRAMA DE DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

TÍTULO DE LA TESIS:

Ernesto Palacio: un nacionalista en la encrucijada de la Argentina

AUTOR: Darío PULFER

DIRECTOR: Juan M. PALACIO

FECHA: 2022

ÍNDICE

Prólogo o las razones de esta tesis	- 2 -
Biografía, archivo e historiografía	- 6 -
Enfoque biográfico, historia de las ideas y de los intelectuales	- 7 -
La construcción de un archivo	- 10 -
Estado de la cuestión	- 12 -
Hipótesis y organización de la tesis	- 29 -
Capítulo 1. El joven Palacio: entre ácratas y reformistas	- 34 -
Capítulo 2. El escritor: de la vanguardia al recuerdo	- 46 -
En la vanguardia literaria	- 47 -
Rupturas	- 57 -
Trazos de una vida	- 62 -
El primer libro	- 64 -
En la república de las letras	- 66 -
Autoconciencia, autoexigencia	- 76 -
Hacia el peronismo	- 80 -
Legislador y presidente de la Comisión de Cultura	- 86 -
Capítulo 3. El periodista: ironía, polémica y política	- 105 -
La Nueva República	- 105 -
Disidencias con Lugones	- 108 -
La Nueva República, segunda etapa	- 109 -
Reconquista	- 115 -
Nuevo Orden	- 119 -
Política	- 141 -
Capítulo 4. El pensador político en movimiento	- 154 -
Política y escritura	- 155 -
Catilina	- 156 -
Meditaciones	- 174 -
La Teoría del Estado	- 184 -

Capítulo 5. El revisionista: entre la política y la historia	- 194 -
La Historia de la Argentina	- 204 -
Militancia revisionista	- 215 -
Capítulo 6. El político: liderazgo, ascenso y decepción	- 223 -
Hacia el golpe	- 223 -
Frente a la república conservadora	- 228 -
El golpe de 1943 y el surgimiento de Perón	- 237 -
Hacia el peronismo	- 246 -
Meditaciones del triunfo	- 262 -
El legislador más votado por la Capital Federal	- 265 -
Derroteros de la Unión Revolucionaria	- 272 -
Intentona revolucionaria, reelección de Perón y después...	- 273 -
Postrimerías del peronismo	- 276 -
Capítulo 7. El último Palacio: catástrofe y retiro	- 280 -
“Revolución Libertadora”	- 280 -
Frondizi y después	- 284 -
Conclusiones	- 301 -

Resumen

Esta tesis reconstruye la trayectoria del político y escritor, de orientación nacionalista, Ernesto Palacio (1900-1979). En primer lugar, presenta las tendencias actuales en torno a los estudios biográficos; las tareas encaradas para la construcción del “archivo Palacio” y el estado de la cuestión en la historiografía referido al nacionalismo y a su trayectoria.

La exposición se ordena sobre la base de diversas facetas de su personalidad. Tras presentar los años formativos de Palacio, así como su militancia ácrata y reformista, se presenta su accionar en el mundo de las letras (bohemia, vanguardia, premiación municipal), su actuación en el ámbito de las organizaciones gremiales de escritores, y se culmina en el fallido intento de diálogo entre el peronismo y la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). Sus participaciones periodísticas (*La Fronda*, *La Nueva República*, *El Hogar*, *La Nación*, *Nuevo Orden* y *Política*) fueron contextualizadas rescatando los ejes principales de sus intervenciones. En el análisis del proceso de producción, contenido y repercusiones de las obras *Catilina*, de 1935, y *Teoría del Estado* de 1949, se considera su faceta como pensador político.

Mediante el estudio de su *Historia de la Argentina*, del año 1954, colofón de una larga preparación y de otras intervenciones previas en el ámbito revisionista, se analiza su papel como historiador. Su actuación política, que dialoga con las facetas anteriores, tiene su propia especificidad y se despliega entre 1930 y 1955. En ese recorrido, se privilegia la coyuntura correspondiente a la irrupción del peronismo, en el que se pusieron en acto los perfiles vistos con anterioridad para terminar siendo el diputado triunfante y más votado de un distrito, en principio, adverso al naciente movimiento.

Un accidente, a fines de 1955, espació sus intervenciones. A partir de allí, pervivió en las reediciones de sus libros y como “mito” literario, historiográfico y político.

Para dar unidad a esta narración, en la parte final se presenta su figura recuperando algunos ejes vertebradores de su pensamiento y una serie de prácticas de carácter más permanente. A ello, se agrega una secuencia de escenas en las que se conjugan las distintas facetas de su trayectoria vital y un ejercicio de comparación y contraste con otras figuras de la cultura y la política argentina del siglo XX. Por último, se exponen interrogantes en torno a la identidad política y las opciones de Palacio, y

algunas respuestas de carácter conjetural que permiten seguir investigando y reflexionando en torno a su figura.

Summary

This thesis rebuilds the path of the nationalist politician and writer Ernesto Palacio (1900-1979). First, it presents the current trends as regards the biographical studies; the tasks for the construction of “file Palacio” (“archive Palacio”) and the status of the historiography referred to the nationalism and his path.

The exhibit is ordered by different facets of his personality. After presenting the forming years in Palacio as well as his anarchist and reformist militancy, it is presented his involvements in the literacy world (bohemian, vanguard, municipal award) as well as his performance in the trade union of writers, and the failure of discussion between Peronism and the Argentine Writer’s Society (SADE). His journalistic participations (*La Fronda*, *La Nueva República*, *El Hogar*, *La Nación*, *Nuevo Orden y Política*) were put into context emphasizing the main axis of his interventions. In the analysis of the process of production, content and impacts of the texts *Catilina* (1935) and *Teoría del Estado* (1949), his aspect as political thinker was considered.

Through the study of *Historia de la Argentina* (1954), colophon of a long preparation and other contributions in the revisionist field, he is analyzed as historian. His political performance, related to the facets mentioned before, has its own specificity between 1930-1955. During that time, it was favored the juncture of the irruption of the Peronism, in which the profile already mentioned were remarked and leading to be a winning and most-awarding deputy.

An accident, by the end of 1955, paused his contributions. From now then, he re-edited his book and classified them as literary, historiographic and political “myth”.

In the final part of this thesis, his figure is presented regaining some axis of his thoughts. Also, a sequence of scenes of his aspects as regards the vital path and a compare-contrast with other Argentinian cultural and political figures of XX. Last, some questions are presented as regards the political identity and options of Palacio and some answers, which let us keep on researching and reflecting about his figure.

Prólogo o las razones de esta tesis

Este texto refiere a la trayectoria de Ernesto Palacio en sus facetas de escritor, periodista, historiador y político. En ese recorrido, uno de los nudos del estudio estuvo centrado en la explicación de la adhesión de esta figura de origen nacionalista al primer peronismo. Dar cuenta de las razones de ese derrotero, a partir de una perspectiva teórica e historiográfica actual, constituyó el desafío y el eje principal de este trabajo.

Toda elección temática supone motivos, de los que conviene dar cuenta a través de una reconstrucción retrospectiva, a modo de autoconfrontación, recuperando algunos hitos en el vínculo con la problemática y su contorno.

En 1983, año de elecciones y movilizaciones, cursaba segundo año de Derecho en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y tercer año del profesorado en Historia. El Centro Editor de América Latina lanzaba su Biblioteca Política, con la que recorría las familias políticas e ideológicas de la Argentina contemporánea: peronismo, radicalismo, desarrollismo, entre otras, hasta llegar, en la octava entrega, a “los nacionalistas”. Se trataba de un abordaje analítico y documental, ordenado por Barbero y Devoto (1983).

Ese volumen integraba una selección de textos que trazaba un mapa de las vertientes internas del nacionalismo, a la vez que acercaba criterios para una definición sobre el fenómeno. Se abrió un mundo de referencias, una guía de lecturas para el futuro. Fue a través de las citas de ese libro que descubrí los dos tomos de Zuleta Álvarez (1975), busqué el volumen de Payá y Cárdenas (1978), leí el libro de Baily (1985) en su versión en español y un artículo de Halperín Donghi (1987) de inicios de los años ochenta, entonces incluido en *El espejo de la historia* desde esa perspectiva. Al tratar la trayectoria de Palacio, los autores consignaban: “deja inéditas unas ‘Memorias’ seguramente de gran interés para el análisis del nacionalismo” (p. 72).

Durante la carrera de Historia había tomado contacto con la temática a través del análisis de la historiografía revisionista. Un trabajo práctico de la materia Argentina III proponía relevar las lecturas sobre el rosismo. De ese modo, además de Barba, Busaniche y Halperín, había visto las aproximaciones de Federico Ibarguren, Ernesto Palacio, Julio Irazusta, José María Rosa, Fermín Chávez y Jorge A. Ramos. Así, conocí la *Historia de la Argentina* de Palacio (1954).

El ambiente político, con las lecturas y conversaciones derivadas de ese universo, resultó otra vía de acceso a la cuestión. Las referencias a Palacio aparecían en

las galerías de figuras del pensamiento “nacional” presentadas por revistas de la época como *Crear en la Cultura Nacional* o *Línea* y en las charlas compartidas con pares o profesores y profesoras de la carrera.

Otra aproximación se producía por los difundidos análisis sobre el militarismo creciente del siglo XX argentino, como los propuestos por Robert Potash (1981) o Alain Rouquié (1982). En el debate político, rondaba ese espectro asociado a la guerra de Malvinas, al autoritarismo militar en el poder y al denunciado pacto militar sindical.

La elección del tema de tesis para concluir el profesorado en Historia, en el año 1984, se vinculó a la reconstrucción de la historiografía acerca del primer peronismo, producida entre 1955 y 1983. La cuestión nacionalista aparecía de manera constante entre las fuentes o antecedentes de la ideología de ese movimiento. En ese momento se fueron delineando, en mi perspectiva, la diversidad de tendencias internas, pudiendo discernir las que dialogaban con lo popular y la democracia y las que no. Ese clivaje resultaba dominante en el ambiente tanto por lo que proponía el gobierno de la transición democrática como por lo que estaba pasando en las filas del principal movimiento y partido político opositor.

En ese recorrido, aparecían de manera recurrente algunos autores y figuras. Entre los primeros, se destacaban Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones, Carlos y Federico Ibarguren, Rodolfo y Julio Irazusta, Ramón Doll, Ernesto Palacio, José Luis Torres, Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche, José María Rosa, Fermín Chávez, que se iban haciendo familiares. Entre las figuras, aparecían José F. Urriburu, Enrique P. Osés, el general Ramón Molina, el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), entre otras. A través de la Biblioteca Política del Centro Editor y otras editoriales, circulaban las biografías de Galasso que se ocupaban de Jauretche (1985a), Doll (1985b), Ortiz Pereyra (1984a) o volvían sobre Ugarte (1981, 1974) y Scalabrini Ortiz (1970, 1973, 1982, 1984b), que resultaban conectadas con la temática.

En la transición democrática, la asociación entre peronismo y autoritarismo realizada por el radicalismo alfonsinista ponía en el centro del debate la distinción entre las vertientes de tendencia republicana y democrática, y las decididamente elitistas y autocráticas en el seno del nacionalismo. Un nuevo libro propuso elementos y claves para estas distinciones. En el año 1987, Cristian Buchrucker (1987) publicaba su tesis doctoral realizada en Alemania años antes, en idioma español y adaptada al formato libro en una colección orientada por Luis Alberto Romero. *Nacionalismo y peronismo* venía a dar consistencia documental a la proyección de esas vertientes hacia los

orígenes del peronismo. Para este autor, el nacionalismo elitista de tinte doctrinario había sido contrario al nuevo movimiento, a la vez que el que denominado populista, encarnado fundamentalmente en la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), venía a ser la raíz principal del peronismo. No se trataba de planteos nuevos, aunque sí lo eran su ordenamiento y marco temporal (llegaba hasta 1955). En su exposición, algunas figuras quedaban fuera de las clasificaciones propuestas, como eran los casos de José L. Torres, Ernesto Palacio o Saúl Taborda.

Constituida la grilla y con este esquema, resultaba más fácil ubicar autores, textos y cuestiones en los que por interés propio me iba introduciendo progresivamente. Poco tiempo después, Peña Lillo publicó sus *Memorias de papel* (1988). Entre muchas anécdotas, relataba su relación con Ernesto Palacio. Además de dar sus antecedentes de manera clara y precisa (adhesión al golpe del 30, sus libros, su lugar como diputado peronista) lo asociaba con su primer éxito editorial: la *Historia de la Argentina*, del año 1954. Agregaba un dato desconocido para mí: un accidente había dejado maltrecho al autor, a fines de 1955. A pesar de esas condiciones, el editor promovió la escritura de unas memorias, que luego descartó. La pregunta sobre el destino de ese texto, en diálogo con gente dedicada a la historia de la historiografía, resultaba frecuente. Consignaba Peña Lillo: “Ernesto Palacio merece, como tantos olvidados valiosos, un biógrafo calificado” (1988, p. 75).

De manera paralela a otros colegas que se adentraban en el análisis de publicaciones periódicas, comencé a trabajar en la revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Era una manera de seguir hurgando en las fuentes de una corriente que bullía al interior del nacionalismo. El hecho de contar con la colección que recorría el período de 1938 a 1960 invitaba a realizar una periodización, ver las polémicas internas, las diferenciaciones y las trayectorias biográficas de sus figuras más representativas. Tanto en las páginas de la revista como en las referencias, Palacio tenía un lugar privilegiado. Junto a la escritura de *La historia falsificada* que fungió como “manifiesto” del naciente instituto-corriente se encontraba su difundida obra dedicada a la historia nacional. Esos trabajos me llevaron a consignar los datos básicos de su recorrido biográfico, a identificar con precisión sus obras, a detenerme en su accionar político. Esas búsquedas fueron vertidas en un seminario sobre el revisionismo que ofrecí en 1988, lo que me obligaba a ordenar datos y argumentos y a confrontar interpretaciones.

El aumento de la carga docente, así como los llamados de la política, me hicieron abandonar la práctica sistemática del estudio sobre estos temas, aunque nunca desistí en el seguimiento de las lecturas de los materiales que se publicaban sobre la cuestión. A fines de los años noventa, por cuestiones de orden académico, conocí a Juan Manuel Palacio y lo inquirí por las memorias de su abuelo. Me respondió que no las tenía y que tras ellas había estado, también, Fernando Devoto.

En los primeros años del presente siglo, completé la maestría en Educación y elegí una temática histórica para la reconstrucción: la trayectoria del nivel secundario en el país. De allí, se derivó la elección del tema para el doctorado, orientado a analizar la expansión de la modalidad comercial en el período 1945-1975.

La problemática nacionalista me rondaba. Hacia 2010 prologué *La restauración nacionalista de Ricardo Rojas* (2010) y luego *La tradición nacional de Joaquín V. González* (2015b). Revisé y actualicé mis lecturas sobre el fenómeno nacionalista con la incorporación de Bertoni (2001) y los nuevos trabajos de Devoto (2003). Poco después, comencé a reconstruir la trayectoria de José Luis Torres. Entrevisté a su hija. Como al pasar, contó que Palacio iba a diario a tomar el café de sobremesa a su casa, y que coincidía con Scalabrini y Castellani, que solían almorzar con su padre. Pensé que fabulaba o que era algo ocasional grabado en su memoria. Luego, comprobé que resultaba cierto y que se proyectaba más allá de un encuentro casual. Era la base de una red de sociabilidad intelectual y política significativa que perduró en el tiempo. Por las fechas referidas por Julia Torres, esas reuniones coincidían con los orígenes del peronismo.

Adentrado en ese análisis, reconstruí las relaciones oscilantes de Torres con Perón y el peronismo (2016a). A partir del archivo personal de Scalabrini, las apliqué analógicamente a su figura con resultados parecidos. Fui construyendo una matriz con la que podía dar cuenta, también, de la trayectoria de Palacio. Pero la falta de materiales me impedía abordarlo cabalmente.

Proseguí mi trabajo con la reconstrucción de la trayectoria de otros nacionalistas de similar derrotero: Vignale (2016b), Guglielmini (2016 c), Jacovella (2016d) y Cascella (2016e). Pero no podía cerrar el círculo. Me resultaba curioso que ninguno de los autores que venía trabajando, con ser relevantes y citados frecuentemente en los materiales, gozaran de una biografía, como no la tenía Palacio. Sí contaban con ellas figuras que se habían inclinado decididamente a favor del peronismo y habían permanecido allí, como Scalabrini (Galasso, 1970, 1973, 1982, 1984b) y Jauretche

(Galasso, 1985a) o habían sido opositores decididos como Irazusta (Segovia, 1992, Mutsuki, 2004).

A inicios del año 2018, cuando ya había presentado mi proyecto de tesis para el doctorado en Ciencias Sociales, Juan M. Palacio ofreció dar a conocer los papeles de Ernesto, que había recuperado tras la muerte de una de sus tías. Aparecieron, así, cartas, recortes y unos cuadernos de tapas negras. Las famosas memorias seguían sin aparecer. En las conversaciones que rodeaban la vista del material, supe que uno de los hijos de Ernesto, el más dedicado a la política y a la historia, también había rastreado infructuosamente esos papeles. Hice otros intentos: Alejandra Giuliani había trabajado en el archivo Peña Lillo, pero no las había visto, y escribí a la hija del editor con el mismo resultado negativo.

Era una oportunidad para volver al tema de interés. En el curso de la investigación y al adentrarme en los materiales, descubrí papeles de cierta valía: indicios para reconstruir períodos, borradores de intervenciones, cartas en torno a libros y recortes de prensa. También algunos fragmentos de las famosas “memorias”. Para realizar las tareas del Taller de tesis II, en el marco del doctorado de Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), volví a la bibliografía y la actualicé conforme a los avances de los estudios recientes. En estos procesos de revisión de materiales, volví a los ejes en torno a la definición y las clasificaciones sobre el nacionalismo que pudieran ser interpeladas con otras preguntas, mayor información y sobre la base de una trayectoria biográfica particular.

Así, hice los primeros avances en la reconstrucción biográfica y pude considerar cierto liderazgo de Palacio, el diálogo de su corriente con aforismo y su protagonismo en el año 1945 con la Unión Revolucionaria, el semanario *Política* y su candidatura a diputado nacional. Relevé sus antecedentes literarios, periodísticos y políticos. Completé períodos que estaban en zona gris. Organicé sistemas de relaciones. De ese modo, configuré cierta singularidad en cuanto a pensamiento y posicionamiento, que obligaba a matizar aproximaciones previas, y me lancé a la escritura del presente trabajo.

Biografía, archivo e historiografía

Enfoque biográfico, historia de las ideas y de los intelectuales

La presente aproximación de la trayectoria de Ernesto Palacio debemos situarla en el contexto del resurgimiento del género biográfico en los estudios históricos. Ese movimiento suele vincularse a una serie de “giros” como el cultural (Jameson, 2006), el metahistórico (White, 1973) y el afectivo (Arfuch, 2005, 2018), englobados comúnmente en el denominado posmodernismo (Lyotard, 1984), así como con los acontecimientos de 1989 vinculados al derrumbe de la experiencia de los socialismos reales y la caída del Muro de Berlín (Bruno, 2016). Fue a partir de esa fecha que se produjo una expansión de los estudios biográficos y la circulación de obras de este carácter, a la vez que se reavivaron diferentes intentos de cruces interdisciplinarios.

Son conocidas las objeciones planteadas a ese retorno por Pierre Bourdieu (1986), quien señala la tentación de la reconstrucción cronológica-lógica, el finalismo, la idea de estados sucesivos constituidos en etapas necesarias, etc., a la vez que propone el uso de otras categorizaciones como las de *trayectorias* y *habitus*.

Ese desafío fue levantado por los historiadores, tanto desde la Escuela francesa de Annales (Le Goff, 1989, 1996, 2003) como desde la microhistoria italiana (Levi, 1989).

En esa “fiebre” biográfica, como decíamos, aparecieron intentos de cruces y propuestas de abordajes interdisciplinarios (Levallois, 2002). Por otro lado, emergieron desarrollos vinculados al diálogo de la historia con la politología que derivaron en la reivindicación del acontecimiento y en biografías centradas en la reconstrucción del pensamiento político (Rosanvallon, 2003, 2015). También, los centrados en una idea narrativa compleja (Holroyd, 2011).

En la estela de Annales, debemos ubicar los trabajos de Francois Dosse (2007a), referente indispensable para la construcción de un marco conceptual renovado en los trabajos biográficos desde la disciplina histórica. Su reflexión teórica en torno a la historia (2003, 2006a) y su inclinación a la reconstrucción de corrientes (2004, 2007b) y vidas de intelectuales (2006b) resultaba una importante contribución en la materia.

En su principal trabajo teórico sobre los estudios biográficos (2007a) reconstruyó el devenir del género en la historia, con el análisis de sus modelos dominantes, hasta llegar a la etapa actual que denominó “hermenéutica”. Esta fue caracterizada por la multiplicidad

creciente de enfoques biográficos, con la implementación de una serie de novedades teórico-metodológicas, como la renuncia a la idea de una vida unitaria y lineal; la escritura de biografías de hombres y mujeres que habían sido olvidados/as por la historia, la descomposición de una biografía en múltiples facetas que no siempre dan cuenta de un sentido coherente a una trayectoria, entre otras. Al trabajar sobre el género biográfico, a modo de provocación, Dosse defendió su carácter inclasificable, fronterizo entre disciplinas organizadas, epistemológicamente indefinido; cuyo hibridismo entre la dimensión histórica y la literaria producía un campo de tensión creativo. El resultado, para el autor, fue la construcción de un género transversal, producto de la mezcla entre los hechos y la imaginación. De ese modo, la biografía buscaba configurarse en una práctica académica que combinaba el rigor metodológico, técnico, hermenéutico y teórico de los historiadores y la creatividad literaria e intuitiva de los novelistas. La biografía, en esta propuesta, fue orientada hacia los análisis situados históricamente, alejados del estructuralismo durkheimiano y más cercanos a la sociología comprensiva. Estaríamos viviendo, siempre según Dosse, en una edad dorada, reflexiva, interpretativa de esta.

A partir de su propia experiencia en la reconstrucción de trayectorias intelectuales, lanzó una pregunta central para este trabajo: ¿es necesario revisar las vidas de los intelectuales o con el estudio de sus obras resulta suficiente para recuperar su valor cultural y legado? La respuesta a ese interrogante nos colocó frente al desafío de otorgar un espacio a la recepción de las obras y, a la vez, reparar en las marcas y huellas biográficas que propiciaron que fueran escritas en momentos particulares e irrepetibles en la trayectoria del autor. Por otra parte, suponía la necesidad de un “pacto biográfico” entre biógrafo y biografiado, entendido como un compromiso de veracidad asumido por quien escribe sobre la vida de otro, sobre la base de materiales de características personales, íntimos.

En otro orden, Dosse relevó imágenes de cómo podían pensarse los biógrafos, presentando diferentes alternativas: artistas, abogados justicieros, psicólogos que se tientan con la transferencia, intérpretes o traductores empáticos, huéspedes del cuerpo del biografiado, entre otras. Esas figuras contribuyeron a pensar el papel del investigador, estableciendo recaudos para la necesaria distancia crítica. También, señaló las distintas tonalidades que podía asumir su escritura: biógrafo/periodista, biógrafo/hombre público, biógrafo/intelectual, biógrafo/político y biógrafo/historiador. En el desarrollo de este último registro, que es el que nos interesa, se preguntó por las relaciones entre la biografía y la historia, abogando por la inclusión de este tipo de proyectos en el campo de

trabajo de los historiadores, manteniendo en tensión los dos polos constitutivos del carácter ambivalente de la epistemología histórica: el científico y el ficcional.

Cabe mencionar a algunos autores y autoras que han trabajado mediante aproximaciones biográficas. Paula Bruno ha ensayado esa perspectiva en varios trabajos que nos sirven de referencia (2005, 2011). Junto a este antecedente encontramos las obras de Tarcus (1997), Acha (2006), Ribadero (2017), Losada (2015) y Lida (2013), por citar las que abordaron figuras del siglo XX argentino. Abordajes originales y sugerentes modelos de aproximación fueron desplegados en piezas dispersas de Devoto (1999, 2006a). En un registro tradicional, ligado a los acontecimientos y a la historia política, encontramos las obras de Galasso (1968, 1970, 1973, 1982, 1985a, 1985b, 1986, 1997, 2004a, 2005).

Junto con los pertenecientes al género biográfico, esta tesis dialoga con otro tipo de estudios historiográficos. Uno de ellos es el que de manera genérica se agrupa bajo el rótulo “historia de las ideas”, que suele combinar la trayectoria individual de los autores/intelectuales/pensadores con las diferentes familias ideológicas argentinas, con sus implicancias y cruces.

En lo que nos interesa, existe consenso en reconocer la existencia de dos familias en el ámbito de lo que podríamos llamar, de manera rápida, la derecha argentina. Una de raigambre liberal conservadora, que hunde sus raíces en el momento de la configuración del estado nacional; y otra nacionalista reaccionaria, que irrumpe en la década de 1920. Los lazos que guardan entre sí, vinculados a orígenes sociales, motivos ideológicos y coincidencias políticas tácticas, obligan al estudioso a realizar un trabajo de reconstrucción histórica de base empírica que permita identificar esas coincidencias en el despliegue histórico, así como sus diferencias. Por otro lado, los matices al interior del llamado nacionalismo reaccionario requieren, como se verá adelante, una atención particular.

También resultan significativos los cruces con otras familias y tradiciones. Nos interesa analizar los vínculos con una de ellas, la tradición “nacional popular”, crecientemente reconocida como tal en la historiografía. En primer lugar, con quienes adoptan esa pertenencia o adscripción de manera neta, como puede resultar en las variantes forjista o peronista. Por otro lado, con posterioridad a 1955, con la emergencia de una “izquierda nacional”, que obliga a preguntarse por las relaciones, intercambios, préstamos, así como sobre sus efectos en el ámbito nacionalista. Para un segmento del

período analizado, no resulta menor la vinculación y la incidencia del desarrollismo como ideología y práctica de gobierno.

Además, este trabajo se vincula con los estudios sobre la configuración del mundo de los intelectuales (Ory y Sirinelli, 2007, Altamirano, 2007, 2013). Los avances sobre tipos de intelectuales, así como el papel asignado o autoasignado en la construcción social, pueden resultar de utilidad para caracterizar distintos tramos de una dilatada trayectoria pública.

De esta manera, a propósito de la trayectoria de uno de los más prominentes nacionalistas argentinos, la tesis quiere hacer una contribución a la historia de las ideas y los intelectuales en la Argentina enfocada desde el género biográfico. Se trata de unas aproximaciones específicas de la historiografía, que buscan comprender y reconstruir ideas y percepciones en diálogo con contextos, como formas diferenciadas de intervención, así como con los propios procesos biográficos de los actores considerados.

La construcción de un archivo

El desarrollo de este tipo de trabajos requiere la disponibilidad de materiales de distinto orden, que superan largamente las obras del autor. Nos referimos a las fuentes del trabajo de recreación intelectual.

Entre los testimonios escritos por Ernesto Palacio, material privilegiado en este tipo de análisis, nos encontramos con una diversidad de textos para la reconstrucción de su trayectoria. La primera tarea, básica y elemental, aunque ardua y trabajosa, consistió en la organización de lo que sería, para nosotros, el “archivo Palacio” (en adelante, A.P.). No insistiremos sobre las condiciones de trabajo de los investigadores en cuanto a “políticas de archivo” en el país (Pulfer, 2012; Caimari, 2017; Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas [CEDINCI], 2018) como para justificar la importancia o el tiempo aplicado a la rudimentaria tarea de reunir la “materia prima” con la que se produce historia, como conocimiento del pasado.

En esa fase, partimos del relevamiento y de la separación de los libros publicados por el autor con sus sucesivas reediciones. Si bien esta tarea parecía de fácil resolución, la existencia de libros menos conocidos, como los escritos para la enseñanza, en distintos momentos de la vida del autor, la hizo más compleja. Vinculado a esta tarea, se encontraba la datación y procedencia de los materiales que integraban

cada volumen. Sus primeros tres libros fueron compilaciones de trabajos previos entregados a la prensa o a revistas periódicas, como resultaba común en esa época. Otro de sus libros fue anticipado en conferencias. Sin esa elaboración, la fecha de publicación del libro, para el lector desatento o para el analista desprevenido, resultaba la época de producción del escrito.

Un segundo grupo de materiales refería a la miríada de artículos y notas dispersa en diarios y publicaciones periódicas. Las que correspondían a diarios pertenecían a *La Nación*, en la década de 1930, hubo que rastrearlas en su origen porque solo contábamos con referencias generales acerca de su procedencia. Algunas de las publicaciones en las que colaboró, además de resultar prestigiosas o pertenecer a empresas editoriales de cierto porte, como es el caso de *Martín Fierro*, *Vida Literaria*, *Sur* o *El Hogar*, han sido digitalizadas. Otras, como *La Nueva República* o *Política* no se encuentran disponibles completas en ningún repositorio público. Las apariciones puntuales en *Hechos e Ideas*, *Dinámica Social*, *Mayoría* o *Azul y Blanco* resultaron más asequibles, por disponer de las colecciones.

Por último, el acceso a los papeles conservados por su familia nos permitió la consulta de un discontinuo diario personal, de notas para intervenciones públicas, de algunos informes y de una modesta correspondencia que da cuenta de algunos momentos claves de su vida, así como de sus redes de relaciones. Estos materiales, algunos producidos de forma abierta para la posteridad, otros conservados intencionalmente por su autor como pruebas de sus intervenciones, y una gran mayoría constituidos en testimonios involuntarios de un pensar y una época (Bloch, 2002; Ginzburg, 2015, p. 97), constituyeron fuentes invaluable para completar una multifacética trayectoria vital. Las escasas fotografías conservadas remiten a las reflexiones sobre los procesos de destrucción a los que están sometidos ese tipo de piezas (Didi Huberman, 2009).

De ese modo, el trabajo de reconstrucción de su trayectoria mediante nuestra escritura fue simultáneo a la organización de ese archivo. En ese proceso, quedaron sedimentadas preguntas, blancos y lagunas, con sabor a inacabado, para acometer en nuevas investigaciones.

En ese momento, nos acecharon de manera continua los “peligros” señalados por Farge (1991): el ahogo en lo concreto o el detalle y la necesaria distancia crítica de las concepciones del “archivo reflejo del que no se sacan más que informaciones y del archivo prueba que concluye en las demostraciones” (p. 95).

Estado de la cuestión

La revisión del conjunto de materiales constituidos en el “archivo Palacio” suponía la actualización de nuestras preguntas, mediante un relevamiento y contraste con los interrogantes fundamentales realizados por la historiografía en torno al nacionalismo. Esa producción, frecuentemente asociada a la consideración del populismo o de los liderazgos de carácter autoritario, que inundan el debate político actual y proyectan su sombra sobre el pasado, actuaba como telón de fondo de nuestra aproximación.

Consciente de esos condicionamientos, el trabajo por realizar desde un abordaje de corte profesional implicaba tomar una serie de recaudos de orden metodológico para evitar el anacronismo y las concepciones tribunalicias de la historia.

En primer lugar, suponía realizar un trabajo exhaustivo de relevamiento de la producción historiográfica, evitando el sesgo temporal de analizar únicamente la más reciente. En esa tarea, resultaba vital identificar los ejes sobre los cuales realizar la reconstrucción. En segundo término, obligaba a construir un mapa de la producción, en el cual se indicaran temas y problemas abordados por las diferentes líneas de avance en la materia. Por último, implicaba una recapitulación, una síntesis comprensiva, que dejara construida una plataforma para encarar el trabajo en torno a las fuentes conforme a preguntas más precisas y orientadas.

Ante la magnitud del material disponible, estas tres operaciones aparecían como imprescindibles para comenzar la reconstrucción del objeto de estudio. Esa larga trayectoria de estudios, consolidados en capas y tradiciones interpretativas, generó aportes importantes para la comprensión del proceso, aunque ha dejado, también, espacios en blanco que permiten nuevas preguntas a partir de reconstrucciones de trayectorias sobre figuras significativas de ese movimiento.

Esos aportes se reflejaron en importantes avances en la caracterización del fenómeno, en la identificación de sus vertientes internas, en el análisis de sus posicionamientos con relación al contexto político y en la consideración de sus publicaciones y organizaciones. Menos cuidado mereció el análisis y reconstrucción de las relaciones del nacionalismo con el radicalismo entre los años treinta y primeros

cuarenta, así como la trayectoria biográfica de algunas de las figuras que fueron protagonistas de esos diálogos e intercambios.

Para orientarnos en el trabajo de relevamiento historiográfico, resultaba conveniente formular algunas preguntas: ¿En qué condiciones se produjeron los primeros trabajos sobre el nacionalismo argentino? ¿Cuáles fueron los interrogantes principales planteados por la ensayística y la producción académica? ¿Qué plantearon en torno a definiciones, clasificaciones y abordajes biográficos? ¿Qué preguntas no se habían formulado todavía y qué abordajes se echaban de menos? y, por ende, ¿desde qué nuevos problemas, enfoques y perspectivas podía enriquecerse el análisis del fenómeno nacionalista en sus múltiples relaciones? Para ordenar esta aproximación a la historiografía sobre el nacionalismo, seguimos, en cierta forma, una secuencia cronológica y nos centramos en la identificación de ejes vinculados a la definición y clasificaciones propuestas, las relaciones entre nacionalismo y radicalismo que pueden alterar o modificar las tipologías establecidas y los abordajes de carácter biográfico que aportan información relevante.

Las reflexiones sobre estas cuestiones nacieron con la campaña electoral de 1946, cuando la Unión Democrática caracterizó como nazifascista al naciente peronismo, como lo hizo Codovilla (1946) en un libro de la época. Esa mirada fue reforzada por la difusión del *Blue Book*, en el que se atribuía carácter “totalitario” a Perón y se presentaba al nacionalismo como fondo ideológico de la nueva fuerza política (The United States Department of State, 1946). Esa línea interpretativa se sostuvo en los Estados Unidos durante décadas, asociando peronismo, nacionalismo y fascismo como puede verse, por ejemplo, en los trabajos de Whitaker (1956) y Peterson (1968).

La fuerte polarización política de los años peronistas hizo que esas lecturas pervivieran en las fuerzas políticas opositoras y afloraran con todo ímpetu en el año 1955, junto con otras que buscaban recuperar positivamente aquella experiencia. Se desarrolló la producción de un conjunto de autores con obras de disímil nivel respecto a la investigación específicamente histórica. La mayoría de ellos carecían de distancia con el objeto, unos por simpatía, otros por rechazo como para producir una reconstrucción amplia. Coexistieron, así, trabajos de carácter ensayístico, fuertemente impregnados por las marcas del contexto y un escaso trabajo documental, junto con otros que, como producto de una labor intelectual más sistemática, presentaban elaboraciones más

consistentes con referencias bibliográficas y evidencias con relación a la consulta de fuentes.

Si aceptamos la división propuesta por Devoto y Pagano (2004) entre producción militante y académica, podemos revisar los aportes más representativos de ambos grupos (p. 9); aunque, como veremos, ambos grupos sufrieron un fuerte condicionamiento derivado de la polémica política en la producción, así como se produjeron intercambios entre ambos registros y, en oportunidades, los límites resultaron borrosos, tanto por las intencionalidades puestas en juego como por el carácter que asumieron sus trabajos.

Así, tras el golpe militar de 1955, José Luis Romero (1956) expresaba la opinión de quienes, desde posturas socialistas, habían vivenciado al peronismo como un movimiento político autoritario, asociado a la “línea del fascismo”. En su trabajo, señalaba la influencia nacionalista en la configuración del peronismo, identificaba en FORJA otra corriente nacionalista de tendencia radical e indicaba la presencia de grupos filofascistas seguidores de Scalabrini Ortiz. La “línea del fascismo”, postergada en la década de los treinta, logró imponerse con la revolución del 43 para desplegarse triunfante con el peronismo. Tulio Halperín Donghi (1956) transitaría esa misma caracterización y la complejizaría en un trabajo publicado, por ese tiempo, en la revista *Contorno*.

Poco después, Oscar Troncoso (1957), intelectual simpatizante del mismo espacio, seguía esa orientación. En polémica con la publicística nacionalista de ese tiempo, realizó el primer aporte detallado de las organizaciones y publicaciones nacionalistas vinculando la penetración de su prédica en el ejército y, en particular, en el GOU. También analizó FORJA, señaló su límpida trayectoria democrática mientras fue dirigida por Dellepiane y aclaró: “se hizo filofascista bajo la dirección del grupo encabezado por Raúl Scalabrini Ortiz” (pp. 11-21), marcando una diferenciación al interior de ese movimiento.

En el año 1956, desde el propio espacio nacionalista, el excanciller de Lonardi, Mario Amadeo, en un libro muy difundido a la vez que polémico, sostenía, negando otras influencias, que el nacionalismo respondía de manera predominante a causas internas: “Los elementos autóctonos del nacionalismo fueron mucho más decisivos que los importados para configurar la fisonomía del movimiento” (1956, p. 104).

Surgieron con vigor en ese momento, aunque hundían sus raíces en el período precedente, las versiones de la llamada “izquierda nacional” expresadas a través de los

ensayos de Jorge E. Spilimbergo (1957), Jorge A. Ramos (1957) y Juan J. Hernández Arregui (1960). El interés de esta corriente por compatibilizar marxismo y nacionalismo derivó en gran medida de la posición política de sus integrantes, quienes valorizaron positivamente la experiencia peronista, al mismo tiempo que condenaban la trayectoria política de la izquierda tradicional. A través de sus reflexiones, recuperaron dimensiones del nacionalismo para construir una genealogía que operara de justificación del surgimiento del peronismo y lo subdividieron en oligárquico y popular. Así, Spilimbergo (1958) señalaba: “el nacionalismo tuvo muy poco de nacional... siempre empuñó el fusil o la cachiporra contra las auténticas corrientes nacionales”; la democratización y el yrigoyenismo los hizo “discípulos de Maurras, antes de ser admiradores de Mussolini”; propiciaron el golpe militar del 6 de septiembre; tuvieron una participación secundaria en la “década infame”, en la que se hicieron “clericales” y “agraristas”, y el golpe militar de junio de 1943 fue “el intento más serio de sentar las premisas de un nacionalismo palaciego”; el 17 de octubre inauguró otro cauce y dio lugar a otro tipo de nacionalismo, el popular, y en septiembre de 1955, aunque con nuevos ropajes, resurgió ese viejo nacionalismo oligárquico, siempre “antiobrero”, “antidemocrático” y “fascista” (p. 17 y ss.).

Ramos (1957), por su parte, consagró la imagen de un nacionalismo escindido en una vertiente aristocrática y otra democrática. El primero, nacido en vísperas del 6 de septiembre, se caracterizaba por su rosismo, clericalismo, autoritarismo, fascismo, antiobrerismo, antisemitismo, antimarxismo que idealizaba el pasado y constituía una de las alas de la oligarquía junto a la de orientación liberal. El segundo tenía sus raíces en el federalismo provinciano, seguía en la generación del novecientos con Ugarte, Lugones, Rojas, parecía extinguirse con la desaparición de Yrigoyen cuya herencia mantuvo viva FORJA y reapareció en el año 45 (p. 390).

Por fin, Hernández Arregui (1960) rastreaba la “formación de la conciencia nacional”, en cuyo nacimiento situaba al “nacionalismo de derecha”, que reconstruyó a través del diálogo con sus figuras representativas, y al cual le criticó su incapacidad para reconocer a los caudillos populares, su menosprecio por las masas y el no haber identificado la base socioeconómica de la que derivó el sistema político fraudulento de los años treinta. Le atribuyó el mérito de la creación del revisionismo histórico. Un segundo momento, más decidido y definido, del despliegue de esta conciencia apareció en FORJA, cuyo aporte fue la crítica al imperialismo británico emprendida por Raúl Scalabrini Ortiz y el haber anticipado en una década las banderas peronistas, y que

ofició de "puente histórico que unió a las masas yrigoyenistas con las masas peronistas", y abrió un ciclo fundacional. Más allá del carácter teleológico de la visión propuesta por el autor, su "herencia" historiográfica fue significativa: a partir de allí, comenzaron a utilizarse más acabadamente las distinciones y clasificaciones sobre el nacionalismo, a partir de materiales concretos, a la vez que surgió un interés mayor por el fenómeno de FORJA, que provocaba soterradas polémicas (p. 390).

Uno de los protagonistas de ese movimiento, Arturo Jauretche (1962), adscripto al pensamiento "nacional popular", publicó un libro sobre ese movimiento, en el que usaba a Hernández Arregui para caracterizar al grupo y a Ramos para ubicar la época. A lo largo del texto, aclaró posiciones con relación a comentarios del primero sobre la ubicación clasista de FORJA (p. 11), la Reforma Universitaria (p. 54) y la influencia de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) (pp. 55-56). Por otro lado, distinguió a FORJA del nacionalismo a secas, al que lo caracterizaba como un "doctrinarismo de importación", "oligárquico", "antipopular y antidemocrático", con cuadros reclutados entre "los primos pobres de la oligarquía" (p. 14), que desvinculó la idea de Nación de la vida del pueblo y propuso formas autoritarias de gobierno, aunque realizó un aporte en cuanto a la historiografía revisionista (p. 15). Agregó un dato interesante para nuestro análisis: "en su relativo paralelismo histórico, FORJA los influyó y contribuyó a acercarlos a la comprensión de lo popular" (p. 16). Reconoció, además "el nacionalismo, en líneas generales, tuvo mayor aptitud para comprender el movimiento de 1945, pues reconoció lo nacional con rapidez, superando su prevención antipopulista" (p. 16).

Con esta serie de aportes se iba consolidando una versión de carácter militante de la historia nacional, que se diferenciaba de otra que lentamente iba configurándose en el ámbito académico, que presentamos seguidamente.

Halperín Donghi (1963), ya inserto decididamente en la Universidad de Buenos Aires, desplegó sus análisis sobre la historia argentina reciente e introdujo a los nacionalistas. Al hablar del gobierno de Uriburu, en su libro *Argentina en el callejón*, apuntaba a que se trataba de "grupos todavía pequeños que en el país recogían la enseñanza del nacionalismo francés y el fascismo italiano". Filiaba el nacionalismo argentino con el conservadurismo, ya que era "nacionalista en la medida que fundaba el derecho al monopolio del poder por las minorías no ya en su superioridad cultural, que podía perderse (y que había sido la justificación vigente en la etapa liberal), sino en la participación hereditaria en una suerte de esencia nacional intransferible", y revelaba

“en cada una de sus actitudes su condición de fruto de la evolución interna de la tradición liberal de nuestros grupos dirigentes más arraigados” (p. 23 y ss.). En paralelo, colocaba a FORJA con “una prédica inspirada en puntos de vista análogos... que iba a encontrar mayor eco en la opinión pública independiente que dentro del partido radical”. Los “nacionalistas moralistas” con incidencia en el ámbito educativo configuraron un tinglado clerical-fascista” en el golpe de 1943, que Perón, en su intento de salir del atolladero del gobierno militar, rápida y fácilmente desmontó.

Estos grupos reaparecieron con Lonardi en las figuras de Amadeo y Goyeneche, para más tarde emerger en la creación del partido Unión Federal. En este caso, la categoría fue utilizada sin aditamentos, aceptando la diferenciación de vertientes que se fue perfilando en la producción ensayística anterior. Halperín, en este libro, no incluyó al grupo como soporte ideológico o político de la alianza peronista inicial.

En el mismo ámbito académico, Alberto Ciria (1964) presentó un aporte significativo en cuanto a ordenamiento, sistematización y presentación de las características fundamentales de la década de los treinta. En el abordaje del nacionalismo, hablaba de la “historia de los nacionalistas”, prefiriendo esta denominación a la de nacionalismo, que parecía indicar una estructura efectiva que unificaba a personalidades diferentes en las sucesivas etapas que recorrió ese movimiento, a las cuales vinculaba con el golpe del treinta, con virajes hacia el fascismo y simpatías con el franquismo, siguiendo las trayectorias de Carlos Ibarguren y Marcelo Sánchez Sorondo (p. 176). En su análisis, señalaba que las figuras que “consiguen superar esas trabas retardatarias se incorporarán al peronismo donde de alguna manera se diluirá su ‘nacionalismo’. Alguno de ellos, como el historiador Ernesto Palacio, llegará a diputado nacional por la conjunción de fuerzas triunfantes en 1946” (p. 177).

En el caso de FORJA, Ciria retomaba la interpretación e información presentada por Hernández Arregui tanto para la caracterización como para la periodización de las etapas del movimiento forjista, presentándolo como una agrupación radical con orientaciones nacionalistas en la tradición yrigoyenista, con existencia de cuadros intelectuales en sus filas, entre quienes subrayó la presencia de “un escritor político de la talla de Raúl Scalabrini Ortiz –que por sí solo llena el capítulo de denuncias al imperialismo inglés–” (p. 171).

Los trabajos de Halperín y Ciria incidieron en una relectura por parte de José Luis Romero (1965), quien en *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina* ensayó una relectura del nacionalismo en la que revisaba su caracterización anterior: el

nacionalismo dejó de ser una expresión de la línea fascista, ya que en el plano de las influencias, junto con las mencionadas anteriormente (Maurras y Mussolini), reconoció también la "tradición aristocratizante española"(p.135)y, en lugar de la doctrina hitleriana, destacó la gravitación del autoritarismo a través del ejército. El nacionalismo, más que fascismo, pasó a caracterizarse como un movimiento fundado en una tradición "autoritaria" y conservadora, la cual frente al "sacudimiento del orden social tradicional" solo pudo inspirar una política destinada a inmovilizar el proceso de cambio que se acentuaba en el país (p. 135). El rechazo al creciente peso político de las fuerzas populares constituyó, en esta nueva visión, el rasgo distintivo del nacionalismo, así como la denuncia del imperialismo británico (p .136).

También reconsideró a FORJA, a quien colocaba en convergencia con el nacionalismo en su común interés por alcanzar la independencia económica. De esta forma, sin concretar una crítica explícita sobre la "línea del fascismo" que pervivió en las ediciones de su obra clásica sobre las ideas políticas en el país, en esta obra avanzó sobre otros puntos de vista: ya no definió al nacionalismo como fascismo y distinguió claramente a los forjistas de los nacionalistas en función de sus propuestas políticas (democráticos los primeros, y defensores de un sistema jerárquico y elitista los segundos) (p. 135).

Hacia fines de los años sesenta aparecieron una serie de obras más atentas a definir con precisión la trayectoria de los nacionalistas conjugándolas con el análisis de sus propuestas doctrinarias. En este sentido, abrieron la posibilidad de captar al nacionalismo en términos de proceso histórico en contraposición con la imagen clasificatoria y menos matizada que habían ofrecido los trabajos del ensayismo militante de los años cincuenta y primeros sesenta. Estos trabajos, de alguna manera, continuaron la senda abierta por las obras reseñadas de Halperín y Romero y los estudios de carácter más sistemático y erudito de Alberto Ciria sobre la década de los treinta. Desde esta mirada renovadora, se fue ampliando la extensión temporal del análisis del fenómeno nacionalista más allá de los años veinte y treinta, y se ubican sus orígenes en la Argentina del Centenario o se prolonga el análisis en el tiempo con la finalidad de precisar diferencias y seguir los reajustes que se fueron dando en su seno a partir de la irrupción del peronismo. Al mismo tiempo, se produjo un rastreo más sistemático de las fuentes.

Nos referimos al trabajo de Marysa Navarro Gerassi (1969), el primero que propuso un estudio específico e integral del nacionalismo en el ámbito académico. En

continuidad con su tesis doctoral, la obra analizaba el rol de los nacionalistas en la realidad socio-política de la Argentina durante el transcurso del siglo XX llegando hasta los años sesenta. Esto marcaba un punto de ruptura frente a la producción anterior, desde una doble perspectiva: revelaba una mayor distancia política frente a los interrogantes desde los que se abordaba el tema y encaraba la reconstrucción de la historia del nacionalismo, aunque acotada a su vertiente “de derecha o a secas”.

Analizaba así, el proceso político, el desarrollo de las organizaciones y su composición ideológica. A partir del más importante repertorio de fuentes movilizadas hasta entonces, caracterizaba al nacionalismo como un conglomerado de grupos minoritarios con escasa cohesión interna, pero con fuerte gravitación política; y, en lo ideológico, como una hibridación inorgánica de fascismo, corporativismo, hispanidad, falangismo, a los que sumaba influencias nazis. En sus primeros pasos, "el nacionalismo fue una forma extrema de reacción conservadora frente al ascenso al poder de la clase media a través del radicalismo"(p. 17), siendo un grupo de intelectuales estrechamente vinculados con la oligarquía por su origen social, la que los manipuló. Sobre la base de esta caracterización, Navarro deslinda nacionalismo y fascismo a pesar de la admiración que profesaron sus exponentes por los regímenes fascistas y de sus coincidencias en torno a algunos de sus principios. Para ella, el nacionalismo argentino se recortó como un movimiento específico a partir de su articulación en torno a tres principios que se fueron sumando progresivamente: el catolicismo, el rosismo y el antiimperialismo. Este análisis abrió la posibilidad de una articulación entre la historia política y la historia de las ideas para pensar desde esa perspectiva la problemática nacionalista. Si bien reconocía a FORJA como expresión del “nacionalismo de izquierda”, le otorgaba un tratamiento breve vinculado a sus concepciones antiimperialistas, tanto antibritánicas como antinorteamericanas, y lo distinguía por sus diferentes orígenes y el carácter de sus propuestas políticas, aunque reconocía importantes puntos de contacto entre ambos fenómenos (pp. 138-139).

Otro de los trabajos dedicados específicamente al nacionalismo fue la obra de Enrique Zuleta Álvarez, publicada en 1975, que realizó la diferenciación entre nacionalismo “republicano” y “doctrinario”. De alguna manera, Zuleta siguió la línea interpretativa inaugurada por Navarro Gerassi: por una parte, porque encaró una reconstrucción de la historia del nacionalismo no solo distinguiendo las principales figuras y agrupaciones, sino precisando también las divergencias internas y las transformaciones que se concretaron en el seno de dicho movimiento; por otra, porque

profundizó aún más el cuestionamiento del vínculo fascismo-nacionalismo, y enfatizó el carácter auténticamente nacional y positivo de este último. Zuleta buscó demostrar la existencia de una división decisiva en el seno del nacionalismo “de derecha”, entre una línea doctrinaria y otra republicana, y se orientó a la reivindicación de la segunda, con la que se identificaba. En la primera, ubicaba a Carlos Ibarguren y a Marcelo Sánchez Sorondo. En la segunda, a los hermanos Irazusta y a Ernesto Palacio. Buscaba, así, replantear el esquema propuesto por los ensayistas de la “izquierda nacional”, en cuanto al binomio nacionalismo oligárquico-nacionalismo popular. La identificación del nacionalismo republicano que “no fue oligárquico, ni proimperialista, ni filofascista” (p. 641), le permitió oponer un competidor activo y nada despreciable al nacionalismo recuperado por aquellos, fundamentalmente radicado en FORJA.

Zuleta remontaba los orígenes del movimiento a las primeras manifestaciones de la Argentina del Centenario, con la renovación intelectual de la que se nutrió esa concepción (Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez). Al enfatizar este marco, procedió a disminuir la gravitación de las influencias extranjeras, y dejaron de ser los pensadores europeos la referencia exclusiva de los nacionalistas, más allá del hecho evidente de que los hubieran frecuentado, cuestión que, por otro lado, consignaba. La existencia de un nacionalismo específicamente argentino y políticamente aceptable, mediante la identificación de una nueva línea constituida por los “republicanos”, abría nuevas perspectivas. En su análisis, remarcaba las características democráticas del grupo, dispuesto a trabajar en el ámbito de los partidos políticos y las prácticas electorales del sistema político constitucional con posiciones antiimperialistas, y abierto a reconsiderar el pasado yrigoyenista como un movimiento popular y crítico de la oligarquía liberal. El grupo reunido en torno al semanario *Nuevo Orden*, orientado por Ernesto Palacio, y *La Voz del Plata*, animado por los Irazusta, pasaron a ser los referentes principales para su caracterización.

Junto a ello, postulaba otra afirmación: el peronismo, en sus inicios, reveló fuertes influencias del programa del nacionalismo republicano. Se trató de una vinculación que no fundamentó, pero que le permitió reforzar el contenido popular de las propuestas republicanas (1975, p. 641).

Los trabajos de Navarro Gerassi y Zuleta Álvarez cuestionaron, entonces, una imagen de bloque más o menos compacto y fuertemente vinculado con el fascismo para el conjunto del nacionalismo argentino, abrieron diferenciaciones y nuevas

clasificaciones, así como establecieron corrientes de diálogo y colaboración entre ese movimiento y el forjismo.

Entre ambos trabajos, aparecieron otros de corte militante que, sin embargo, agregaron información útil sobre las vinculaciones entre los denominados nacionalismos republicano y popular. Así, Norberto Galasso (1970), en la senda de la “izquierda nacional”, publicó una biografía de Scalabrini Ortiz. A través de la reconstrucción de una trayectoria biográfica ordenada cronológicamente, el autor presentó la figura de quien consideró pensador fundamental de FORJA y representante del “nacionalismo democrático”. Esta aproximación supuso la afirmación de una diferencia al interior del movimiento nacionalista, con el surgimiento de una vertiente “democrática”, y en su desarrollo permitió vislumbrar nexos efectivos entre personalidades de las distintas corrientes internas del nacionalismo. Así, mostró los vínculos continuos, entre otros, de Scalabrini con Ernesto Palacio (p. 95).

Dos años después, salió el primer estudio sistemático sobre el grupo FORJA, que había sido considerado expresión del “nacionalismo popular”, “democrático” o “populista” por la producción anterior. En *FORJA, una aventura entre Yrigoyen y Perón*, Miguel Ángel Scenna (1972) realizó una reconstrucción de las distintas etapas del proceso forjista, aunque restringido al ámbito capitalino y muy centrado en los aspectos ideológicos del fenómeno. En particular, dedicó un capítulo a los vínculos entre forjismo y el revisionismo histórico, en el que se ocupaba de las relaciones con el nacionalismo (p. 375).

Años después, los escritores Carlos Payá y Eduardo Cárdenas (1978) publicaron un aporte que retrotrajo los orígenes del nacionalismo a la Argentina del Centenario, sin perder por ello su relación con el nacionalismo que irrumpió en el escenario político a fines de la década de 1920. Ese trabajo permitió reflexionar sobre tres aspectos claves del fenómeno nacionalista. Por un lado, el de las interrelaciones entre sus distintos orígenes, la crisis de la clase dirigente y la creciente gravitación del conflicto social. En segundo término, el de la relación de su surgimiento con la tradición de pensamiento liberal-conservador y las condiciones internas de la Argentina. El tercer aspecto, el del significado que asumió el concepto de *nación* en este contexto, que pasó a ser considerado por estos autores como una entidad histórica que permitía considerar la problemática social desde una perspectiva renovada.

Al calor de la transición democrática, la reconstrucción de los ámbitos académicos y la profesionalización creciente de la disciplina histórica, fueron

desarrollando estudios en los que se realizaron una serie de precisiones teórico-metodológicas que abrieron un espacio de reflexión y debate sobre la temática, ya de otra profundidad. El que inaugura esta serie de estudios fue el citado trabajo de Barbero y Devoto (1983), que planteaba como punto de partida la necesidad de precisar ciertas cuestiones a fin de superar las ambigüedades y los equívocos que obstaculizaban una precisa conceptualización del nacionalismo. Así, organizaba de una manera original y sugerente el campo, mediante la identificación de una serie de problemas que recorrían la producción historiográfica.

Al respecto, distinguieron cuatro cuestiones: la definición del término; la clasificación de los nacionalistas; los orígenes del nacionalismo y su significación en la sociedad argentina. En el caso de la definición del nacionalismo, presentaron un espacio amplio para dar lugar a los diferentes grupos nacionalistas, y no solo algunas de sus expresiones o alternativas. De ese modo, buscaron separar la definición de la clasificación en forma más clara y terminante que los autores anteriores, quienes privilegiaron el análisis de algunos de los grupos frente al nacionalismo en su conjunto. Los criterios elegidos para concretar su visión fueron dos: ciertos elementos ideológicos y políticos comunes al nacionalismo y una conciencia de pertenencia. En el primer campo, colocaban una serie de cuestiones como “cierta posición de crítica y disconformidad hacia el sistema imperante; una revisión no uniforme de los valores históricos aceptados como producto de este cuestionamiento del presente; una manifiesta hostilidad hacia el positivismo, relacionada con una crítica a diversos aspectos del liberalismo; una exaltación de la nacionalidad; y, por último, una actitud de oposición hacia las filosofías y las organizaciones internacionalistas” (Devoto y Barbero, 1983, p. 10).

Estas cuestiones quedan subordinadas a la conciencia de pertenencia, es decir, a que los nacionalistas "se reconozcan a sí mismos como tales y sean vistos del mismo modo por el resto de la comunidad”, hecho que resulta así el eje principal de la definición. El nacionalismo de los autores es el de “los nacionalistas” y, por tanto, para definir los rasgos específicos de esta corriente, debían recurrir a la revisión de las clasificaciones existentes, que fue el segundo de los elementos que se propusieron trabajar. Aceptaron la primera línea divisoria que separó al nacionalismo oligárquico – que pasaron a llamar de élite– del popular y, conforme a los avances de la historiografía, pasaron a subdividir a cada uno de ellos en subgrupos. El nacionalismo popular estuvo

representado por Mosconi y Ortiz Pereyra como precursores, y Rojas (laico-democrático) y Gálvez (popular católico) en su evolución posterior.

En el tratamiento del nacionalismo de élite distinguieron tres líneas: la republicana (grupo nucleado en torno a *La Nueva República*), la tradicionalista católica (sector de la revista *Criterio*) y la filofascista (grupos de choque como la Legión Cívica y la Legión de Mayo) (p.10 y ss.). En la selección de fuentes que presentaron, buscaron mostrar qué pensaron algunos nacionalistas, pero cuidándose de distinguir diferencias doctrinarias y reacomodamientos a lo largo del proceso político. La pregunta por la significación en la sociedad argentina del nacionalismo quedó solamente planteada.

El interés de este trabajo inaugural radicaba, además, en que su aproximación al fenómeno nacionalista resaltaba las tensiones reconocidas en la sociedad argentina por la transformación económica, los cambios urbanos y el proceso inmigratorio de las primeras décadas del siglo XX. Esa línea de estudios fue desarrollada y profundizada por Devoto (2002, 2003) en sus trabajos sobre la inmigración, en los que señalaba las tensiones sociales vividas por ese tiempo. El trabajo de Halperín Donghi (1987) sobre las reacciones ideológicas en el ámbito de la elite, generadas por ese mismo fenómeno, permitió seguir relativizando la conexión entre fascismo y nacionalismo, al menos, en los orígenes de este movimiento.

En esta misma línea de trabajos académicos, se inscribió la obra *Nacionalismo y peronismo* de Cristian Buchrucker (1987), que se proyectó al período peronista. En este trabajo, apareció una nueva categorización, la del *nacionalismo restaurador*, para englobar a autores y corrientes caracterizadas como “doctrinarias”, en la que reconocía dos etapas: la de sus orígenes y la de su desarrollo y diferenciación. En la primera, el autor ubicaba al uriburismo (elitista y antidemocrático), del cual se derivaba su núcleo fundamental, el nacionalismo restaurador que se consolidó y desplegó a lo largo de la “década infame”. Lo presentó como un movimiento unificado, que incluyó a quienes Zuleta llamó “republicanos”, a la vez que fuertemente diferenciado del resto de las fuerzas políticas. A las notas conocidas (antiliberalismo, antimarxismo, corporativismo, autoritarismo), le incorporaba la reconstrucción de sus propuestas sociales y económicas. En esta interpretación, el peronismo fue vinculado exclusivamente con el nacionalismo populista –el de FORJA–, desde allí con el yrigoyenismo, y volvía a la matriz de la “izquierda nacional”. Según Buchrucker (1987), la “síntesis novedosa” organizada por el peronismo fue “una amalgama de elementos nacional-populistas,

sindicalistas y socialcristianos que constituyó... el núcleo de la doctrina elaborada por Perón” en la que el nacionalismo “restaurador” no tuvo cabida (p. 338).

Otro aporte fue el del historiador británico David Rock (1993), cuyo propósito fue evaluar el papel y los alcances del movimiento nacionalista de “derecha” en la Argentina contemporánea, y afirmó que su influjo excedió el ámbito del poder militar y alcanzó a la sociedad civil, en el paroxismo que fue el “delirio semántico” del período 1976-1983 (p. 15). En un libro posterior (2001), el autor descartó el uso del concepto de *fascismo* para el análisis porque no reunía los aspectos definitorios frecuentemente citados para caracterizarlo: los nacionalistas argentinos no rendían culto al instinto, a la fuerza y a la voluntad; su uso de la violencia resultaba limitado, no tenían una “actitud comprometida” en la creación de una organización de masas y su relación con la religión católica era demasiado estrecha (pp. 16-17).

En respuesta al planteo anterior, la historiadora Sandra McGee Deutsch (2005) – en un trabajo comparativo sobre las derechas en la Argentina, Brasil y Chile– argumentó que el nacionalismo de derecha incluyó actos de violencia en su praxis política. En el marco de un clima de crecientes tensiones, los nacionalistas se encontraban armados y entrenados para actuar en las calles y provocar heridos y muertos. En su favor, argumentaba que diversas formas de fascismos europeos contenían en sus filas a belicosos activistas católicos y ortodoxos, por tanto, no debía extrañar la relación entre el nacionalismo argentino y la religión. Por último, señalaba que el nacionalismo intentó efectivamente movilizar a los sectores populares con el desarrollo de una retórica populista para lograrlo. De ese modo, presentaba a una “derecha argentina de modo amplio”, como reacción a tendencias políticas igualitarias y liberadoras que representaron un riesgo para determinados principios, tales como el resguardo del orden social y económico, la defensa de la propiedad, la familia, la tradición, la autoridad y la nación.

Así, a lo largo del siglo XX, la versión argentina de esta vertiente ideológico-política se fue ampliando y diferenciando, aunque no con los contenidos y en el sentido visto hasta el momento: de una derecha relativamente moderada y conservadora, pasando por una derecha liberal, se llegaba en la década de los treinta a una derecha radical de carácter católico y fascista. Esa corriente se adueñó del término nacionalismo para sí misma, con el cual se la designa habitualmente (McGee Deutsch, 2005, p. 13).

En otro orden, un aporte de interés de esta autora se vinculó a la composición social del movimiento nacionalista, que muestra un cambio trascendente durante los

años treinta: a principios de la década, existía un 61% de miembros pertenecientes a la oligarquía –muchos de ellos terratenientes o familiares de terratenientes–, mientras que al final de la década este grupo llegaba tan solo al 21% del total de los nacionalistas (p. 24).

Más o menos contemporáneo es el trabajo Loris Zanatta (1991), que estudia los cruces entre nacionalismo y catolicismo, analizando lo que denomina proyecto de “recristianización” de las masas por parte de la Iglesia, que tendría como resultado la configuración de una “cultura política” compartida, sobre la base de un conjunto orgánico de ideas que buscaba influir y transformar la realidad política y social. Zanatta llamó a ese corpus ideológico “nacional catolicismo” que –como en el caso español– no significó la mera defensa de las estructuras tradicionales, “sino también la incorporación de las masas al estado” (p. 12). Los católicos y los nacionalistas argentinos compartieron una serie de motivos e intenciones: la impugnación del liberalismo, la necesidad de una restauración cristiana, el respeto por las jerarquías sociales, la valoración positiva de la organización corporativa de la sociedad, el anticomunismo y “un aristocratismo social que los separaba de los sectores populares” (p. 122). La Iglesia institucional actuó exactamente en un sentido contrario, ya que “supo interpretar con cierta perspicacia la época en que se encontraba inmersa y, actuando en varios frentes, elaboró una estrategia para influir sobre la transición a un nuevo orden social, obteniendo resultados en absoluto desdeñables” (p. 238). Esa estrategia fue acompañada de un grupo de católicos populistas que dieron origen al peronismo a través de una influencia directa e indirecta de militantes de esta corriente sobre Perón y su doctrina.

Con la intención de recuperar los orígenes ideológicos del peronismo, aparecieron los trabajos Alberto Spektorowski (1990, 2001, 2003), quien hizo hincapié en la influencia del nacionalismo argentino –tanto de derecha como de izquierda, en sus términos– en la doctrina peronista. Ambas formas de nacionalismo (el del grupo FORJA y el de los que denomina contrarrevolucionarios) evolucionaron hacia un “orden autoritario nacionalista” común basado en el ataque al liberalismo, a las instituciones políticas democráticas y a la modernización llevada a cabo por la elite política de fines de siglo XIX. El autor subrayaba el “comercio” y contactos de ideas entre “nacionalismo” y forjismo en el tiempo previo al peronismo y en su conformación (1990, pp. 62-63).

Con solo reseñar las últimas publicaciones dedicadas al nacionalismo, podemos visualizar un crecimiento exponencial de los trabajos referidos a este objeto en la

disciplina. Una de las razones de este renovado interés de la historiografía radicó en la atención que los historiadores dirigieron a la etapa previa al peronismo, con la que inauguraron un debate sobre las rupturas y continuidades que existieron entre ambos períodos (J. M. Palacio, 2014; Acha, 2009a). Si bien inicialmente este debate se dirigió especialmente a las cuestiones relacionadas con las políticas sociales y económicas, pronto generó interés por otras áreas de la historia –cultural, política y de las ideas– de ese período. En efecto, el período de entreguerras concitó una gran atención no solo con relación a la etapa posterior, sino también a la densidad de los cambios y problemas presentados en dicha coyuntura (Macor, 1995; Sábato, 2001).

En ese marco hay que ubicar el trabajo de Elena Piñeiro (1997), que brinda una visión acerca de la actitud del nacionalismo frente al peronismo. Para la autora, el “heterogéneo movimiento nacionalista argentino puede definirse como protofascista”, ya que, si bien hizo referencia a un nuevo orden revolucionario, nunca llegó a ser lo suficientemente radical en su populismo como para destruir las élites gobernantes tradicionales ni el sistema político existente (p. 14). Más allá de esta caracterización, Piñeiro consideró las contradicciones y diferencias entre grupos, y realizó una caracterización precisa de la revista *Nuevo Orden* y de las intervenciones del grupo orientado por Ernesto Palacio en la coyuntura de 1945 con el semanario *Política*.

Ya en el siglo XXI, Halperín Donghi (2003) retomó sus estudios sobre la década de los treinta y los orígenes del peronismo, y los expuso en una serie de publicaciones. Caracterizó al nacionalismo como “grupo minoritario” y seguidamente resaltó las consecuencias duraderas de ese conglomerado ideológico-político que se desarrolló en nuestro país dentro de un contexto mundial explosivo. En el análisis de los escritos producidos en esa matriz política, estudió a Carlos Ibarguren, Manuel Gálvez y dio tratamiento a la obra *Catilina*, de Ernesto Palacio. Luego, retomó las intervenciones públicas de *Nuevo Orden* y las colocó en el contexto del debate político nacional.

Por su parte, y en continuidad con sus aproximaciones previas, Fernando Devoto (2003) volvió sobre la temática e indagó sobre los orígenes y el desarrollo del “nacionalismo de los nacionalistas” durante las décadas de los 20 y los 30 hasta llegar al eclipse de la experiencia uriburista. Decidió exceptuar del análisis al “otro” nacionalismo, aquel de tendencias populares o populistas, ya que los consideraba “grupos marginales dentro de los marginales”. El trabajo se focalizó en “indagar no solo los proyectos de los nacionalistas, sino sus límites, las imposibilidades para crecer, para

extenderse, tanto en las elites como en el seno de las clases medias, naturales destinatarias de sus propuestas” (p. 14).

En el análisis del surgimiento de esa tendencia reflejó no la fortaleza de sus orígenes sino las debilidades, la heterogeneidad y las dificultades a la hora de proponer su proyecto. El enfoque propuesto, que partía desde el plano intelectual, reunió las diversas facetas de las trayectorias de los nacionalistas sin caer en lecturas generales. También indagó el recorrido de los nacionalistas desde diversas dimensiones (políticas, ideológicas, literarias) en un análisis de conjunto que eludió el criterio general y social que consideró arbitrario. La debilidad de la corriente fue puesta de manifiesto mostrando la perdurable hegemonía liberal en las tres primeras décadas del siglo XX argentino.

Además de los hechos señalados por todos los autores hasta aquí reseñados, en el libro subrayó el impacto que la Reforma universitaria de 1918 tuvo sobre la elite. Para el autor, la radicalización de la cuestión social fue vivida de forma más distante tanto por los integrantes del nacionalismo como por los conservadores cuya preocupación principal fue remediar las consecuencias de la apertura del sistema político. Señaló una ruptura entre el nacionalismo desmovilizador de los años veinte, considerado más bien una vertiente del conservadurismo, y el que se fue desarrollando en la década siguiente, tanto en la síntesis de ideas como en los hombres que las promovían. Señalaba que abandonaba su análisis no donde el nacionalismo terminaba, sino donde efectivamente comenzaba (p. 279).

En un trabajo posterior, junto a Darío Roldán (2007), volvió sobre la cuestión de la terminología apropiada para abordar este tema. Los autores subrayaron la imprecisión del concepto *nacionalismo* que, sin embargo, resultaba adecuado en la medida en que fue el nombre que los propios protagonistas eligieron y con el cual sus coetáneos los reconocieron. Como vías de acceso fecundo, sugerían abordarlo “estudiando regímenes políticos, siguiendo a grupos o movimientos o indagando trayectorias individuales en sus complejos y mudables itinerarios” (p. 9).

Un reciente trabajo que intenta dar cuenta de las inquietudes sociales de estos grupos es el de la investigadora Mariela Rubinzal (2012), quien trazó un mapa completo de las iniciativas tomadas tanto en el ámbito de la Iglesia Católica como en el de las organizaciones nacionalistas para llevar adelante una estrategia de penetración en los medios obreros durante la década de los treinta.

Otros estudios recientes abordaron aspectos específicos, tales como el antisemitismo (Lvovich, 2003, 2006, Senkman, 2004; Saborido, 2004; Klich, 1999; Ben Dror, 2003), la preocupación territorial (Bohoslavsky, 2009), la iconografía (Galván, 2008) así como los mitos y rituales fundamentales (Finchelstein, 1999) que ofrecieron miradas particularizadas al momento de reconstruir el fenómeno. Estos trabajos utilizan una definición monolítica y homogeneizante que presenta al nacionalismo como un movimiento político de derecha, antiliberal, autoritario y centrado en la exaltación de la idea de nación.

En un intento de recapitulación, podemos indicar que los primeros trabajos, contemporáneos al surgimiento del nacionalismo, lo interpretaron en el marco del fascismo. Después de 1955, desde el ensayismo militante de la “izquierda nacional”, se buscó diferenciar el nacionalismo oligárquico del popular, algo que caló en los trabajos de Halperín, Ciria y Romero de los años sesenta, y se proyectó en la historiografía siguiente. De ese modo, Gerassi avanzó en el estudio del nacionalismo de “derecha” en sus diversas facetas y etapas, así como Zuleta Álvarez buscó diferenciar al interior del nacionalismo “a secas” las vertientes republicanas y doctrinarias. Por su parte, Barbero y Devoto definieron el fenómeno, complejizaron la clasificación y abrieron nuevas vertientes, mientras que Buchrucker, de algún modo, volvió sobre las matrices previas hablando de nacionalismo restaurador y populista, para dar cuenta de los orígenes del peronismo. Allí se detuvo, en cierta forma, una manera de aproximarse al fenómeno que luego fue retomada por Piñeiro y el mismo Devoto en trabajos posteriores.

Otra fue la vertiente abierta por los estudios de historiadores preocupados por las relaciones del nacionalismo con el catolicismo y con las prácticas de la violencia y la recurrencia del debate en torno al encuadre fascista del fenómeno. Este parece constituir el telón de fondo de trabajos más recientes de orientación temática más circunscripta, en la que se fue expandiendo una caracterización categórica sobre sus rasgos. En distintos grados, se lo asocia al revisionismo histórico, al catolicismo, al corporativismo, al antisemitismo, al antiimperialismo, al culto a la virilidad y a la autoridad, al elogio de la violencia y a la militarización.

En estos términos, la corriente quedó configurada como tradicionalista, antimoderna y reaccionaria, nostálgica de un pasado idealizado y eminentemente aristocrático, y que pugna por conservar el orden social. Esta caracterización, convertida en una especie de sentido común historiográfico, simplifica el fenómeno y difumina las

diferencias, obviando clasificaciones y definiciones que permitirían comprender toda su complejidad.

Hipótesis y organización de la tesis

En lo que hace a nuestro estudio de carácter biográfico sobre la trayectoria de Ernesto Palacio, resulta de interés recuperar los aportes en los que queremos abreviar y desde los cuales construimos nuestra perspectiva de análisis.

Por un lado, consideramos conveniente seguir sosteniendo la necesidad de contar con definiciones y categorizaciones precisas asociadas a los mismos procesos. De ese modo, más que orientarnos a la construcción de una tipología o al armado de un decálogo que defina al fenómeno nacionalista, intentamos abordarlo en términos historiográficos, apartándonos de definiciones esencialistas y descontextualizadas.

Por otro lado, conceptuamos que las clasificaciones resultan útiles para diferenciar vertientes y evitar caracterizaciones homogeneizantes. La definición por la unicidad del fenómeno contradice un lento proceso de diferenciación en las vertientes internas de ese movimiento político, identificadas en el campo del ensayo político y en la historiografía académica desde hace décadas. Ello obliga a hablar del nacionalismo elitista, de derecha u oligárquico en plural. Estas aproximaciones permiten ubicar con mayor facilidad a los autores en los grupos o corrientes en las que se identificaron y desplegaron su accionar.

En tercer lugar, creemos productivo indagar en las raíces del “nacionalismo de los nacionalistas”, considerando las corrientes del liberalismo y del conservadorismo autóctono, sus relaciones de familia, así como la contextualización en las tensiones vividas por la sociedad argentina en las primeras décadas del siglo XX, que fueron enfatizadas por Devoto. Esas claves resultan importantes para comprender el desarrollo de esta corriente y avanzar en una caracterización de esos grupos.

En el mismo sentido, podemos ubicar los aportes a la historia de las ideas de las vertientes nacionalistas realizados por Halperín Donghi. Si bien se mira, junto al conocimiento y consulta de materiales de base, este autor propuso el matiz, la diferenciación y un relacionamiento de vertientes más consistente a las que fueron apareciendo como caracterizaciones en la historiografía posterior. Estos aportes pueden contribuir a revisar las ideas asentadas en torno a un antiliberalismo congénito al

nacionalismo, a que se analicen los lazos con la tradición republicana y el conservadorismo local, así como la recepción de ciertas concepciones en torno a la nacionalidad más cercana al legado del siglo XIX europeo y argentino que a otras influencias propias del siglo XX.

Con todo, si bien estos estudios arrojaron visiones más matizadas y a la vez más complejas del fenómeno en estudio, debemos consignar que prestaron escasa atención a ciertos acontecimientos y coyunturas, a ciertas fuentes y a trayectorias particulares que aparecieron como prioritarias para nuestro análisis.

Nos referimos, por ejemplo, a la convergencia entre el forjismo y el nacionalismo republicano entre los años 1939-45, a la empresa político-periodística del semanario *Política* ligada al radicalismo renovador en la coyuntura electoral de 1946 y a las bases de la Unión Revolucionaria con su plataforma democrática y de nacionalismo económico.

En esos procesos tuvo un papel destacado Ernesto Palacio, cuya trayectoria puede contribuir a revisar las clasificaciones del nacionalismo vigentes a la fecha, volver a considerar sus aportes ideológicos al nacimiento del peronismo –sumados a los propiamente políticos que se expresaron en su apoyo al movimiento naciente a través de la prensa y en la participación en su gobierno–, comprender tensiones y distancias posteriores, así como realizar un seguimiento sobre cuestiones más puntuales (antisemitismo, visiones conspirativas o míticas, actitudes frente a la clase obrera), sobre las cuales se detuvieron trabajos recientes, tal como hemos reseñado.

Para esa tarea resulta potencialmente fecunda la reconstrucción de su vida, centrándonos en ciertas facetas de su personalidad, como las de escritor, pensador político, periodista, historiador y político, ya que pueden arrojar luz y poner en cuestión algunas perspectivas y análisis vigentes. Consideramos que resulta fundamental contrastar la trayectoria de Palacio con otras figuras de la época. Existen estudios biográficos sobre algunas de las figuras pertenecientes al nacionalismo elitista, como los trabajos dedicados a Julio Irazusta (Segovia, 1992; Mutsuki, 2004), Leonardo Castellani (Randle, 2017), Ramón Doll (Galasso, 1986), con los que esta investigación puede ponerse en diálogo.

Entre estos trabajos, debemos distinguir la obra de Mutsuki, que constituyó una aproximación a la estructura de ideas y los posicionamientos e interacciones de Julio Irazusta, compartidas en un tramo significativo con Palacio, que contribuyeron a perfilar nuestro objeto. Cabe señalar que otro importante número de figuras solo han tenido un

tratamiento parcial y fragmentario en los estudios históricos, como sucedió en los casos de José L. Torres, Pedro J. Vignale, Armando Cascella, Homero Guglielmini o Bruno Jacovella, que guardaron semejanza en su trayectoria con la de Palacio y que podrían configurar un grupo o tendencia singularizada en el ámbito del pensamiento y el actuar nacionalista.

Ernesto Palacio no ha merecido aún investigaciones específicas y solo existen algunos trabajos con información sumaria de tipo cronológico sobre su trayectoria que explican su adhesión al peronismo por los meros acontecimientos políticos (Alén Lascano, 1999; Hernández, 2014). Resulta sugestiva la ausencia de una obra de reconstrucción de su vida y pensamiento, si tenemos en cuenta que se trató de un autor con un importante caudal de libros publicados, diversos ámbitos de actuación –político, escritor, traductor, periodista, historiador, docente– y un significativo protagonismo en determinados momentos de la historia nacional. Consideramos que el pensamiento y la acción política de Ernesto Palacio guardó estrecha relación con el proceso político nacional, tuvo quiebres y, en determinado momento, cobró cierta particularidad, originalidad y relevancia. En el orden político, con posterioridad al fracaso de la experiencia uriburista y a diferencia de las vertientes del nacionalismo elitista, sea en su matriz filofascista o doctrinaria, Palacio se inclinó por la adopción de las formas republicanas y democráticas para dirimir el acceso y el funcionamiento político de la Argentina, mediante su inserción en el radicalismo. Eso lo orientó a acompañar la consigna de “radicalización del nacionalismo” y “nacionalización del radicalismo” en la coyuntura posterior a 1938. Los intentos de diálogo con la representación máxima del radicalismo oficial, con sectores provenientes del forjismo, entre los cuales se distinguieron Scalabrini Ortiz, Jauretche, Del Mazo y Dellepiane, o referentes independientes del yrigoyenismo, como Molinari, fueron acompañados por un intento de encauzar la base radical hacia la conducción política nacionalista. Esa apertura a trabajar el vínculo del nacionalismo y el radicalismo, si bien ha sido señalada en la historiografía, no se ha profundizado ni se ha extendido en el tiempo como para abarcar la coyuntura decisiva del año 1945.

Otra singularidad de su pensamiento se vinculó al desarrollo de una perspectiva de nacionalismo económico, que se apoyaba en este plano en las obras de los Irazusta, Scalabrini y José L. Torres. Otro rasgo que distinguió a Palacio fue que, más allá de su respingo patricio, cultivó cierta sensibilidad social forjada en los años mozos, que se vio reforzada por una necesidad política: la inclusión de la clase trabajadora en la vida

nacional como soporte de una nueva coalición de gobierno. A su vez, un catolicismo cultural, de base hispano-criolla y alimentado por las lecturas de la renovación católica de las primeras décadas del siglo XX, lo distinguieron de otros nacionalistas, tanto en la ideología como en la práctica. Sus ideas lo distanciaron tanto del denominado catolicismo doctrinarista como de las perspectivas antisemitas. En el ámbito de las prácticas, se distinguió de las posturas subordinadas a las estructuras jerárquicas de la Iglesia institucional, a la vez que despreciaba el purismo confesional en la acción política.

Unido a estos elementos, resulta importante subrayar el liderazgo político que ejerció Palacio sobre un grupo más importante de escritores y militantes nucleados en la Unión Revolucionaria y en la publicación *Política*, cuando fue electo diputado en el año 1946. Estos hechos han pasado inadvertidos en la historiografía especializada, a pesar de la importancia que revisten para considerar el aporte específicamente político del nacionalismo en esa coyuntura, junto a los apoyos realizados desde el laborismo, el radicalismo y los grupos cívico independientes en los orígenes del peronismo.

De esta manera, el presente estudio sobre Ernesto Palacio busca poner en cuestión algunas ideas muy presentes en la historiografía. En primer término, en los estudios que refieren a la unidad y la diversidad del fenómeno nacionalista y su actitud frente al peronismo, debate con la línea que ha enfatizado el rechazo del nacionalismo al peronismo, sobre la base de las posiciones asumidas por Sánchez Sorondo, los hermanos Irazusta o Julio Meinvielle, así como la que negó toda influencia o relación.

Con relación a los estudios sobre el ámbito intelectual, se pone en cuestión la afirmación en torno a la baja adhesión de los escritores al peronismo (Fiorucci, 2010), a pesar de lo señalado en estudios previos, que destacaban los apoyos que había logrado del radicalismo tanto forjista (Buchrucker, 1987) como de otras vertientes (Cattaruzza, 1993). Trabajos en curso continúan matizando aquella idea para grupos provenientes de la izquierda en figuras como Gabriel, Tiempo, Castelnuovo, Velázquez y Newton (Korn, 2016) o Granata, Ganduglia, Martínez Payva y Rega Molina (Pulfer, 2017c, 2016e, 2017b, 2018b). Estos matices podrían ampliarse al ámbito nacionalista con el caso de Palacio y un grupo constituido además por Cascella, Guglielmini, B. Jacovella, J. P. Vignale y J. L. Torres. A partir de estas aproximaciones, esta investigación aportará elementos para la reconsideración del vínculo entre mundo intelectual y primer peronismo a través de la acción de la Comisión Nacional de Cultura en el primer período de gobierno, que fue comandada por Palacio.

Esta tesis avanza también sobre una serie de puntos ausentes o débilmente abordados en la historiografía en torno al pensamiento de Palacio. Por un lado, la identificación de una permanencia en el modo de pensar la dinámica política combinando tres elementos: masa, elite dirigente y líder. Por otro, la relación entre literatura y producción historiográfica a partir de la continuidad del legado lugoniano, vinculando poesía, epopeya y cultura nacional en un relato “mitológico” de la historia.

En cuanto a su trayectoria política, se enfatiza la estrecha relación entre sus ideas y posiciones con las del radicalismo en sus diferentes gamas, desde mediados de los años treinta hasta el ascenso del peronismo. En ese contexto, subrayamos su participación en la emergencia de un registro nacionalista con tendencias demófilas, industrialistas y latinoamericanistas comunes a otros movimientos de similar signo en la región.

Subsidiariamente, la tesis también realiza aportes sobre las concepciones educativas de los nacionalistas y el desarrollo de proyectos relacionados a la producción de material para la enseñanza.

La presente tesis fue organizada a partir del abordaje de las distintas facetas constitutivas de la trayectoria de Ernesto Palacio. Luego de dar cuenta de sus orígenes familiares y formativos (capítulo 1), se interna en el análisis de una serie de facetas intelectuales de Palacio en el ámbito literario (capítulo 2), periodístico (capítulo 3), la reflexión política (capítulo 4) y la historiografía (capítulo 5) para abordar, finalmente, su actuación propiamente política (capítulo 6). El capítulo final está dedicado al análisis del último tramo de su trayectoria, ya alejado de la vida intelectual y política. En las consideraciones finales, se agregaron algunos elementos no abordados en profundidad en el texto en cuanto a tareas (docencia y traducción) y ciertos perfiles característicos (ironista, polemista y duelista); la identificación de ciertas prácticas; el trazado de similitudes y contrastes en un ejercicio comparativo con otras figuras del mundo intelectual y político contemporáneas de Palacio; las razones de la ausencia de estudios sistemáticos e integrales sobre su vida y, finalmente, algunos interrogantes acerca de su perspectiva ideológica y política con relación a los movimientos políticos populares de la primera mitad del siglo XX.

Capítulo 1. El joven Palacio: entre ácratas y reformistas

En este capítulo se aborda el desarrollo de la vida de Palacio hasta ingresar al mundo de la bohemia literaria porteña, para lo cual se da cuenta de sus orígenes familiares, sus estudios en todos los niveles del sistema educativo y sus primeras refriegas políticas en el ámbito del anarquismo y el reformismo universitario.

Ernesto Palacio nació con el siglo XX, el 4 enero de 1900. Sus primeros años de vida transcurrieron en el partido de San Martín, provincia de Buenos Aires. La familia Palacio, al mudarse a la Capital Federal, vivió en diferentes locaciones. La primera vivienda se encontraba en la calle Junín, la segunda en la avenida Rivadavia y la tercera en Moreno al 300.



Imagen de la niñez, conservada en su archivo personal.

Vivió en el seno de una familia acomodada que, si bien no tuvo estrecheces, no gozaba del bienestar y de las oportunidades abiertas para la elite de la época. Ese límite estaba marcado por la inexistencia de un patrimonio vinculado a la propiedad de la tierra, que había sido enajenada por la rama paterna en el siglo anterior.

Su padre, Alberto Carlos Palacio, descendiente de una familia patricia de Santiago del Estero (Alderete Palacio, 2001),¹ contaba como toda fortuna su título de

¹Su ascendiente español se remontaba a San Juan de Molinar, en el valle de Gordejuela, en el siglo XVII. Ancestros suyos llegaron a América en el siglo XVIII, entre quienes se encontraba Santiago Palacio, quien fue gobernador de Santiago del Estero. Asentados en Buenos Aires, en la segunda mitad del siglo XIX, se constituyó la familia Palacio Castellanos, en la que nació Alberto Carlos, que en la metrópoli se casó con Ada Calandrelli Peralta, hija del doctor Matías Calandrelli y de Teresa Peralta.

ingeniero, profesión que ejercía en un estudio situado en la calle Corrientes 550, segundo piso. Esa formación le permitió desempeñarse a lo largo de su vida como profesor de Matemática en el Colegio Nacional y en la Facultad. A ello, sumó ciertas incursiones en la política en las filas del conservadorismo que, de todos modos, no lo convirtieron en un político profesional.

Ernesto lo recordaba como “un hombre de regular estatura, pelo crespo, un poco cargado de hombros, nariz aguileña y ojos verdes... muy ocurrente en las reuniones de amigos... escribía muy bien cartas, en las que hacía gala de un humorismo de buena ley” (Palacio, 1968, p. 88). Ese subrayado no resultaba inocente: el humorismo, junto con la práctica de la docencia, la afabilidad social, la buena escritura parecían haber dejado marca en su hijo mayor. En esos recuerdos, no destacó ningún rasgo de cercanía o afecto, ya que aún regía la norma según la cual el padre sostenía prudente distancia con sus hijos.

En el aspecto físico, “era atrayente y buen mozo... en cuestiones de mujeres parece haber sido lo que eran esos hombres que crecieron sin creencias”. Eso lo llevó al reconocimiento de un hijo de nombre Alejandro “de otro lecho” cuando Ernesto cumplía los diez años y al ejercicio del “primero y el más endiablado” defecto que fueron “los celos que provocaron una separación con mamá que duró diez años y cinco conmigo, que me puse de parte de mamá” (Palacio, 1968. p. 88).

Esa opción y ese posicionamiento en el conflicto familiar se ligaba a una relación muy fuerte con su madre, Ada Calandrelli, a quien recordaba con mucho cariño y no sin admiración. “Mamá era una mujer muy bella. Salía a abuelito de quien había heredado la piel olivácea y la perfección de las facciones” (Palacio, 1968. p. 89).²

Su padre era el filólogo Matías Calandrelli, de origen italiano, radicado en la Argentina en 1871 y autor de una *Gramática comparada de las lenguas griega y latina* y de un *Diccionario comparado de la lengua castellana*. Formado en la Universidad de Nápoles, fue periodista, profesor de la Universidad de Buenos Aires, rector del Colegio Nacional de La Plata y dueño de una impresionante biblioteca (Cutolo, 1969, T. II, pp. 44-45). Con esos antecedentes, se imbricó en la elite porteña mediante uno de los mecanismos de integración existentes, sustentados en sus títulos profesionales (Losada, 2008, p. 154). Cabe consignar que esta raíz italiana no fue subrayada por Palacio en sus antecedentes ni en la construcción de su autoimagen a lo largo de su trayectoria.

² Del padre de su madre agregó: “Abuelito también era un hombre hermoso, para hacer honor a su apellido, que significa hombre hermoso, en griego”.

“Cuando joven, mamá tenía un carácter alegre. Yo la recuerdo... alborotando la casa; haciendo la parodia de un circo para bromearme a mí”. Recordaba, también, que lo hacía reír, que lo “mimaba un poco” y que su conducta era “blanda”. En tren de justificar su posición en el conflicto y de descalificar los motivos alegados por su padre, anotó que su mamá “sabía que era linda, pero juzgaba a su belleza poco impresionante... por esto no era coqueta... he sabido después que muchos que conocí estaban locos por ella”. En su lugar, destacó de ella otras facetas: “Mamá era extraordinariamente inteligente. En general todo le interesaba. Leía mucho, especialmente novelas y cuentos” (Palacio, 1968, p. 89). Estas prácticas letradas estaban sustentadas en la herencia de la biblioteca de Calandrelli, de más de 15.000 volúmenes, que luego heredó Ernesto.

El núcleo familiar se completaba con un hermano, tres hermanas y, como vimos, un medio hermano: Lino junto con las tres mujeres de nombre Ada, Delia y Elena, a los que se sumaba Alejandro. El primero de ellos nació en el año 1903 y se destacó precozmente en el dibujo.³ Ada fue durante unos años la más pequeña y mimada, hasta la llegada de Delia. Mucho tiempo después, en 1919, nació la “nena”, que sería ahijada de Ernesto.

La familia llevaba una vida austera, que permitió brindar los estudios a los hijos, canal privilegiado de integración en las elites sociales y políticas para esa época. Si bien podemos ubicar a la familia Palacio entre las consideradas “tradicionales” en la sociedad porteña de ese momento, la localización geográfica de su vivienda en la zona sur daba cuenta de un lugar subordinado dentro de la jerarquía interna de la clase alta (Losada, 2008, p. 173). La ausencia de ingresos derivados de la renta agraria impedía sostener los signos visibles de esa superioridad: institutrices extranjeras, preceptores o profesores particulares, casa de veraneo en las cercanías, estancia y viajes a Europa. Ello potenció, quizá, la estrategia de acumulación cultural y búsqueda de distinción en este ámbito.

En la infancia, los veranos significaban el traslado a Mar del Plata, una ciudad balnearia de uso exclusivo para la clase alta de la sociedad capitalina (Torre y Pastoriza, 1999, pp. 55-56). En el registro posterior de Palacio, aparecían dos sectores diferenciados. Por un lado, la rambla Bristol, a cuya derecha los pescadores sacaban sus

³Nacido el 5 de noviembre de 1903, profesor de dibujo en colegios y escuelas normales, director artístico de la Municipalidad porteña, con varios premios de pintura en salones argentinos y extranjeros, publicitario y creador de personajes de la historieta periodística como Don Fulgencio, Avivato y Ramona, muchos de ellos publicados con el seudónimo Flax. Murió trágicamente en 1982.

barcos. Los que se bañaban eran un grupo pequeño en el centro de la Rambla y contaban con sogas para tomarse. Hacia la izquierda, la rambla se prolongaba con una estructura de madera que llevaba a otros balnearios. Más allá, el Torreón. Y para llegar al faro, “una semana de arreglos eran necesarios”. Allí “estaban todos los que querían lucirse. Se ostentaba, se gastaba, se hacía un veraneo de salir en los diarios, etc.” Por otro lado, estaba La Perla, donde “iban los que querían descansar. Los que querían gastar menos. Los verdaderos veraneantes. Los que no querían salir en los diarios (Palacio, 1968, p. 115)”. Los Palacio pertenecían al segundo grupo, los que venían del Barrio Sur.

El descanso veraniego se combinaba con salidas en la zona de Buenos Aires en lugares en que los hospedaban familias amigas, como en Ramos Mejía, y no precisamente en las zonas de proyección de la elite, como Flores, Belgrano o San Isidro.

Mientras vivieron en la calle Junín, Ernesto estudió la primaria en el Colegio del Salvador, regentado por el sacerdote español Segismundo Maferrer, una institución que tenía cerca de 600 estudiantes varones, la mitad de ellos pupilos (Colegio del Salvador, 2017). Allí vivió las celebraciones del Centenario con significativos actos patrióticos y literarios, amén de la visita de la infanta Isabel al Colegio (Furlong, 1944, tomo II, p. 314 y ss.). Entre los estudiantes mayores, se encontraban algunos con los que iba a coincidir en distintos momentos de su vida, como Atilio Dell’ Oro Maini y César Pico.

Al mudarse a la calle Rivadavia, Ernesto comenzó a cursar la secundaria en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Como vimos, su padre trabajaba allí y tenía una relación de cercanía con quien era rector del establecimiento, Enrique de Vedia. Entre otras figuras significativas del ambiente intelectual de la época, tuvo como profesor a Ricardo Rojas. En el momento en que estudió allí, se inauguró el nuevo edificio, el colegio resultó anexado a la Universidad de Buenos Aires y comenzó a officiar como preuniversitario (Devoto, 2005).⁴

Si bien Palacio participó de este espacio privilegiado de formación, lo que le permitió socializar con jóvenes de su mismo ámbito social y de nuevos sectores

⁴ Esta trayectoria como estudiante resulta heterodoxa. Para esa época, la opción al recorrido Colegio Nacional-UBA era Colegio del Salvador-Universidad Católica, que había comenzado a funcionar hacia el Centenario. Este “desvío” puede explicarse por tres motivos fundamentales: la inserción de su padre en el Nacional como profesor, las limitaciones económicas y una matriz familiar débilmente enraizada en el conservadurismo católico de la época.

(Méndez, 2013)⁵, avanzando automáticamente hacia la carrera de Derecho en la UBA, existían otros espacios vedados a su acceso, como fueron el Jockey Club y el Círculo de Armas.

Una marca de estos años se vinculó a la persistencia de un currículum humanista en el Colegio (Dussel, 1997), que Palacio adquirió como segunda naturaleza y que le permitió hacer, entre otras cuestiones, ya por su cuenta, importantes progresos en el manejo de idiomas. Latín y griego, inglés y francés, a los que agregó el alemán. Ello facilitaba el acceso a los clásicos de manera directa, tan prodigiosamente provistos por la biblioteca de “abuelito” Calandrelli o, más tarde, a los autores franceses en su propia lengua. También Shakespeare y Milton sin mediaciones de malas versiones locales. El manejo de esa diversidad de idiomas compensó, parcialmente, la ausencia de los viajes de juventud a Europa, tal como lo hacían sus compañeros de clase en familia o sus amigos de la vanguardia⁶ y que constituían un paso fundamental en la construcción de los relatos e imagen de los escritores (Viñas, 1971. p. 139)

La ciudad se transformaba. De todos modos, para Palacio, hombre de Buenos Aires, seguía teniendo un aire familiar: “Las calles Corrientes y Santa Fe eran angostas y los que andábamos por ellas ¡nos conocíamos! Nada más fraternal que la calle Florida de los días sábados. La ciudad terminaba en Pueyrredón y Santa Fe. Las casas más altas tenían tres pisos” (Palacio, 1968, p. 1).

En ese momento, se sancionaba la Ley Sáenz Peña de apertura electoral, lo que significó la pérdida de poder político por parte de la élite conservadora y la subsiguiente disgregación de las expresiones políticas de ese núcleo original (Botana, 1979; Castro, 2012).

Junto con ello, se produjo el ascenso de nuevos sectores dispuestos a avanzar en espacios antes reservados a los hombres del tronco conservador, como la enseñanza, el periodismo y los lugares de encuentro céntricos (Adamovsky, 2009). Poco después, estalló la Primera Guerra, que dio un cierre al proceso inmigratorio, por el cual habían ingresado al país más de tres millones de personas, que transformaron la estructura social y el modelo productivo del país.

⁵Como señala Méndez, para esta época, el 38,9% de los padres del establecimiento eran argentinos. Las ocupaciones vinculadas al comercio o al desempeño como empleados eran las mayoritarias frente a quienes figuraban como profesionales, hacendados y rentistas.

⁶Solo como ejemplo, Borges viajó con su familia, los Irazusta visitaron París, Roma y Londres durante varios años en la década de 1920, Cascella viajó en 1927 y Marechal lo hizo a fines de esa década.

En un ambiente familiar letrado, rodeado de sólidos estímulos, la escritura del joven Palacio fluía con facilidad y se expresaba en la poesía. Una expresión íntima de ello nos queda en los versos del poema titulado *De la vida*, que escribió a los catorce años:

Como un vivo trasunto de miserias,
De dolor, de injusticias y de lágrimas,
Cual “mater dolorosa” de Murillo
De tristes ojos y mejillas pálidas,

Una madre y un niño sin abrigo,
De un templo en la suntuosa escalinata,
Imploran al que pasa una limosna
¡Para aplacar el hambre que los mata!

Sale el digno ministro del Señor
“¡Caridad, por favor!” –“Perdón hermana,
Trabajad si quereis comer”, le dice;

Un sollozo se corta en la garganta
De la mendiga y sus exangües labios
Murmuran brevemente una plegaria...⁷

(Palacio, 7 de agosto de 1914)

Estas prácticas se expresaban, también, en la participación temprana de Palacio en la revista semanal *Proteo*, dirigida por el poeta libertario uruguayo Ángel Falco, publicada en Buenos Aires durante los años 1916 y 1917. Sus tempranas intervenciones

⁷ Poema dedicado a la señora Herminia Palacio y firmado por el autor.

se mezclaban con las firmas renombradas de la generación anterior, como Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Juan Zorrilla de San Martín.

Por ese tiempo, conoció a Leopoldo Lugones, relación que resultó significativa a lo largo de su trayectoria, no sin momentos de confrontación: “yo era un jovencito de diez y siete años, lleno de soberbia, con un acentuado sentido de infalibilidad e imbuido de ideales revolucionarios, de los que aquel estaba ya de vuelta”. Si bien guardaba admiración por el poeta “disentía entonces con todas sus ideas estéticas, políticas y sociales” (Palacio, 1950a, p. 16).

Por la misma época, nació su amistad con Conrado Nalé Roxlo. Los unía la poesía, la errancia y la “R. S.” (según la forma de referir a la revolución social en sus memorias). El ámbito de sociabilidad era un bar sobre la calle Rivadavia esquina Callao: “Frecuentábamos por esa época el café ‘Biarritz’, de plaza del Congreso, frente al ‘Molino’...de tan feliz memoria, amarillo y lleno de espejos, con guirnaldas de papel en el techo, –todo lo necesario, en fin, para que un café sea cordial–”. Era el lugar de la conversación y el intercambio: “Nos pasábamos allí horas y horas, hablando de versos y reivindicaciones, que ocupaban entonces idéntica importancia en nuestro espíritu”. A ellos se sumaba Andrés L. Caro, quien actuaba de violinista en un viejo hotel cercano a Plaza de Mayo, y a quien iban a buscar todas las noches para salir “a vagar, a recorrer la ciudad sólo despierta en las tabernas, llenando de versos las encajonadas calles nocturnas” (Castillo, 1924a, p. 70).⁸

Frecuentemente entrábamos al sótano de la Avenida, donde permanecíamos hasta la madrugada. Allí Keller Sarmiento se abandonaba en largas confidencias de amor, y era siempre un amor nuevo y fantástico; Caro nos sorprendía con recientes poemas; Nalé Roxlo se ejercitaba en la sátira y nosotros le adivinábamos de antemano la puntería porque nos había herido los ojos la chispa previa que brotaba de sus gafas. Luego comentábamos a nuestros poetas predilectos y lo hacíamos con tal calor que era como si se reencarnaran en nuestra evocación fervorosa; los sentíamos allí, entre nosotros, hasta el extremo

⁸Héctor Castillo era el seudónimo utilizado por Ernesto Palacio en ese tiempo.

de pedirle al mozo que nos atendía un pipermin para Rimbaud, una ginebra para Tristán Corbiere. (Castillo, 1924a, p. 71)

No todo podía ser bohemia y distracción. Las normas familiares imponían la prosecución de los estudios superiores. La economía basada en la agroexportación seguía su expansión y las profesiones liberales resultaban las dominantes en las preferencias para quienes podían costear sus estudios. Al terminar el nivel secundario, Palacio siguió su formación en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires con el propósito de estudiar leyes, lo que no resultaba excepcional entre los jóvenes de su clase. Entre el derecho y la medicina, fluían quienes tenían deseos y posibilidades de ascenso social o ya tenían cierta ubicación en esa estructura y tenían inclinaciones hacia la vida política, como era el caso.

Cierta sensibilidad social y una distancia temporaria con la fe de sus ancestros lo ubicaron en las filas del anarquismo. Desde esta inscripción, actuó en la Federación de Asociaciones Culturales, que tenía como propósito principal el apoyo a los estudiantes reformistas cordobeses mediante actividades desplegadas en Buenos Aires. El grupo estaba animado por jóvenes como Pablo Suero, Horacio Trejo (quien en 1926, en calidad de presidente del Centro de Estudiantes de Medicina, polemizó con el proyecto de Bernardo Houssay de establecer un cupo de ingreso en la Facultad y financió la compilación de documentos de la Reforma preparada por Del Mazo), el futuro martinfierrista Pablo Barrenechea, Alejandro Cárdenas, Carlos Raúl Muñoz del Solar (conocido luego como Carlos de la Púa), Francisco Villaflor y los antiguos ateneístas, entonces miembros del comité ejecutivo del Partido Socialista Independiente, Luis Bontempi y Mario Massa y el mismo Palacio. En una oportunidad, la policía detuvo a algunos de esos jóvenes y fue Alfredo Palacios quien intercedió para que fueran liberados (Nalé Roxlo, 1978, pp. 169-170).

Uno de esos jóvenes, Gregorio Berman (2018), recordaba:

Nació así la Federación de Asociaciones Culturales, cuya presidencia asumí. Se inició a base de una institución de jóvenes dedicados a la extensión universitaria, la Universidad Libre, y reunió a muchísimos centros de cultura popular, bibliotecas de barrios de Buenos Aires y de toda la República hasta el considerable número de ciento cincuenta. Su secretaría estaba formada por

jóvenes bien destacados: Ernesto Palacio, el futuro historiador, que apodábamos “Carabina”, porque en los momentos álgidos reclamaba una carabina para la revolución social; Horacio Trejo que fue después presidente del CE de Medicina y la Federación Universitaria de Buenos Aires, y el compilador de la primera edición en seis volúmenes de la Reforma Universitaria; el poeta y hoy académico Conrado Nalé Roxlo; Facundo de la Púa, que adquirió notoriedad con sus crónicas rantifusas en *Crítica*. Sus vocales eran muchos delegados de la capital y del interior entre los cuales estaba nuestro orador “proletario” José Pérez Arce; Pedro B. Franco (Celso Tindaro), educador, autor del *Ideario de Juan B. Justo*, era el vicepresidente. Más que en la actualidad, el movimiento de cultura popular había prendido en las ciudades y campañas, ávidas de aprender para responder al llamado de los tiempos nuevos. Eran bibliotecas y centros culturales, las más de filiación socialista, de diferentes tendencias, los había anarquistas e independientes, aunque siempre izquierdistas. (p. 33)

En esa estela ideológica, en el año 1920, junto a Pablo Suero publicaron la primera traducción de *El resplandor del fuego*, de Barbusse (Berman, 1968, pp. 46-47). Más tarde, Palacio tomó contacto con otros compañeros de la Facultad, variando su orientación. De ese modo, se vinculó a la *Revista Nacional: Publicación de cultura general y crítica*, dirigida por Julio Irazusta y Mario Jurado, que se publicó en diez entregas entre 1918 y 1921. La sede, como ocurrió y ocurrirá muchas otras veces, estaba en el hogar de Julio Irazusta, en la calle Zelaya, atrás del mercado de Abasto. En ella, escribieron Alfonsina Storni, Pablo Suero, Héctor Ripa Alberdi, Conrado Nalé Roxlo, Amado Villar, el mismo Palacio y otros. Buscaban difundir el pensamiento “de una juventud que vive en constante inquietud de espíritu: que experimenta la necesidad de obrar por los sentimientos y las ideas, en nuestro ambiente de cultura; que quiere

mantener vivas las corrientes internas de nuestra vida intelectual” (Lafleur, Provenzano y Alonso, 1968, p. 75).

Su familia cambió nuevamente de domicilio. “Allá por los años 1920 o 21, cuando me fui a vivir a la calle Moreno, yo era un poeta en ciernes con fuertes veleidades políticas. Iba por la mañana a la Facultad de Derecho, que quedaba a dos cuadras, y luego me quedaban la tarde y la noche a mi disposición (Palacio, 1968, p. 53).

La Facultad se ubicaba en el número 350. En ese ámbito coincidió, entre otros, con Homero Manzione, Arturo Jauretche, Gabriel del Mazo, Guillermo Watson, Julio Barcos, Julio Irazusta, Mario Jurado, Diego May Zubiría, Homero Guglielmini, Alejandro Lastra, Miguel Ángel Zavala Ortíz, Eduardo Howard, Miguel Ángel Bercaitz, José María Rosa, Bonifacio Lastra, Emilio Biagosch, Florentino Sanguinetti, José María Monner Sans, Julio V. González, Carlos Sánchez Viamonte, Roberto Noble, Rodolfo Aráoz Alfaro. Al producirse el movimiento de la reforma, la Facultad de Derecho fue un escenario singular de confrontación.

Entre quienes apoyaban el movimiento, se daban divisiones. Por un lado, estaba el grupo asociado a la *Revista Nacional* y la Unión Universitaria (fundada en 1919) liderada por Adolfo Korn Villafañe, secundado por los jóvenes Tomás Casares y Ernesto Tiszone primero, y por Carlos Cossio y Juan Antonio Villoldo hacia mediados de los años veinte. Este grupo, de corte moderado políticamente y espiritualista en lo filosófico, presidió el Centro de Estudiantes entre 1920 y 1925 y señaló a 1919 como el año de nacimiento de una generación que, alejada de las revueltas de 1918, se proponía crear una “nueva argentina” (Irazusta, 1975d, pp. 72-73). Su referente entre los profesores era Carlos Saavedra Lamas, con quien organizaron actividades de extensión, inspiradas en el modelo británico de las universidades de Oxford y Cambridge. El segundo grupo tuvo su primer medio de expresión en la revista *Themis* (1918-1919), se organizó en 1919 en el Partido Blanco y desde 1923 en el Partido Unión Reformista (escindido en 1924 en una fracción “Centro-izquierda”) y estuvo liderado por Florentino Sanguinetti, acompañado primero por Gonzalo Muñoz Montoro y José María Monner Sans y luego por Julio V. González, Carlos Sánchez Viamonte y Emilio Biagosch (Bustelo, 2016, p. 67). El grupo de “centro izquierda” pasó a controlar la situación a partir de 1926, con el liderazgo de Homero Guglielmini (Rodríguez, 2004). Por fuera del centro de estudiantes, se encontraba el “Círculo”, un grupo de adherentes al viejo

profesorado, siendo que fue en esa facultad donde mayores resistencias encontraron los principios reformistas (Del Mazo, 1976, p. 76). El grupo de afinidad de Palacio era el liderado por Korn Villafañe, que ya por ese tiempo se acercaba a ciertos elementos de reivindicación nacionalista, aunque más no fuera de orden sentimental y folklórico, con apelaciones espiritualistas.

Como elemento de época, cabe mencionar que el profesor de Derecho Penal Carlos Iburguren, que había sido candidato a presidente por el Partido Demócrata Progresista en las elecciones de 1922, desarrolló sus conferencias sobre la figura de Juan Manuel de Rosas que quedaron plasmadas en un libro publicado en 1930 (Iburguren, 1930). Por ese mismo tiempo, en la Facultad de Filosofía y Letras actuaba Ernesto Quesada (Irazusta, 1975d, p. 70; Devoto, 2003, p. 158). Palacio circulaba por esos ambientes y relaciones y sus convicciones iban desplazándose y reformulándose de manera constante.

Su relación con otros escritores se vio ampliada. De los que dejó registro en sus memorias, se destacaron Eduardo Mallea y Roberto Mariani (Palacio, 1968, p. 133). El primero comenzaba sus trabajos de escritura en prosa y se ubicaba cerca de la vanguardia en la que se alineaba Palacio. El segundo formaba parte del sector Boedo, caracterizado por su inclinación a la literatura social, aunque intervenía en la revista *Martín Fierro*. Frecuentó, también, a César Tiempo, otra figura del grupo Boedo (Tiempo, 1997, pp. 207-210).

Esas relaciones indican su apertura y ecumenismo, con unos vínculos que trascendían el núcleo más reducido de “protonacionalistas”, con el que quiere vincularlo exclusivamente cierta literatura sobre el nacionalismo que simplifica una genealogía más compleja.

Palacio cultivaba su estética, se esmeraba en su vestimenta y cuidado personal. Lucía chambergo y melena (Palacio, 1968, p. 133). “Dueño de un pintón de *latin lover* o de paseante distinguido de la Ring Strasse de Viena” (Tiempo, 1976, p. 42). Transitaba el espacio público de manera constante:

Era indispensable salir a la calle y ver qué pasaba en ella. Es increíble el tiempo que yo dediqué a esa vagancia de adolescente. Porque nosotros íbamos a vagar, literalmente. Con Nalé Roxlo, las más de las veces, con Eduardo Keller, con Roberto Mariani, con Brandan Caraffa y con otros más salíamos por las noches

sin rumbo cierto, en busca de la aventura. Salíamos a conversar, simplemente, pero a la espera, siempre, de encontrar a cada paso algo admirable o sorprendente... A veces no teníamos ni un centavo. Se trataba entonces de hallar a alguien que nos prestara un par de pesos, con la promesa de devolvérselos pronto... Por lo demás, dos pesos podía prestarnos cualquiera que trabajase... Resuelto este asunto, preparábamos la jornada. (Palacio, 1968, p. 133)

Así –recuerda Irazusta (1975d)– recalaban en el Royal Keller, “donde todos los jóvenes nos encontrábamos con más frecuencia, como en campo neutral. Allí íbamos escritores, pintores, escultores y trasnochadores de toda denominación. Ernesto Palacio, Conrado Nalé Roxlo, Pablo Suero, Carlos Muñoz (el futuro Carlos de la Púa), Pedro Herreros y tantísimos otros que no puedo recordar de improviso, llenábamos el local con nuestras discusiones poniendo en solfa las cosas serias y filosofando sobre las ridículas, como les es habitual a los jóvenes” (p. 69).

Junto al Royal Keller aparecían otros lugares nocturnos, como la “Peña de la Cosechera” y, en particular, “los cafés” como ámbito privilegiado de encuentro: “Abundaban los cafés. De Avenida de Mayo y Florida hasta el retiro, había por lo menos un café por cuadra, y no de cualquier clase, sino con orquesta. En Sarmiento, junto al cine había uno, y otro en la esquina misma de Corrientes” (Palacio, 1968, p. 132). Esto mismo fue rememorado por otro contertulio: “Andábamos con músicos, pintores, arquitectos y un razonable número de los locos que marchaban sueltos por El Seminario, La Brasileña, El Aue’s Keller, El Tropezón, el Petit Café, o los múltiples cafés de los barrios” (Petit de Murat, 2011, p. 252).

En el transcurso del día, la actividad se trasladaba a otros ámbitos: Hacia fines de 1921 habíamos logrado... organizar el servicio, de modo que podíamos comer en casa sin tener que ir a los restaurantes para el almuerzo y la cena. Nuestro “Falansterio”, siempre muy visitado, se convirtió en uno de los lugares más frecuentados por los jóvenes escritores. Palacio, Nalé, Suero, Méndez Calzada, no dejaban pasar muchos días sin aportar por allí. Las reuniones que se armaban espontáneamente eran de las más divertidas. Enrique Méndez Calzada era humorista profesional en sus escritos, pero más bien

taciturno de palabra. Nalé Roxlo y Ernesto Palacio desplegaban para nosotros el ingenio que mostrarían al público en sus obras. (Irazusta, 1975d, p. 78)

Ese rasgo de Palacio aparece, en distintos relatos, como característica de su personalidad y otras veces como parte de anécdotas, como la de la peña del Tortoni, cuando una disertación parecía extenderse en demasía y fue interrumpida intempestivamente por estos versos: “Señor García Sanchíz / A esa horrenda perorata / - Aquí la llamamos lata / ¿Cómo se llama en Madriz?”. El expositor español acusó recibo y apresuró el fin de su exposición (Tangino, 16 de julio de 1971).

El recorrido realizado hasta aquí nos permite subrayar la importancia de estos años formativos, en los que trabó amistades duraderas, adquirió sensibilidad e ideas, gestos típicos y obsesiones temáticas o rasgos de personalidad que incidieron en su trayectoria. En la mayoría de las reconstrucciones existentes hasta el momento, las cuestiones reseñadas, con sus ámbitos, relaciones y lecturas suelen ser pasadas rápidamente como mero antecedente. Sin embargo, consideramos que resulta importante recuperar la densidad y la entidad de este período formativo inicial. Ello permite mostrar los cambios operados en los distintos grupos, con la incidencia de los contextos, entre los cuales no resultaron menores la Ley Sáenz Peña, la Primera Guerra, la Revolución Rusa y la Reforma Universitaria. Consideramos que, también, facilita la comprensión de vínculos y relaciones posteriores, más allá de los estrictos límites políticos o ideológicos.

Capítulo 2. El escritor: de la vanguardia al recuerdo

En este capítulo, presentamos a Ernesto Palacio en su faz de escritor. Sus inicios en revistas literarias, el trayecto desde sus primeros libros hasta llegar a la consagración como Premio Municipal en el año 1936 y sus intervenciones en el ámbito gremial en las asociaciones de escritores. En nuestro recorrido, incluimos, también, tareas de producción vinculadas a traducciones, así como planes editoriales que quedaron inconclusos, pero que expresaban sistemas de relaciones y proyecciones culturales.

En la vanguardia literaria

Palacio llevó su veta de ingenio y humor al grupo vanguardista de Florida. En su recuerdo, ese nombre no evocaba solamente las letras, sino espacios de sociabilidad: “La mayoría de las veces nos encontrábamos en la calle Florida que para mí se había convertido en una calle familiar” (Palacio, 1968, p. 133). Ese grupo tomaba distancia de algunos de sus mayores, como Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, a la vez que conservaba una relación de admiración y distancia con Lugones.

Como grupo se consideraban parte de los “argentinos sin esfuerzo” y cultivaban cierta crítica a la política realmente existente. Buscaban cierta originalidad americana, como se dejó ver en la polémica por el “meridiano intelectual de Hispanoamérica” con el grupo de escritores madrileños que postulaban la supremacía española en la materia. Algunos de ellos formaban parte de los grupos que en el ámbito universitario libraban batallas contra la hegemonía positivista. De esa última experiencia, como se ha consignado con anterioridad, venía Palacio, quien participó con sus compañeros de *Martín Fierro* de “la vis polémica, las admiraciones compartidas y los enemigos denostados” (Devoto, 2003, p. 158). Este paso constituyó una marca importante en la construcción de su imagen pública, siempre reiterada en sus presentaciones y hojas de vida, así como en sus recuerdos.

La historiografía literaria argentina lo recuperó frecuentemente como parte del grupo promotor de la revista *Martín Fierro* (Prieto, 1969). También apareció en la mayoría de las memorias o testimonios de los participantes. Al hacer la historia del grupo, Córdova Iturburu (1962) escribió:

Cuando en el verano de 1923 a 1924, convocados por Evar Méndez y Samuel Glusberg, nos reuníamos en su alrededor, en la Cosechera de la Avenida de Mayo y en el Richmond de Florida, Ernesto Palacio, Conrado Nalé Roxlo, Pablo Rojas Paz, Luis Franco, yo y algunos otros, para tratar el proyecto de la publicación de un periódico, no solo no sospechábamos la importancia que ese periódico iba a alcanzar con el correr de sus números sino que ni siquiera teníamos ideas muy claras acerca del criterio directivo o el rumbo estético con que habría de aparecer. (p. 7)

El director de la revista, Evar Méndez (1927) anotó:

Son poetas la mayoría de sus redactores fundadores: Oliverio Girondo, Luis L. Franco, Conrado Nalé Roxlo, Ernesto Palacio, y la casi totalidad de sus colaboradores sucesivos. Dentro de una variada escala de matices está representada la más brillante juventud intelectual, cuyo núcleo activo forman poetas nuevos de tendencias modernas o los de filiación estética más avanzada. (pp. XII-XVII)

Entre los escritores, figuraron Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Francisco Luis Bernárdez, Raúl González Tuñón, Ricardo Molinari, Eduardo Mallea, Eduardo González Lanuza, Francisco López Merino. Junto a ellos, se movieron un grupo de plásticos, arquitectos y dibujantes. Entre los primeros, Emilio Pettorutti y Xul Solar. Entre los segundos, el más saliente fue Alberto Prebisch. Entre los terceros, el hermano de Ernesto, Lino.

Tiempo de contiendas literarias, reales o imaginarias, lo cierto fue que “se atribuye a Ernesto Palacio, hombre entonces de Florida y que firmaba en el periódico *Martín Fierro* con el seudónimo de Héctor Castillo, la invención de la fórmula Florida-Boedo” (Centro Editor de América Latina, 1972, tomo III, p. 1332).

Borges (1999) sostenía que todo había sido fraguado:

El grupo de Florida representaba el Centro y Boedo el proletariado. Yo hubiera preferido pertenecer al grupo de Boedo, considerando que escribía sobre el viejo Barrio Norte y los conventillos, sobre la tristeza y los ocasos. Pero uno de los dos conjurados (eran Ernesto Palacio por Florida y Roberto Mariani por Boedo) me informó que yo era un guerrero de Florida y ya no quedaba tiempo para cambiar de bando. Todo aquello estuvo amañado. Algunos escritores –por ejemplo Roberto Arlt y Nicolás Olivari– pertenecían a los dos grupos. Actualmente algunas universidades crédulas toman en serio esa farsa. Pero en parte fue un truco publicitario y en parte una broma juvenil. (p. 26)

Frente a esta versión, importa “observar el papel preeminente que la misma otorga a Ernesto Palacio... agresivo polemista que encarnaba bien el clima de la publicación” (Devoto, 2003, pp. 158-159).

Irazusta (1975b) recuerda que Palacio “había colaborado en Martín Fierro con epitafios y ovillejos, que culminaron en la bellísima Elegía al Aue’s Keller” (p. 17):

¡Mejor quedar sin diagonales
que recurrir a estos extremos!
cerrado el Aue’s Keller, ¿dónde refugiaremos
hermanos poetas, nuestras bacanales?

¿Dónde celebraremos la cena consiguiente
cuando uno de nosotros publique un volumen?
¿Qué podemos hacer, en resumen,
sino desesperarnos vanamente
y maldecir al destino y al Intendente?

¡Cuántas generaciones de poetas
Coronaron tus mesas, bebieron en tus vasos!
Cuántos sonetos y cuartetos,
ansias, secretos y fracasos!...

Encrucijada de tres caminos:
el de la muerte, el del olvido y el de la gloria,
guarda tu historia la clave de muchos destinos
en el conjunto de voces profusas
que dominaron a tu ampara el contrapunto
de Baco y las musas.

En tu pequeño universo
no sólo hubo sitio para el verso:
juntarse en admirable confusión
el elemento más diverso
bajo una idéntica pasión.
Junto a la gente rubia y roja de Baviera,
el escritor anónimo de larga cabellera,
el dandy de sociedad,
el comerciarte y el hortera...
Tu alma hacía con ellos una alegre unidad,
tu era alma era
toda fraternidad.

El cabaret nos absorbía;
íbamos a la vieja casa muy raras veces...
¡Recién te comprendemos cuando desapareces,
hogar de nuestra adolescencia, cálido hogar,
y nuestra queja lastimera
es la del hijo pródigo cuya casa familiar
se hundió durante sus andanzas de calavera!

¡Ah, si yo fuera Rockefeller
Te rescataría, mi amado Aue's Keller!...
Pero como no tengo nada
más que el traje que llevo puesto,

y como las lágrimas no pagan impuesto,
me libro de la deuda sagrada
componiendo esta elegía en mi manera
atrabiliaria a fuer de sincera:
la escribí, a falta de lira enlutada,
con un moñito de crespón en la lapicera. (Castillo, 1924b, pp. 2-3)

Sus intervenciones iban firmadas con seudónimo. Según César Tiempo (1976), esto se debía a lo siguiente:

Ernesto Palacio, que nunca le dio importancia a su importancia, a la importancia de llamarse Ernesto, prefirió en sus primeras escaramuzas ser Héctor Castillo (un castillo es siempre un palacio más moderado) y con ese nombre escribió páginas agudas y divertidas sobre las que el tiempo quiere pasar su esponja y no puede (p. 42).

Junto a su compañero de andanzas en las filas libertarias, Nalé Roxlo, se ocupó de unos epitafios orientados a zaherir a escritores o figuras del mundo porteño. “Palacio era el más chisporroteante, el más alegre y desaprensivo de todos, doctor en sornas y facecias” (Tiempo, 1976, p. 42). Esta perspectiva, fue repetida por Viñas (octubre de 2000):

Ernesto Palacio, entendámonos: el humorista de la revista *Martín Fierro*, el más diestro autor de epitafios despiadados, que supo aliar el vanguardismo cosmopolita con las insolencias barriales, fascinando a Jorge Luis Borges y provocando envidia hasta al mismísimo Oliverio Girondo.

Entre los epitafios, tenemos los dedicados a escritores. En el número 12-13 de *Martín Fierro*, firmó como “hijo de H.C.” los versos que le dedicó a Pedro Miguel Obligado (Castillo, 1925a). En el siguiente, en la sección Epigramas arremetió contra Héctor Díaz Leguizamón, Córdova Iturburu y Juan J. Soiza Reilly (Castillo, 1925b). En otras entregas, dedicó versos satíricos a Manuel Gálvez, a Alfredo Bufano y a Ricardo Rojas. Pasado el tiempo, Palacio se arrepintió de estas traviesas y aviesas

intervenciones, aunque conservó esa habilidad y, entre sus papeles, los números de la revista en los que había participado.⁹

No concluyeron allí los aportes de Palacio a la revista, ya que realizó una serie de traducciones con fragmentos de Jean Giraudoux (Palacio, 1924c, p. 4) y la “Oda a Proust”, de Paul Morand (Palacio, 1924d, p. 5).

En el tramo final de la publicación, sus intervenciones fueron espaciándose, aunque siguió formando parte de ese ámbito, como lo muestra la reseña del número 36 de diciembre de 1926, con su participación en el homenaje a Ricardo Güiraldes con motivo del éxito de *Don Segundo Sombra*.

A partir de estas intervenciones en poesía, podemos filiarlo al modernismo; mediante los epitafios, participó del espíritu ironista del grupo; y con sus traducciones del francés, puso en movimiento sus conocimientos de la lengua, así como dio continuidad al trabajo emprendido con el material de Barbusse. Cabe señalar que no intervino decisivamente en cuestiones más estratégicas o centrales en cuanto al posicionamiento cultural de la revista.

En estos años, Palacio se mostró áspero: no tiene conflicto en confesar que rehúye las malas compañías, a los tontos y, si alguno de sus amigos se le torna ingrato, corta por lo sano y le retira el saludo (Castillo, 1924e, p. 51). A quienes conservan su “selecta” amistad, les obsequia un trato fino y agradable. Entre ellos, encontramos a un poeta con el que va a trabar sólida relación: Lisardo Zía. Con él coincidió en un ambiente de bohemia, jolgorio poético y encuentro de las figuras principales del mundillo vanguardista porteño, como lo fue La Peña del sótano.

En ese ambiente, una noche, Zía comentó el libro *La tierra de los papagayos*, de su socio literario, amigo y coprovinciano Armando Cascella, que también comenzaba su carrera literaria en Buenos Aires. Se fue configurando una red de relaciones que tuvo larga vida en la literatura y en la política nacional. Desde este vínculo, nació una práctica inscripta en un espacio de confluencia ideológica, encarnada en el periodismo y desplazada después al plano político. Nos referimos a la experiencia de *La Fronda*, en la que Zía fungió como “padrino” de Palacio para su ingreso a la redacción, y que retomaremos más adelante.

⁹ Números 1 al 4, 12-13 y 14-15. Esa selección puede obedecer a que en las primeras entregas tiene varias intervenciones; en la 12-13 fue incluida una foto en un homenaje a J. Supervielle, en la que apareció en primer plano; y en la 14-15, por una crítica favorable al libro de Nalé Roxlo titulado *El grillo*, posiblemente originado en su pluma.

Como vimos, de la generación anterior, Palacio frecuentaba a Lugones. El poeta lo recibía en la Biblioteca del Maestro. Por ese tiempo, se acercó hasta allí para “reprocharle su famoso discurso de Lima sobre ‘la hora de la espada’”. Sin embargo, no logró persuadirlo de cambiar de posición: “mis tentativas de salvación fueron inútiles”. Firmaron un pacto de sangre, que Palacio respetó: “Creo que llegamos a una solución de emergencia, según la cual yo debería perdonarle sus errores políticos en gracia a sus versos” (Palacio, 1950a, p. 17).

César Tiempo (1976) consignó como “cosa curiosa” el hecho de que “son muy pocas las fotos que registran las reuniones del grupo Martín Fierro en las que aparece Ernesto Palacio”, y se pregunta: “¿indiferencia a la notoriedad, a la promiscuidad del catálogo, a la poesía de lo inservible?” (p. 42). Al repasar la *Exposición de la actual poesía argentina*, curada por el mismo Tiempo y Vignale (1927), podemos prolongar esa pregunta. En ella, aparecieron Córdova Iturburu, Rega Molina, González Lanuza, Marechal, Borges, Olivari, Bernárdez, R. González Tuñón, R. Molinari, la mayoría de sus compañeros de *Martín Fierro* y no figuró Palacio. En la revista, dedicaron una cobertura que destacaba perfiles de colaboradores incluidos en la Exposición (28 de marzo de 1927, pp. 320-321), y en el número siguiente señalaron “nuevos poetas jóvenes que no figuran en la Exposición”, donde incluyeron a Petit de Murat, Juan M. Villarruel y Augusto M. Delfino, obviando a nuestro autor (28 de abril de 1927, p. 332). Palacio conocía muy bien a Tiempo y a Vignale. Los tres escribieron en *Martín Fierro* y se frecuentaban. No podemos asignarlo a falta de conocimiento o escaso reconocimiento de su valor poético. Quizá haya incidido la falta de un libro que reuniera sus piezas. O ¿tendremos que buscar las razones profundas en un cambio de conciencia? ¿Había comenzado el cuestionamiento hacia la vanguardia literaria? ¿Era esa la razón por la que se negaba a ser incluido en una antología que lo único que hacía era estimular la vana fama de un grupo al que pasaba a considerar superficial y del que quería tomar distancia y desprenderse? Algunas intervenciones de ese momento dan crédito a esta hipótesis.

En la “Carta a un joven poeta”, publicada por la *Revista de América, Órgano de la juventud*, de Carlos Erro, Leónidas de Vedia y Enrique Lavié y en la que colaboraban Mallea, Rojas Paz, González Lanuza, Marechal y Bernárdez, Palacio (1925c) avanzaba sobre los argumentos de crítica al vanguardismo literario:

Entonces empecé a comprender algo que debía haber sospechado mucho antes, es decir, que había contribuido simplemente a formar una capilla nueva y que todos los ideales que al principio nos apasionaron se subordinaban en definitiva a mezquinas cuestiones de política literaria. Vi claramente que la exaltación vanidosa y el culto del éxito se sobreponían a todo motivo de índole superior y cómo, ya en franca bancarrota de óptica colectiva, se elogiaba a figuras mediocres en detrimento de otras que no pertenecían al grupo. (pp. 36-37)

Palacio sufrió la escasez de dinero, cosa que no ocultaba. La pertenencia a ese patriciado empobrecido asentado en la Capital no actuó como freno inhibitorio para retomar la cuestión de manera jocosa una y otra vez. Los ámbitos de sociabilidad que frecuentaba eran los que ofrecía la ciudad a cierto sector: las peñas y los cafés, propios de la bohemia y la vida urbana común (Palacio, 1968, p. 50). Esas condiciones materiales lo empujaron a tomar un empleo tempranamente, a diferencia de sus amigos, como los Irazusta, que se encontraban o bien en una larga estancia europea estudiando sistemáticamente, tal el caso de Julio, o bien salpimentando política y visitas académicas, tal el caso de Rodolfo.

Mientras proseguía sus estudios, comenzó a trabajar en el matutino *La Fronda*. Se trataba de un medio que salía en formato tabloide y era la continuación de *La Mañana*, propiedad de Francisco Uriburu.¹⁰ Se trataba de una hoja combativa, inserta en la saga antiyrigoyenista. No sin razón se lo consideró como una especie de cuna periodística del nacionalismo uriburista (Ibarguren, 1970, pp. 36-37). Esos medios periodísticos venían de apoyar la reforma saenzpeñista y el impulso a la organización de una formación conservadora como lo fue en sus orígenes la Democracia Progresista. Tras el triunfo radical de 1916, Francisco Uriburu encarnó posiciones opositoras. Apoyó la confrontación con Alvear en las elecciones de 1922 y promovió el Frente Único para impedir el retorno de Yrigoyen.

La Fronda fue dirigida por Justo Pallarés Acebal y allí colaboraban los hermanos Alfonso y Roberto Laferrère, cuyo padre además de escritor era líder de la

¹⁰“Pancho” Uriburu actuó en la revolución de 1890. Acompañó la reforma de Sáenz Peña. Buscó organizar las fuerzas conservadoras en la provincia de Buenos Aires y participó del diseño de la fórmula Lisandro de la Torre-Carlos Ibarguren para el año 1916. Opositor a Yrigoyen. Fue diputado. Promovió el Frente Único para oponerse al retorno de Yrigoyen al gobierno. Era primo de José Félix Uriburu.

Asociación Popular, agrupación conservadora alineada con los grupos de conservadores de base agraria, apodados “vacunos”, que tenía su sede en la calle Corrientes frente al Círculo de Armas, espacio de sociabilidad de la dirigencia política de la época. El diario alojó expresiones minoritarias del movimiento estudiantil, que se reunía en su sede para organizar acciones callejeras. Hacia 1924, Palacio se unió al staff del diario (Palacio, 1968, p. 50). El ambiente que se respiraba en la redacción era el del liberalismo conservador, con ciertos rasgos tradicionalistas.

Podemos inferir algunas intervenciones suyas en ese medio. Por ejemplo, tras el discurso de Ayacucho de Lugones, *La Fronda* tomó distancia del poeta por “su entusiasmo por las guerras, los cañones, bronces, hierros, platas y demás metales” y señaló que su exaltación de los gobiernos de fuerza ya había sido formulada por los “contemporáneos del mamut”, por lo cual su autor, “descentrado siempre, al evolucionar retrocede” (Tato, 2004, p. 147). Del mismo modo fustigó “sus posturas sibilinas” que anunciaban la “bancarrotta de la democracia”, que condenaba a muerte a la “ideología liberal del siglo XIX” y que afirmaban que la “patria ha sido más fuerte que la humanidad y la fuerza más eficaz que el derecho”. El artículo consideraba que sus ideas tenían un “valor artístico”, valían “por su ropaje, no por su contenido sustancial”, eran “el ornamento de una actitud, no la expresión de una conducta ni el articulado de una convicción”. Se reflejaba allí la posición que había comprometido Palacio en su conversación recriminatoria con Lugones y que luego asumieron los autores de la revista *Martín Fierro* para con el poeta (Devoto, 2003, p. 156). El diario conservó, en ese momento, una posición incommovible en defensa del liberalismo, la república y la democratización.

Junto con sus incursiones en las vanguardias literarias, Palacio completó sus estudios de abogacía en el año 1926. Poco después, andando el año 1927, participó de una numerosa y heterogénea sociabilidad política de –según la descripción de un compañero de ruta– “católicos tradicionales, o conversos recientes, maurrasianos, conservadores, antipersonalistas e yrigoyenistas, nacionalistas de actuación flamante y empíricos puros”, con un aire generacional compartido, pero de “propósitos... dispares” que tenía entre sus objetivos inmediatos la salida de un periódico (Irazusta, 1975b, p. 176). Vuelto de Europa, Rodolfo Irazusta estaba entre los convencidos de la idea, motivado por la próxima contienda electoral. Palacio, que ya trajinaba el periodismo y frecuentaba a Julio Noé y a Alfonso de Laferrère, hombres de la generación anterior y promotores de la publicación *Política*, tenía esa misma disposición anímica.

Palacio venía elaborando un sistema de ideas de corte elitista. Motivado por el rechazo a la revolución igualitaria –cuyos vientos soplaban desde la Unión Soviética y se radicaban en la literatura social de sus “antagonistas” de Boedo– y como abjuración de un pasado juvenil que buscaba enterrar, reclamaba cierto orden jerárquico. La ocupación de la ciudad por parte de los sectores medios en ascenso, representados políticamente por el radicalismo, fue percibida como pérdida de la familiaridad y la personalización de la Buenos Aires de su infancia y adolescencia. Sus orígenes sociales y el desplazamiento del comando político del país de lo que se consideraba el patriciado, que para ese momento se confundía con el conservadurismo político y social, lo llevaban a la crítica de los efectos de la ley Sáenz Peña y al rechazo del igualitarismo político.

En el orden estético, el vanguardismo del que ahora abjuraba profería, también, cierto aire aristocrático. La frecuentación de la literatura “contrarrevolucionaria” o la lectura en esa clave del material que llegaba a sus manos, así como la incorporación del “realismo político” con sus llamados a la acción, hervían en esta personalidad dada a cierta efervescencia y actitud militante. Esa confluencia de elementos iba configurando un rasgo que Palacio consideraba de distinción y que iba a ser aplicado, no de manera sistemática pero sí bastante insistente, a distintos campos.

Una expresión de esas ideas la encontramos en una conferencia brindada por Palacio en la Sociedad de Conferencias el día 26 de julio de 1927. El título de la intervención versa sobre “Las revoluciones literarias”. Tuvo una importante cobertura por parte del diario *La Nación* (27 de julio de 1927) y fue recogida, más tarde, en su primer libro. En su disertación, Palacio embistió contra el espíritu moderno en literatura, encarnado en el romanticismo, con su entronización del individuo y el sentimiento como centros de la vida. Recuperaba a Borges y a Mallea entre los autores locales, y a Valery y Cocteau como referentes europeos. Hablaba, a su vez, de “continua revuelta anárquica” y, en el plano doctrinario, afirmaba que “espíritu moderno es sinónimo de error moderno”. Y concluía en términos de arenga: “Frente al espíritu moderno, frente a las equivocaciones del sentimiento y la anarquía desencadenada, urge el frente único de los mejores, que están, sin duda, presentes en este cultísimo auditorio” (Palacio, 1929, pp. 43 y ss.). Según *La Nación* (27 de julio de 1927), los ecos en “el nutrido y selecto auditorio” fueron de “repetidos aplausos”. La intervención generó en la revista *Martín Fierro* la reacción de dos de sus colegas. Eduardo González Lanuza (15 de julio de 1927) lo acusó de:

Rebuscamiento ideológico de un perpetuo *snob* que, mariposeando sobre todos los temas, abomina del revolucionarismo, solamente porque en estos momentos “es bien” lucir las camisas negras del fascismo. (p. 364)

Por su parte, Raúl Scalabrini Ortiz (15 de julio de 1927) cuestionó el carácter reaccionario de la intervención y sostuvo, por el contrario, lo siguiente:

A los pies del orador arrugado como un pellejo vacío, yace el espíritu de la época más interesante de la historia, el espíritu del hombre que realizó la fantasía de Ícaro que desenterró para infundirles una vida nueva a las etapas pretéritas del globo, el espíritu del hombre que sobre los cadáveres de diez millones de semejantes ha fundado la esperanza de una vida mejor. (p. 3)

También en la revista *Nosotros*, Villalobos Domínguez (julio 1927) envió una Carta Abierta a Palacio en la que comentaba críticamente la intervención.

Rupturas

Esa experiencia juvenil, que podemos considerar la etapa formativa de su personalidad intelectual, marcó su trayectoria, más allá de los cortes con ese pasado que el autor gustó subrayar en sus análisis retrospectivos.

La primera y más significativa de esas “rupturas”, así como la más señalada entre quienes se han ocupado de su figura, se relacionó con el abandono del elitismo literario de las vanguardias, a la que hemos hecho referencia. Hacia 1926, se inició un cambio en la reflexión y posición de Palacio con respecto a la literatura y la política, que implicó un distanciamiento crítico de las prácticas anteriores. Fue el inicio de una serie de desplazamientos: de las vanguardias literarias a la política; de las revistas de letras al periodismo; del lirismo culturalista al nacionalismo; del agnosticismo a la fe de sus ancestros.

En el primer campo, vivió la decepción de las capillas y sus revoluciones literarias. Palacio las quería reales, y para ello solo visualizaba un camino: el compromiso en la política. Por ello, fueron disminuyendo sus intervenciones en *Martín Fierro* y aumentando las vinculadas al periodismo político. Las lecturas de los clásicos,

así como de los autores de la reacción europea del siglo XIX y el acceso en su lengua de origen a Daudet, Maurras, Bainville, autores filiados a Acción Francesa, fueron haciendo tambalear el sistema de creencias en el que se había formado. Los procesos de renovación del catolicismo que se estaban produciendo en el país conformaron otro espacio de reflexión y lecturas. En ese tránsito, tuvo tres interlocuciones diferenciadas.

La más rescatada por la historiografía refirió a la aproximación a César Pico (Irazusta, 1975d, p. 17; Zuleta Álvarez, 1975, p. 203; Barbero y Devoto, 1983, p. 71). Este médico, mayor que él, se inscribía en el movimiento neotomista y había sido uno de los fundadores de los Cursos de Cultura Católica por el año 1922 y escribía en el diario *La Fronda*, donde coincidió con Palacio. Más allá de esa relación, Palacio participó de los cursos y, de esa manera, se vinculó a una red más amplia y a las lecturas provistas en ese ambiente, en el que tenía fuerte peso Jacques Maritain (1926a y b), a quien citó profusamente en distintos ensayos y a quien leyó con detenimiento con motivo de las amonestaciones realizadas a Maurras por parte de la Iglesia Católica.

Este autor influía, desde hacía tiempo, en las filas de los intelectuales católicos, gracias a los intercambios crecientes entre los Cursos de Cultura Católica y el Centro Católico de París. Recordemos que, desde agosto de 1922, los Cursos actuaban como espacio paralelo de formación a las instituciones estatales. Su temática central era de carácter teológico y filosófico, pero entre los años 1928 y 1930 no faltó la politización de este espacio. Además del citado Maritain, circulaban los textos de Papini, Claudel, Péguy, Chesterton, Belloc y Dawson; y por fuera de los autores de las corrientes renovadoras del catolicismo, se encontraban otras lecturas “heterodoxas”, como las propuestas por Berdiaieff, Barrés, Maurras, Bainville y Spengler (Buchrucker, 1987, p. 48). Podemos inferir, también, alguna participación de Palacio en el Convivio, subestructura de los CCC, en el que convergieron varios de los escritores de la vanguardia amigos suyos, como Borges y Marechal (Zanca, 2012, pp. 199-202; D’Avila de Oliveira, 2014, pp. 129-144).

La segunda interlocución se debió a la relación sentimental de Palacio con una descendiente de irlandeses, Susana Hudson, católica practicante y con quien se comprometió por Iglesia en el año 1924, convertida más tarde en su esposa y madre de sus hijos. El proyecto compartido de conformar una familia, según el patrón del catolicismo de la época, constituye otra pieza clave en su proceso de regreso a la religión familiar.

La tercera interlocución provino de su relación personal con el sacerdote jesuita Leonardo Castellani y el nacimiento de una admiración mutua y una amistad duradera a lo largo de décadas. El intercambio de lecturas y materiales, así como conversaciones orientadas no solo a la espiritualidad cristiana, hacían de ese vínculo un estímulo a la reflexión continua junto a la apertura de espacios al interior de las publicaciones católicas.

Así, el regreso al catolicismo no se reflejó tan solo en las prácticas regulares del culto, sino también en un rearmado ideológico del escritor y en un posicionamiento para la práctica política autonomizado de toda estructura jerárquica. La vivencia de la fe fue conciliada con su estatus de intelectual y con decididas inclinaciones a la actuación en el orden temporal. Esa modalidad, con un nivel de libertad significativo, señaló un modo particular de inserción en la vida pública argentina.

Este desplazamiento supuso también un cambio en la conducta de Palacio y en la expresión de sus ideas. Fin de la noche y la jarana. Exámenes de conciencia y búsqueda de una disciplina en la vida cotidiana que lo ayudaran a “producir”, lo que para él significaba escribir. Cambios en el estilo: de un tono alegre e ironista en la escritura hacia un tono serio y severo, por momentos tajante.

Es probable que a esa época corresponda el poema inédito titulado *Epitafio de un hombre ligero*, firmado por Héctor Castillo (1927):

El mortal a quien han puesto
al pie de este signo santo,
prefirió a la lucha el canto
y la sonrisa al denuesto.
En la vida, ante su gesto,
dijo la gente severa:
“Tienes un alma ligera”
(pues solo un humo veía
que hasta los cielos subía)
El, apenas, sonriera...

Nadie sospechó el calor
que guardaba, como un nido,
su corazón encendido
en el más sublime amor.
Así, solo, entre el hervor
pasional de la ciudad,
engañó la soledad
que con todo su universo,
jugando al azar del verso
sus ansias de eternidad.¹¹

Además del gesto personal ético y político de distanciamiento con sus grupos de referencia en la república de las letras, se fueron abriendo otras diferencias en el grupo vanguardista, en el ámbito de la república real. La principal se produjo por las disidencias políticas que vivía el país: el radicalismo dividió aguas y mucho más lo hizo la figura de su caudillo, Hipólito Yrigoyen, presto a volver al gobierno. Existe consenso en reconocer que el cierre de *Martín Fierro* se produjo por la decisión de un grupo de escritores de ese medio, encabezados por Jorge Luis Borges, de apoyar esa candidatura (García, 2005, Quesada, 2007). Nació así el “Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes”, integrado por Leopoldo Marechal, Nicolás Olivari, los hermanos González Tuñón, Francisco L. Bernárdez, Sixto Pondal Ríos, Ulises Petit de Murat, entre otros (Mastronardi, 1964, p. 243). Por fuera de la vanguardia literaria, del ambiente universitario y propiamente político se sumaron Homero Manzi y Arturo M. Jauretche (Galasso, 1985a, p. 181).

Así, el 15 de noviembre de 1927 desapareció *Martín Fierro*. La oposición a la maniobra de Borges la sostuvieron Evar Méndez, Gironde y Palacio.

Esos posicionamientos también fueron motivo de crítica en otros ámbitos. Desde *La Fronda* (28 de enero de 1928), salieron al cruce de la adhesión de Enrique Larreta a la candidatura de Yrigoyen y del lanzamiento del “Comité” de escritores.

¹¹ A partir de allí, el cultivo de la poesía quedará restringido al uso íntimo y familiar. Así se refleja en *Susana, Balada de las hijas, Balada heroica, Canción de Susanita ausente* ante el casamiento de su hija mayor y en los versos dedicados a su esposa recientemente fallecida (Carpeta papeles personales A.P).

En otros planos, como sucedió con ciertas publicaciones, esas distancias no resultaron tan tajantes. En marzo de 1928, salió la revista de orientación católica *Criterio*, bajo la dirección de Atilio Dell’Oro Maini, que se hacía eco de los Cursos de Cultura Católica. Palacio participó de esta empresa editorial en su doble condición de miembro de la vanguardia (como Borges, Mallea, Bernárdez, R. Molinari, Petit de Murat) y redactor de la publicación de orientación nacionalista *La Nueva República*, que venía publicándose desde fines del año 1927, como se desarrollará más adelante.

Criterio agrupó a muchos de los escritores que habían actuado en el martinfierrismo y que simpatizaban con una renovación de la expresión literaria. Aunque el grupo no terminaba allí, ya que incluía a escritores de la generación precedente, como Martínez Zuviría o Gálvez, además de algunos sacerdotes, como Castellani, Sepich y Meinvielle.

La revista constituyó otra vía de acceso a la producción filosófica cristiana de origen francés –en los textos traducidos y difundidos de Maritain, Gilson, Garrigou Lagrange, Massis o Bernanos–, británico –Chesterton y Belloc–, italiano –Giovanni Papini– o español –Ramiro de Maeztu–. En la poesía, recuperaban la obra de Paul Claudel.

En sus páginas, Palacio hizo el comentario del libro de Alfonso Laferrère titulado *Literatura y política*, lo vinculó a la prédica antidemocrática lugoniana y llegó finalmente a la conclusión de que existía un “movimiento” cuya punta de lanza estaría formada por *La Nueva República* y *Criterio*. Más allá del esfuerzo de asociación realizado por Palacio, los comentarios políticos de la revista eran mucho más moderados que los de los jóvenes neorepublicanos.

En agosto de 1928, Palacio comenzó a publicar una serie de notas críticas con relación a un trabajo de Ortega y Gasset titulado *La deshumanización del arte*, de 1925, en las que desgranaba argumentos en torno a la cuestión estética. Esas preocupaciones lo separaban del contenido concreto que Ortega ofrecía por ese tiempo en las conferencias de la Sociedad de Amigos del Arte, más vinculadas al surgimiento del hombre-masa y su poderío social, que al de los contenidos que venía a poner en cuestión Palacio.¹²

Tras una crisis con el censor eclesiástico de *Criterio*, apareció otra revista dirigida por Julio Fingerit, *Número*, que tuvo veinticuatro entregas, entre enero de 1930

¹² Esas problemáticas, en el trabajo de Ortega, databan de unos años atrás. Estos materiales fueron utilizados en su primer libro.

y diciembre de 1931. Palacio apareció desde el número 1 recuperando al autor contrarrevolucionario Joseph de Maistre (1930a) y desarrolló notas críticas sobre el romanticismo (1930b).

Trazos de una vida

El 27 de diciembre de 1928, Palacio se casó con Susana Hudson. Días antes, sus amigos le organizaron un banquete, como resultaba de rigor para la época, en el restaurante “Munich” del balneario, que ofrecía a diez pesos el cubierto fiambre, pollo sellado, ensalada mixta, copa melba y moka, servido con vinos Castel Morón y Río Negro Manú. Firmaban la convocatoria, entre otros: Francisco Uriburu, Atilio Dell’ Oro Maini, Rodolfo Irazusta, Álvaro Melián Lafinur, Alfonso de Laferrère, Juan E. Carulla, Justo Pallarés Acebal, Tomás D. Casares, Conrado Nalé Roxlo, Baldomero Fernández Moreno, Julio Irazusta, Pedro Miguel Obligado, Eduardo Mallea, Enrique Méndez Calzada, Roberto de Laferrère, César E. Pico, Jorge Luis Borges, Ignacio B. Anzoátegui, Raúl Jigena Sánchez y Francisco Luis Bernárdez.

La lista resultaba representativa, ya que reunía a sus compañeros de la facultad, amigos de *Martín Fierro*, cófrades del ámbito católico, colegas de *La Fronda* y de *La Nueva República*. En suma: confluencia de familiares, amistades, vanguardia literaria y nacionalismo. En la oportunidad, haciendo gala de su vena poética, compartió unos versos en los que se combinaban pliegues de su personalidad y etapas de su existencia: al humorista de la vanguardia se sumaba e integraba el católico promesante.

Pues sí, amigos, me caso. No es una gran hazaña

Donde exista en el mundo una ínfima cabaña

ya sabe su salvaje morador solitario

que el matrimonio es un invento necesario;

[...]

Pero lo que yo quiero decir ante esta mesa

es una confesión, un voto, una promesa.

La promesa. Ante todos mis buenos camaradas,

compañeros de tantas memorables jornadas,
juro que el matrimonio no hará de mi un burgués,
[...]

La confesión ahora, y en nombre de los dos:
nos casamos confiados en promesas de Dios.

Mi hogar está en sus manos y sólo en Él espero,
pobre como una rata, feliz como un jilguero. (Palacio, 1928)

Por esos años, su medio de vida era el ejercicio del periodismo en el diario *La Fronda*. El matrimonio vivió en la calle Córdoba 2509, departamento 10, casi Larrea. El 3 de julio los diarios capitalinos en la sección Obituarios se hicieron eco del fallecimiento del hermano de su esposa, Gustavo, a los 25 años, por una breve dolencia, hecho que produjo una conmoción en la familia y amistades. Sus padres, Alfredo Hudson y María Cecilia Urdapilleta, aún vivían.

Palacio se trasladó a San Juan, donde integró la intervención provincial. Su esposa, Susana Hudson, permaneció en la Capital Federal. En diciembre, nació el primer hijo: Ernesto. Le llegaron telegramas de felicitación: Capurro Robles y señora; Guido Lavalle y familia; Lino Palacio y su esposa Pupi; abuela Hortensia; la “Gitana”; Juanita y Zulema; Carlos Landó; Anita y flia.; Domingo, Amalia y chicos; Luís, Marta e hijo (Capurro Robles y otros, 13 de diciembre de 1930). Su padre envía este mensaje: “Encantadísimos los abrazamos y felicitamos. Alberto Palacio y Flia” (Palacio, A. y familia, 13 de diciembre de 1930). La familia Borges envía “intensas felicitaciones” (Borges y familia, 13 de diciembre de 1930). Su amigo Zía (13 de diciembre de 1930), dado a la astrología, le escribió: “Espero haya relojeado primogénito para horóscopo. Felicitaciones. Zía”. De *La Nueva República* (13 de diciembre) le llegó este mensaje: “Ciudadano nombrado hoy redactor. Calurosas felicitaciones. LNR”. Para Reyes bautizaron al niño y se repitieron los saludos.

A su regreso de San Juan, Palacio se instaló con su familia en un departamento en la calle Reconquista 611, unidad “B”, de la Capital Federal. Para sostener la situación, tramitó el ingreso a la docencia secundaria como profesor de Historia en la Escuela Comercial de Mujeres, y en los Colegios Nacionales Urquiza y Rivadavia de la

Capital Federal. En sus notas consignó: “Vengo a Buenos Aires y le pido unas cátedras a Uriburu” (Palacio, 1968, p. 50).

Luego vivieron unos años en una casa en San Isidro y a fines de los años treinta se trasladaron a otro departamento en la calle Córdoba. Siempre alquilando, lo que denotaba cierta fragilidad del soporte material de la familia.

Durante los años treinta, Palacio combinó la función docente en escuelas secundarias lo que le aseguró un ingreso fijo con la escritura y las traducciones por encargo.

Los primeros años de la década de los cuarenta fueron, en su recuerdo, los más difíciles en cuanto a necesidades materiales. Para ese entonces el matrimonio tenía cinco hijos: Ernesto, Susana, Gloria, Inés y Juan Manuel.

El primer libro

En *La inspiración y la gracia*, publicado por la editorial Gleizer, Palacio (1929) reunió “ensayos escritos en diferentes épocas” con aire confrontativo y un prólogo autocrítico sobre la experiencia vanguardista. En ese sentido, lo definió como “una obra de reacción”, de “tono polémico”, con “cierto desaliño guerrero”. El libro se centraba en la “esencia del arte”, ya que otros trabajos nacidos de la “copiosa tarea periodística repartida entre la política y la literatura” de esos años constituirían otros volúmenes “más importantes” anunciados en la contratapa del libro y que, según los editores, se encontraban “en prensa”. Se referían a la publicación de *Crítica literaria y De la inteligencia como servicio público* (Colección La Nueva República) y a la preparación de *El héroe y el número*, que nunca aparecieron como tales.

En ese prólogo, Palacio señalaba que el libro agrupaba una serie de ensayos escritos “durante el proceso de una formación intelectual”. En la primera parte, incluyó una “especie de manifiesto” que aplicaba “hacha y machete” para terminar con la “vegetación viciosa que constituyen las ideas de la época”, ilustrativas de una nueva estación de su pensamiento de carácter autoritario y nada dialoguista. Afirmaba allí que, si esas armas caían sobre “la cabeza de algún sembrador de cizaña... tanto mejor”. De manera tajante, escribió: “El autor cree que el reinado burgués de la tolerancia debe darse por terminado y que la Verdad tiene derechos de vida y muerte sobre los hombres”. Esos avances se complementaban con citas de Joseph de Maistre que

justificaban la existencia de los verdugos y reducían la prédica de Jesucristo al *non pacem, sed gladium*. Esa profesión de fe concluía de manera terminante con este párrafo:

El autor cree, por consiguiente, que la vida del católico es, en sentido estricto, una milicia; y sólo en ella encuentra, con la obediencia a su vocación, la paz espiritual. Cree además que la época de las cruzadas contra los infieles debe continuar hasta el fin del mundo y terminará con el advenimiento del Vencedor supremo. Por eso pone su obra bajo la advocación del venerable Pedro el Ermitaño, predicador de la Guerra Santa. (pp. 7-8)

En el primer texto, que daba título al libro, Palacio incursionaba en la teoría de la poesía señalaba la contradicción siguiente: cuánto más se sabe de ella y más conceptualizaciones se realizan sobre ella, menos producción poética existe. Citaba a Maritain (1926b):

El arte simboliza con la gracia. Entre el mundo de la poesía y el de la santidad hay una relación de analogía: tomo esta palabra en toda la fuerza que le dan los metafísicos, con todo lo que significa para ellos de parentesco y de distancia. Todos los errores provienen de que no se sabe ver esta analogía: unos inflan la similitud, confundiendo la poesía con la mística; otros la extenuan y hacen de la poesía un oficio, un arte mecánico. (Palacio, 1929, p. 152)

Munido de este encuadre, que citaba como apéndice, Palacio descartaba las posiciones de Bremond (poesía-mística) y de Valery (poesía-oficio) y rechazaba el romanticismo, padre de todos los “errores” en cuanto promotor del subjetivismo y de la inspiración como motor de la poesía (pp. 11-28).

En otro pasaje, repasaba las etapas de su pensamiento. En un primer momento, con confianza y expectativa: “Tenía ya entonces una idea clara de nuestra condición de colonias intelectuales; pero aspiraba a una emancipación. Creía que nuestro país estaba maduro para la cultura y esperaba que por obra nuestra el espíritu nacional se iría definiendo con características propias” (p. 143). Recuperaba el clima de entusiasmo reinante: “la agitación que a mi alrededor sentía parecía, como a muchos, síntoma seguro de un renacimiento. El rótulo de ‘nueva generación’ obstinadamente enarbolado

por dos o tres periódicos gritadores bastaba para comunicarme la ilusión de fuerzas latentes que no tardarían en manifestarse” (p. 144).

Luego, la creencia en la idea refundacional: “creía que nuestra juventud marcaba la iniciación de una época, que éramos representantes de un espíritu nuevo en lucha por encontrar su forma” (p. 144). Hacía referencia a la fundación casi simultánea de “dos o tres revistas de ‘vanguardia’ que, desde los primeros números, en manifiestos henchidos de candoroso filosofismo y con muchas más palabras de lo que hubiera sido necesario, declararon considerarse poco menos que obras de urgencia nacional y salvadoras de nuestra cultura”, en las que participó para luego desilusionarse: “al cabo de dos años de frecuentar los periódicos de vanguardia hube de desengañarme por completo. Una instintiva reacción contra la borrachera de mutuo elogio y otras orgías verbales que en los mencionados cenáculos se estilaban llevóme a contemplar desde afuera el panorama de la nueva generación” (p. 143).

Concluía, entonces, de una manera terminante, que había “contribuido simplemente a crear una capilla nueva y que todos los ideales que al principio nos apasionaron se subordinaban en definitiva a mezquinas cuestiones de política literaria” (p. 145).

En la república de las letras

La red de relaciones nacidas de la intensa experiencia vanguardista ubicó a Palacio de manera duradera en el seno de la elite letrada porteña. Ello se reflejaba, para comienzos de los años treinta, en la reproducción de materiales suyos en los principales diarios y revistas, en la participación en reuniones literarias y gremiales, así como en la recepción de premios como reconocimiento a su obra.

Cabe mencionar, por ejemplo, sus publicaciones en medios gráficos como *El Hogar* o el diario *La Nación*, sus éxitos literarios, además de su inserción significativa en el grupo *Sur* y su participación en el ámbito de la SADE.

Entre sus colaboraciones en el diario *La Nación*, se destaca el artículo “Situación del hombre de letras”, de 1933, en el que ponía en cuestión el lugar social y político de los intelectuales en el mundo contemporáneo. A partir de una evaluación crítica de la experiencia de la república española de ese momento, se inclinaba por “la disciplina de los campamentos, de los negocios y hasta de los comités” que produce “tipos humanos

muy superiores, en cuanto a capacidad directiva, por poseer una armonía mayor de cualidades intelectuales, morales y físicas” (Palacio, 19 de marzo de 1933).

Por su parte, publicó en *El Hogar*, revista de la “alta burguesía porteña” (Petit de Murat, 2011, p. 121), un texto titulado *Los libros esenciales*, en el que afirmaba que la avidez por la “cultura” no podía ser satisfecha con una regla fija de lectura, ya que “cada vocación necesita determinadas lecturas, y no otras”, los consejos en esa materia valían solamente si eran de “carácter de referencias bibliográficas sobre tales o cuales puntos concretos” y, por lo tanto, recomendaba leer “solamente aquellos por los cuales se sientan ‘atraídos’. Esta inclinación vale mucho más que cualquier dictamen pedantesco. Mejor dicho, es lo único que vale” (Palacio, 24 de febrero de 1933).

Palacio resultaba una figura reconocida en el espacio intelectual. En la revista *Nosotros*, Baldomero Fernández Moreno le dedicó unos versos, bajo el título “A Ernesto Palacio, que firma a veces Héctor Castillo”:

Considerando despacio

Tanto ingenio y tanto brillo,

Se ve que un Héctor Castillo

Vale un Ernesto Palacio.

A vulgar ayuda reacio,

ya que tras la gloria corres

de ti mismo te socorres,

pues alzas en tus arenas

si como Castillo, almenas

en cuanto Palacio, Torres. (Fernández Moreno, 1933)

Lisardo Zía le dedicó un retrato en la revista *Criterio*, junto a las semblanzas sobre Gálvez, Martínez Zuviría y otras figuras de la época (Soler Cañas, 1974).

Palacio insistía en que sus ideas se expresaran en medios reconocidos. Su vínculo con Eduardo Mallea lo relacionaba con el diario de los Mitre. De ese modo, conseguía publicaciones regulares en ese medio. Uno de ellos se tituló “Reflexiones sobre el arte y la conducta”, y allí cuestionó lugares comunes en torno a la incidencia de las obras de arte en el comportamiento moral. En otras dos entregas, el diario publicó

unas notas bajo la pregunta: “¿Qué piensan los jóvenes?”, llamadas a tener viva influencia (Ibarguren, 1969, p. 405). Palacio caracterizaba a la época en que vivía como “catastrófica, vertiginosa y febril”, con una “depreciación de los valores propiamente humanos, espirituales” y la preeminencia de “los fenómenos, cada vez menos controlables, de la economía y la política”.

En el análisis, se colocaba como parte de una generación bisagra, formada en los tiempos idílicos previos a la crisis de 1930 y los angustiosos momentos que atravesaban. Marcaba el abismo existente con los jóvenes de ese momento, que se habían socializado en tiempos de crisis y angustias y que estaban dispuestos al compromiso y la acción. Bajo la convicción de que iban a ir juntos a la lucha, lanzaba un dilema: “Se trata de saber si en las soluciones que se avecinan triunfará nuestro estilo, el de los hombres que creímos en los valores supremos de la cultura, o si seremos barridos sin gloria y se impondrá el de ellos, que sólo creen en las fórmulas simples y no han tenido tiempo para filosofar” (Palacio, 1939d, pp. 153-157).

Luego de esta aproximación, en la nota siguiente, marcó el contraste entre la tonalidad juvenil predominante en los países europeos, con la exaltación de la energía, el entusiasmo, el coraje y la realidad local en la que “dominan los ancianos en todos los órdenes de la actividad”. Detallaba los ámbitos: “política, enseñanza, justicia, banca y comercio, todo está en manos de hombres de más de cincuenta años, que imponen su ritmo lento y su espíritu conservador en la marcha de los negocios (p. 159). A partir de allí, convocaba a una reacción de la juventud, a un aglutinamiento, en torno a una misión, “para readquirir la confianza que nos está faltando, en el futuro inmediato de la patria” (pp. 158-160).

Letras y política se mezclaban en las notas y reflexiones de Palacio. Al conjunto de notas de denuncia que agitaban los nacionalistas (dependencia de Gran Bretaña, fraude electoral, corrupción), Palacio venía a sumar la decrepitud de los sectores dominantes del país. Esa había sido la caracterización que había hecho del fracaso de Uriburu: había desempolvado a las figuras previas a la ley Sáenz Peña. Mediante el fraude y la exclusión del radicalismo una clase anticuada, dominaba al país.

A mediados de la década de 1930, podemos ver la plena inserción de Palacio en el grupo letrado porteño. Ello puede vislumbrarse en los ámbitos de sociabilidad y en publicaciones periódicas de nota.

Al cumplirse diez años de la salida de la revista *Martín Fierro*, en diciembre de 1935, se realizó una celebración en homenaje a su director, don Evar Méndez, en el

restaurante Marcone, en la que participaron Francisco Luis Bernárdez, Jorge Luis Borges, Macedonio Fernández, Oliverio Girondo, Enrique González Tuñón, Cayetano Córdova Iturburu, Conrado Nalé Roxlo, Nicolás Olivari y Palacio (González Lanuza, 1961, pp. 64-65).

Otro ámbito en el que participó Palacio fue *Sur*, publicación promovida por Victoria Ocampo. Desde su creación, dicha revista había convocado a miembros de la elite letrada argentina a participar en sus páginas. No se trataba solo de una publicación, era un ámbito de encuentro y sociabilidad:

Todos los que habíamos iniciado el movimiento de *La Nueva República*, Ernesto Palacio, Rodolfo Irazusta y yo fuimos invitados a concurrir a la revista o a casa de Victoria Ocampo, que por esa época fue un hogar de amplios y libres debates entre espíritus de las tendencias más dispares y hasta opuestas. Eduardo Mallea, Pedro Henríquez Ureña, María de Maeztu, Carmen Gándara, Carlos Alberto Erro, Faustino Jorge e inúmeros otros que no tengo presentes, alternaban con nosotros en un ambiente de convivencia civilizada que habrá sido, acaso, igualado, pero no superado en otro salón literario. (Irazusta, 1975d, p. 227)

En esos ambientes había creciente interés por las cuestiones políticas derivadas del ascenso de los autoritarismos europeos (Gramuglio, 2004, 2010). Así, en el mes de abril de 1936 la revista organizó un diálogo con un visitante del grupo Orden Nuevo de Francia, Louis Ollivier, del que participó Palacio. Tiempo antes, la misma revista había publicado una nota del autor (Ollivier, febrero de 1936) para difundir sus posiciones. Abrió la sesión Francisco Romero, señalando que se haría una exposición y luego preguntas “con un interés de indagación más que un interés puramente polémico”. Participaron Gervasio Guillot Muñoz, Faustino Jorge, Rodolfo Aráoz Alfaro, Leopoldo Hurtado, Luis Elizalde, Ramón Doll y Ernesto Palacio. Tras la presentación comenzó la discusión, durante la cual confrontaron al representante del movimiento, así como emergieron diferencias entre los participantes. A lo largo del extenso debate, Palacio tuvo intervenciones prolongadas y, al final, ocupando el lugar de Romero, dijo: “Creo que podríamos terminar con un aplauso a Ollivier, porque ha sabido defender una causa que parecía indefendible” (Ollivier, 1936). Remató Aráoz Alfaro: “una causa que coincide en el fondo con la de todos nosotros” (Ollivier, 1936). Poco después, Palacio

aportó un trabajo en la revista *Sur* de febrero de 1936, referido a la historia romana, en la que había estado pacientemente trabajando mientras preparaba su libro *Catilina* (17 de febrero de 1936).¹³

Ese mismo año, y gracias a su prolífica producción, Palacio reunió una serie de artículos en un libro bajo el título *El espíritu y la letra* (1936a). Fue publicado por la editorial Serviam, ligada a *Criterio*. Varios de los ensayos breves que componían el texto ya habían sido publicados en *La Nación* (“Situación del hombre de letras”), en *El Hogar* (“Los libros esenciales”) y en la revista *Cervantes* (“El regreso a Plutarco”).

Del conjunto de los materiales contenidos en este volumen, destacaban los referidos a la reflexión política contemporánea. El primero de ellos, “Política y razón”, desarrollaba una crítica al intelectualismo y al doctrinarismo en política, y señalaba la situación de desesperación que afrontaban los pueblos en ese tiempo, que decidían más por sentimiento que por discernimiento. Revisando algunas de sus posiciones anteriores, afirmaba, lo siguiente:

Debo advertir que esto no significa una reprobación del sufragio universal que, en circunstancias especiales, puede ser un instrumento eficazísimo, salvador, sino de las esperanzas que en su adopción fundó la política racionalista. Esta creyó que la paulatina educación del pueblo lo llevaría a discernir su conveniencia en cada uno de los asuntos del gobierno; creyó en la “política de programas”, que es hoy un fracaso total (Palacio, 1936a, pp. 128-129).

Criticaba, así, la vida política de ese tiempo, pero cuidándose de aparecer como un enemigo de la democracia, como sucedía con algunos de sus colegas enrolados en el nacionalismo. En el mismo sentido, se distanciaba de las fórmulas corporativistas:

No obstante ello, hay grupos políticos que se titulan renovadores y que creen en el éxito de una propaganda a base de doctrinas y arbitrios. Así los que proclaman la panacea corporativista, por ejemplo, para ilusionar a los obreros con la esperanza de la representación gremial en el Parlamento futuro, sin comprender

¹³Si bien se ha señalado reiteradas veces que esa convivencia plural fue interrumpida por la Guerra Civil Española, la ruptura fue más clara con la Segunda Guerra Mundial. Irazusta y Marechal siguieron escribiendo en *Sur* hasta después del inicio de la guerra y no de manera episódica.

que –aparte de la ineficacia aludida– aquéllos seguirán prefiriendo siempre que los represente, no un igual, sino uno a quien consideren mejor, intelectual, abogado, médico: como ocurre, precisamente, en los mismos partidos proletarios, cuyas listas de candidatos están integradas, casi exclusivamente, por profesionales liberales, con uno que otro obrero auténtico a guisa de "mascota". (Palacio, 1936a, p. 129)

Ante la crisis del momento, signada por la angustia y la incertidumbre, planteaba la necesidad de una guía:

Todo esto, que es en verdad aplicable a todos los tiempos y lugares, se exagera en las épocas de crisis, en las épocas de desesperación, cuando el ánimo colectivo se sobrecoge como hoy, ante la aparición de los fantasmas del oscuro crepúsculo que vivimos. En tales circunstancias, poco o nada importan las recetas frías de los arbitristas, ni los planes complicados, ni los programas. Los pueblos piden solamente una voz que los guíe en la noche. (Palacio, 1936a, p. 130)

En ese marco, en el último texto que integraba el libro, aparecieron elementos que fueron retomados en posteriores escritos. Allí, se detuvo en las formas de gobierno y su tendencia a la corrupción atendiendo al principio fundamental de la falibilidad humana y a constatar la “falla” de la ideología liberal representativa. Cuestionaba la idea muy difundida en ese momento de la “democracia en crisis”, que podía conducir a la “adopción de remedios peores que la misma enfermedad”, mediante la imposición de “minorías aguerridas reclutadas entre los privilegiados de la cultura, del nacimiento o la fortuna”, que se consideraban superiores a las masas y, “por consiguiente, predestinadas a tutelarlas”. Contradecía esa idea, afirmando que la “intervención de las masas en los asuntos públicos, tiende a ser, por el contrario, cada vez mayor”, y citaba los casos de Alemania e Italia. Para Palacio, lo que estaba en crisis era “la ideología equivocada en que se funda la democracia contemporánea, la mística del sufragio” que, establecida como “criterio exclusivo para la determinación del bien público”, engendraba “la demagogia”. El problema no estaba referido al sufragio, sino al “olvido de la finalidad

objetiva del Estado, inherente a la identificación del bien público”, confundido con las decisiones electorales. Ello conducía a una “desviación fundamental en el ejercicio de la actividad política” para la obtención de votos, en lugar de diseñar un buen programa y gobernar bien. Luego, avanzaba en el razonamiento vinculando la dimensión política con la económica:

Sabido es que los resultados de la demagogia usufructuaria constituyen la negación de los fines teóricos de la democracia, en lo que se refiere a representación auténtica, renovación del personal dirigente y eficacia gubernativa... En el momento actual del mundo, la crisis de los regímenes electivos no es más que la repercusión política de la crisis por la que atraviesa la economía de tipo individualista liberal, a cuyos intereses –y a cuyo fracaso– estarían vinculadas las agrupaciones electorales actuantes. (Palacio, 1936a, p. 163)

Subrayaba los efectos en la vida política contemporánea y reivindicaba la “salud del Estado”:

Al reaccionar contra la demagogia usufructuaria, los movimientos expresados tienden a imponer una mayor autenticidad en la representación de los diversos grupos sociales, una mayor eficacia gubernativa y una renovación completa del personal dirigente con el objeto de poner en práctica determinado programa. Lo cual implica, en sentido estricto, la reintegración del gobierno popular “a sus principios”, según la fórmula de Maquiavelo. Y supone asimismo una restauración intelectual: esto es, el reconocimiento, base de toda política razonable, de que en cada momento social la salud del Estado –por consiguiente, de quienes lo integran– está condicionada por la realización de tales o cuales actos concretos independientemente de las opiniones contradictorias que puedan inspirar el interés privado o el error colectivo. (Palacio, 1936a, p. 166)

Por último, vinculaba el recambio generacional con la reivindicación de la “verdad del Estado”:

Las generaciones nuevas, de cualquier procedencia, que se aprestan a tomar la sucesión del gobierno, se encuentran inspiradas por otro espíritu, y todo indica la vuelta a la adopción unánime de la verdad de Estado, con el correlativo aumento de rigor en las luchas políticas. Rusia, Italia, Alemania y hasta la joven República Española, que doctrinariamente parecería inspirarse en los principios del siglo XIX, son ejemplos de este hecho nuevo, que podrá lamentarse, pero que no es lícito negar. (Palacio, 1936a, p. 167)

Todos estos pasajes están indicando la consolidación de algunas posiciones de Ernesto Palacio respecto de la política. De ese modo, se orientaba a la configuración de un pensamiento de orden republicano reconciliado con el principio de participación popular democrática, según veremos en el capítulo dedicado a su faceta política.

Por este libro, Palacio recibió el Premio Municipal de Letras. Se trataba de un reconocimiento muy disputado desde inicios de la década y lo habían recibido con anterioridad autores, tales como Scalabrini Ortiz o Martínez Estrada. Esa distinción era muy significativa en términos de prestigio literario y pecuniario para esta época. Resultaba un espaldarazo y una consagración para la trayectoria de Palacio como escritor y le otorgaba una visibilidad mayor en el ámbito intelectual porteño. Hasta el final de sus días, llevaba ese galardón con orgullo y lo colocaba cada vez que debía hacer referencia a sus antecedentes intelectuales. Nada decía, en cambio, sobre el origen conservador y fraudulento del gobierno que le otorgó esa distinción y al que combatía en otros planos.

En su condición de escritor reconocido, Palacio también participó de los debates que surgieron al calor del Congreso del P.E.N. Club en Buenos Aires, motivados por el estallido de la Guerra Civil española. Las reacciones frente a ella produjeron el primer cimbronazo entre los escritores argentinos, con una división entre los partidarios de la República y los “nacionales” (Nallim, 2007, p. 123).¹⁴ En vistas a ese importante

¹⁴Entre los primeros, estaban Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, María R. Oliver, Eduardo Mallea, Norah Borges, Roberto Giusti, Alfredo Bianchi, Luis Emilio Soto, Mario Bravo, Juan Antonio Solari, Leónidas Barletta, Aníbal Ponce y Álvaro Yunque. Y entre los segundos, se encontraban escritores

encuentro, la revista *Sur* preparó un número especial para dar una bienvenida a los participantes del Congreso, en el que convivían autores de distintas tendencias. Entre los “nacionalistas”, en el número de agosto de ese año, Castellani presentó a Maritain, Julio Irazusta a los escritores británicos y Palacio (agosto 1936) al poeta italiano Ungaretti.¹⁵

El congreso internacional, desarrollado en septiembre de 1936, fue caja de resonancia del conflicto entre escritores europeos que dominó las sesiones e influyó sobre los escritores argentinos (Lida, 2019, p. 6). Estas tensiones entre los grupos se replicaron poco después, en el Congreso de la S.A.D.E., de noviembre del mismo año. Ello se prolongó durante las elecciones de la institución en las que confrontaban listas alineadas ideológicamente con la “izquierda” y la “derecha”.

Tiempo después, al producirse la renovación de las autoridades en el año 1938, Gálvez había desarrollado una campaña de afiliación para engrosar el padrón y volcar la mayoría a favor de su candidatura, lo que no dejó de provocar conflictos. El escritor buscó explicarlo ante la comisión directiva. El número de socios pasó de 200 en 1936 a 458 en 1938, y entre los nuevos miembros figuraban destacados escritores nacionalistas, tales como Julio y Rodolfo Irazusta, Mario Amadeo, Ramón Doll, Leopoldo Marechal, Julio Meinvielle y César Pico. Palacio también se integró a la asociación por gestión de Gálvez y participó de esa fracción (Nallim, 2007, pp. 124-125). De todos modos, resultó triunfante la lista que llevaba como presidente a Enrique Banchs, como tesorero a Luis Emilio Soto y como vocales, entre otros, a Fermín Estrella Gutiérrez, Alberto Gerchunoff, Alfonsina Storni y Manuel Ugarte. Gálvez, que encabezaba la lista “nacionalista”, vivió esto como un fracaso, un efecto del enfrentamiento de la Guerra Civil española y una imposición de los “izquierdistas”, siempre más activos y militantes, según su parecer (Gálvez, 2003, pp. 168-170).

Más allá de estos conflictos, como vimos, Irazusta siguió colaborando en la revista *Sur* y Palacio realizó traducciones por encargo para la editorial dirigida por Victoria Ocampo.¹⁶

relacionados con el nacionalismo como Iburguren, Gálvez, Delfina Bunge de Gálvez, Leopoldo Marechal, Gustavo Martínez Zuviría, Carlos Obligado, Sigfrido Radaelli, Juan Carulla, Arturo Cancela, Vicente Sierra y César Pico, entre otros. No hemos encontrado ninguna manifestación pública de Palacio al respecto.

¹⁵ Allí, destacó los temas del poeta (amor, muerte, nostalgia, esperanza, etc.), su raíz nacional y su visión cósmica. Para ilustrar la nota, tradujo dos poemas del autor.

¹⁶ En esa labor, tradujo del francés *Mea culpa, seguido de La vida y la obra de Semmelweis*, de Louis Ferdinand Céline y *Retoques a mi regreso de la URSS*, de André Gide (1937).

Como sostiene Teresa Gramuglio (2013), superando varios estereotipos y clasificaciones cerradas, hoy se tiende a reconocer que “no siempre estos espacios se recortan con nitidez. Así, Julio Irazusta y Ernesto Palacio, miembros de la dirección de la revista nacionalista *La Nueva República* (1927-1932) y católicos de derecha, como Leopoldo Marechal y Francisco Luis Bernández, publicaron con frecuencia en *Sur* hasta bien avanzada la década. Por su parte Borges, un notorio integrante de *Sur*, colaboró con *Sol y Luna*, revista del nacionalismo de derecha que se publicó entre 1938 y 1943 (p. 216). Para aumentar la complejidad, podemos anotar que Palacio no participó de esta última publicación, animada por los llamados nacionalistas “doctrinarios”.

Ante el surgimiento de los diversos autoritarismos de entreguerras, Palacio guardó una posición crítica. No dejó de estar atento a esos movimientos por los “vientos del mundo”. Así le había pasado, en otro momento, con los efectos de la Revolución Rusa y le seguiría pasando en otras fases de su vida, con lo que juzgó cambios de situación o de época. Más allá de entusiasmos pasajeros por algún acontecimiento, figura o fórmula política, Palacio, hombre de reflexión y estudio, guardó ciertas distancias y prevenciones hacia esos movimientos. A ello contribuía, además, las admoniciones de la Iglesia Católica.

Para el caso del fascismo, la revista *Criterio*, en la que colaboraba, rompió el fuego contra el régimen italiano en sus editoriales de julio de 1931, a propósito de la crisis entre Mussolini y la Iglesia y del conflicto patente en la encíclica *Non abbiamo bisogno* del Papa Pío XI. Para el caso del nazismo, además de la encíclica de Pío XII *Mitbrennender Sorge* de 1937 a nivel local se habían desarrollado una serie de críticas, entre las cuales no eran menores las realizadas por Meinvielle (1937) y Rau (1939), de las que Palacio tenía acabado conocimiento.

Ese distanciamiento de las fórmulas autoritarias y de su eventual importación lo separaba de otros pensadores nacionalistas. Su antiguo camarada César Pico había polemizado con Maritain en relación con la participación de los católicos en movimientos de tipo fascista, sin despertar la adhesión de Palacio. Las críticas a Carlos Ibarguren incluyeron sus vinculaciones con el conservadurismo gobernante y su doctrinarismo tildado de racionalista por la fórmula corporativista propuesta en *La inquietud de esta hora* (Ibarguren, 1935).

Los regímenes autoritarios de España y Portugal no despertaron en Palacio mayores comentarios, sea por el escaso o relativo peso en la escena internacional o porque Palacio los consideraba liderazgos de segundo orden. En consonancia con otras

figuras del momento, como Scalabrini Ortiz o los mismos Irazusta, Palacio participó de los cálculos que se realizaban acerca de la conveniencia del aumento del poderío alemán para debilitar a Gran Bretaña, aunque, como dijimos, no guardaba simpatías por Hitler.

Tampoco participó de posiciones germanófilas o en medios financiados por la embajada alemana en Buenos Aires. Fuera de ello, como los Irazusta, en reiteradas oportunidades Palacio criticó las fórmulas de importación. En síntesis, Palacio no tuvo recaídas similares a los “nacionalistas doctrinarios” ni cultivaba las simpatías que albergaban sectores del conservadurismo local en el gobierno, en particular, por el fascismo. Tampoco el antisemitismo, común en otros autores de vertientes del nacionalismo, tuvo un lugar central en la prosa de Palacio. Solo aparecía alguna incrustación de este tipo, al caracterizar al grupo Bunge y Born en su faz capitalista, burguesa o plutocrática, como crítica al control monopólico –que consideraban extranjero– del pulpo cerealero.

La distancia con el comunismo, si bien resulta clara, no reviste para este tiempo las características conspirativas o maquiavélicas atribuidas a la experiencia rusa o a sus representantes locales, tal como aparecía en Ramón Doll (1939, 1943).

Autoconciencia, autoexigencia

Con fecha 25 de septiembre de 1939, Palacio apuntó en su diario un “nuevo examen de conciencia literaria”. Se interrogaba: “Desde el anterior, ¿qué he hecho? ¿Cuál es mi situación? ¿Cuáles mis perspectivas?” Avanzaba con estos comentarios: “Por lo pronto, la tranquilidad no ha venido (¿vendrá algún día?). Sigo en la misma estrechez económica, perseguido por la mala suerte, con solo breves períodos de holgura que desembocan de pronto en terribles crisis”. Agregaba: “Esto me hace apechugar con toda clase de trabajos de encargo. Las traducciones... la Antología y la Historia Antigua... me han tomado un tiempo precioso”. Luego, repasaba la salida de un ensayo sobre historia y destacaba sus dotes de conferencista, bajo la convicción de que debía “explotarlas, hablando en el Jockey Club de la Plata, en Rosario, en Santa Fe y en Córdoba”. A pesar del contexto, su estado de ánimo se conservaba intacto: “Me siento como nunca en forma para producir. Acaso una obra grande”. Aunque, de manera inmediata, matizaba: “Pero la lucha por la vida me perturba, disgregándome en trabajos

venales. A pesar de todo, estoy seguro de que las próximas vacaciones serán fecundas” (Palacio, 25 de septiembre de 1939).

Mientras tanto, retomó la tarea de traducción para la editorial *Sudamericana*, volcando al español a Virginia Woolf, con su obra *La señora Dalloway*. Poco después, Palacio participó del Congreso de la Sociedad Argentina de Escritores (S.A.D.E.) que se desarrolló en Córdoba, entre los días 12 y 14 de octubre de 1939. Le escribió a su esposa al llegar: “tuvimos un viaje agradable, aunque un poco entristecido por la separación”. Salió de paseo con Rodolfo Irazusta. Cenaron temprano y fue a descansar. Al día siguiente, por la mañana, fue a conocer la ciudad. Participó de la misa en la Catedral. Al volver, Florencio Escardó lo invitó a comer en La Falda, junto con Ledesma y Mariani (Palacio, c. octubre 1939). La sesión inaugural era a las 18 y Palacio fue integrado a la comisión que presidió el Congreso.

Si bien los temas gremiales ocuparon un lugar central en las sesiones, las disputas y divisiones ideológicas entre escritores estaban en el ambiente. Ese clima llevó al presidente Enrique Banchs a criticar en su discurso inaugural la forma en que “ideas extrañas a la literatura, aunque ciertamente no renunciables, han dividido ásperamente a los escritores como tales y estorbado... la obra de solidaridad que queremos alcanzar”. Más tarde, en una obvia referencia a la Guerra Civil Española, argumentaba “hasta hace poco, dos ideologías que contraponen a otros pueblos pretendieron dividir a los argentinos y emplumarlos con una mentalidad postiza que los habría de conducir a lo que ha conducido en otras partes” (Nallim, 2007, p. 125).

El encuentro ratificó la declaración del Primer Congreso de 1936 sobre la libertad como “condición esencial para la vida del espíritu”, el repudio a la guerra “como la forma más brutal de la violencia”, la defensa de los derechos y libertades de asilo, expresión, conciencia, reunión y sufragio, y el repudio de “tanto las dictaduras como las oligarquías al servicio del capital extranjero” (p. 126). El Congreso también aprobó una declaración que especificaba que el escritor argentino y americano, “en cuanto al sentido social de su obra, tiene el deber de denunciar la condición de coloniaje de sus pueblos, señalando las verdaderas proporciones y consecuencias del fenómeno imperialista y propugnando fórmulas de emancipación”, algo en lo que podían coincidir ambos grupos.

Los incidentes comenzaron con otra declaración aprobada en el Congreso que criticaba el reciente requisito oficial que estipulaba que cualquier emisión radial necesitaba del previo conocimiento y permiso de la oficina de Correos y Telégrafos.

Según la SADE, esta disposición significaba “la consagración oficial de la censura previa para la expresión de las ideas”, era inconstitucional y representaba “una manera de pensamiento dirigido, cultura regulada” que contrastaba “con la irritante franquicia que se concede a los regodeos de la insensibilidad”. La “irritante franquicia” aludía a las publicaciones de corte nacionalista que eran atacadas por el otro sector. Esto explicaría que Palacio, vinculado con el sector aludido, pidiera que se hiciera constar su “voto en contra” (Nallim, 2007, pp. 126).

La discusión subió de tono cuando Juan O. Ponferrada solicitó que la SADE defendiera a Nimio de Anquín, conocido nacionalista y fascista de Córdoba, “excelente intelectual... cuyas ideas pueden ponerse en discusión, pero no rechazarse”, quien había sido privado de sus cátedras en la universidad “porque no considera personalmente que el régimen de la democracia haya legado muchos beneficios al país”. Ponferrada basaba su pedido en las declaraciones de la SADE contra los regímenes de fuerza y la libertad del escritor, sosteniendo que el congreso estaba obligado a censurar lo que consideraba una “falta de consideración... a la libertad de opinión que tienen los ciudadanos argentinos, sea sobre la democracia o sobre las dictaduras, a la libertad de opinión que tienen dentro de nuestro régimen”. Palacio apoyó el pedido y los argumentos de Ponferrada, y agregó que el caso les imponía a los escritores una ineludible “obligación moral”. Este pedido llevaba al congreso y a la SADE a confirmar su posición sobre la libertad de pensamiento en un caso que involucraba un adversario ideológico. Si para Palacio la votación sobre la moción iba a manifestar “claramente la sinceridad de los que se proclaman defensores de la libertad del pensamiento”, para el escritor comunista Leónidas Barletta “el hombre que va contra la libertad de su país no puede pretender ninguna clase de libertad”. La moción en defensa de Anquín fue derrotada por 66 votos a 8, y entonces estalló el desorden, con los escritores discutiendo a los gritos entre ellos, y Ernesto Palacio “de pie y a viva voz”, expresó: “Triunfó la dictadura. Ya se sabrá”. En medio del escándalo, concluyó esta sesión con un pedido del escritor Rafael Jijena Sánchez: que en los próximos congresos “no se tomen en cuenta ponencias que no respondan a los intereses puramente gremiales de la sociedad de escritores” (Nallim, 2007, p. 127).

Junto con Rodolfo Irazusta, Palacio y otros elevaron una moción al plenario contra “la excesiva influencia del capitalismo financiero en la prensa que debía ser expresión de la opinión pública”, que no tuvo eco. En la misma sesión fue presentada

otra iniciativa para solicitar al Poder Ejecutivo facilidades para la radicación en el país de intelectuales que por razones políticas debían salir del suyo. Palacio votó en contra.

Las consecuencias del congreso no tardaron en hacerse sentir. Banchs renunció en forma indeclinable como presidente de la comisión directiva, “convencido” de que no podría “desempeñar [el cargo] eficazmente”. Alberto Gerchunoff, escritor vinculado con sectores antifascistas y de izquierda, trató de disuadirlo, diciendo que su renuncia “implicaría la solidaridad” con los “ataques interesados y en cierta forma violentos” al congreso por parte de “un círculo reducido de militantes de determinada tendencia ideológica”.

En otro orden, el congreso aceptó la renuncia, aunque no los fundamentos, del escritor Carlos Obligado. El renunciante, miembro de la Academia Nacional de Letras y autor de crecientes simpatías nacionalistas, organizó un Círculo de Escritores Argentinos en el que alistó a Homero Guglielmini, secretario de la Comisión Nacional de Cultura. Más tarde, en 1940, renunciaron Ramón Doll y Susana Calandrelli. Gálvez, Marechal y Palacio permanecieron en el espacio.

Este último siguió formando parte de la SADE. durante varios años más. En la lista de socios del año 1942, aparece entre los miembros radicados en la provincia de Buenos Aires, con sede en la calle San Martín 2721, Florida (SADE, 1942, p. 44).

Resulta interesante considerar la polarización ideológica producida entre los escritores, lo que llevaba a cerradas caracterizaciones y exclusiones. Para ello, vale analizar la relación de Palacio con Borges, viejos camaradas de la vanguardia de los años veinte. Si bien guardaban lazos de familia y se frecuentaban, Borges ya comenzaba sus ataques hacia las posiciones políticas de Palacio. El cargo principal estaba organizado en torno a una paradoja: el origen extranjero del discurso nacionalista defendido por Palacio. En un escrito publicado en la revista *Sur* (Borges, 1942) de manera figurada Palacio fue convertido en panfletista del diario antisemita *El Martín* y recibió, irónicamente, como nombre el germanizante “*Ernst Palast*” (Sverdloff, 2019, p. 56).

En el orden intelectual, mientras tanto, Palacio seguía realizando trabajos de traducción. En el año 1941 hizo para la Editorial Losada el pasaje del libro *La monarquía*, de Dante Alighieri, y al año siguiente tradujo del alemán los poemas de Alejandro Korn por encargo del Instituto de Estudios Germánicos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Para la editorial de orientación

católica La Espiga de Oro, presentó en español el libro de Gerald Walsh titulado *Humanismo medioeval* (1943).

Hacia el peronismo

La SADE apoyó el golpe de 1943 con la especulación de una pronta ruptura de la neutralidad. Esta posición no se modificó con el desplazamiento de Rawson y, en la sesión del 16 de junio de 1943, la comisión directiva de la Sociedad aprobó una “Declaración sobre el momento político”, basada en un anteproyecto presentado por el presidente de la comisión, Ezequiel Martínez Estrada. Allí, manifestaban “su adhesión espontánea, libre y leal a los principios formulados por el Gobierno Provisional de la Nación, en el sentido de reconstruir y dignificar la vida intelectual, moral y económica del país bajo el imperio de las normas institucionales y de los ideales democráticos” (Nallim, 2007, p. 133). Los escritores argentinos “tienen el deber absoluto en estos días decisivos de cooperar con buena fe en la obra común para que la República Argentina readquiera su grandeza y su prestigio como nación”, en colaboración con “las demás fuerzas políticas del país” en su “marcha unánime hacia la cultura y la civilización, cuyos bienes constituyen nuestro único patrimonio real e ideal”.

Al poco tiempo, la SADE junto a representantes de Argentores, Sadaic y Sociedad de Autores visitaron al general Ramírez para felicitarlo y manifestar su apoyo a la obra de gobierno (Nallim, 2007, p. 133). Este apoyo se modificó a la luz del mantenimiento de la neutralidad y las medidas restrictivas que tomó el gobierno militar en la segunda mitad del año, en la que se produjeron censuras, cierres de órganos de prensa críticos al gobierno, encarcelamientos de intelectuales y políticos.

Celebraron la ruptura de relaciones con el Eje, en enero de 1945, y manifestaron que se trataba de “el primer paso hacia el restablecimiento de las garantías constitucionales y el imperio de la ley, para desterrar los regímenes de fuerza y sus ideas contrarias a la civilización, creando el clima de libertad indispensable a la obra literaria, científica y artística”. La comisión directiva en el bienio 1944-1945 estaba integrada por Martínez Estrada, Borges, Aramburu, Bioy Casares, Amorim y Barletta. Tiempo después, Barletta, Borges, Bioy, Sabato, Norah Borges, María R. Oliver, Córdova Iturburu, Álvaro Yunque, Renata Donghi de Halperín, Gregorio Halperín, Luis Reissig suscribieron un “Manifiesto de Escritores y Artistas” que criticaba al gobierno “por su

política externa a interna y reclamaba el restablecimiento del régimen constitucional, el cumplimiento de los compromisos internacionales y la represión del nazismo en el país” (Nallim, 2007, p. 135)

En el mes de junio, la SADE publicó un manifiesto en el que pidió la vuelta a la democracia y sentó criterios de actuación:

La SADE comparte el anhelo unánime, expuesto por órganos genuinos de la opinión pública de que el país retorne a la normalidad constitucional con absoluto acatamiento de la voluntad del pueblo. En su carácter de entidad gremial que agrupa a los hombres de letras, cuya labor intelectual se identifica con los intereses y fines de la cultura, la SADE ha permanecido y permanecerá ajena a las actividades políticas de partido, pero no puede eludir su deber de militar con todos los recursos de que dispone en defensa de la libertad y la justicia, contra los sistemas e ideas enemigos de los derechos y dignidad del hombre... Juzga en cambio, que el régimen constitucional, las libertades individuales y las garantías plenas para toda actividad lícita, son condiciones elementales de la vida civilizada y bienes indispensables para la producción de la obra literaria, artística y científica. (Larra, 1987, pp. 114-115)

La dinámica de confrontación entre el gobierno y los partidos tradicionales iba en aumento y a ello se sumó la creciente actividad del embajador norteamericano Spruille Braden, en el bando opositor al gobierno. El 26 de julio setecientas personalidades del mundo de la política, la economía y la cultura firmaron una declaración de desagravio al citado embajador. Jorge Luis Borges, Leónidas Barletta, Manuel Mujica Lainez, José P. Barreiro, Silvina Ocampo, Roberto Giusti, Enrique Amorim y Enrique Wernicke se encontraban entre los escritores que la suscribieron (Galasso, 2005, p. 265).

En el seno de la SADE se produjo una nueva situación conflictiva que tenía algunos antecedentes y que se profundizó luego. Un grupo llevó a la comisión directiva la situación de los escritores “nacionalistas” que colaboraban o simpatizaban con la figura en ascenso de Perón. “En lo institucional, el tema apareció en agosto de 1945 cuando el socio De la Madrid solicitó a la Comisión Directiva la expulsión de ‘los

socios de tendencias antidemocráticas, entre los cuales mencionó a los señores Cancela, Gálvez, Marechal, Cambours Ocampo, Carrizo¹⁷ y Fausto de Tezanos Pinto¹⁸, y la formación de una comisión para tratar el tema y preparar una lista de ‘todos los escritores antidemocráticos’ que publicaban en el país y en el extranjero” (Nallim, 2007, p. 136). La comisión directiva, luego de un acalorado debate, decidió la creación de una comisión integrada por González Lanuza, Amorim, Nalé Roxlo, La Madrid y Giusti. No quedaron registros de resoluciones de la comisión y es muy probable que no se haya reunido ni dictaminado. De todos modos, resulta importante ordenar el tema siguiendo la cuestión individual en cada caso.

Es presumible que Gálvez no haya sido expulsado, sino cuestionado y enjuiciado y que, por esta razón, haya renunciado (Gálvez, 2003, T. II, pp. 565-567). El caso de Marechal fue tratado por su participación en la intervención militar en la provincia de Santa Fe, donde se desempeñó como titular del Consejo de Educación, y por su integración en la gestión de la creada Subsecretaría de Cultura a cargo de Ignacio Braulio Anzoátegui en el año 1944 (Castiñeira de Dios, 2014, p. 68). Cancela fue enjuiciado en el lote por sus simpatías y afinidades, pero no resultó expulsado ni presentó la renuncia, ya que siguió pagando la cuota correspondiente al primer semestre de 1946 a la Sociedad. Arturo Cambours Ocampo consideró su situación como de “expulsión” (Lafleur, 1972, p. 31). La comisión para “enjuiciar” a los escritores, como dijimos, dilató su fallo y en el momento de hacerlo matizó los juicios y planteó como principal argumento la libertad de pensamiento. Según Nallim (2007) la comisión “decidió suspender cualquier resolución sobre el caso en virtud de las razones expuestas y de que la comisión investigadora todavía estaba trabajando” (p. 148).

Esta situación de cuestionamiento por parte de la organización que agrupaba a los escritores y de la que formaban parte, en algunos casos desde su misma fundación, resultó uno de los elementos que “empujaron” a varios de ellos a alinearse con la emergente figura de Perón. Al parecer, no esperaron un “fallo” y utilizaron el “proceso” para mostrarse víctimas de una persecución. Más allá de los alineamientos previos, Palacio no apareció en los cuestionamientos ni en el listado de los investigados.

¹⁷Carrizo había publicado el libro *Rapsodia viajera. Almas y cosas, imágenes y voces de tierras argentinas* en el año 1944. Al publicarse el libro *El pueblo quiere saber de qué se trata*, que reúne los discursos de Perón al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión, incluyó un prólogo de este autor y la reproducción de una nota en el diario *El Pueblo* de Gálvez.

¹⁸ Tezanos Pinto dirigió el Teatro Municipal de la Ciudad de Buenos Aires en el año 1944.

Poco después, la SADE “bajo la advocación de los poetas, novelistas y pensadores, que con su pluma combatieron a las tiranías”, instaba “a los escritores del país a proseguir su lucha por los ideales de la democracia” e invitaba “a sus novecientos asociados” a que se incorporaran “a la Marcha de la Constitución y la Libertad”. Asimismo, dispuso “el cese de las actividades de su secretaría durante el día nombrado” (Nallim, 2007, p. 117).

Otro grupo de intelectuales, entre ellos Cancela y Marechal –que habían entrado en conflicto con la dirección de la SADE–, con fuertes inclinaciones a la acción política, se puso en movimiento y se reunió con el candidato Perón (Andrés, 1968, pp. 41-42). Poco después, coincidirían con el grupo de Palacio en la configuración de la Asociación de Escritores Argentinos, en claro conflicto y enfrentamiento con la SADE.

En la coyuntura electoral de 1946, un grupo importante de la SADE firmó una declaración que denunciaba diferentes prácticas del régimen militar (ataques a la libertad de expresión y de pensamiento; suspensión y clausura de diarios y periódicos; destitución de cargos; encarcelamiento, confinamiento y tortura de obreros y estudiantes y exoneración de profesores). Firmaban la declaración, entre otros: Leónidas Barletta, Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Vicente Barbieri, José P. Barreiro, Silvina Bullrich, Estela Canto, Cayetano Córdova Iturburu, Carlos Alberto Erro, Samuel Eichelbaum, Alberto Gerchunoff, Eduardo González Lanuza, Raúl González Tuñón, Roberto Ledesma, José Luis Lanuza, Eduardo Mallea, Arturo Marasso, Roberto Mariani, Homero Manzi, Carlos Mastronardi, Julio Noé, Victoria Ocampo, María Rosa Oliver, Silvina Ocampo, Nicolás Olivari, Ulises Petit de Murat, José Portogalo, Francisco Romero, Pablo Rojas Paz, Luis Reissig, Ernesto Sabato, César Tiempo, Amado Villar, Juan Rodolfo Wilcock, Álvaro Yunque (*La Prensa*, 1 de febrero de 1946).

Para las elecciones nacionales, sin embargo, la SADE no fijaría su postura institucional, aunque los socios que permanecieron en la institución votaron de manera mayoritaria contra Perón.

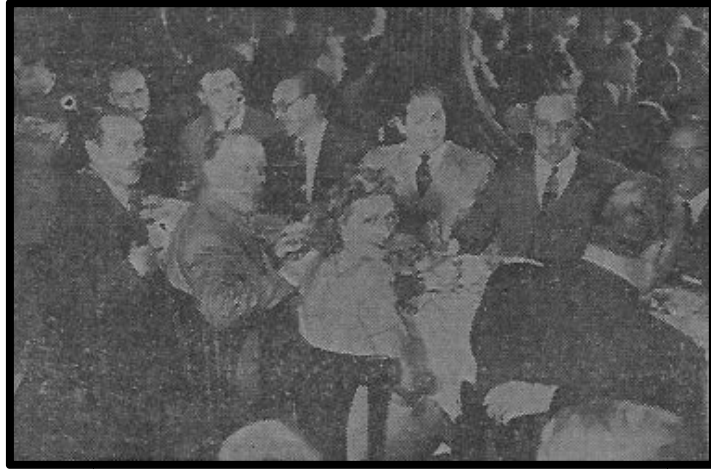
Las divisiones en el ámbito de los escritores se tornaban cada vez más agudas a tal punto que comenzó a plantearse, para los alineados en los sectores nacionalistas, la alternativa de crear una nueva asociación.

Luego del triunfo electoral de Perón, *Política* (27 de marzo de 1946), el semanario que, según veremos, había creado Palacio, publicó la reproducción del documento suscripto por un grupo de escritores en rechazo de la publicación del *Libro*

Azul y la intromisión de Braden en la política local. Encabezaban la lista de los firmantes: Raúl Guillermo Carrizo, Juan Pedro Vignale, Arturo Cancela, Eduardo S. Danero, Bonifacio Lastra, Juan Oscar Ponferrada, Héctor Sáenz Quesada, Antonio M. Molinari, José Luis Torres, José Gobello, Homero Guglielmini, Armando Cascella, Carlos Astrada, Ernesto Palacio, Leonardo Castellani, Xul Solar y Scalabrini Ortiz, entre otros.

Tras organizar una nueva exposición del libro en Mar del Plata, ese mismo sector llamó a un acto de la Asociación de Escritores Argentinos para celebrar el éxito de la exposición, que se había desarrollado con el apoyo de la Subsecretaría de Informaciones, la Comisión Nacional de Cultura y el Casino de Mar del Plata. La cena fue programada en el restaurante Munich en Avenida de Mayo 957 para las 21.00 h del día 9 de mayo de 1946 (*Tribuna*, 9 de mayo de 1946). “Más de doscientos asociados y simpatizantes acudieron a la cita, colmando hasta desbordarlo la capacidad del local” y destacaron que se trataba de la primera comida de la Asociación y “la comida se desarrolló en un ambiente cordial y a los postres hicieron uso de la palabra en breves alocuciones los señores Armando Cascella, Arturo Cancela, Juan A. Carrizo y Claudio Martínez Payva” (*Tribuna*, 11 de mayo de 1946).¹⁹ Esta celebración constituyó un antecedente de la configuración definitiva de la Asociación a fines del año 1947 (García, 1971).

¹⁹ Se hicieron presentes: Xul Solar, Homero Guglielmini, Ernesto Palacio, Héctor LLambías, José M. Fernández Unsáin, Guillermo House, Carlos Aparicio, Rafael Jijena Sánchez, César Pico, Carlos Astrada, Ignacio Anzoátegui, Juan Zocchi, Tomás de Lara, Carlos Obligado, Juan Pablo Oliver, Ricardo Vctorica, Mario Molina Pico, Juan O. Ponferrada, Héctor P. Blomberg, Bonifacio Lastra, Bruno Jacovella, mayor Benito Benalcázar, Carlos Silva, Benjamín Villafañe, Pilar de Lusarreta, mayor (R.E.) Enrique Chouciño, Alberto Tedín, J. M. Castiñeira de Dios, Ricardo Font Ezcurra, Arturo M. Jauretche, Antonio P. Castro, Oscar Ponzini, Raúl Guillermo Carrizo, Roberto Lazcano, Valentín Thiébaud, Rafael José de Rosa, capitán de navío Juan Carlos Bavasso, Leopoldo Marechal, Héctor Sáenz Quesada, Manuel Rojas Silveyra, Enrique M. Carranza, César López, Vicente Trípoli, Enrique Carrillo, M. López de Lagar, Adela G. de Zimmerman, J. F. Giacobbe, Vicente Silvetti, Miguel Tato, Luis Trenti Rocamora, Carlos Cava, Ignacio Peralta, Gerardo Bacarizo, Brenda Basi, tte. de navío Barreiro, Clorindo Mendieta, María Celina Rodríguez Nasso, Carlos Jovellanos y Paseyro, Arturo Cambours Ocampo, Vicente D. Sierra, Saverio S. Valenti, Carlos A Linares, E. Hilaire Carranza, Máximo Etchecopar, Jerónimo Juntronich, Amadeo Rodolfo Siroli, Renée Bastiani, José María Rivera, Juan José de Urquiza, José B. Cosi, Eduardo Vaccaro, Antonio Monti, C. Muñoz, José Osés, Angel Bruno, Roberto Vagni, Fernando García Della Costa y muchos otros más. Enviaron su adhesión Carlos Ibareuren, Manuel Gálvez, Marcelo Sánchez Sorondo, Pedro Juan Vignale y Raúl Scalabrini Ortiz.



Palacio en la cena de la Asociación de Escritores Argentinos (*Tribuna*, 11 de mayo de 1946).

Aunque envuelto en la vorágine política, Palacio no abandonó en esos tiempos agitados sus tareas intelectuales. Así reeditó sus libros *Catilina* y *El Espíritu y la letra*, este último con algunas modificaciones y agregados.²⁰ En la advertencia, señaló: “resulta así el libro, más que una nueva edición, una selección de mis ensayos de juventud sobre materias de moral y literatura” (Palacio, 1945b). También consideró importante señalar lo siguiente: “su reunión en este volumen obedece a mi convicción, compartida por algunos amigos y, desde luego, por el editor, de que conservan algunas sugerencias de valor actual” (Palacio, 1945b). Junto con esas reediciones, siguió realizando traducciones: para la editorial Losada una obra de Jacques B. Bossuet (1945) y para la editorial católica La espiga de Oro las obras *El régimen monstruoso*, de Christopher Hollis (1945), y de *The Thing* (1945), de Chesterton.

También consideraba iniciativas de más largo aliento. Junto a Natalicio González, exiliado en Buenos Aires y que debía esconder su identidad, pergeñaron una colección de libros antiguos argentinos. La idea era “ofrecer al núcleo de personas interesadas en las cosas del país y de su pasado, buenas reimpresiones de obras agotadas desde hace mucho tiempo y no reeditables en ediciones corrientes porque interesarían poco al lector común” (González, 29 de marzo de 1946, p. 1). Las características de las obras del catálogo serían “históricas, políticas, de memoria, noveles, ensayos, etc., todas seleccionadas bajo el criterio de que deben ofrecer alguna información interesante sobre

²⁰ Eliminó los artículos “políticos” (“Política y razón” y “Revisión de conceptos políticos”), le agregó tres capítulos de *La historia falsificada* (“Tres ensayos sobre la novela”, “La originalidad y la imitación”, “Sobre los mitos”) y uno de *La inspiración y la gracia* (“En el país del arte deshumanizado”).

el país y que su calidad literaria sea por lo menos tal que su lectura sea agradable y fácil” (p. 1).

Consideraban una nutrida lista de materiales que incluía a Juan María Gutiérrez, Carlos Guido y Spano, José Manuel Eizaguirre, Lucio V. Mansilla, entre otros. Junto a esa lista tentativa consideraban la posibilidad de sumar la “enorme reserva que constituyen los diarios y revistas del siglo pasado que publicaron tantas cosas valiosísimas nunca reunidas en volumen” (p. 2). González proponía reunir el capital, hacer tiradas limitadas a 500 ejemplares por suscripción y que Palacio llevara la dirección y presentara cada una de las ediciones de la serie que llevaría el nombre de “Biblioteca del Plata” o “Colección del Plata” (p. 2).

Un posible avance en esta dirección, ligado estrechamente al contexto político, puede corresponder a un texto de los papeles de Palacio en que organizaba un prefacio para una obra titulada *Los Estados Unidos vistos con ojos argentinos* (Palacio, 1946a). En el escrito se establecían las diferencias entre los procesos históricos de Estados Unidos y de la Argentina, así como se planteaban las dudas que generaba la experiencia norteamericana a los visitantes argentinos en cuanto a los contenidos rectores de ese país para el continente (p. 4). La selección proponía a Iriarte, Juana Manso, Sarmiento, Pastor Obligado, Cané, V. G. Quesada, Groussac, Wilde, García Merou, Pellegrini y C. O. Bunge (pp. 5-7).

Legislador y presidente de la Comisión de Cultura

Al asumir el gobierno peronista, las tensiones entre los escritores se agudizaron. En esos días, Borges, excompañero de la vanguardia literaria de Palacio, sufría la conocida humillación en su trabajo, mientras este último asumía como diputado nacional.²¹

Son repetidas las imágenes que presentan al primer peronismo reñido con el mundo intelectual. La inclusión de la trayectoria de Palacio y su accionar en ese cuadro permitiría matizar tajantes afirmaciones al respecto. Hemos visto su actuación en el año 1945 y las convocatorias realizadas para la constitución de una asociación alternativa de

²¹ Para ese tiempo, se desempeñaba como personal de la Dirección de Bibliotecas de la Municipalidad y fue sancionado por realizar manifestaciones públicas en una solicitada. Ello significó una reasignación de tareas a una inspección de ferias.

escritores, así como el haz de relaciones en el mundo artístico e intelectual que sostuvo nuestro protagonista.

En ese contexto, interesa recuperar las acciones desarrolladas por Palacio al frente de la Comisión Nacional de Cultura, cargo al que, como veremos, accedió cuando fue elegido diputado por la coalición peronista en las elecciones de 1946. Durante su gestión, se desarrolló una iniciativa de colaboración entre el gobierno y las entidades representativas de los diversos ámbitos de producción cultural que, en el caso de los escritores, resultó fallida.

Palacio jugó un papel central en el desarrollo de una estrategia de vinculación del gobierno peronista con el espacio intelectual en sus distintas manifestaciones. Para ello, puso a disposición del gobierno su red de relaciones, que excedía largamente las que disponía cualquier otra figura cercana al peronismo gobernante.

La actividad parlamentaria de Palacio llevaba anexa la nominación conferida por la Cámara de Diputados para representarla en la Comisión Nacional de Cultura. Dicha comisión, que dependía del Ministerio de Educación, había sido creada en 1931, se encargaba de toda la temática cultural y estaba compuesta por representantes de las distintas artes y de las cámaras legislativas. A poco de asumir sus funciones como diputado, el Poder Ejecutivo designó a Palacio presidente de esta, cargo que asumió el 9 de agosto de 1946 (*Tribuna*, 10 de agosto de 1946).

Por el Senado fue designado Diego Luis Molinari. Compusieron la Comisión, además: el rector de la UBA, el presidente del Consejo Nacional de Educación, el director de la Biblioteca Nacional, el presidente de la Academia Argentina de Letras, el director del Registro Nacional de la Propiedad Intelectual, el presidente de la Sociedad Científica Argentina y los representantes de la Sociedad General de Autores Teatrales, de la Sociedad Argentina de Escritores y de las sociedades musicales.

Desde que inició su gestión a cargo de la presidencia de la comisión, Palacio se destacó por su ecumenismo intelectual y sus amplias convocatorias. Ello puede seguirse a través de una fuente privilegiada: la *Guía quincenal de actividades intelectuales y artísticas*. Iniciativa del mismo Palacio, la *Guía* reunió en sus páginas una serie de secciones: comentarios de conferencias y actividades destacadas, música, teatro, pintura y crítica bibliográfica. Daba cuenta, además, de las actividades de la Comisión de Cultura.

La orientación contemporizadora de Palacio se dejó ver en una serie de acciones en distintos ámbitos. En el espacio de la plástica, logró la unidad de los “grupos” que se

habían dividido en los Salones de Exposición del año 1945. En ese ámbito, se superaron las diferencias políticas y el sector participó activamente en las políticas culturales del peronismo gobernante, lo cual se vio reflejado en el impulso dado a esas expresiones, así como en la representación en muestras y galerías. También, en las publicaciones oficiales y paraoficiales del gobierno, que no distinguió entre adherentes y oponentes.

En el ámbito musical, mediante la intervención del maestro Athos Palma, también se logró armonizar posiciones. En su doble carácter de diputado y presidente de la Comisión de Cultura, Palacio promovió la creación de la Orquesta Sinfónica del Estado, una antigua demanda de todo el sector. Para ello, ingresó el proyecto de ley en la Cámara de Diputados y él mismo se ocupó de presentar los fundamentos en el recinto (Alén Lascano, 1999, pp. 54-56).

En el campo teatral, se habían producido una serie de cuestionamientos por las puestas en escena de obras de baja calidad artística. Para apaciguar la situación, Palacio recurrió a figuras como Orestes Caviglia o Armando Discépolo, que no se contaban entre los simpatizantes del gobierno (Palacio, s/f. c. 1947).). Al avanzar en la toma de decisiones acerca de la dirección del teatro y del área, quedó a cargo el escritor de orientación nacionalista Juan O. Ponferrada.

Distinto fue el resultado de este espíritu de conciliación en el mundo de los escritores. Sus intentos de diálogo se expresaron en la continuidad del representante de la SADE ante la Comisión de Cultura durante todo ese tiempo, así como en la asignación de premios y la constitución de los jurados. Se mantuvo “congelada” la iniciativa de constituir un espacio diferenciado para los escritores “argentinos” contrapuestos a la SADE. En la *Guía quincenal* se dieron cuenta de las actividades de todos los grupos existentes, lo que reflejaba bien la amplitud de criterio que intentó promover Palacio en el organismo.

En ese mismo tren conciliador, Palacio intentó realizar un encuentro entre Perón y Borges, su pariente político y antiguo colega del grupo de Florida.²² Sin embargo, la iniciativa resultó infructuosa por la negativa cerrada de Borges: “Ernesto Palacio me ofreció una vez presentarme al innombrable, pero no quise conocerlo. ¿Para qué presentarme a un hombre a quien no le daría la mano?” (Borges, 1999, p. 123).

²²Susana Hudson, mujer de Palacio, era prima segunda de Borges, ya que su mamá, Cecilia Urdapilleta Acevedo era prima hermana de Leonor Acevedo, madre de Jorge Luis. Ello se reforzaba por un lazo de amistad entre Susana y Norah, la hermana del escritor. “Eran todos muy amigos hasta que llegó Perón”, ya que “los Borges eran fanáticos antiperonistas” (Testimonio de Inés Palacio, enero 2021).

El trabajo de articulación y diálogo con las distintas fracciones en cada sector de la actividad cultural contrastaba con la disputa en el ámbito parlamentario. En el mes de septiembre, el diputado radical unionista por la Capital Federal, Nerio Rojas, planteó una irregularidad en la elección de Palacio como presidente de la Comisión de Cultura. Por tal motivo, introdujo una cuestión de privilegio en la sesión del día 26 de ese mes, con motivo del decreto N.º 5.819 que regulaba las autoridades de la comisión. En su descargo, Palacio señaló que su designación era potestad del Poder Ejecutivo y pidió el pase a la Comisión de Asuntos Constitucionales para que dictaminara sobre el tema (Alén Lascano, 1999, pp. 57-58).

Otro motivo de conflicto radicó en la asignación de dos de los premios emblemáticos de la comisión. Al asumir Palacio la presidencia, se encontró con los fallos de las comisiones evaluadoras de premios para Historia, Filosofía y Literatura, por lo que volvieron a convocarlas con otra composición. Ello llevó a otras decisiones en dos de ellas. En el área de Filosofía, una obra de Octavio Derisi (1941) había desplazado a otra de León Dujovne (1941-1945), aunque no fue la que generó el mayor cuestionamiento. La comisión de Historia había dictaminado en favor del libro de Ricardo Rojas titulado *El profeta de la pampa*, dedicado a Sarmiento, y la nueva falló en favor de *Proas de España en el mar magallánico*, de Enrique Ruiz Guiñazú (excanciller neutralista de Castillo). Esta decisión generó confrontaciones con la Sociedad de Escritores que desagrávió a Rojas otorgándole el Gran Premio de Honor de la SADE correspondiente a 1945²³. En la Cámara de Diputados, el hermano del escritor, Nerio Rojas, planteó que se trataba de “un síntoma de los propósitos de cultura dirigida” y agregó:

²³Barletta escribió en *Argentina Libre*, el 20 de octubre de 1946, el artículo titulado “Los premios nacionales: el fallo inaudito”: “Dentro del término de cuarenta y ocho horas que es de rigor en los emplazamientos militares, la Comisión Nacional de Cultura otorgó recientemente las máximas recompensas a las obras publicadas durante 1943 a 1945 inclusive. Este trienio tan oscuro para la vida del espíritu colectivo se desarrolló bajo el clamoroso lema ‘¡Alpargatas sí, libros no!’, razón por la cual las perspectivas del fallo eran poco o nada tranquilizadoras. La repartija de premios que acaba de consumarse ha venido a justificar aquella suspicacia, sin excluir la más pesimista... El lamentable veredicto de la Comisión Nacional de Cultura ha producido asombro en la opinión pública y ha suscitado unánimes comentarios de reprobación en la prensa responsable y en los círculos intelectuales del país. De ahí que se haya interpretado como una réplica oportuna la reciente decisión del jurado de la Sociedad Argentina de Escritores compuesto por los señores León Benarós, Jorge Luis Borges, Ulyses Petit de Murat, José Luis Romero y Ricardo Sáenz Hayes. Dicho jurado del que no formaban parte mandarines, sino escritores de reconocida autoridad acaba de otorgar el Gran Premio de Honor, correspondiente al año 1945, al libro de Ricardo Rojas, *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*”. La misma organización convocó a un acto público que concitó la presencia de un numeroso auditorio. En el boletín de la institución, Borges se refirió al negado premio a Rojas: la irrealidad de “los actos oficiales que repetidamente nos sorprenden y nos consternan” tenían “una explicación, que algunos llaman injusticia y otros nazismo” (Barletta, 20 de octubre de 1946, p. 29).

Se desea tener en manos del Poder Ejecutivo todos los resortes de la cultura argentina... se pretende tomar esa Comisión de Cultura, así, por la fuerza, y se utiliza al representante de esta Cámara, como se ha tomado la universidad, como se han tomado los gremios obreros, como se han tomado todos los resortes de la vida del país (Quattrocchi-Woisson, 1995, p. 261).

El bloque radical buscaba la comparecencia del ministro de Instrucción Pública en la Cámara, pero el peronismo eludió la cuestión y la pasó a Comisión. Sin embargo, en la sesión del 12 de marzo de 1947 el diputado radical intransigente Arturo Frondizi consiguió el tratamiento del asunto en la Cámara y expresó:

¿Cómo y por qué se premia a *Proas de España en el mar magallánico*? La nueva comisión está integrada por conocidos admiradores de don Juan Manuel de Rosas, y por lo tanto, por conocidos enemigos de don Domingo Faustino Sarmiento. De manera que se encontraron con que, si acataban el dictamen de la comisión asesora, debían otorgar el primer premio de historia a un libro que glorificaba a Sarmiento y escrito por Ricardo Rojas, que es la expresión más alta de la cultura libre de nuestra América. Se deciden entonces a premiar *Proas de España en el mar magallánico*; y como no existía argumento alguno de orden científico para esa suplantación, buscan respaldarse en una gran causa que todos los argentinos llevamos en nuestro corazón. (Quattrocchi-Woisson, 1995, p. 261)

Por su parte, Palacio dio como cosa juzgada la cuestión del premio y señaló: “ si en ese asunto me hubiera dejado llevar por mis sentimientos personales, habría optado por votar que el premio fuera otorgado al doctor Rojas, por quien siento un viejo afecto y alta estimación desde la época en que fui su alumno” y agregó que había razones de orden intelectual y diplomáticas que ameritaban su asignación (Quattrocchi-Woisson, 1995, p. 263).

Este episodio fue mencionado en la historiografía reciente como ejemplo de una gestión facciosa por parte de Palacio en el marco de una torpe política del peronismo hacia las clases cultas (Fiorucci, 2010, pp. 74-75). Esa aproximación no consideró los antecedentes de la división en el ámbito de los escritores, el conjunto de las dimensiones

que entraban en juego en el asunto ni la ubicación de la cuestión en la dialéctica propia del momento.

En el mes de mayo, Palacio presentó a la Cámara de Diputados (9 de mayo de 1947) una reseña de actividades al frente de la Comisión Nacional de Cultura, en la que se definía como un “presidente con responsabilidad ejecutiva”. Dio cuenta de las actividades, la asignación de becas y el apoyo a la creación literaria y artística, así como del refuerzo presupuestario que gestionó y recibió. El informe fue difundido por la *Guía quincenal* de la comisión (Comisión Nacional de Cultura, segunda quincena de mayo de 1947).

Cuando intervino en el recinto, señaló que no fue un mero participante de las reuniones de la comisión, sino que asumió la función ejecutiva y eso debilitó su “tarea específicamente parlamentaria”. Consideró haber cumplido con la misión otorgada por la Cámara y haber luchado contra la escasez de recursos, promoviendo el cambio de la “fisonomía” del organismo, “adoptando un ritmo adecuado a los tiempos nuevos que vive la Nación” (Comisión Nacional de Cultura, segunda quincena de mayo de 1947). Subrayó, además:

Ya no es una institución rutinaria y lánguida, sino un organismo vivo y sensible a todas las inquietudes intelectuales del momento. A su seno acuden, para buscar solución a sus problemas, sin distinción de colores políticos, todos los valores que, en el orden artístico o científico, contribuyen a elaborar la grandeza espiritual del país, y encuentran ayuda y estímulo. Esto le ha creado una atmósfera de prestigio que sin duda habrá sido advertida por la mayor parte de mis colegas y que lo ponen a cubierto de cualquier ataque interesado o malévolo. (Cámara de Diputados de la Nación, 11 de junio de 1947)

Subrayaba también el espíritu que había guiado su gestión, señalando que su preocupación fue “hacer llegar los beneficios de la cultura al mayor número de compatriotas”, favorecer “no sólo a los especialistas ya formados, por vía consagratoria, sino a los talentos en germen” y afirmó: “el Estado no es creador de cultura, pero sí tiene la obligación de estimular el talento y hacerlo conocer”. Palacio destacaba además la creación de las becas estímulo, el concurso para el teatro vocacional y la publicación de la *Guía quincenal*, “que pone al alcance de todos, en una tirada de 20.000

ejemplares, la crónica de las actividades culturales que se desarrollan en el país, tanto en la capital como en el interior”. Y, más allá de referir algunos “sinsabores”, se mostraba satisfecho con su experiencia al frente del organismo:

Puedo afirmar a mis colegas que cuento con la adhesión y la colaboración de todos los organismos vinculados a la actividad cultural y con la simpatía manifestada, reiteradamente, de los intelectuales y los artistas, sin distinción de colores políticos. A raíz de mis diversas iniciativas, he recibido telegramas y notas de felicitación de la Sociedad de Autores Dramáticos, de la de Actores, de la Gremial, de la SADAIC, la Sociedad Argentina de Escritores, por resolución de la comisión directiva, me ofrece una recepción en su local, y hoy mismo debo concurrir a un homenaje que se me tributa en la Casa del Teatro. Esta adhesión de los beneficiarios de mi labor es suficiente para recompensarme ampliamente de los ataques aislados e inspirados por móviles inconfesables, que son el precio que debe pagar siempre la integridad moral y cívica a la mediocridad y a la bajeza. (Cámara de Diputados, 11 de junio de 1947) ²⁴

En el número siguiente de la *Guía quincenal* (Comisión Nacional de Cultura, primera quincena de junio de 1947),redobló la apuesta: “Cultura para todos” fue la consigna que encabezó la publicación. Para darle mayor visibilidad a la acción, uno de los secretarios de la comisión, el doctor Julio Pallares Acebal difundió la obra realizada a través de una audición radial.

La actuación de Palacio en la Comisión de Cultura también fue cuestionada por algunos actores dentro de la coalición gobernante. Así, Diego Luis Molinari, el representante del Senado en la Comisión Nacional de Cultura, lo criticaba por uno de los premios otorgados. Según recordaba un testigo:

Estamos en 1947. El rebelde ha publicado un nuevo libro, y así como su sentido de la revolución no le ha impedido más de veinte años atrás colaborar por igual en *Martín Fierro* y en *Nosotros*, ni tampoco presentarse a optar los premios

²⁴ En esa alocución, subrayó el apoyo de todos los sectores de la actividad cultural y destacó un agasajo brindado a su persona por la SADE en su propio local como muestra de esa relación cordial.

burgueses que otorga la comuna –ha logrado ya uno de éstos puja ahora por uno nacional y está a punto de alcanzarlo. Pero he aquí que un senador, que tiene representación en la Comisión Nacional de Cultura, al impugnar la labor que desarrolla su presidente, que es también diputado, dice al cuerpo a que pertenece que va a dar testimonio de cuanto afirma, leyendo aquel libro, que está a punto de ser laureado. A las primeras líneas, la asamblea festeja los poemas con sonoras carcajadas. Desde la época en que Florencio Parravicini ocupara una banca en el Concejo Deliberante, no se había producido nada semejante. Hasta los más viejos saltan en sus asientos. Resultado: el presidente de la Comisión Nacional de Cultura es substituido y el poeta se queda sin su premio (Pinetta, 1962, pp. 172-173).²⁵

Desde su lugar como presidente de la Academia Nacional de Letras, Carlos Ibaguren se sintió ofendido por referencias al funcionamiento de la Comisión.²⁶ Otra voz crítica fue la del ministro de Instrucción Belisario Gache Pirán, que resentía la autonomía que había cobrado la comisión en la gestión de Palacio, así como el estilo de diálogo abierto y colaborativo que propiciaba, a través de la constitución de comisiones para integrar a las asociaciones. Gaché decidió renunciar, y pedir el alejamiento de Palacio del cargo de la presidencia de la Comisión. Temperamental, Palacio presentó su dimisión, en tono destemplado y haciendo cargos al ministro del ramo²⁷, quien se consideró agraviado. Al día siguiente, varios diarios difundieron la noticia de un duelo entre Palacio y Gache Pirán en la quinta del diputado nacional Sustaita Seeber, en Acassuso, zona norte del Gran Buenos Aires. “El lance tuvo lugar a las 14.40 hs a pistola. Ambos actuantes cambiaron un disparo, sin consecuencias. Tanto el doctor Gache Pirán como el doctor Palacio se negaron a reconciliarse” (*Tribuna*, 28 de junio de

²⁵ El senador era Diego Luis Molinari, el poeta Nicolás Olivari y el renunciante Ernesto Palacio.

²⁶ Había sido desplazado por el gobierno de Perón de sus puestos como presidente de la Comisión Nacional de Cultura y de la Comisión de Cooperación Intelectual, que ocupaba desde su creación en el año 1935.

²⁷ “Con íntima satisfacción me enteré de su valiente y dignísima actitud. Reitérale su admiración”, le escribe el responsable de la comisión, Mario J. Errecalte (27 de junio de junio de 1947).

1947) A raíz de ello, Palacio recibió telegramas de felicitaciones por el resultado del “lance de honor”.²⁸

Pocos días después, el 3 de julio, la Cámara discutió el informe y la oposición reiteró los cuestionamientos al otorgamiento de premios y a las actividades del Teatro Nacional de la Comedia, y hacía responsable de todo ello al “señor representante de la Cámara Ernesto Palacio (que) no ha atendido como correspondía los intereses que debía cuidar”, según señaló el diputado Alfredo Calcagno (Cámara de Diputados, 3 de julio de 1947, T. III, p. 330). Nerio Rojas subrayaba sus contradicciones con el oficialismo gubernamental (p. 333). Palacio rebatió las acusaciones señalando que los diputados no contaban con información suficiente sobre el funcionamiento interno de la Comisión de Cultura y volvió a remarcar su argumento acerca de su relación cordial con los diferentes sectores y la pluralidad en la cobertura de la *Guía quincenal* (p. 334).

Al formalizarse la salida de Palacio de la comisión en su condición de presidente (Decreto N° 19.500), y con un nuevo reglamento, el cuerpo eligió a su vicepresidente, Carlos Emery, quien se desempeñaba como interventor de la Universidad de Buenos Aires y, en esa condición, era miembro de la comisión. En ese momento, se publicó la Memoria correspondiente al año 1946, en la que puede apreciarse la labor desarrollada con mayor detalle de lo presentado en el Congreso y en la *Guía*. El registro de actividades desmentía, de algún modo, las críticas de ese entonces y las que fueron repetidas en la producción historiográfica, que mostraban la amplitud con la que Palacio había manejado la comisión, lo que le granjeó vínculos y relaciones que continuaron más allá de su alejamiento de la responsabilidad ejecutiva. Ello se reflejó en el respeto constante de los diputados opositores hacia su persona y sus capacidades intelectuales (Quattrocchi-Woisson, 1995, p. 265).

Una muestra de esa amplitud fue la relación que entabló con Elías Castelnuovo, autor del grupo de Boedo, proveniente de la cultura de izquierdas (Korn, 2016). La conversación que los animaba era la empresa de configurar una asociación de escritores amplia, plural y abarcativa. Junto con ello, buscaban generar una normativa de protección para el trabajo de los escritores.

Castelnuovo venía intentando concretar estas iniciativas desde hacía tiempo. Eso lo había llevado a tomar contacto con Gálvez y con Ernesto Palacio, que ocupaba un

²⁸ Enviaron adhesiones al día siguiente: John W. Cooke, José M. Etcheverry, Alejandro H. Leloir, Luis María Róo, Alfredo Eguzquiza, Leonardo Carman, “Mocho” Vallejo, Nicolás M. San Luis, Gómez Garay, Horacio Guerrico (Carpeta de correspondencia A.P).

lugar central para impulsar sus ideas. Se tejió entre ellos una relación de cercanía y solidaridad. Se encontraron a conversar y Palacio se comprometió a gestionar la restitución de la ciudadanía argentina para el escritor que le había sido retirada por la Comisión contra el Comunismo (Castelnuovo, 14 de agosto de 1947). También a publicarle un libro, aunque lo principal pasaba por la coincidencia en presentar un proyecto de ley general que protegiera a todos los que se consideraban obreros del intelecto. Para ello, Castelnuovo proponía hacer una reunión con el presidente de la Sociedad Argentina de Autores, a partir su pertenencia a la institución, a fin de “buscar un acuerdo de todo el gremio –autores, escritores, músicos, plásticos, etc.”

Junto con ese acuerdo y con la finalidad de acercar voluntades, le decía: “un domingo de éstos... pienso hacerle una visita en compañía de Berni, Castagnino y Spilimbergo, quienes ya tienen concluido un estatuto y a quienes les prometí acompañarlos a su casa con ese fin”. Las figuras que acercaba Castelnuovo, como él mismo, no habían estado en las primeras manifestaciones de apoyo al naciente peronismo. Muy por el contrario. Podemos inferir que la figura de Palacio inspiraba confianza en cuanto al tipo de acuerdos que podían realizarse: “Su palabra para mí es un documento. Le tomo la palabra en todo, en consecuencia, como si me hubiese firmado un papel sellado”, le escribió Castelnuovo.

Su renuncia a la presidencia de la Comisión de Cultura no implicó que Palacio se desentendiera de los asuntos relativos a las políticas culturales. Por el contrario, siguió empeñado en resolver el frente de los escritores, que resultaba mucho más complejo que otros. Así, estuvo entre los organizadores del cónclave al que convocó el Gobierno Nacional en la Casa Rosada para fines de 1947 con el propósito de presentar la iniciativa de configuración de la Subsecretaría de Cultura para el año 1948, ofrecer recursos e instar a la configuración de una única asociación de escritores, que en otros campos eso ya se había producido.

Con la proyectada Subsecretaría de Cultura, el Gobierno buscaba darle un carácter ejecutivo y federal a las acciones en el área, que se reforzaba con la intención de destinar mayores recursos al sector. Se pusieron en movimiento distintos grupos y proyectos para posicionarse en la coyuntura. Arturo Cancela tomó contacto con distintos escritores, con la idea de retomar el curso de la nonata Asociación de Escritores de la Argentina (Oliveri, 2002, p. 162). Camino a la concreción del nuevo organismo, el gobierno convocó a una reunión de los referentes de los distintos campos

del ámbito artístico y cultural. En la *Guía quincenal* (Comisión Nacional de Cultura, primera quincena de diciembre de 1947), apareció el listado de los intelectuales y artistas que respondieron a la convocatoria. Un folleto oficial consignaba: “El 13 de noviembre de 1947, el Presidente de la Nación Argentina, general Juan Perón, recibió en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno a una calificada delegación de escritores, historiadores, periodistas, novelistas, poetas, artistas plásticos, músicos, ensayistas, pintores, escultores y otros representantes de nuestros centros intelectuales y culturales” (Perón, 1947, p. 5)

En representación de los concurrentes habló Gustavo Martínez Zuviría, director de la Biblioteca Nacional (pp. 5-11). Luego hizo uso de la palabra el general Perón, quien solicitó la organización unificada de una asociación de escritores con la finalidad de asesorar a los organismos públicos y constituir un interlocutor permanente del gobierno. Existió un breve cambio de ideas con los asistentes (Comisión Nacional de Cultura, primera quincena de diciembre de 1947).

Luego de esta reunión, el grupo de escritores “oficialistas” configuró su organización y retomó el antecedente de la cena de mayo de 1946. Recordó Gálvez (2003): “Arturo Cancela, escritor de talento, muy culto, vinculado a casi todos los colegas por haber dirigido unos años el suplemento literario de *La Nación*, decidió fundar otra sociedad” (T. II, pp. 565-567). Acompañaron la iniciativa: Leopoldo Marechal, José María Castiñeira de Dios, Juan Alfonso Carrizo, Rafael Jijena Sánchez, Antonio Monti, Juan Oscar Ponferrada, Gustavo Martínez Zuviría, Alfredo Brandán Caraffa, Pilar de Lusarreta, Guillermo House, Atilio García Mellid, Carlos Obligado, Delfina Bunge de Gálvez, Manuel Gálvez, Carlos Jovellanos y Paseyro, Alberto Franco, entre otros. La comisión directiva se reunió, redactó los Estatutos de la Asociación y quedó *ad-referendum* de la Asamblea General Extraordinaria. Arturo Cancela asumió la Secretaría General y José M. Castiñeira de Dios la Secretaría de Actas, que implicaba quedar a cargo de la publicación de un boletín de la institución.

A raíz de la convocatoria y de los movimientos que se producían, Castelnuovo volvió a escribirle a Palacio: “tengo otro proyecto”, le dijo y, bromeando, agregó: “usted dirá que yo debí ser diputado y no literato”; y siguió la chanza: “vuelta a vuelta me le presento a usted con un proyecto... no pienso, sin embargo, matarlo un día a usted de un proyecto. Eso, no. Hasta allí no llega mi saña” (Castelnuovo, 4 de noviembre de 1947). El que ahora lo ocupaba era “conquistar en los próximos comicios la presidencia de la Sociedad Argentina de Escritores”. Para ello, le propuso integrar juntos “el

binomio de la victoria”. “Reingresaríamos a las filas de esa entidad usted y yo sin hacer declaraciones de ninguna naturaleza” y “nos presentaríamos con... cuestiones más concretas: ‘Hechos y no palabras’ y ‘El escritor debe vivir de su trabajo’” (p. 1) y redactó una plataforma (unificación de todos los escritores en una sola sociedad o sindicato de carácter exclusivamente gremial; ley de defensa de los derechos del escritor, según el proyecto conversado; empréstito del gobierno; reconstrucción de la Casa del Escritor; colonia de vacaciones; cooperativa para editar libros; crear biblioteca de escritores americanos).

A continuación, anotó que la “más brava de conseguir” es la unión, y señaló que la “resistencia, no obstante, podrá proceder tan solo de la nueva sociedad” (p. 2.). Le aseguró que sabía que no iba a haber reparos “de la vieja”. Señalaba: “Yo hablé ya con algunos de ellos y se mostraron todos sinceramente entusiasmados con el proyecto”. Volvió sobre la fórmula (“no sé si lo voy a dejar a usted de presidente o de vice por razones de conveniencia política”), sugirió que podía estar formada “por escritores de todos los sectores ideológicos” y agregó: “nuestra función se reduciría a organizar sindicalmente a los escritores con fines puramente de clase... Despertar en ellos lo que ya comprendieron bien los obreros manuales y obtener las mejoras y las condiciones de vida que los obreros manuales ya consiguieron”. Continuó señalando los problemas que la falta de organización le traían a los escritores y el hecho de no recibir los beneficios económicos que el gobierno “distribuye a la marchanta entre las más diversas instituciones” y que la Sociedad Argentina de Escritores se queda “con las manos en el bolsillo y la boca abierta, mirando la luna de los acontecimientos y papando moscas” (pp. 3-4).

El 11 de diciembre del mismo año se realizó una nueva convocatoria de mayor amplitud por parte del gobierno nacional. En la concurrencia a la reunión, pudo visualizarse una mayor apertura con la presencia de más miembros de la SADE (*La Prensa*, 12 de diciembre de 1947). En primer término, habló el escritor Guillermo House, colaborador del diario *La Nación*, aunque afín al gobierno. Luego habló Perón: “El problema argentino es uno solo. Es un problema de organización, vale decir, de poner de acuerdo a todos los argentinos”. Los instó a la unidad, prometió recursos y apoyo para la propia actividad. Hubo aplausos. (*La Nación*, 12 de diciembre de 1947). Tomó la palabra Pilar de Lusarreta y señaló la existencia de dos sociedades, “una argentinísima” y la otra “que no califico porque no la conozco”. Sobre ello, siguió Cancela y recordó los enfrentamientos del pasado, subrayó la casi paridad numérica de

una y otra y afirmó que es “un poco difícil aunar estas dos entidades”. Abundó: “Además no se estorban y hasta es conveniente que existan dos instituciones... me parece imposible que nosotros nos unamos, pues las heridas son demasiado recientes y además estoy seguro que no nos perdonarán. Nosotros los perdonaremos a ellos, pero no ellos a nosotros”. Finalmente, expresó que el local de la calle Méjico tenía muebles adquiridos por el embajador Braden (*La Nación*, 12 de diciembre de 1947).

Habló luego Leónidas de Vedia para refutar los conceptos vertidos por Cancela. Martínez Zuviría sugirió candidatos para la comisión propuesta por el primer magistrado. Luego de reconocer las dificultades para lograr la unidad, Perón los instó a realizar una asamblea para definir sus representantes (Perón, 1947, pp. 45-46).

La comisión conformada en la reunión del 11 de diciembre se concentró en la convocatoria de una “asamblea de escritores” en el Teatro Nacional Cervantes con la intención de elegir representantes para asesorar-colaborar con la Subsecretaría de Cultura que se crearía para el ejercicio 1948. La convocatoria se realizó a través de medios públicos para el día 23 de diciembre a las 17.00 h.

Ante esta nueva instancia, la Comisión Directiva de la SADE convocó a sus socios a debatir la concurrencia a la Asamblea. Luego de las deliberaciones, decidieron participar no sin señalar una serie de críticas y condicionamientos al gobierno.

El encuentro fue presidido por Antonio Castro, quien había asumido como presidente de la Comisión Nacional de Cultura tras el interinato de Emery. En primer término, recordó los motivos por los cuales se había convocado la asamblea y se refirió a párrafos del discurso que pronunció Perón. Presentó, a continuación, una lista tentativa en la que había figuras de ambas asociaciones. Barletta y Córdova Iturburu cuestionaron nombres y pidieron cuarto intermedio. Se produjeron intercambios acalorados y, finalmente, se adoptó la decisión, por mayoría, de nombrar la comisión. Distintos escritores de la SADE hicieron declaraciones negativas y González Lanuza, incluido en la comisión, renunció a la candidatura propuesta. Esa actitud buscó ejercer presión sobre las posiciones de aproximación de Barletta y De Vedia. El miércoles 24 se sumaron a la renuncia los otros escritores designados: Arturo Capdevila, Carlos Alberto Erro, Fermín Estrella Gutiérrez, Álvaro Melián Lafinur y Leonidas de Vedia (*La Nación*, diciembre de 1947). Y lo propio hizo este último a su cargo de representante de la SADE en la Comisión de Cultura. En ADEA también se hicieron sentir las consecuencias del malogrado encuentro: Cancela dejó su lugar a Carlos Obligado, a la

sazón presidente de la Comisión de Bibliotecas, quien asumió la representación ante la Comisión Nacional de Cultura (Pulfer, 2017b).

Al ponerse en funcionamiento la Subsecretaría de Cultura, a cargo de Antonio P. Castro, el Poder Ejecutivo, mediante el decreto N.º 15.484 del 28 de mayo de 1948, creó la Junta Nacional de Intelectuales. En ella se integraron, además de los escritores cercanos al oficialismo, otros representantes de grupos con los que la Comisión Nacional de Cultura venía estableciendo diálogos y conversaciones desde el tiempo en que la orientaba Palacio: artistas plásticos, músicos y hombres de teatro y cine. Por lo que conocemos, en ninguno de esos espacios se produjeron los enfrentamientos y choques que signaron la “representación” de los escritores.

En ese ámbito, fracasaron los intentos dialoguistas, la integración de las dos sociedades o la doble representación. El mundo intelectual siguió dividido bajo el peronismo incubando acusaciones mutuas.

Palacio siguió integrando la Comisión Nacional de Cultura, en representación de la Cámara de Diputados y continuó con intervenciones públicas y con iniciativas legislativas. Así, para el mes de julio de 1948, preparó un discurso sobre política cultural. En sus borradores, anotaba frases: “una política cultural, en sentido amplio, será pues la que el Estado desarrollará para la formación intelectual de los ciudadanos e indirectamente (desde la unidad del espíritu) para su formación moral” (Palacio, 1948d). Ese es el soporte de la alocución que Palacio entregó el día 11 de junio de 1948, en la Sala Argentina del Teatro Nacional Cervantes, titulada “Lineamientos de una política cultural” (Comisión Nacional de Cultura, segunda quincena de junio de 1948)



Ernesto Palacio disertando sobre Política Cultural en el Teatro Cervantes.
Fuente: Comisión Nacional de Cultura (segunda quincena de junio de 1948). *Guía quincenal de la actividad intelectual y artística argentina*, N.º 22.

Por ese tiempo, las preocupaciones intelectuales de Palacio giraron más decisivamente hacia la historia. La poesía había quedado confinada al ámbito íntimo y los trabajos de crítica literaria circunscriptos a la reflexión, recurrente, sobre el significado de Lugones en las letras, el pensamiento y la política del país. Esas reflexiones fueron volcadas en una serie de conferencias y en un artículo a principios de la década de 1950.

Palacio recordaba su vínculo con Lugones, a quien conocía desde la juventud y con quien polemizó en varias oportunidades. Ese trato se remontaba a 1917, continuó en los años veinte con una recriminación de Palacio por las declaraciones en torno al centenario de Ayacucho, las distancias y cercanías a la idea del nacionalismo y la confluencia en el golpe de 1930. En los años treinta, los diálogos e intercambios entre ambos fueron acerca de la redacción del texto de *Catilina* y al proyecto de historia argentina que Palacio albergaba. Esas charlas en la Biblioteca del Maestro fueron frecuentes. En ellas se trataban cuestiones de orden interpretativo. Con él discutía esquemas de sus notas o libros. En el último tiempo de la vida de Lugones, además de María Luisa Domínguez, lo frecuentaba otro amigo de Palacio, el padre Castellani (Pulfer, 2020a).

Esas conversaciones, así como la lectura de sus escritos, generaron un poderoso impacto en Palacio, quien sintió el imperativo de continuar su programa intelectual como relevo generacional y como actualización a la nueva situación argentina. Para él, Lugones había quedado como gozne entre la generación organizadora y la suya, y había dejado inconcluso su trabajo. En las relaciones entre poesía, estética y política, encontraba el nudo gordiano de la cuestión argentina. Un texto que pergeñó hacia 1936, titulado “Sobre los mitos”, buscó darle fundamento a la cuestión.²⁹ Volvía a los motivos de *El Payador*, ese trabajo de recuperación del *Martín Fierro* como poema épico fundacional. ¿No era esa la figura para la reconstrucción mitológica de la Nación?

Comenzaba esa pieza diciendo: para “nosotros, modernos... mito es sinónimo de mentira. Para los griegos primitivos fue algo incomparablemente distinto. La palabra significaba, como ahora, cuento, leyenda o fábula. Pero también refrán, sermón, coloquio, consejo, persuasión” (Palacio, 1939c, p. 117). Y agregaba lo siguiente:

²⁹Texto considerado central por el autor. En la coyuntura electoral de 1945-46 lo incluyó entre los textos destacados de la publicación periódica *Política*.

Las fronteras de lo real y de lo fantástico permanecieron mucho tiempo indefinidas y los remotos abuelos de nuestra raza fueron formando un tejido de historias que eran, a la vez, una religión, una cosmogonía, una moral, una política y una estética. De su substancia vivieron. Y ellas han llegado hasta nosotros, ostensiblemente, en las manifestaciones del espíritu: en la poesía, en la historia, en la estatuaria. (p. 117)

Repasaba luego su devenir en la edad media y moderna, hasta llegar a Goethe: “Esta persistencia revela, en mi entender, que la mitología no es una mera retórica ornamental sino un lenguaje, y que responde a las más profundas exigencias del espíritu humano...”. Para él “...los mitos tendrían, por lo menos, la virtud esencial de hacernos conocer al hombre. Y es este conocimiento del hombre, en su historia íntima, en lo que creyó, en lo que imaginó, en lo que soñó, el conocimiento de importancia más vital para el hombre mismo”.

A continuación, señaló los efectos de la educación utilitaria que tuvo como finalidad “desarraigar de la mente colectiva el culto de ciertas virtudes peligrosas para la dominación del dinero: el sentido de la vida heroica, del patriotismo insobornable, del honor, de la piedad”. A pesar de ello, afirmaba, lograron pervivir: “la verdad es que los mitos resurgen siempre en forma inesperada. El intento de desarraigarlos, so pretexto de utilidad, no tuvo otro resultado que obligarlos a disfrazarse de sabiduría práctica” y encarnarse en los hombres de gobierno, capaces de cultivar “una sabiduría más sutil y difícil: la del alma humana” (p. 123).

Esta reflexión sobre los mitos resultó fundamental para la construcción de la concepción política e histórica de Palacio, ya que sobre esa base elaboró su obra de reconstrucción del pasado nacional. No resultó casual, como veremos, la cita a Lugones en el inicio mismo de su *Historia de la Argentina* (1954).

Palacio leyó el artículo titulado “El Jefe”, dedicado a Roca, publicado en el diario *La Nación*, por Lugones (1 de enero de 1938, p. 3).³⁰ Como se había hecho evidente en sus encuentros, no coincidían en sus apreciaciones sobre la figura dominante de la política argentina con posterioridad a 1880.

Poco después, se enteró de la trágica muerte del poeta. Vio los homenajes que se sucedieron y en los que no participó (*Nosotros*, 1938)

³⁰ Dos ejemplares del suplemento del diario se encuentran en el A.P.

La decisión de Lugones lo desconcertó y lo motivó a escribir unas páginas que quedaron inéditas, en las que subrayó su “altísimo aprecio por su poesía” y su “disidencia con sus doctrinas” (Palacio, 1940b).³¹

Muchos años después, en una nota de 1950 publicada en la revista *Sexto Continente* (Palacio, 1950a, pp. 16 y ss.), además de rescatarlo como poeta, destacaba su saber enciclopédico, su identificación con Sarmiento y reclamaba el debido homenaje en su provincia natal. Relataba, de manera intimista, la paciencia del poeta hacia quien no compartía ninguno de sus puntos de vista. Introducía la idea de la soledad de Lugones, por la desvinculación con la propia generación y por no haber generado un lazo fuerte con la siguiente.

En este texto subrayaba: “lo que significó Lugones para mí, para muchos hombres de mi generación, para la Argentina” siguiendo el hilo de la “experiencia de su magisterio”. Anotaba: “el tiempo... me ha hecho ver lo que personalmente le debo a Leopoldo Lugones”. Más allá de ello, lo presentaba como “el hombre de la patria”, lo definía como “profeta”, adueñado de una “misión”, como “poeta en acción”, en perpetuo “acto de servicio”. Desde allí, partió para “desentrañar su secreto”. En los versos de las “odas seculares” que demandaban “ojos mejores para ver la patria” encontraba “la clave de toda la obra de nuestro gran poeta”. Se trataba de “ver la patria. Y mostrarla. Verla en todos sus aspectos y hasta las últimas raíces. Mostrarla en todo el esplendor de su realidad y su esperanza” (Palacio, 1950a. pp. 16 y ss.).

Palacio se afanó en definir a Lugones casi con exclusividad como “un poeta”, lo que “supremamente fue”. Más allá de que su obra “copiosa” ocupó varias materias (historia, política, pedagogía, botánica, matemática, cuentos, novelas y ensayos), según Palacio, podían “reducirse a unidad en la propia vocación poética”. También vinculó sus “preocupaciones enciclopédicas” con “el espíritu del sarmientismo”, puesto que compartían su “mística civilizadora”, aunque Lugones se “diferenció” para terminar siendo “no ya el continuador de ese espíritu, sino la reacción contra ese espíritu en nombre de una patria nueva” (p. 19).

Sin embargo, Palacio afirmó que reducir a Lugones solamente a poeta era un “regateo miserable”, polemizando con otros miembros de la generación de los años veinte, como Borges o Martínez Estrada. Exaltar al poeta no equivalía a negar, para él,

³¹Se trata de un capítulo titulado “Estética nihilista”. Fue propuesto por el autor como última parte de *La historia falsificada*, pero no fue publicado por el padre Castellani, director de la colección y quien tenía su particular visión de Lugones (Palacio, 1940b).

al historiador, al naturalista, al filólogo y al político, sino subordinar lo accesorio a lo fundamental. El poeta “nos muestra lo que debemos amar”. Lugones buscó transmitir “entusiasmo civil”, quiso comunicar la “esencia de la patria” a través de sus obras. En ese registro *La grande argentina* fue la “exposición más completa de su doctrina nacional” y los *Poemas solariegos* y *Romances del Río Seco*, fueron las “notas más altas de su canto” (p. 20). Retomaba así la idea de la poesía como servicio, la “idea antigua del vate profético y conductor de pueblos”, del “poeta legislador”.

En la parte final del artículo, Palacio señalaba: “ese ferviente amor por las cosas de la patria en que se nutre su poesía es... el sentimiento que lo mueve a profundizar sus estudios humanistas e históricos”. El amor patriótico lo orientó al *Payador*, “la mejor síntesis existente de lo gauchesco”; al *Prometeo* y a los *Estudios helénicos* que le facilitaron “completar, por la hurga en los orígenes, la visión total de la raza”. Ese “linaje extraviado” no era otro que el de “la gente grecolatina a que pertenecemos”, cuyo reconocimiento permitió al poeta construir “en una armonía total, su visión de lo argentino” (p. 21).

Esos conceptos fueron vertidos, tiempo después, en el Colegio de Estudios Universitarios, donde siguió abordando la figura y la obra de Lugones. Desarrolló tres conferencias, siguiendo el mismo eje temático expuesto en el artículo anterior, *El magisterio de Leopoldo Lugones* (Palacio, 1950b).



Palacio en una recepción hacia 1950. Fuente: Archivo Palacio.

Poco después, Palacio se propuso organizar un libro sobre la figura del que consideraba la figura prócer del siglo XX argentino. Había comenzado a recuperar sus escritos previos y había tenido conversaciones con un posible editor. Contaba con una idea definida sobre él. El tema aparecía en distintas conversaciones en los ambientes en

los que se movía por entonces y en intercambios epistolares con referencias de materiales (Mayocchi, 22 de octubre de 1955). Ese libro quedó trunco por el accidente sufrido por Palacio en 1955.

Años después, con motivo de la obra realizada por Julio Irazusta (1969) sobre Lugones, volvió, una vez más, sobre él, y anotaba reflexiones en sus papeles personales. La figura de Lugones se moldeaba fuertemente sobre su propia trayectoria. El subrayado de similitudes sugería un proceso de identificación cada vez mayor con el autor. En ese proceso narrativo recuperaba la pertenencia al viejo patriciado del interior empobrecido con “prístino origen santiagués”; el haber tenido que “trabajar desde temprano”; su desempeño como poeta y escritor que rechazaba las costumbres literarias; su desencanto del anarquismo y su ingreso en la política práctica, de la que se decepcionó. En otro orden de cosas, destacaba la “garra” que lo hizo “conquistar” el centro; la misión autoimpuesta de ser el “conductor intelectual y moral de la Argentina”; sus profundas convicciones y una gran ternura, tras una capa de adustez, máscara de “un hombre que vivió escondiéndose”. Y terminaba: “Lugones es un triunfador. Todo le sale como si de él dependiera el destino de la República. Publica libros que son aplaudidos por todos, incluso los de prosa” (Palacio, 1969b).

Palacio no tuvo su Roca, un protector, alguien que lo promoviera. La relación con los líderes de su época, como se verá más adelante, no fue armónica. Le costó tiempo reconocer a Yrigoyen como una reacción al “régimen”. Perón, por su parte, resultó un proyecto frustrado del que conservaba heridas abiertas, que no terminaban de suturar. Quizá, por esa razón, no le quedó otra opción que volcar el hilo de su propia trayectoria y contenido existencial sobre el molde de Lugones y, en consecuencia, exaltarlo.

Así como en 1911 Lugones realizó una hagiografía de Sarmiento, en la que se identificaba con él, Palacio hacía esa misma operación con Lugones. Un matiz y una diferencia: Roca y su descendencia política no cubrieron las expectativas de Lugones, y eso lo llevó a escribir “¡basta!” en el cuaderno en el que venía desplegando la biografía del “héroe del desierto” antes de quitarse la vida. Palacio no dijo “¡basta!”, ya que sus principios cristianos se lo impedían. Su gesto fue el abandono de la empresa de escritura, y dedicarse a vivir dignamente el tiempo que le restaba.

Capítulo 3. El periodista: ironía, polémica y política

Un largo tramo de la vida de Ernesto Palacio estuvo atravesado por la actividad periodística, otro modo de desarrollo de la escritura, su capital principal. En este ámbito, participó de redacciones regulares de diarios y llegó a dirigir uno de ellos. También formó parte de publicaciones periódicas, en las que fungió en tres oportunidades como director.

Como vimos, comenzó su trabajo en el periodismo en el diario conservador *La Fronda*. Fue allí donde aprendió el oficio junto a colegas con los que, poco después, se enrolaría en el nacionalismo. De manera simultánea, participó de la experiencia de *La Nueva República*, en los años 1927-28 como redactor, y en 1930 como director. En 1931 fue director del diario del mismo nombre. En 1939 orientó *Nuevo Orden* y en la coyuntura crítica de 1945-46 publicó el semanario *Política*. En la década de los treinta, como vimos, en ejercicio de la función periodística, aunque con notas de interés general y de orden literario, publicó de manera frecuente en *El Hogar* y *La Nación*.

La Nueva República

Sobre base de la experiencia acumulada en el diario conservador *La Fronda* y las inquietudes comunes de su grupo, a fines del año 1927 se lanzó a una acción periodística de clara vocación de intervención política.

Nos referimos a *La Nueva República* (en adelante, *LNR*), en la que se enroló Palacio junto con un heterogéneo grupo que rápidamente se desgranó. La publicación llevaba como subtítulo “Órgano Nacionalista” y pocos números después, “Semanario Nacionalista” (*La Nueva República*, 15 de enero de 1928).³² Su director fue Rodolfo Irazusta y el redactor jefe Ernesto Palacio. Entre los colaboradores, se encontraban Julio Irazusta, César Pico, Juan Carulla, Lisardo Zía y Mario Lassaga. Más allá de la marca ideológica, el emprendimiento guardaba ciertos aires generacionales, con una alta composición de profesionales liberales y cierto orgullo patricio de “argentinos sin esfuerzo”, como el que habían destacado a los miembros de la revista *Martín Fierro* (Devoto, 2003, p. 161).

La dinámica política impuso su peso: de una publicación de corte generacional rápidamente mutó en órgano doctrinario de oposición política al liderazgo cesarista de

³² En la entrega 4 comentan las escisiones sucesivas ocurridas en la revista.

Yrigoyen. Eso hizo que Mario Jurado y Carmelo Pellegrini, de origen radical yrigoyenista, abandonaran el emprendimiento.

El semanario constaba de cuatro páginas de tamaño tabloide y llevaba las siguientes secciones fijas: “editorial”; “la política”, escrita por Rodolfo Irazusta; “revista de la prensa”, hecha por el mismo Rodolfo; “ecos”, redactada por Mario Lassaga con el seudónimo Mario Garay; y la “bibliografía”, a cargo de colaboradores diversos. Incluía notas, artículos de fondo, y Lisardo Zía insertaba humoradas y poesía.

A partir de la entrega número 11, cambió a formato diario. En sus páginas, colaboraron Manuel Gálvez, Tomás Casares y César Pico; Alfonso de Laferrère inició los “cuadernos” de la revista con su libro *Literatura y política*. Lugones –fuera de varios artículos– anticipó en ella los prefacios de *La patria fuerte* y *La grande Argentina* y Eduardo Muñiz dibujó allí alguna historieta satírica (Ibarguren, 1970, p. 29).

Palacio había perfilado un estilo propio en la escritura, que resultó para la opinión de muchos la mejor pluma del grupo. Se caracterizaba por la claridad y la coherencia de las ideas, la argumentación, la habilidad polémica y cierto talante animoso. Usaba con facilidad la cita de clásicos, así como la de los doctrinarios reaccionarios europeos del siglo anterior.³³

En sus intervenciones, campean las ideas de orden, jerarquía, defensa del catolicismo y del espíritu clásico. Ese es el marco del pensamiento del primer artículo entregado por Palacio en el número 1 de la publicación:

La generación a que pertenecemos ya tiene bien definida su misión en la historia de la cultura argentina. Al revisar su patrimonio, nuestra juventud (la que cuenta) ha podido comprobar la vaciedad de las ideologías democráticas y liberales con que se nutrieron sus antecesores inmediatos. Reconoce, en consecuencia, la necesidad de reaccionar contra ellas (citado en Irazusta, 1975a, pp. 10-13).

Para marcar sus diferencias con la izquierda socialista, embestía contra sus figuras. Así, la emprendió contra José Ingenieros (Palacio, 30 de diciembre de 1927), fue contra Juan B. Justo con motivo de su fallecimiento (15 de enero de 1928) para

³³ Hay que subrayar el peso del libro *El estúpido siglo XIX*, de León Daudet, con su capítulo II dedicado a la “aberración romántica y sus consecuencias”. El volumen se encontraba en la biblioteca de Ernesto Palacio.

desembocar en un cuestionamiento a un referente socialista significativo del ámbito universitario, Carlos Sánchez Viamonte sobre la base del comentario de uno de sus libros (21 de abril de 1928).

Sánchez Viamonte (12 de mayo de 1928) respondió desde la Revista Claridad.m. El intercambio resultaba demostrativo de los argumentos y posicionamientos contrapuestos y del claro desplazamiento de Palacio en cuanto a sus valoraciones de la cuestión universitaria y de la “reforma” de la que había sido parte. También, daba cuenta del lugar en el que se ubicaba Palacio en el espacio político e intelectual y las caracterizaciones que de él y de su grupo de *La Nueva República* hacían otros actores de cierta relevancia en ese momento.

En otra de sus contribuciones, ahora de orientación doctrinaria, Palacio (5 de mayo de 1928) escribió sobre “Nacionalismo y democracia”. En la ocasión, señalaba:

El nacionalismo es una doctrina precisa y clara; como tal, se dirige a la inteligencia más que al corazón, no obstante estar fundada en un hondo sentimiento de patria. El nacionalismo razona, no declama, y así las dianas del 25 de mayo más le estorban que le ayudan. Esto en cuanto a su aspecto intelectual, doctrinario. Lo que no significa, claro está, carecer de emoción patriótica, sino devolver a la inteligencia lo que le pertenece. La perfección de la doctrina no es obstáculo para que el nacionalista típico pueda llorar y llore, en efecto, como el más simple de los ciudadanos, contemplando el paso de las banderas en los desfiles militares o escuchando los acordes del Himno en cualquier fiesta conmemorativa. Porque ese es, precisamente, el secreto: sentir como el pueblo, no pensar como él.

Para Palacio, anclado en una perspectiva elitista y autoritaria, “el nacionalismo persigue el bien de la nación, de la colectividad humana organizada”, sobre base de la “primacía de los intereses colectivos y del Estado a los individuales”. De allí, derivaba una divergencia profunda entre el nacionalismo y la democracia, ya que “el nacionalismo quiere el bien del país: su unidad, su paz, su grandeza”, y “el espíritu democrático, con su invocación de derechos absolutos” resultaba “enemigo natural de la

autoridad y la jerarquía”; por consiguiente, “del bien de la nación, de su unidad, su paz y su grandeza” (Palacio, 5 de mayo de 1928).

Ante el triunfo de Yrigoyen, este grupo, superando la manifiesta oposición a su figura, redactó un minucioso “Programa de la Nueva República”, que ofreció al presidente electo (Irazusta, 1975a, pp. 156-177). En continuidad con el modelo de intervención de la “generación del 37”, queriendo officiar de guías espirituales de la Nación, se creyeron habilitados para proponer un repertorio de ideas para el nuevo gobernante, que abarcaba el conjunto de las áreas de gobierno y la acción de los ministerios.

Entre las medidas propuestas, sugerían restricciones en el derecho de sufragio, limitaciones al derecho de asociación, la reforma al Código Penal, la implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas, la supresión de la Reforma Universitaria y la restauración del Cabildo. En temas de defensa, proponían la fabricación de armamentos. En materia económica y social, sostenían la continuidad del modelo agroexportador y la inmigración selectiva. Contra lo que suele afirmarse, el programa no incluía ninguna reforma de corte corporativo.

Al cumplirse el año de salida de la publicación, se preparaba un banquete en el restaurant Munich-La Costanera. José F. Uriburu llamó a la redacción y manifestó su adhesión a las ideas del periódico, a la vez que consultó si podía participar de la celebración nocturna. Presidió la cena el director de la publicación, Rodolfo Irazusta, quien amenizó la cena en animada charla con el general retirado. Al salir, dijo a sus amigos: “Este hombre va a ser el futuro presidente de la República” (Irazusta, 1975a, p. 180).

La Nueva República salió hasta marzo de 1929. Sus integrantes se mantuvieron como grupo político integrado en la Liga Republicana, que comenzó a organizarse en abril del mismo año.

Disidencias con Lugones

En el movimiento de las ideas y las relaciones de ese tiempo seguía teniendo un significativo peso Leopoldo Lugones. Aunque recluso en la Biblioteca del Maestro, seguía interviniendo en el debate público mediante artículos en diarios y libros de corte programático. El poeta, desde 1923 venía haciendo alarde de su desprecio por la

democracia electoral. En 1924 había pronunciado el famoso discurso por el aniversario de Ayacucho: “Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada” (Lugones, 1930, p. 17). Más tarde, argumentó que la idea de plebiscito utilizada por el yrigoyenismo desobligaba a la fidelidad constitucional, por lo que ese término significaba como reemplazo del concepto común de la elección (Buchrucker, 1987, p. 37). Teórico del nacionalismo militarista y autoritario, frecuentaba a los hombres de armas y propiciaba el golpe. De ese modo, había llegado hasta Uriburu.

Distinta era para ese momento la prédica y el posicionamiento de los jóvenes de *La Nueva República*. Además de la diferencia en el uso de la fuerza, no compartían la idea de reformar la Constitución. Por otro lado, guardaban diferencias en el ámbito religioso. Más allá de todo ello, los unía un enemigo: Yrigoyen.

Lugones (primera quincena de julio de 1928) usó el sarcasmo para referirse a la publicación, la caracterizó como “precipitada imitación de una mala cosa europea” y la acusó de “substituir hace algún tiempo nuestro viejo, sano y cordial patriotismo, con el nacionalismo de nueva estampa”, que filió al *affaire* Dreyfus como doctrina de odio. Palacio, replicó: “Nosotros... tratamos de entroncar en la tradición del país y mantenemos en el terreno de nuestras instituciones” (segunda quincena de septiembre de 1928).

Luego sellaron la paz: Lugones se reunió con el grupo, llegaron a acuerdos y se reconciliaron. En la publicación *La Vida Literaria*, dirigida por Samuel Glusberg, medio en el que Lugones había planteado la cuestión, Palacio se ocupó de hacer público el entendimiento.

Ese gesto de amistad política se prolongaría en la siguiente época de *La Nueva República* y en la convergencia en las acciones conspirativas y golpistas que condujeron hacia septiembre de 1930.

La Nueva República, segunda etapa

La segunda etapa de la publicación comenzó en el mes de junio de 1930 y Palacio asumió la dirección del periódico. Así, su figura cobró mayor relevancia, mientras seguía colaborando en *La Fronda* (Tato, 2004, 2008). Esa inscripción lo colocó en un espacio de confluencia entre conservadorismo y nacionalismo elitista, unificados por la agitación contra Yrigoyen (Devoto, 2003, p. 239). Desde este medio,

desarrolló junto al poeta Zia una sardónica campaña poética contra el presidente Yrigoyen, bajo el seudónimo “Vir”.

Al momento del relanzamiento, en junio de 1930, el director realizaba una “recapitulación”, en la que integraba la “indignación popular al cabo de los seis meses de ejercicio del nuevo gobierno” por “los desaciertos continuos del señor Yrigoyen” con “los primeros síntomas de crisis económica” (Palacio, 18 de junio de 1930). Otorgaba carácter “patriótico” a esa reacción y señalaba que el “primer grito” había sido proferido el 25 de mayo por un hombre de la publicación: Rodolfo Irazusta. A ello, sumaba que el primer documento público de denuncia fue la proclama del presidente de la Liga Patriótica y los primeros actos públicos fueron organizados por la Liga Republicana, “de la cual formaba parte nuestro grupo”. Su diagnóstico pesimista radicaba en el estado de cosas y en una cuestión ideológica: “El país se encuentra envilecido, desquiciado y desorientado por quince años de demagogia ruinosa, consecuencia lógica de su formación liberal”. Proponía como salida un gobierno de orden encabezado por “un movimiento de opinión contra el régimen” y del establecimiento, en la Casa Rosada, “de un gobierno nacional, no partidario” para evitar la falsa opción de la “invasión extranjera o revolución social” (Palacio, 18 de junio de 1930).

También Rodolfo Irazusta realizaba una “recapitulación”, con un análisis más global, que incluía la dimensión histórica cada vez más presente en su prosa. Esa prolongación lo llevaba a conclusiones nuevas y reveladoras: “sabemos ya que no somos tan ricos ni tan independientes como lo creíamos” (Irazusta, 1975b, p. 47 y ss.).

En la entrega siguiente, Palacio (28 de junio de 1930) hablaba de un “escándalo” vinculado al silencio de la prensa y de los medios partidarios sobre la reaparición de *LNR*. Acompañaba esa denuncia un posicionamiento en tono mesiánico:

En nosotros se debate la patria misma contra las potencias de muerte, representadas por la perversión intelectual del liberalismo, por la corrupción moral de la democracia, por la descomposición de las instituciones, por la propaganda del periodismo necrófilo, que acompaña la agonía de la nación batiendo el parche de un imbécil optimismo electoral y fomenta inconscientemente, por consecuencia con sus principios suicidas, las maquinaciones de los enemigos del país, subvencionados por el sovieta ruso.

Contra todo eso combate *La Nueva República* con la pujanza de las energías vitales de un organismo que no se resigna a morir.

Frente a ello, solo cabía optar entre la “continuación rutinaria del régimen” o la “reacción violenta” contra el sistema para imponer “el orden y la disciplina al caos, la inteligencia al liberalismo, el culto del honor a los sensuales, el culto del heroísmo a la cobardía democrática”. Esa tarea era para “un puñado de hombres decididos”, y confiaba: “la masa popular nos seguirá”.

Unos cuantos centenares de estudiantes, soldados y obreros de *La Nueva República* serán suficientes para abrir a la patria las puertas de un destino magnífico, estableciendo el triunfo de los menos para el bien de los más, fórmula eterna del buen gobierno... Nosotros sabemos que hay que arrasar con todo y nos parece una tarea liviana. Nosotros tenemos razón. (Palacio, 28 de junio de 1928)

Esas férreas convicciones se conjugaban con un aumento de la afinidad con las posturas de Lugones, que coincidían en la inclinación común en favor de un golpe militar liderado por el militar que se había acercado a ellos, José F. Uriburu. Críticos de Yrigoyen, descreídos de la democracia representativa implantada a través de la ley Sáenz Peña, atentos a los procesos europeos y a los nuevos movimientos ideológicos, depositaron todas sus expectativas en esta figura militar.

Las intervenciones de Palacio, en su papel de director, se volcaron a un contenido vinculado a la política práctica, quizá por el momento, quizá por ciertas prevenciones contra el doctrinarismo. Tras el alejamiento de las plumas principistas de Pico y Casares, la temática fue centrándose en cuestiones vinculadas a la situación. En el fragor de la lucha política, también, aumentó el volumen de la artillería irónica con la inclusión del humor político, que inició un tono característico de la publicística nacionalista:

Un aspecto muy notable, tanto en la sección bibliográfica como en todo el resto del periódico fue la literatura satírica, que si bien tenía, como es sabido, antecedentes en el periodismo argentino y extranjero, en *La Nueva República* fue cultivada con predilección especial. Sátira y humor caracterizaron tan bien el

periodismo del nacionalismo, que puede decirse que de aquí arranca una verdadera tradición, que será ilustrada años después por toda la prensa nacionalista. Si se exceptúan los artículos y notas dedicados a desarrollar puntos de política y filosofía, puede decirse que casi todo el periódico abundaba en sátiras –en prosa y en verso, en referencias de crítica humorística y en todo tipo de alusiones penetradas por un aire zumbón y jocoso (Zuleta Álvarez, 1975. p. 226).

Contribuyó a ello de manera singular un viejo amigo de Palacio de la vanguardia y la bohemia, Lisardo Zía, que usaba los seudónimos de Taurus y Santillana y era encargado de la sección “El punto sobre la i”. Había sido convocado del diario *La Fronda*, donde compartía su trabajo con Palacio. En *La Fronda* salían versos de Zía (Santillana), de Palacio (que utilizaba el seudónimo “Vir”) y otros vates que se escondían tras los seudónimos Rosicler, La Dama, Camafeo, Manolo Pérez, Pablo Loreto, etc. ilustrados por el dibujante Eduardo “Nenucho” Muñiz.³⁴ El objeto fundamental de las pullas fueron Yrigoyen y su elenco de colaboradores.

Los efectos de la crisis se hacían sentir en la Argentina y el clima político se encontraba en constante agitación. En el mes de julio, se produjo una intervención del general Agustín P. Justo en el debate político, que planteó una advertencia sobre “la intervención de los militares en las luchas políticas”, y mereció la réplica airada de quienes estaban en la conspiración uriburista. En ese mismo mes, fue rechazado el ingreso a la Cámara de Diputados de Videla Dorna, integrante de la Liga Republicana.

Esos acontecimientos consolidaron a la Liga como la agrupación más distintiva de los nacionalistas, bajo la dirección de Roberto de Laferrère. Llevaron la confrontación a la “calle”, con epicentro en la calle Florida. *La Nueva República* y *La Fronda* alimentaban la conspiración, desde el análisis político, la cita doctrinaria o el humor zumbón. Desde esos grupos, para fin del mes de julio, orquestaron una chiflatina en la apertura de la Exposición de la Sociedad Rural. La agitación se extendió al ámbito legislativo, con la actuación de “los ‘famosos 44’; que publicaron manifiestos, peroras

³⁴ Acompañó con sus intervenciones caricaturescas el itinerario del nacionalismo elitista en la década de los treinta, ilustró varias publicaciones de ese signo. Colaboraba, además, en revistas de historietas de difusión popular como *Don Goyo* o *Patoruzú*.

en teatros y plazas públicas, céntricas y suburbanas, denunciando la arbitrariedad del gobierno” (Irazusta, 1975b, p. 110).

El grupo nacionalista seguía en contacto con Uriburu. Palacio y Rodolfo Irazusta se encontraron con él en el Círculo de Armas pocos días antes del golpe, previo a que abandonara la capital para no ser apresado. El día 4 cayeron presos Rodolfo Irazusta y Juan E. Carulla, quienes fueron liberados tras el alzamiento.

En el momento del triunfo, Uriburu integró su elenco de ministros con hombres de la vieja guardia conservadora, indicio que comenzó a hacer crecer la decepción entre los nacionalistas, aunque guardaron prudente silencio y se dispusieron a colaborar desde fuera del gobierno con el militar (Irazusta, 1975b, p. 110). Estos acontecimientos marcaron fuertemente a Palacio, quien no dejó de anotar estas cuestiones en sus “memorias” (Palacio, 1969a, p. 50).

Luego de la breve experiencia de Palacio en la intervención militar en San Juan, interrumpida por los resultados electorales en la provincia de Buenos Aires y los cambios en la composición de la intervención a la que se hará referencia en el capítulo 6, Palacio encabezó una aventura periodística de mayor calado, como era la salida de un diario (Irazusta, 1975c, p. 182). Ese medio retomó el nombre de *La Nueva República* con subtítulo “Época de la Reorganización Nacional”.

En la primera entrega incluyeron una “declaración” redactada por Palacio (5 de octubre de 1931), en la que afirmaba que la revolución de septiembre representaba un “estado de la opinión pública” y el ejército “ejecutor del fallo condenatorio” contra el gobierno de Yrigoyen. Remarcaba su carácter patriótico, superador de partidos o luchas facciosas. Insistía en que no tenía por objeto la restauración de la “desalojada oligarquía conservadora” y terminaba afirmando que nada de ello había logrado el gobierno de Uriburu. Ello se debía a la acción de los partidos y fundamentalmente al conservador, que neutralizó la acción del gobierno. Ante la inevitabilidad de los próximos comicios, abogaba por la limpieza electoral.

Frente a las elecciones, Palacio (7 de octubre de 1931) continuaba su prédica contra la vieja clase de los profesionales de la política que alimentaban la idea del voto como panacea frente a los problemas subsistentes del país.

Las elecciones estaban previstas para el día 8 de noviembre. Los partidos habían lanzado sus fórmulas. El 6 de octubre el gobierno provisional vetó la fórmula Alvear-Güemes y dispuso que las candidaturas debían ser examinadas por aquel.

La reacción del grupo, por la pluma de Palacio, se dejó ver en la nota titulada “Los dos vetos”, publicada en el editorial del 8 de octubre. El primero refería a la exclusión del radicalismo, que luego de calificarlo como hecho grave fue justificado; y el segundo, al veto popular al partido conservador demostrado en los comicios de abril en la provincia de Buenos Aires, que ilustraban el rechazo a la “vuelta al poder de la oligarquía conservadora”. Frente a ambos vetos, dejaban abierto un interrogante: “¿Cómo pueden concebirse esos dos pronunciamientos igualmente categóricos y obstinados? ¿Cuál es su explicación? Trataremos de resolver el problema en un próximo artículo” (Palacio, 8 de octubre de 1931).

Sin demora, al día siguiente y bajo el título “La revolución necesaria”, cargaba la responsabilidad de la situación al gobierno surgido del golpe militar, que no entendía lo que pasaba en el país por haber llamado a colaborar a “políticos valetudinarios” que solamente veían en la “revolución un simple medio de recuperar las posiciones perdidas”. Las elecciones de abril demostraban que no podían hacerlo y que el radicalismo seguía vivo por el rechazo a la vuelta de la clase oligárquica. Frente a ello, insistían: “No es posible que vuelvan ni unos ni los otros. Este era el sentido profundo de la revolución de setiembre cuyos iniciadores buscaban –lo repetimos– un nuevo planteo del problema político y una renovación completa de hombres y de sistemas” (Palacio, 9 de octubre de 1931).

En notas posteriores, se desplazaron del categórico razonamiento anterior y señalaron que Justo, “candidato de la revolución”, sería juzgado por las acciones de su gobierno más que por su origen (Palacio, 17 de octubre de 1931). Y en otra nota argumentó en favor de la participación del radicalismo en la elección para darle legitimidad al gobierno, siendo la fuerza mayoritaria (Palacio, 29 de octubre de 1931).

Años después, este recorrido sería recuperado por Palacio:

Corría el año 1931. En el curso de pocos meses, había yo probado la esperanza y las zozobras de la conspiración, la euforia del triunfo, la responsabilidad –y el goce del poder en una ínsula provincial, y muy pronto, el desengaño de los hombres a quienes ayudé a encumbrar y de los principios que profesaban. Me sentía defraudado en mi patriótico fervor juvenil; y lo que es peor, culpable de haber participado, por inexperiencia y por una suerte de fatalidad, inherente a mi

posición y mis vinculaciones, en una empresa cuyo carácter maléfico se me hacía cada día más patente (Palacio, 1945a, p. 7).

El desencanto político llevó al cierre de la experiencia del diario y Palacio volcó su pluma a la escritura de notas literarias para medios capitalinos. Por otro lado, se concentró en la producción de una obra original, como resultó *Catilina*.

En lo político, concentró su energía en el desarrollo de la crítica a las condiciones en que se desenvolvía el país y se acercaba progresivamente a hombres del radicalismo, como veremos más acabadamente en otros capítulos.

En el ámbito nacionalista, así como en los diálogos con sectores del radicalismo, la crítica al papel de los medios periodísticos se había constituido en un lugar común. De allí, nacía la convicción de contar con un medio propio para expresar posiciones y hacer docencia ideológica.

Palacio venía pergeñando esa idea desde hacía tiempo, aunque un colega de la vanguardia literaria vinculado al radicalismo forjista pudo concretarlo antes y lo llamó a colaborar.

Reconquista

Raúl Scalabrini Ortiz lanzó el diario *Reconquista* en noviembre de 1939. Antes, había esbozado algunos objetivos:

El diario denunciará las maniobras inglesas que tiendan a un mayor beneficio de sus empresas y se publicarán estudios sobre la formación de sus capitales.

Incluirá además estudios sobre revisión de la historia argentina, defenderá la democracia... y hará notar la importancia de que el petróleo sea nacional y su manejo alejado de ingleses y norteamericanos (Galasso, 1970, pp. 255-256).

Scalabrini nombró secretario de redacción a Armando Cascella; los forjistas David de Ansó, Héctor Maya, Miguel López Francés y Arturo Jauretche integraron la redacción. También ofreció sus páginas a nacionalistas como Manuel Gálvez, Rodolfo Irazusta y Ernesto Palacio, comunistas como Álvaro Yunque o Raúl Larra y especialistas en diversos temas, como Jorge del Río para la cuestión eléctrica, Alberto

Vacarezza para crítica teatral, Pedro T. Pagés para la cuestión de las carnes, J. Natalicio González para cuestiones latinoamericanas (Galasso, 1970, p. 256).

Reconquista se configuró como espacio de convergencia del radicalismo forjista y el nacionalismo, sustentado en la afinidad en torno al neutralismo, el antiimperialismo y el revisionismo histórico.

Resulta importante reproducir el editorial para identificar el posicionamiento del diario en esa situación:

Salimos para defender todo lo argentino, para desbaratar los planes que urden en la penumbra las compañías extranjeras, para romper las mallas de la red que nos aprisiona e impide que los argentinos desarrollen las grandes facultades de que están dotados... Nosotros somos profundamente demócratas. Creemos que la muchedumbre argentina tiene el secreto de una nueva fermentación del espíritu y que nuestro deber es tutelarla. Pero ser demócrata no significa ser zonzo y por eso no vamos a permitir a las compañías británicas que nos exploten... Gran Bretaña está acorralada por otros enemigos, actualmente. La historia nos demuestra que son precisamente estos, los momentos en que los pueblos débiles aprovechan para zafarse de la guerra de los poderosos... No admitamos medias tintas: o se está con la Patria o se está contra la Patria... En el orden interno somos decididos adversarios del nazismo y del fascismo. Hemos demostrado y demostraremos que son formas gubernamentales perjudiciales para nuestro país... El peligro alemán no nos desvela porque la mejor manera de evitarlo es ser cuanto antes un pueblo verdaderamente independiente, un pueblo fuerte y unido en la conservación de sus intereses... El peligro alemán es realmente grave, si continuamos en el sometimiento en que hemos caído. Entonces seremos solamente una moneda de cambio, un mercado de materia prima, que pasará de unas manos a otras, sin intervención ni voluntad propia. (*Reconquista*, 15 de noviembre de 1939)

En ese contexto, en el primer número, Jauretche anudó democracia y patria: Hay una cosa previa que es anterior al cómo y que es “ser”. Ser nación. Después viene la forma de manejarla y hay una sola que es la voluntad del pueblo. Pero, para ello, es previo que el pueblo tenga voluntad nacional. Construir la es la tarea de los argentinos. Por ahí empieza la Reconquista. Porque la patria tiene que ser una democracia. ¡Pero para ser una democracia tiene que ser Patria! Y esto es lo que no nos dejarán hacer pacíficamente. (*Reconquista*, 15 de noviembre de 1939)

Palacio terciaba con una nota titulada “El único remedio para la enfermedad que nos aqueja”. En ella decía:

Está de moda hablar del complejo de inferioridad de los argentinos. La expresión califica, sin duda, a un hecho cierto. Atravesamos por una época de depresión moral tan acentuada, de desesperanza tan profunda, que hemos perdido, como colectividad, el sentido de nuestro destino, dudamos de nuestra capacidad de realizar una obra nacional y nos considerarnos un triste apéndice de Europa... El reconocimiento de este estado de espíritu no debe engañarnos sobre su estricto significado. Los argentinos estamos dominados es cierto por un complejo de inferioridad. La existencia de este complejo no significa, sin embargo, que seamos inferiores. (Palacio, 22 de noviembre de 1939)

En el planteo del origen del problema, lo ubicaba “en la ruptura deliberada con nuestra tradición legítima... en la verdadera negación de nosotros mismos que significó el repudio de la tradición española y gauchesca y la veneración por lo europeo”. Y esperanzado, concluía: “no se encuentra lejano el día de la redención total. Todo consiste en comprender y nuestro pueblo es uno de los más inteligentes de la tierra” (Palacio, 22 de noviembre de 1939).

El día 10 de diciembre, Palacio volvió a publicar y retomó elementos de una nota publicada por Álvaro Yunque, sobre la situación de los escritores en el país. En su comentario, buscaba analizar las causas de su subalternación y las centraba en la

condición colonial del país. Señalaba que esa condición se reproducía en la dependencia de los escritores extranjeros que se encontraban en nuestro país y en el trato preferencial propinado por la SADE a los exilados (Palacio, 10 de diciembre de 1939, p. 6).

La nota se hacía eco de la discusión producida en el congreso de la organización en la que Palacio había participado, según vimos con anterioridad. Ello obligó a Raúl Larra, cercano a Yunque, a discutir la actitud de Palacio con respecto a los intelectuales españoles, “hermanos en sangre y cultura” (Larra, 17 de diciembre de 1939).

La participación en *Reconquista* no resultó un dato menor para situar las líneas de reflexión que seguía Palacio por ese tiempo. Para el año 1940, en pleno desarrollo de la Segunda Guerra, podemos ver que los fundamentos de su neutralismo se acercaban a las posiciones sostenidas por los forjistas y se distinguían de las de los nacionalistas simpatizantes del Eje. La inserción en ese medio lo acercó, una vez más, al radicalismo, ahora en su vertiente yrigoyenista y renovadora.

Esa cercanía propiciaba lecturas del inmediato pasado nacional, como los materiales incluidos en los Cuadernos de FORJA, que lo llevaron a una revisión profunda de sus posiciones con relación al radicalismo histórico y lo orientaba a la búsqueda de convergencias impensadas hasta el momento.

Palacio estaba empeñado en establecer un diálogo productivo entre nacionalismo y radicalismo. En sus anotaciones personales, consideraba que el nacionalismo era la única oposición al gobierno conservador, aunque necesitaba arraigo popular, y este se encontraba vacante en el radicalismo ante la defección de Alvear. Para dar legitimidad al planteo nacionalista consideraba necesario desmontar los argumentos que los tildaban de totalitarios. En esa dirección, argumentaba que el “totalitarismo” real era el de las finanzas y que, mediante la subordinación a las fuerzas económicas, se intentaba colocar a la Argentina en la órbita de los Estados Unidos (Palacio, 1940d).

Maduraba, entonces, en lo político y en lo ideológico, la idea de una integración entre esas dos fuerzas nacionales, la tradición del pensamiento nacionalista que abarcaba definiciones en el orden económico y la raigambre popular del radicalismo. Las categorías ordenadoras de su pensamiento en ese momento eran las del fortalecimiento del Estado Nacional, la recuperación de las riquezas, la representación auténtica y la restauración de los valores morales (Palacio, 1940d).

Bajo esas orientaciones, forjó las bases de la nueva publicación que, no sin esfuerzo, comenzó a dar sus primeros pasos a mediados de ese difícil año.

Nuevo Orden

En la vida política nacional, gobernaba el presidente Ortiz, símbolo de la entrega y el fraude desde el mirador nacionalista. Para ampliar las bases de su apoyo, había enviado al Congreso un proyecto para autorizar gastos militares. Poco después, el 3 de julio, delegó el mando en Castillo, cuando su estado de salud se agravaba.

El nacionalismo, compuesto por diversas agrupaciones y publicaciones, agitaba la opinión de manera ruidosa, mediante denuncias de todo tipo. En esa constelación, se encontraban los forjistas, cuyas posiciones se confundían en el neutralismo y las denuncias contra el “régimen” con la de los nacionalistas.

Esa cercanía ideológica, cimentada en vínculos personales de creciente amistad, los llevaba a la organización de algunas acciones conjuntas. Por ejemplo, una cena en el restaurant Marcone para desagrar a Guillermo Nelson Horrocks, presidente del Centro de Oficiales de Reserva, que había sido sancionado por el ministro de Guerra, con motivo de unas declaraciones contra Inglaterra y Estados Unidos. Ante los discursos contrarios al gobierno y a Inglaterra, irrumpió en el local la Policía Federal y detuvo a todos los comensales. Cayeron encarcelados en la Comisaría 7.º: Rodolfo Irazusta, José Luis Muñoz Azpiri, Ernesto Palacio y Scalabrini Ortiz, entre otros, y recuperaron su libertad el día siguiente (Galasso, 1970, p. 274).

El 18 de julio de 1940 hizo su aparición *Nuevo Orden*. Estaba dirigido por Ernesto Palacio, acompañado por los hermanos Irazusta, Raúl Guillermo Carrizo, Mario Lassaga, Enrique Harriague Coronado, Carlos María Dardán, Ricardo Font Ezcurra, Alberto Contreras, Leonardo Castellani, Armando Cascella, Pedro Juan Vignale, Ramón Doll y Bruno Jacovella (*Nuevo Orden*, 18 de julio de 1940b).

Algunos provenían de la experiencia de *LNR*, como los Irazusta y Lassaga, y otros habían transitado la década de los treinta hacia posiciones nacionalistas republicanas, como Vignale y Cascella. Estaba Doll, que había experimentado cambios abruptos del socialismo a posiciones nacionalistas extremas. Otros venían del revisionismo, como Font Ezcurra o Contreras. No faltaban los jóvenes que se incorporaban desde la experiencia de los Cursos de Cultura Católica, como Jacovella, o venían directamente del radicalismo, como era el caso de Raúl G. Carrizo.

Desde hacía tiempo, Palacio consideraba vital contar con un medio de expresión, pero la limitante principal para ello eran los recursos financieros. Señal de la precariedad económica e institucional de la empresa político-cultural, fue la fijación de la sede legal de la nueva revista en el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas (IIHJMR), del que Palacio era fundador y miembro activo.³⁵ Para el sostenimiento de la regularidad de la publicación, buscaron denodadamente contar con el favor de los suscriptores.

Con su aquilatada experiencia periodística en *La Nueva República* y en *La Frontera*, además de sus colaboraciones periódicas en diversos medios porteños, Palacio consideraba que había llegado el momento de actuar como promotor y responsable de una publicación propia.

Esa tarea comenzaba por la elección del nombre de la publicación. Así, nació *Nuevo Orden*, inversión del nombre de la agrupación francesa *Orden Nuevo* que había conocido en el ámbito de *Sur* y síntesis de sus búsquedas “terceristas” entre la fórmula que consideraba perimida del “capitalismo plutocrático” y la opción que consideraba “totalitaria”.³⁶

En este medio maduraron, se perfilaron y condensaron los lineamientos de su pensamiento, ajustados a la nueva situación. Ciertos rasgos vitalistas lo entusiasmaban para llevar adelante la empresa. Un halo movimientista ordenaba su manera de ver y estructurar el campo de la política. Su reflexión se desplazaba a combinaciones originales en el ámbito del nacionalismo republicano entre aquellos elementos que consideraba decisivos en la dinámica política: el *demos*, la elite y el líder. A ello, sumaba elementos del nacionalismo económico, tomados del legado lugoniano, y de las más recientes aportaciones al tema de Raúl Scalabrini Ortiz y José Luis Torres.

En ese marco y sentido fue definido como un medio para ofrecer “nuevas propuestas, producto de la reflexión y revisión ideológica de sus integrantes” (Piñeiro, 1997, p. 149). Canalizadas a través de un semanario de ideas, esas propuestas estaban

³⁵ Sobre la creación del IIHJMR y el rol de Palacio en la institución, véase el capítulo V.

³⁶ En ese momento, Roberto Ortellí (1940) utilizaba los mismos conceptos para proponer el alineamiento de Argentina con Gran Bretaña, en un ensayo titulado *Ubicación de la Argentina en el Nuevo Orden*. Armando Cascella (1940) lo utilizaba para hablar de un “Orden Nuevo en las relaciones del individuo con el Estado y del Estado con los otros Estados” y de un “movimiento sísmico” a nivel internacional en la nota titulada “El escritor argentino y el nuevo orden”. Julio Irazusta (1940) lo refería al reacomodamiento de las potencias internacionales, señalando el debilitamiento de Gran Bretaña y prediciendo la imposibilidad de la imposición alemana, en “Las condiciones internacionales del Nuevo Orden”. Por lo que conocemos al momento, el uso de esta terminología por parte de los líderes del “eje Roma-Berlín” comenzó con posterioridad al lanzamiento del periódico, aunque flotaba en el ambiente.

orientadas a aumentar la influencia en el seno del nacionalismo y a seducir a las corrientes renovadoras del radicalismo.

Los cambios en el pensamiento de Palacio se expresaron de forma pública en los editoriales del medio:

Vivimos una hora revolucionaria. Esta es la realidad independiente de nuestras voluntades y que debemos encarar con urgencia. Nadie niega ya que el conflicto que ensangrienta a Europa incube en su seno una profunda transformación política y social, y que cualquier sea su resultado (no difícil, por cierto, de prever), supondrá un cambio radical de principios, de ideales y de formas de vida... Asistimos a la muerte de un sistema mundial y al nacimiento de otro. Se concibe que haya quienes, por actuar en la órbita de los dominadores, lamenten la desaparición de la vieja iniquidad y se inquieten por lo porvenir. Todo es legítimo, menos negar el hecho, frente al cual no cabe otra actitud que comprenderlo y utilizarlo. (*Nuevo Orden*, 18 de julio de 1940a)

En un ejercicio común a otros autores de esa corriente, como Cascella o Julio Irazusta, Palacio consideraba que la conflagración mundial abría una oportunidad para el desarrollo de una política autónoma:

En estos momentos en que se pone a prueba la calidad de los pueblos dignos de dejar su huella en la historia, se nos ofrece a los argentinos una ocasión única. El futuro depende de nosotros, en la medida de nuestra inteligencia para comprender y de nuestra voluntad y nuestro acierto para emplear los medios que las circunstancias nos aconsejen, adecuados al fin permanente de la mayor dignidad, grandeza y prosperidad de la patria. (*Nuevo Orden*, 18 de julio de 1940a)

Apelando a categorías forjistas, reforzaba la argumentación en pos de la finalidad independentista:

Se nos presenta la oportunidad de la liberación, y nuestros conductores se empeñan en mantener el estatuto del coloniaje, como si lo que nos fue lícito hacer con la nación que nos dio la sangre no pudiéramos hacerlo con la que nos desangra. Y esto nos condena a seguir hasta el final la suerte de la caduca metrópolis y a servir de materia de negociaciones, como cualquier dominio, en la próxima conferencia de paz. (*Nuevo Orden*, 18 de julio de 1940a)

Palacio, entonces, así como otros nacionalistas republicanos o populistas, veía la oportunidad que abría el conflicto bélico para fundar un nuevo proyecto histórico para el país. Para ello, recuperaba el valor de la democracia política y repudiaba las fraudulentas maquinaciones conservadoras:

Si la democracia significa gobierno del pueblo por sus auténticos representantes puede afirmarse que la democracia argentina cayó con don Hipólito Yrigoyen para no volver a restablecerse más. Desde entonces nos gobiernan políticos huérfanos de calor popular, encaramados al poder mediante compromisos inconfesables con la alta finanza y la prensa que le sirve, y a favor del fraude o la rutina de la ley electoral. (*Nuevo Orden*, 18 de julio de 1940a)

Y enfocaba la cuestión en lo que consideraba era el problema fundamental:

La raíz del mal que nos carcome se encuentra más que en el espíritu o la letra de nuestras instituciones políticas, en la influencia decisiva de la finanza extranjera sobre un personal corrompido que ha hecho degenerar la democracia en plutocracia pura, o sea en un gobierno de gerentes de intereses antinacionales.

Para combatir este régimen aparece *Nuevo Orden*. (*Nuevo Orden*, 18 de julio de 1940a)

No se trataba de la imitación de los modelos que en ese momento aparecían, a la vista de la mayoría de los observadores y analistas, como triunfantes. Reafirmaba el valor histórico de la experiencia de Yrigoyen y combatía la imitación:

Proclamamos la necesidad de que el país reaccione contra los procuradores del extranjero y recupere su plena soberanía, lo que no podrá ocurrir sino mediante la acción de un gobierno popular que continúe la tradición de nuestros grandes caudillos. No hacemos, pues, cuestión de sistema político y nos oponemos expresamente a la adopción de recetas exóticas para resolver nuestros problemas. Queremos simplemente que nuestra democracia sea argentina y obre de acuerdo con los intereses del país y no de acuerdo con las indicaciones impartidas en los almuerzos de la Cámara de Comercio británica. (*Nuevo Orden*, 18 de julio de 1940a)

De este modo, el director definía la línea de la revista, considerando la coyuntura como cambio de un sistema mundial, que favorecía la situación de la Argentina y establecía como objetivo estratégico la lucha contra “un gobierno de gerentes de intereses antinacionales” a la vez que proclamaba “la necesidad de que el país reaccione contra los procuradores del extranjero y recupere su plena soberanía” mediante “un gobierno popular” que continúe “la tradición de nuestros grandes caudillos”. Resonaban aquí las notas antiimperialistas de los libros de los Irazusta y Scalabrini, algunas categorías forjistas y los trabajos de la revisión histórica en torno de la figura de Yrigoyen. Lejos habían quedado, entonces, los escritos elitistas y jerárquicos, así como los juicios negativos acerca de la democracia popular.

En esa misma línea, en notas elaboradas por la redacción, se hablaba de “Yrigoyen estadista”, por su acción diplomática, su “histórica neutralidad en la gran guerra”, se subrayaba “una actuación verdaderamente argentina entroncada con la auténtica tradición, aquella que se debe considerar tal, desde la conquista y colonización hasta los heroicos y providentes gobiernos de Rosas” (Llambías, 18 de julio de 1940). En la contratapa, Julio Irazusta (18 de julio de 1940) reseñaba elogiosamente la biografía de Yrigoyen escrita por Manuel Gálvez. En contraste, en la sección “Ecos”, firmada por Mario Garay (18 de julio de 1940) con seudónimo Mario Lassaga reproducían dichos elogiosos de Alvear hacia el imperio inglés en un almuerzo en la Cámara Británica y, de manera complementaria, en otra nota, titulada entre comillas

“Acción Argentina” hablaban de esa organización como “*pool* de la entrega”, encabezada por el triunvirato Alvear-Santamarina-Repetto (18 de julio de 1940c).

Para conocer las lecturas recomendadas por el semanario, alcanza citar dos recuadros que incluían publicidad de libros: por un lado, los que referían a *Política británica en el Río de la Plata e Historia de los FF.CC. argentinos*, de Raúl Scalabrini Ortiz (p. 3.); por otro lado, a los libros revisionistas del IHHJMR, entre los que se encontraban *Las mentiras de Sarmiento*, de Doll; *Unidad nacional*, de Font Ezcurra; *Las luchas por el federalismo*, de Díaz de Vivar; *La Argentina y el imperialismo británico*, de los Irazusta y *La historia falsificada*, del mismo Palacio. Junto con ello, anunciaban la salida del número 5 de la revista del Instituto (p. 7) y difundían la publicación orientada por Marcelo Sánchez Sorondo llamada *La Nueva Política*, de otra vertiente nacionalista de corte más doctrinarista, y destacaban la presencia de colaboradores comunes, como Llambías o Font Ezcurra.

En la sección “Apostillas” (*Nuevo Orden*, 18 de julio de 1940d) aparecían algunas incrustaciones antisemitas, quizás originadas en la pluma de Doll. Allí, criticaban a Pinedo y Repetto por su seguidismo de Gran Bretaña y Estados Unidos, y asociaban a las potencias anglosajonas con sionismo internacional (p. 4). Una nota titulada “Dickman periodista” (*Nuevo Orden*, 18 de julio de 1940e), hablaba del “ex legislador judío-polaco”, comentaba críticamente sus notas contra el “comunismo como problema mundial” y se refería a la influencia de la Iglesia Católica como origen de todos los “problemas de nuestra sociedad”.

En números siguientes, se sumaron los “Comentarios políticos” de Rodolfo Irazusta, que se desarrollaban en cada entrega, y en contratapa comenzó a reproducirse una serie titulada “Historia de la oligarquía”, firmada por los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta (p. 8). En “Revista de Prensa”, se detuvieron en notas de publicaciones partidarias y analizaban cáusticamente sus contenidos. En “Ecos”, Garay-Lassaga comentaba críticamente contenidos de los diarios.

En ese momento, Lisardo Zia en *El Pampero*, con el seudónimo de “el coronel de Gaulle”, sacó un “Ditirambo con clave... *cin a mister Churchill*”, con un acróstico que decía: “Hay que ser inglés para ser hijo de puta” (Chávez, 2003, p. 144). Por esa publicación, fue preso el director del diario, Enrique Osés. La acusación fue por desacato, obscenidad y haber puesto en peligro las relaciones internacionales del país. Estuvo detenido 24 días. Este tema fue retomado en la entrega siguiente de *Nuevo Orden* (18 de julio de 1940f), bajo el título “La prisión de Osés”, en la que se reivindicó

su condición de periodista y se criticó el apoyo de la prensa a las medidas del fiscal de la causa que ratificó su encarcelamiento. En los números siguientes, continuaron con la crítica a las decisiones de la justicia en relación a la prisión de Osés. Señalaron que no era responsable primario del contenido injurioso y que se había declarado “burlado en su buena fe” con la publicación de los versos antibritánicos elaborados por Lisardo Zía.

En efecto, la política internacional y, en particular, el posicionamiento argentino frente a la Guerra Mundial fue un motivo omnipresente en la publicación. En ese mismo número, Palacio (25 de julio de 1940) escribió un texto bajo el título “Enemigos del país”, en el que, luego de criticar una campaña de prensa motivada en el desarrollo de la guerra, señalaba que se preocupaba por aclarar la posición de la revista en ese tema candente de la política nacional de entonces:

Un grupo de políticos y negociantes –mercaderes que hacen política para defender sus intereses y políticos que son mercaderes– apoyado por el grueso de la prensa comercial, se empeña en convencer al pueblo argentino de que sus instituciones y su propia independencia se encuentran amenazadas por el presunto triunfador; y de que, consiguientemente, debemos defendernos de ese peligro aliándonos a la causa de las ‘democracias’, representada por Inglaterra y Estados Unidos. Es decir, abandonar nuestra neutralidad por una beligerancia más o menos activa a favor de las plutocracias anglosajonas. Es indudable que muchos compatriotas caen de buena fe en el engaño y llegan a creer sinceramente que hay un “peligro alemán” que nos amenaza, y que la forma de evitarlo consiste no sólo en no combatir, sino en fomentar la entrega de nuestra riqueza al capitalismo inglés (ya está en trámite –¡ojo! – el proyecto de monopolio telefónico, despachado favorablemente por radicales y conservadores), o en acogernos al norteamericano, para que nos conserven “la libertad”, principalmente la de morirnos de hambre, tan disfrutada en las provincias del interior. (25 de julio de 1940)

Para escapar de las falsas opciones ofrecidas por el conflicto europeo, Palacio abogaba por un nacionalismo neutralista:

Hay un punto en el que no podemos dejar de encontrarnos, compatriota. Y es en la aspiración a que nuestra patria sea libre, fuerte y próspera. Y en la convicción de que, para lograrlo, hay que hacer una política nacional, es decir, no dirigida a ciertas aspiraciones universales, por más respetables que sean, ni subordinada a afectos extraños, sino dirigida por el interés argentino y con el único objeto de lograr el mayor bien de esta patria nuestra, que es para nosotros cosa sagrada.

(25 de julio de 1940)

Para conjugar fuerzas y, de alguna manera, convocar a los simpatizantes radicales, reafirmaba:

El enemigo está bien localizado: es el “régimen”. Y entendemos por tal no a nuestras instituciones jurídicas en su esencia popular y republicana, sino a ese conglomerado espúreo de intereses extranjeros con políticos truhanes y prensa venal a su servicio, que desnaturalizan dichas instituciones volviéndolas contra el bien común de la nación. (Palacio, 25 de julio de 1940)

Un hilo que recorría buena parte de las entregas del periódico refería a la búsqueda de diálogo con los simpatizantes de la fuerza que seguía demostrándose mayoritaria. Con tal finalidad, en la segunda entrega, en lugar de la nota dirigida “al lector”, colocaron otra redactada por “el lector” que “sintetizaba, inteligente y claramente, la opinión general que ha tenido la aparición de *Nuevo Orden*” (Carrizo, 25 de julio de 1940). Después de apoyar los dichos del director en cuanto a la prensa y al financiamiento, “el lector” fue más allá y postuló la siguiente necesidad:

Un radicalismo sano, fuerte y puro, en armónica combinación con un nacionalismo popular, comprensivo y autóctono, constituyen la síntesis ideológica más perfecta dentro del modo de ser argentino. Así piensa usted. Así pienso yo. Así piensan millones de criollos. Pero falta encauzar y organizar ese pensamiento. Tal es la difícil misión a que debe contribuir *Nuevo Orden*.

(Carrizo, 25 de julio de 1940, p. 2.)

Su autor era Raúl Guillermo Carrizo, tucumano, abogado simpatizante del yrigoyenismo, quien explotó ese recurso en las entregas siguientes (Piñeiro, 1997, p. 154). De allí en más, Carrizo se constituyó en el *alter ego* de Palacio para enunciar de manera clara y enfática la coalición necesaria entre las bases radicales y la ideología nacionalista propiciada por el semanario.

En continuidad con su intervención en la segunda entrega, “el lector”, que mutó a la firma “el de la boina”, dirigió otra carta al “compatriota”, “Sr. Director de *Nuevo Orden*”:

Soy radical y siempre lo fui, desde que abrí los ojos en este mundo. Mi credo político es tan simple como un paisaje pampeano. Una trinidad: Alem, Irigoyen, Mi Patria. Una inspiración atávica que es aún esperanza: Juan Manuel. Y un deseo ferviente de poder cantar el *Himno Nacional* con mi alma satisfecha por los laureles que sabemos conseguir... ¡Cosas tan sencillas y lindas!”... En fin. Sr. Director, ya ve Ud. lo que soy y lo que quiero. Un radical del montón anónimo que pide un rincón en el cual pueda encender el fueguito humilde de su inacabable esperanza”. (Carrizo, 1 de agosto de 1940)

Con ánimo persuasivo y de seducción, a lo largo de la vida del semanario, siguieron apareciendo este tipo de notas orientadas a las bases populares del radicalismo.

Poco después, en el mismo sector que convocaba al radicalismo, se produjo una nueva mutación: “el lector” que había pasado a firmar como “el de la boina”, con cartas dirigidas al director, pasó a tener una columna con el nombre “Rincón Radical” (Carrizo, 8 de agosto de 1940, p. 6). En la misma orientación, se inscribía la extensa nota titulada “Nacionalismo radical”, siguiendo la misma estrategia de la publicación de diálogo-acercamiento con el radicalismo, en la que invocaba razones para una convergencia entre ambas fuerzas. (Carrizo, 15 de agosto de 1940, p. 4)

En los números sucesivos, Carrizo conservó los dos espacios: “Rincón Radical” y su columna. En el primero, con la firma “El de la boina”, comentó sarcásticamente una nota radial que elogiaba sin desmayo las condiciones de vida del país (22 de agosto de 1940a, p. 2). La otra nota firmada llevó por título “El ideal democrático y el nuevo orden”, en la que la convocatoria a la unidad de notas pasadas había pasado a ser un

hecho palpable que ahora debía avanzar hacia la comunión de principios y la corrección de la “democracia” existente:

Una de las sobresalientes virtudes que caracterizan a la nueva juventud nacionalista es su admirable espíritu de comprensión, manifestado reiteradas veces por la unidad y compañerismo que existen entre diversos grupos, pertenecientes en muchos casos a sectores políticos de tradicional ubicación antagónica. Ya ha desaparecido esa intolerancia fanática aferrada a la hueca armazón de los símbolos propia de una época confusa que felizmente no volverá. Esto no quiere decir que se ha llegado al olvido de los Principios. Muy al contrario: marchamos hacia la comunión de los Principios. No interesan las formas sino los contenidos, y el contenido esencial de una conciencia argentina en los actuales momentos sólo puede ser uno: LA LIBERACIÓN NACIONAL... su sinceridad le exige precisamente luchar contra esa pseudo-democracia impopular y fementida, atacando el vicio dondequiera se encuentre, denunciando la inmoralidad, caiga quien caiga, y colaborando con aquellos que aspiran a la instauración de un nuevo ordenamiento más humano, más justiciero, más cristiano. Que muy posiblemente, ese nuevo orden será la aurora de la verdadera democracia (22 de agosto de 1940b, p. 3)

En *Nuevo Orden*, Bruno Jacovella (12 de septiembre de 1939) comenzó a cuestionar algunas de las afirmaciones pro-radicales de Carrizo:

Lo único utilizable, pues, de la herencia de Yrigoyen, es la materia histórica y social de su movimiento; vale decir, lo que no es suyo, sino de todos los auténticos caudillos. No pueden utilizarse ni las formas en que fraguó aquel la Unión Cívica Radical, ni el nombre, ni el retrato ni el vocabulario, ni nada... La materia que sostuvo a Yrigoyen, pues y que no es el partido radical sino el pueblo todo –necesita recibir esa forma que sancionará las modalidades de su

nuevo ser y le asegurará la subsistencia. Y esa forma no puede venir sino del nacionalismo que tiene las llaves del porvenir. (pp. 1-2).

Jacovella sostenía la continuidad entre yrigoyenismo y nacionalismo, pero proponía al segundo como forjador de una nueva realidad política, económica y social. Por su parte, Carrizo, sobre la base de un “realismo político” proponía utilizar los símbolos, lemas y figuras radicales para apoderarse del partido y utilizarlo para los fines propuestos por el nacionalismo. Poco después, él mismo, para no profundizar las divisiones, dio por cerrada la discusión en una nota que tituló “Una polémica peliaguda” en la que decía:

Debo repetir acá que mis propósitos tendientes a espiritualizar o idealizar la imagen de Yrigoyen no pueden perjudicar a nadie y no hay en consecuencia lugar a pleito alguno... La mutua comprensión une a los individuos; los prejuicios, la intolerancia y la cerrazón de ideas los divide. Nosotros tratamos de unir, haciendo comprender lo que fue Yrigoyen. Si algo atacamos es precisamente aquel empeño vano y pernicioso de los que creen hacer un bien negando méritos a quien fue sobre todas las cosas, un patriota, o tratan de borrar todo vínculo con un pasado fecundamente aleccionador (Carrizo, 19 de septiembre de 1940, p. 3)

En sus argumentos, Carrizo consideraba que la integración entre nacionalismo y radicalismo se iba a producir, ya que al querer llevar a la práctica los principios del nacionalismo se estaba haciendo “yrigoyenismo puro”. Reclamaba la existencia de puntos de partida, cimientos históricos, mística y una jefatura. Propendía a un liderazgo fuerte, “parte esencial, del núcleo ideológico” de los grandes movimientos políticos. El nacionalismo abstracto adolecía de raíces históricas “porque olvida al Precursor antes de haber encontrado al jefe y porque pretende hacer de la política un fenómeno intelectual, al que poco interesa el corazón de las muchedumbres”. Buscaba recuperar a Yrigoyen, cuya “poderosa seducción... no se originaba únicamente en el magnetismo espiritual que irradiaba su personalidad excepcional”, sino también por la convicción racional que despertaban sus principios, como los de reparación institucional, intransigencia,

emancipación económica, moral administrativa, justicia social y autonomía internacional.

En otra nota, Carrizo proseguía su prédica, no sin ribetes polémicos con otras expresiones del nacionalismo. Decía que sus argumentos calaban en los jóvenes nacionalistas, pero en otro sector no se captaba “el exacto sentido de los efectos que buscaba”. Por ello, se propuso recapitular y explayarse sobre las razones fundamentales de su propósito. Recordó que *Nuevo Orden* fue la primera publicación nacionalista que había abierto sus páginas al “proceso de rehabilitación de una de las más discutidas figuras de la historia argentina”. Señalaba que ello contribuía a superar distancias y heridas del pasado para poder apreciar las ventajas que ofrecía el yrigoyenismo:

Empezando porque, definido el yrigoyenismo en su originaria esencia nacionalista, quedaba así tendido el puente ideológico que muchos ciudadanos radicales necesitan para convertirse en nacionalistas sin pasar por tránsfugas. Aparte de que, un radicalismo revitalizado por la doctrina nacionalista puede llegar a ser con el tiempo un factor capital en el triunfo del Movimiento. (26 de septiembre de 1940, p. 3)

La perspectiva instrumental, de utilidad política práctica, quedaba así esbozada y no podía ser un obstáculo para la construcción de una plataforma nacionalista. Carrizo construía con esa recuperación del radicalismo otro puente en la experiencia del nacionalismo argentino: la que iba de la independencia al federalismo rosista pasando por el radicalismo hasta llegar a la etapa nacionalista, consumación histórica de una voluntad nacional de realización.

Desde *Nueva Política*, no tardó en desarrollarse la reacción y conviene expresar los argumentos para notar las diferencias entre las vertientes internas del fenómeno nacionalista. Para Máximo Etchecopar (4 de septiembre de 1940), el radicalismo y el conservadorismo se identificaban en lo ideológico siendo “superficialmente libertarias y antitradicionales”. En particular, el radicalismo representó un “retroceso chabacano, un rebajamiento que jamás llegó a configurar una clase dirigente: su único poder provenía del resentimiento de la plebe!”.

Juan Pablo Oliver (5 de octubre de 1940) hacía blanco directo en los artículos de Carrizo y atacaba al radicalismo y a Yrigoyen: “desde hace un tiempo viene insinuándose una identificación o aproximación al llamado radicalismo, pese a su

perpetua vacilación, a base de ensalzar la figura de H. Yrigoyen como ejemplar expresión de nacionalismo”. Afirmaba que Yrigoyen fue liberal, no fue efectivamente neutral en la Primera Guerra, careció de austeridad, no atacó al capital extranjero y fue conservador, porque no realizó ninguna modificación de fondo. Para Oliver, Rosas e Yrigoyen fueron tan distintos que la comparación no tenía sentido: la grandeza del primero superaba la mediocridad del segundo. Y en cuanto a lo de la “oligarquía”, era para Oliver otro mito como concepto histórico y social: los gobiernos conservadores, con todos sus errores, habían sido mucho mejores que los radicales. La falta de ideales y de finalidad política del radicalismo lo había reducido al electoralismo y a la glorificación de la masa y el nacionalismo nada tenía que ver con el radicalismo. Y advertía al grupo de *Nuevo Orden*: “mientras tanto los intelectuales adoradores de ‘las masas’ continúan en soledad, dejen el maquiavelismo para Maquiavelo” (Oliver, 5 de octubre de 1940).

Otro autor, Steffens Soler distinguía el radicalismo en el “llano” y en el “gobierno”. El primero era “una doctrina nacionalista y totalitaria, que contenía la amenaza de un derrumbe, la esperanza de una reparación ejemplar y como sistema, la negación rotunda de los partidos políticos” (Zuleta Álvarez, 1975, p. 444). La ley Sáenz Peña, al obligarlo a entrar en la legalidad, quitó la pretensión revolucionaria, y postergó para siempre su sentido “reparador”.

En las entregas siguientes, Carrizo (13 de noviembre de 1940) siguió con sus intervenciones sin arredrarse por la crítica y afirmado en el apoyo que le brindaba el director del periódico y el grupo político que integraba.

Palacio (8 de agosto de 1940) intervenía en el debate político mediante incisivos editoriales, con reflexiones conceptuales vinculadas al funcionamiento del sistema político. Con el título “Nuestra crisis política”, cuestionaba el uso del término democracia para hablar del régimen político argentino:

Democracia es gobierno del pueblo por sus auténticos representantes. Implica identificación de los gobernantes con las aspiraciones populares y auspicio real de dichos gobernantes por la multitud: un vínculo de solidaridad efectiva, positiva entre unos y otros. El representante democrático tiene que ser necesariamente en cierta medida caudillo del pueblo: inspirar confianza, respeto, amor. Esto no significa por sí solo una garantía de acierto en su actuación, pero

cuando el hecho se encuentra generalizado, cuando los que ocupan el gobierno y los cargos representativos suscitan esos sentimientos y han surgido gracias a determinaciones reales del pueblo, que ve en ellos a los intérpretes de sus aspiraciones y sus necesidades, puede entonces decirse que la democracia existe, aunque no se asegure con esto la salvación del país. ¿Ocurre así entre nosotros? Es evidente que no. Aparte de la forma notoria en que se han elegido nuestros gobiernos desde 1930, basta recorrer los nombres de nuestro personal gubernativo para advertir su falta absoluta de arraigo popular. (Palacio, 8 de agosto de 1940)

A partir de esas afirmaciones, se lanzaba a nuevas constataciones y a postular convergencias entre el radicalismo y el nacionalismo, al modo que venía sosteniendo de distinto modo el periódico:

Existe una separación total entre la gran masa del pueblo y quienes invocan su representación. Y así es, efectivamente; esa separación existe y cada día el abismo es más profundo. Los acontecimientos mundiales de los últimos diez años no han podido dejar de aleccionar a nuestros compatriotas con una excelente experiencia política, para la cual estaban preparados por la tradición nacionalista de Yrigoyen. Esta experiencia ha fortalecido el sentimiento radical de nuestras masas, contrarios a la dominación de la finanza extranjera, que coincide en esto con la aspiración nacionalista de lo mejor de nuestra juventud. (Palacio, 8 de agosto de 1940)

El sistema de oposiciones, así delineado, resultaba claro, para Palacio:

Por un lado “el régimen” de explotación del país, formado por la plutocracia internacional, la prensa que la sirve, los partidos indiferenciados y sus clientelas; y por otro el país mismo, o sea la víctima del drama, en cuyo seno se van preparando los elementos de la salvación. (Palacio, 8 de agosto de 1940)

Más allá de estas cuestiones fundamentales de orden político, doctrinario e histórico, el periódico se ocupaba de temáticas de la coyuntura. En el campo político, estallaba el escándalo de “El Palomar” y José Luis Torres publicaba *Algunas maneras de vender la Patria*, profusamente difundido en la publicidad de *Nuevo Orden*. Esa cuestión era retomada por Palacio, usando su viejo alias de “Héctor Castillo” (15 de agosto de 1940), en los “Comentarios políticos”. Más tarde, anatemizaba a la clase política en un editorial sobre el mismo tema:

Los políticos de la situación y la prensa “seria” han adoptado frente al asunto de las tierras de Palomar una actitud uniforme. Consiste en desgarrarse las vestiduras y demostrar un santo rubor ante el descubrimiento de manejos dolosos en los negocios públicos, como si se tratara de un hecho insólito, casi increíble, que antes no hubieran podido siquiera imaginar... El pueblo argentino, sin embargo, sabe muy bien que las cosas no son así como las pintan y que, lejos de tratarse de un caso de corrupción aislada, el asunto de Palomar no es más que uno de los tantos síntomas de la corrupción total del sistema que nos rige: verdadera empresa de explotación de los recursos argentinos mediante el engaño organizado de la opinión por el doble instrumento de la prensa y el comité.

(Palacio, 15 de agosto de 1940)

En la séptima entrega, el editorial continuó con las denuncias del Palomar (Palacio, 29 de agosto de 1940) y, en lo que nos interesa remarcar de convergencias con el radicalismo, resulta de interés destacar dos cuestiones incluidas en este número a partir de la reproducción de textos de figuras reconocidas en el ámbito literario y político.

Nos referimos, en primer término, a la inclusión de fragmentos del texto de Oliverio Girondo (29 de agosto de 1940) titulado “Nuestra actitud ante el desastre”. Más allá del conocimiento que tenía el poeta con Palacio del mundo de la vanguardia literaria de los años veinte, esta inclusión puede ser considerada como otra forma de

diálogo-colaboración con FORJA, si tenemos en cuenta la afinidad del poeta con esa agrupación. En la presentación, los editores consignan:

Con este título ha publicado el escritor Oliverio Girondo un inteligentísimo trabajo sobre la realidad argentina. Se manifiesta en él igualmente enemigo del fascismo y del capitalismo que nos explota y aboga por *una solución nacional para nuestros problemas particulares*, en lo que coincide totalmente con la orientación de *Nuevo Orden*. (Palacio, 29 de agosto de 1940)

El segundo caso resultó de la inclusión de un fragmento de Doll aparecido en *Crisol*, sobre la cuestión de las tierras de El Palomar, en el que se diferencia del crítico usando terminología radical:

Allí donde el escritor piensa en la forma de gobierno, nosotros pensamos en la amalgama de intereses que se han organizado en prieto haz solidario de opositores y oficialistas, como lo que Irigoyen llamaba “régimen” por contraposición a la “causa” de la reparación nacional. Con esta reserva establecida y la de exceptuar a los inocentes que por solidaridad partidaria apañan culpas ajenas, hemos creído oportuno transcribir el sabroso artículo de nuestro amigo Doll. (29 de agosto, p. 7)

A la par que llevaba la publicación periódica, Palacio seguía con sus propios análisis y reflexiones. En un borrador para un discurso dirigido a camaradas del nacionalismo, sobre el “ideal nacional”, volvía a la cuestión del complejo de inferioridad y avanzaba algunas líneas de reflexión política para constituir una tradición y un fundamento histórico para la acción:

¿A qué se debe ese complejo de inferioridad que ahora nos aqueja? Yo soy un poco especialista en este problema. En cierto momento nos avergonzamos de España, es decir, de nosotros mismos... el espíritu de Caseros coincidía con el movimiento del mundo europeo, de modo que el país se adaptó muy pronto al ritmo impuesto por los vencedores. La ruptura con la tradición no se sintió

entonces como una herida, sino al contrario. No había complejo de inferioridad. Se consideraba como una suerte no poseer el lastre del pasado. Se explica. El mundo parecía marchar hacia el paraíso de felicidad anunciado por los profetas del liberalismo. Sus principios parecían nuestra sola razón de existir. Las crisis no bastaron para despertarnos; tenían en sí mismas el remedio. El apogeo de este optimismo se manifestó en la época del Centenario. Lejos de sentirnos tributarios del extranjero, lo considerábamos como tributario nuestro. La creencia en los falsos ideales nos impedía sentir sumisión. Hasta le agradecíamos al inglés que nos regenteara los ferrocarriles, librándonos de esa ingrata tarea, al fin y al cabo subalterna. Aunque nos sacara el jugo; para eso éramos ricos. La guerra y sus consecuencias nos hicieron caer la venda de los ojos. Vimos que los principios eran falsos y la esperanza mentirosa. Nos encontramos sin prosperidad, sin libertad, sin horizonte y, lo que es peor, sin una tradición en la cual hallar la fuente donde recuperarnos. Todo esto es historia argentina. No debemos renegar de ella sino rectificarla... Se trata de recuperarnos... tratar de integrar todo lo que poseemos en un ideal de hegemonía nacional. No mirar demasiado hacia atrás y con criterio de fiscales, sino tender a una síntesis de lo argentino, y hacerlo servir al mismo Alberdi a nuestro ideal. Esta es la misión de nuestra época, no la de rehacer pleitos ya fallados. Fundar la nueva Argentina sobre su tradición más gloriosa, que nosotros sabemos cuál es. (Palacio, 1940c)

En su caminar, *Nuevo Orden* seguía afirmando posiciones y se diferenciaba de otras vertientes nacionalistas. Tenían una concepción distinta de la índole de la política, se apoyaban en una valoración de la historia argentina que recuperaba al federalismo y al radicalismo, a la vez que hacía una recuperación crítica del legado republicano-liberal y proponía métodos operativos distintivos. Junto a ello, además de la denuncia del “régimen”, trababan polémica con otros sectores del nacionalismo.

En “Reflexiones sobre la unidad”, Palacio matizaba algunas de las líneas de recuperación del radicalismo:

Las nuevas generaciones del Nacionalismo, ajenas a las rencillas políticas de nuestro pasado inmediato y a ciertas reacciones de familia o de círculo social persistentes en los hombres de más de cuarenta años, reconocen la raíz de su ímpetu salvador en la revolución frustrada del radicalismo y hacen justicia a la acción de Yrigoyen ...hay distancia entre hacer justicia a una persona y reconocerla como inspiradora exclusiva de un movimiento de reconstrucción nacional, cuyo origen es mucho más complejo. (Palacio, 30 de octubre de 1940)

Para Palacio, era preciso establecer una tradición histórica para el nacionalismo en el que tenía parte el radicalismo. En esa tradición se encontraba la resistencia que, en su momento, ese movimiento había opuesto al Régimen tanto en “la austera protesta del radicalismo inicial”, “en la gallarda política internacional de Yrigoyen” y “en su amor romántico por el pueblo explotado, en su desprecio por el banquero, por el financista explotador”(6 de noviembre de 1940, p. 3)

En esa evaluación del pasado le cabía al radicalismo el haber desnudado con su protesta la reacción de los sectores “antinacionales”, lucha que el nacionalismo debía continuar y profundizar. Para Palacio (13 de noviembre de 1940), el radicalismo mostró claramente lo siguiente:

Lo que el país no quería de ninguna manera. El radicalismo dijo “no” y sigue diciendo “no” a la oligarquía y el socialismo, y les devuelve el desprecio con el repudio. El peligro radical –bajo el que amenazó siempre el peligro más grave de un despertar nacional– provocó desde el primer momento la polarización en un solo propósito de los sectores antinacionales.

Con estas intervenciones, Palacio se distinguía de otros nacionalistas. Aparecía, por un lado, una cuestión generacional de separación con respecto a Carlos Ibarguren, César Pico o Juan P. Ramos. A ello, se sumaba la ausencia de participación de Palacio o la recepción de premios de ámbitos oficiales como la Comisión Nacional de Cultura que presidía Ibarguren (Lacquaniti, 2021).

Otro elemento era el distanciamiento que se producía en cuanto a los juicios de realidad. Los años transcurridos desde la decepción del golpe de 1930 habían hecho efecto en la reflexión de Palacio. De ese modo, muchas de las pasadas posiciones habían quedado atrás, como resabio de otra época. La incidencia de los estudios históricos realizados al calor del despliegue del revisionismo, que permitían a la vez que recuperar a Rosas y al federalismo reevaluar el sentido del radicalismo, daban otra hondura a sus análisis, los centraba en la experiencia nacional. Podían acercarse, de ese modo, al contenido popular de la democracia y a la orientación nacional de los gobiernos de Yrigoyen. Ello llevaba, directamente, a la reconsideración del lugar del pueblo en las decisiones políticas.

El contraste con los años treinta, de una democracia ficta, el fraude, la representación viciada y, lo que cada vez era más subrayado en el análisis, un sistema político dominado por las finanzas extranjeras, resultaba para él evidente. La mediación política también era revalorizada sea como vocación o en sus instrumentos, los partidos. La idea de libertad era puesta bajo los imperativos de las realidades concretas, en distintos planos. Se iba delineando entonces un programa de democracia popular, independencia económica, lucha por las libertades concretas, abogando por una auténtica participación política que actuaba como plataforma de diálogo con otras fuerzas políticas con las que podían coincidir.

Unida a la relación de amistad con algunas personalidades de FORJA, fundamentalmente con Scalabrini, se daban las mutuas influencias entre las organizaciones de lo que podría denominarse ese “nacionalismo hispanoamericano de entreguerras” (Halperín Donghi, 1984). Esos diálogos fructificaron en el aporte del revisionismo histórico a FORJA, aunque este ya había comenzado a realizar un ejercicio de esas características con los aportes del mismo Scalabrini y Del Mazo en la historia del radicalismo.

A la inversa, el forjismo y el radicalismo, en un sentido más general, le ofrecieron al nacionalismo republicano una nota social más específica, con una apertura a los sectores populares y obreros que originariamente no tenía (Jauretche, 1962). Más allá de las colaboraciones de los Irazusta y Palacio en *Reconquista*, más allá del sostenimiento común de la neutralidad y la prédica antiimperialista, estos puntos de coincidencia se reflejaron en un proceso de debate que llegó a las páginas de *Nuevo Orden*, hacia abril de 1942.

La cuestión estaba planteada en estos términos: surgimiento de un nuevo partido que, hegemonizado por el nacionalismo, absorbiera lo mejor del radicalismo o reivindicación del forjismo como vía de avance y control del radicalismo. La primera postura venía siendo sostenida por Rodolfo Irazusta hacía tiempo. La segunda fue la que presentó Jauretche (1 de abril de 1942), sin firma, en una “aclaración” en el medio nacionalista.

Estos movimientos tenían sus lógicas y antecedentes. El acercamiento al radicalismo por parte de los hermanos Irazusta no resultaba forzoso: a sus orígenes familiares en ese partido, agreguemos la afiliación en 1935 a la UCR y la participación de Julio en la campaña electoral entrerriana de los años 1937 y 1939. En el caso de Palacio, tras la decepción del uriburismo, había extremado vínculos con figuras del radicalismo, como Laclau y el mismo Alvear, y en el ámbito forjista, la cercanía con Scalabrini Ortiz, Dellepiane o Del Mazo lo había llevado a reconsiderar sus posiciones.

Ese diálogo no estaba libre de tensiones y diferenciaciones. En una conferencia brindada en el sótano de la calle Lavalle, Scalabrini decía:

Hombres ingeniosos y exuberantes recursos con inagotable capacidad de argumentos, tratan de desviarnos de nuestra ruta, sea para un lado, sea para el otro. Hay algunos antiguos amigos que cayeron seducidos por las sirenas de la propaganda alemana y hoy quieren hacernos creer que el triunfo germánico abrirá para nosotros perspectivas más holgadas. Nosotros estimamos que esa suposición es una ingenuidad que puede acarreamos graves males. Con “viejo orden” o con “nuevo orden”, del extranjero no podemos esperar nada más que humillación. Nosotros sabemos que la libertad, la riqueza y la dignidad se conquistan. La obra de FORJA es la preparación de esa conquista que algún día hemos de emprender los argentinos (Galasso, 1970. p. 283).

Estos argumentos eran extremados en Scalabrini, debido a la reciente ruptura de la organización con la salida de Luis Dellepiane y Gabriel del Mazo, motivada, fundamentalmente, por la neutralidad en la guerra.

Un manifiesto de la época insistía en la diferenciación y disputaban las denominaciones:

Ni las plutocracias ni el nazifascismo pelean por nosotros. Esta es tarea nuestra.
En la intransigencia y en la abstención. Contra el imperialismo y la oligarquía.
Por un pueblo libre en una patria libre. Solo hay un nacionalismo: el radical.
Solo hay un radicalismo: el de FORJA (Galasso, 1970, p. 284).

Esas afirmaciones, como vemos, buscaban la apropiación desde el lado radical del sentido y uso de la categoría nacionalismo.

Para algunos de los protagonistas, como el forjista Darío Alessandro, más allá de esas diferenciaciones, *Nuevo Orden* era pro-radical. José Luis de Imaz, simpatizante nacionalista, definió taxativamente a Palacio como radical (Piñeiro, 1997, p. 153).

Hombre de Buenos Aires, Palacio frecuentaba, además, por razones sociales, a hombres del conservadurismo ligados a su familia. También había construido vínculos con figuras consulares del socialismo, como Alfredo Palacios, con quien tenían relaciones varios de quienes por ese momento agitaban las banderas de la denuncia.

En el ámbito del nacionalismo, era una figura respetada y colocada en el campo de los mentores doctrinarios. Se perfilaba en sus notas una serie de razonamientos y actitudes que lo fueron definiendo como un pensador de la matriz nacionalista de raigambre republicana y democrática, neutralista en lo internacional y proteccionista en lo económico. Esa ubicación lo orientaba a reflexionar sobre su papel en la sociedad argentina del momento: oscilaba entre un intelectual público –que, a través de un semanario, buscaba expresar sentidos y rumbos– y su identidad como político.

En un contexto en el que parecían inútiles las acciones políticas en marcos partidarios (la máquina del fraude les hacía pensar que no era conveniente derrochar energía organizando un partido propio, aunque veían esa vía como la más aceptable), consideraban adecuado participar, establecer relaciones y apoyar a las vertientes “yrigoyenistas”, reservorios republicanos y nacionalistas, dentro de la UCR.

Como vimos, en su semanario admitía la revisión y rehabilitación de la figura de Yrigoyen y el análisis sobre el significado del radicalismo en la historia política del país. Esa creciente demofilia lo diferenciaba del nacionalismo doctrinario de reminiscencias uriburistas, antiestatista y defensor del “productor pecuario agobiado con gravámenes” (Ibarguren, 1969, pp. 327-333).

Otros elementos se movilizaban en su pensamiento, como la creciente convergencia con posiciones industrialistas y dirigistas del pensamiento militar o el estudio de la economía, a través de analistas originales como Alejandro Bunge.

Frustrados los intentos de unidad entre radicalismo y nacionalismo, en un contexto de creciente escepticismo, Palacio había participado con expectativas de los desesperados movimientos revolucionarios que impulsaba el general Benjamín Menéndez. Finalmente, ese movimiento no se produjo. Desencantado, se llamó a retiro. Fue así que abandonó la dirección de *Nuevo Orden*, redujo sus relaciones a cenáculos privados y se concentró en las tareas que le permitían sostener su familia, como la docencia y las traducciones.

Como veremos, sus expectativas políticas se renovaron con el golpe militar de 1943. Ese acontecimiento resultaba para él el cierre de una etapa de fraude y peculado. Los aspectos autoritarios y polémicos del gobierno pasaban a un segundo plano.

Palacio se acercó, decididamente, como los forjistas, a la Secretaría de Trabajo y Previsión en el año 1944. Participó en el semanario *La Víspera*, iniciativa forjista de regularidad semanal, con amplios y variados contenidos, que “respondía a un objetivo político estratégico con miras a participar en una puja electoral futura” (García, 2006, p. 101 y ss.).

El medio apeló a la unidad militante del radicalismo yrigoyenista y a la capacidad del gobierno para realizar un regreso a la normalidad institucional que impidiera la restauración del “régimen” fraudulento. La sede del semanario se encontraba en Florida 334, en el Club Argentino, sustituto que la agrupación había creado ante la prohibición de la actividad de los partidos políticos. Un semanario podía sortear esos límites y difundir ideas y propuestas. El primer número salió el 16 de diciembre de 1944. Un día sábado, con la pretensión de “hacer del sábado inglés un sábado argentino”:

No venimos a enseñar nada. Venimos a suscitar la verdad nacional que está en la conciencia del pueblo... porque el rumbo central de la ruta argentina está adentro de cada uno... el hombre del café, del taller, de la esquina, del campo. Ese sentido de la dirección ha escapado frecuentemente a los intelectuales, a los “galeritas”, a los doctores, pero ha estado siempre presente en la conciencia del pueblo, que aún en sus alejamientos momentáneos, termina por reencontrarlo.

Ahora queremos ayudar a que ese descubrimiento de cada uno se haga en todos.

Cuando ello haya ocurrido habrá dejado de ser *La Víspera*. Será el día. (*La Víspera*, 16 de diciembre de 1944, p. 1)

Dirigía la publicación Francisco José Capelli, forjista marplatense. Colaboraban: Atilio García Mellid, Miguel López Francés, Arturo Jauretche, René Orsi, Roque Raúl Aragón, entre otros. La publicación logró un apoyo abierto de Ernesto Palacio (Orsi, 1986, p. 139).

Con esa aproximación continuaba la línea de diálogo abierta entre radicalismo y nacionalismo y adhería a la línea del grupo forjista que proponía en esa coyuntura “radicalizar la revolución y revolucionar al radicalismo”. Como muestra de proximidad, frecuentaba el Club Argentino, donde conversaba con dirigentes de la agrupación, en especial con Jauretche y Scalabrini.

En esa combinación entre nacionalismo republicano y radicalismo popular se fue constituyendo un posicionamiento de apoyo al surgimiento del liderazgo de Perón, que se vio acelerado por los acontecimientos del año crucial de 1945.

Desde ese posicionamiento se embarcó, junto a algunos de sus viejos amigos de *Nuevo Orden*, en el apoyo a la salida política propuesta por el gobierno militar y a la figura ascendente del coronel Perón. No se trató de un movimiento lineal ni ausente de tensiones y contradicciones. La reconstrucción del derrotero de la nueva publicación que lanzó en 1945 puede servirnos para dar cuenta de esos pasos.

Política

Según veremos en el capítulo 6, Palacio se entusiasmó con los postulados de los revolucionarios de junio y, en particular, con el coronel Perón. Esta postura se fue convirtiendo en apoyo cada vez menos velado y, por eso, ante la crítica coyuntura de 1945, decidió la publicación de un semanario para respaldar su posterior candidatura.

Con apoyo económico oficial y convocando a quienes estaban dispuestos a continuar con la prédica de fusión entre nacionalismo y radicalismo, Palacio se lanzó a una nueva empresa periodística. Para ello, convocó a quienes consideraba que mejor podían interpretar la situación y las perspectivas. Así, en el mes de julio de 1945, Palacio se puso en comunicación con su viejo colaborador Raúl Guillermo Carrizo, quien se encontraba en Córdoba y recientemente había concursado una cátedra de Derecho Minero en la Universidad (Piñeiro, 1997, p. 280). Era el hombre ideal para ello, teniendo en cuenta sus antecedentes en el periodismo, la confianza mutua y la mirada común en la convergencia con el radicalismo.

Para convencerlo, el director de la publicación alegaba que estando empleado en un organismo oficial no iba a poder ocuparse directamente del periódico y que había conseguido la financiación necesaria para garantizar su salida, sin depender de los suscriptores o tener que afectar recursos propios en la empresa. El origen de esos fondos, podemos conjeturar, provenían de la Secretaría de Trabajo y Previsión (Luna, 1969, p. 502) y quien los garantizaba era su subsecretario, el mayor Fernando Estrada, viejo simpatizante de FORJA y promotor político de Perón. Ese apoyo no resultaba manifiesto, ya que en su derrotero solo fue publicado un aviso oficial del área de Industria.

Además, entre los colaboradores de *Política*, se contaron viejos amigos de Palacio que, a la sazón, revistaban en la Secretaría de Trabajo y Previsión, como Antonio Manuel Molinari, abogado especialista en cuestiones agrarias, que presidía el Consejo Agrario Nacional y dirigía la publicación de ese organismo llamada *Hombres de Campo*, o Armando Cascella, que también revistaba en el organismo y había sido secretario de redacción de *Nuevo Orden*. A ellos se sumaron Juan Oscar Ponferrada, Raúl Scalabrini Ortiz y otros que colaboraban sin firma, como Vicente Trípoli, Mario J. Errecalte o Raúl Aragón, provenientes de la juventud forjista. Fijaron sede en Avenida de Mayo 676, quinto piso.

Con formato de diario y como publicación semanal de ocho páginas, su objetivo fundamental se orientó, como dijimos, a la defensa de los ideales revolucionarios del gobierno militar y la búsqueda de una salida electoral, por considerar que su derrota sería perjudicial al país y al radicalismo.

Comprometiendo seriamente su situación personal y política optaron por hacer públicas sus opciones y buscaron despertar en el seno del viejo partido energías para la

constitución de la Unión Cívica Junta Renovadora, que se presentaba como instancia crítica de la orientación alvearista.

De manera implícita, oficiaban de apoyo al gobierno militar y a la figura ascendente de Perón. En coincidencia con esta postura, aunque con un origen más nítido en el radicalismo, se encontraba el diario *La Época*, dirigido por Eduardo Colom.

Lo principal de cada entrega se encontraba en los artículos referidos a política nacional e internacional unidos al editorial y a los artículos de corte doctrinario. En sus páginas centrales presentaba algunas secciones fijas: “Maestros de la política” citaba autores de las tradiciones ideológicas contemporáneas (por ejemplo, al laborista inglés Harold Laski); todas las semanas publicaba un cuento sudamericano; cubrían las cuestiones internacionales; y sostenían las secciones “Cosas viejas de la Patria”, “Universidad”, “Revista de la Prensa” y “Los libros”. Dedicaba también algunos espacios a comentarios de cine y teatro. Desde el comienzo, participó el ilustrador Sileno³⁷, que con sus historietas graficaba los acontecimientos y daba un giro humorístico al proceso político.

El responsable operativo de la publicación, como señalamos, fue Raúl Guillermo Carrizo, adlátere de Palacio, quien se ocupaba de organizar las colaboraciones y redactar las secciones.

Luna, luego de destacar el aporte de la publicación de Palacio como una de las “ayudas más efectivas” a la campaña electoral, la caracterizó así:

Desde fines de julio aparecería el semanario *Política*, acaso la mejor publicación de índole política que se haya publicado nunca en el país. En diciembre *Política* mejoró sus características gráficas y empezó a alcanzar altos índices de venta. La dirigía Ernesto Palacio, un ex uriburista convertido más tarde al radicalismo yrigoyenista y colaboraban en la hoja antiguos forjistas y radicales renovadores. Excelentemente diagramada, escrita con inteligencia y organicidad, fue la primera voz del peronismo que intentó formular el entronque conceptual del movimiento con las grandes corrientes de la historia argentina. Un vibrante tono nacional, una preocupación americana ausente hasta entonces en la temática

³⁷ Seudónimo de Rodolfo Luzuriaga. Había ilustrado la revista *Máscaras* en 1931 y había expuesto en Amigos del Arte en el año 1935 (Tesler, 2015, p. 122).

peronista singularizaban la prédica de *Política* que entregó su última edición el 4 de junio de 1946 cuyo estilo superaba la vetustez retórica de *La Época* y el sospechoso tufillo de *Tribuna*, demasiado parecida a anteriores expresiones del nacionalismo más extremista (Luna, 1969, pp. 514-515).

Desde el inicio señalaron su objetivo: “Normalidad, pero no Contrarrevolución”. Para “cumplir su deber de ciudadanía” reivindicaron la dimensión política “devolviéndole su sentido tradicional de ciencia y arte de gobernar”, ya que solo una buena política, “la del pueblo y para el pueblo”, podía salvar a la patria. Buscaron filiar la “revolución” del 4 de junio con el radicalismo, hablando de esa fecha radical, porque sus autores, aún sin saberlo, habían obrado “movidos por la misma emoción patriótica que palpitaba en los cantones del 90 y del 93”, emoción que había inspirado “el largo y fervoroso apostolado” de su caudillo Yrigoyen. El 4 de junio, insistían, era radical “aunque no hayan actuado... personas que acepten el rótulo partidario, por el mero hecho de haber puesto término a la dominación de la oligarquía, cuya extirpación es la razón de ser del radicalismo”. Y agregaban que el fracaso de la revolución era el fracaso mismo del radicalismo, el fracaso del pueblo argentino “en su lucha por recuperar su ciudadanía y su dignidad” (*Política*, 25 de julio de 1945a).

Ese tono se subrayaba en otras notas: “el radicalismo y la reforma” y a “55 años del 90” ((*Política*, 25 de julio de 1945b y 1945c), con lo que se vislumbraba el intento de diálogo con la base de sectores medios y populares que arrastraba históricamente esa fuerza. En apostillas menores se mentaba la importancia de la democracia interna en el seno del radicalismo, que era desnaturalizado por las prácticas caudillescas (*Política*, 29 de agosto de 1945a, p. 2). En varios números reprodujeron citas de Yrigoyen y comenzaron a realizar una historieta de su vida, con claros propósitos reivindicatorios. También recuperaban los levantamientos radicales de los años treinta y mencionaban la participación en ellos de Quijano, Fernando Estrada (“uno de los puntales de la obra de justicia social que realiza la Secretaría de Trabajo y Previsión”), Jauretche (“actualmente presidente del grupo radical intransigente FORJA”) para luego subrayar la desautorización que habían sufrido de la mesa directiva de la UCR, cuando los llamaron “agentes provocadores del gobierno” (p. 4). En simetría opuesta con lo anterior, en otra nota señalaban el rechazo del alvearismo a la reparación en favor de los militares que participaron en revoluciones radicales (29 de agosto de 1945b)

Cuando en agosto de 1945 Hortensio Quijano reemplazó a Alberto Teisaire al frente del Ministerio del Interior, *Política* apoyó decididamente el cambio y lo manifestó con fervor en tapa ya que se trataba de un radical que se hacía cargo de la “dirección política de la revolución”. (8 de agosto de 1945) La caricatura de tapa refería a su figura. En páginas interiores reproducían declaraciones suyas:

Acepté este cargo de ministro del Interior sin rozar los principios rectores de mi vida. Consulté exclusivamente mi conciencia, única responsable. Sé que me acompaña el pueblo, siquiera con su expectativa, cuya esperanza, afirmo, no será defraudada. Tengo la emoción de la revolución y me declaro solidario con ella en los aspectos sociales y económicos que la informan. Se han de cumplir en los períodos constitucionales los principios de democracia integral sancionados en el 53, que el país aún no los ha vivido en toda su plenitud. La revolución cumple sus etapas, previstas e imprevistas, y culminará con el más absoluto respeto a la inalienable soberanía del pueblo. Así lo quiere el Gobierno y lo afirman las instituciones armadas. (Quijano, 8 de agosto de 1945)

Una medida de Quijano, como el levantamiento del Estado de Sitio, fue saludado desde *Política*: posibilitaría la actividad del pueblo “por medio de su agrupación espontánea y libre en los partidos organizados”.(8 de agosto de 1945) Para los redactores constituía la segunda etapa de la revolución, sumar al gobierno al pueblo que debía decidir sobre su destino.

Por otra parte, reivindicaban el Estatuto de los Partidos Políticos que garantizaba la democracia interna en las agrupaciones políticas. En vías a los proyectados comicios la organización de los partidos debía hacerse según el nuevo ordenamiento estatutario. Los partidos tradicionales se oponían a la nueva normativa. Para el grupo de *Política*, por el contrario, era una medida depuradora llamada a democratizar la dirigencia partidaria y evitar las camarillas electorales, las “trenzas” y el fraude. Además, acusaban a los opositores de evitar que la UCR recobrar “su vitalidad popular”. (15 de agosto de 1945)

En su recorrido, el medio no se hizo eco directo de las intervenciones de Perón. Hacía oficialismo para el gobierno, perfilando una salida política apoyada en el

radicalismo yrigoyenista. Eso explicaba, quizá, la ausencia de referencias, en todo este tramo a los discursos de Perón, excepción hecha de alguna frase inserta en alguna nota. En cambio, destacaban las palabras de Alejandro Leloir en La Plata en el marco de las actividades de la Junta Central Provisional de la UCR de la Provincia de Buenos Aires o reproducían la intervención completa de Alejandro Greca en la Asamblea radical de Santa Fe, llamando a la reorganización.

Señalaban que buscaban la legalidad, pero no la previa al golpe militar. Querían ir más allá de la revolución del 4 de junio. Una vez más reproducían fragmentos del primer editorial de *Política*, orientados a señalar la orientación radical de la presente “revolución”.

Ante las iniciativas de la oposición de configurar un “frente popular” decían que resultaba paradójico que no tuviera “pueblo” y titulaban, de manera contundente: “Contra el Frente oligárquico la Unión popular” (8 de agosto de 1945). En un artículo dedicado al tema sostenían que “la idea de frente popular” estaba siendo agitada por los políticos más impopulares (15 de agosto de 1945). Repetían la misma consigna: “Fracaso del frente popular”, y en un largo escrito relacionaban el levantamiento del estado de sitio y el desarrollo de manifestaciones opositoras tras “catorce años de restricción de todas las libertades, bajo una oligarquía rapaz y antinacional, amenazaron con adormecer las cualidades viriles de nuestra raza, que sólo se mostraron, durante dicho lapso, en las tentativas sediciosas para acabar con el régimen”.(22 de agosto de 1945) De ese modo, *Política* recuperaba para sí la tradición revolucionaria del radicalismo insurgente. Luego, recriminaban a los opositores la apropiación de la “victoria” en la guerra, “convirtiéndola en un pretexto de lucha interna”. Señalaban que la mayoría del pueblo argentino estaba feliz del fin de la guerra y la victoria aliada, que no pudo salir a la calle para no confundirse con las “columnas regimentadas que, de acuerdo con un plan visible, aprovechaban el acontecimiento con fines políticos”. Referían a la manifestación de la Plaza San Martín, que invocaba la “representación del pueblo” y llamaba a la “unidad nacional” aunque era “fracción ínfima del pueblo, y sin duda, la más extranjerizada”. Acusaban a los comunistas de haber utilizado esa estrategia para aumentar su radio de influencia por “infiltración en los demás partidos”. Luego, se detenían en las contradicciones en el seno de la llamada “unidad democrática”, con los intentos de exclusión de los comunistas por parte de los socialistas y los acercamientos a ese conglomerado de los radicales del Comité Nacional. Denunciaban que las movilizaciones opositoras formaban parte de una

estrategia de “golpe de estado”, que había sido desbaratada por el gobierno militar. Esos comentarios de orden político iban unidos a una crítica permanente a los medios gráficos que cubrían y amplificaban las acciones opositoras al gobierno. (29 de agosto de 1945c)

A medida que crecía la organización de la oposición, subía el tono de la caracterización. Tras señalar los abrazos de Santamarina y Rodolfo Ghioldi, comenzaban a desgranar sobre la “unión democrática, sus componentes y propósitos, insinuando la inminencia de una convocatoria a un acto. Los redactores de *Política* sostenían que el proyecto de unión de todos los partidos opositores al gobierno en una nueva Unión Democrática, más que solucionar el caos existente como lo prometían sus promotores, significaba entrar en el caos. Tachaban a los opositores al gobierno militar de “nazis” y “totalitarios” y señalaban que eran los mismos que habían derribado a Yrigoyen. (29 de agosto de 1945c)

La oposición reclamaba la entrega del gobierno a la Corte Suprema. En el semanario, a través de varios artículos, calificaron a la idea de “mito” y sostuvieron que carecía de apoyo popular (5 de septiembre de 1945a, p. 1). Destacaban la “ausencia” de pueblo en las actividades opositoras y lo graficaban con el acto radical de la semana anterior: los “alvearistas” gastaron fortuna, tenían prensa cómplice, etc., aunque eran “voces decrepitas” que no concitaban apoyo popular. (5 de septiembre de 1945c, p. 2). “La conspiración de la oligarquía” se coronó con el acto de la Unión Industrial Argentina, donde habló Colombo contra el aumento de salarios. Señalaba el periódico: “Es una clase condenada a desaparecer de un día a otro, bajo la presión de los acontecimientos, su pobreza mental es un hecho, su carencia de ideas nuevas y de capacidad de adaptación la condenan irremisiblemente” (5 de septiembre de 1945c, p. 3).

La confrontación aumentaba cada día. Ante el fallo de la Corte que desestimaba el pedido de traslado del gobierno a esa instancia, *Política* celebró y remarcó el fracaso político de esa estrategia (12 de septiembre de 1945a, p. 1).

Sin embargo, poco después, se desarrolló la “Marcha de la Constitución y la Libertad” convocada por la oposición para el día 19 de septiembre, que concitó un importante número de concurrentes. Las estimaciones realistas coincidieron en la cifra de doscientas cincuenta mil personas.

Roberto Giusti afirmaba que habían participado tres millones (Antinazi, 27 de septiembre de 1945, p. 2) y Halperín Donghi, que participó, se ocupó de subrayar la importancia de esta movilización en sus análisis (1961, 1963, 2008; Trímboli, 2016).

Distinta fue la evaluación que hicieron los partidarios del gobierno. El periódico de Palacio decía:

Eran setenta mil individuos silenciosos, risueños, mansitos, que sólo atinaban a mirar los balcones de Callao, buscando las piernas de las muchachas. Eran setenta mil espectadores que desfilaban con un centenar de actores viejos, arrugados por el constante “maquillaje” en dirección al cementerio del Este. Sus gritos compuestos, sus cantos ripiosos de *kindergarten*, su paso acompasado, sus caras notablemente afeitadas, sus trajes pulcramente planchados para la ocasión, indicaban a cualquiera que la oligarquía pese a sus quejas, sabe conservar su línea burguesa para las grandes ocasiones. (26 de septiembre de 1945, p. 4)

Para el semanario, esa estimación de asistentes se componía de 20.000 personas que representaban el privilegio social, político y económico encarnado en el Jockey Club, el Círculo de Armas, la Sociedad Rural, la Unión Industrial y la Bolsa de Comercio, 20.000 comunistas y un resto integrado por “socialistas, adolescentes, papanatas sueltos de esos que van adonde se hace ruido, unos pocos poquísimos radicales renegados, que no alcanzaban a dos mil”. Los ausentes: la masa radical y la masa trabajadora, o sea el “auténtico pueblo” (*Política*, 26 de septiembre de 1945, p. 4). Sobre la base de esa subestimación numérica y política, anunciaron: “Fracasa el complot oligárquico”. Censuraron la Marcha y la acción subsiguiente a la que caracterizaron como intento golpista:

Lo curioso del caso es que esta agitación se produce en momentos en que la Revolución entra en su etapa última de restablecimiento de las instituciones mediante la restauración del sufragio libre, y después de haberse devuelto al pueblo el ejercicio de todas sus libertades... La verdad es que toda esa grito de elecciones inmediatas y “gobierno a la Corte” no significa otra cosa que miedo a que la Revolución se cumpla y a que la democracia se convierta en un hecho

irrevocable. Los oligarcas tienen miedo; y de aquí su odio a la Revolución y sobre todo al hombre que más legítimamente la encarna. El recuerdo de Yrigoyen los obsesiona. (26 de septiembre de 1945, pp. 3-4)

Unos días después, en un recuadro de regulares dimensiones, *Política* comunicaba a los lectores la renuncia del coronel Perón. En el contenido de la nota decían que, el día anterior, el ministro del Interior, doctor Quijano, había reunido a los periodistas destacados en Casa de Gobierno para hacerles conocer ciertas decisiones adoptadas en el curso del día: la convocatoria a elecciones para el siguiente mes de abril y la renuncia del coronel Perón a todos sus cargos oficiales.

El ministro sostenía que la decisión del coronel Perón obedecía a su “compromiso con el pueblo de la República y con las instituciones armadas” de renunciar a todas sus funciones ni bien el Poder Ejecutivo llamara a elecciones. Por eso, aún antes de estar firmada la resolución de convocatoria electoral, la anunciaba conjuntamente con el retiro de Perón.

Como remate de la intervención, Quijano consignaba lo siguiente sobre la actitud de Perón: “dignifica al país porque es expresión de su propia dignidad y dignifica al ejército porque también es expresión de sus mejores virtudes” (*Política*, 10 de octubre de 1945, p. 1).

Como señalamos, en un primer momento, la reivindicación de la figura de Perón no era directa. En los números iniciales, comenzaron por apoyar las políticas desarrolladas, sin mencionarlo:

La política de justicia social, que en los últimos tiempos ha recibido un impulso tan enérgico, se legitima así por las exigencias de una política trascendente –de una política verdadera– que le presta fundamentos aún más sólidos que las simples aunque elevadas razones de humanidad. (*Política*, 25 de julio de 1945b, p. 3).

Ese tono cambió tras un acto de corte “radical yrigoyenista” de apoyo a Perón, en el que reproducían fragmentos del diario *La Prensa* del día 25 de julio, que subrayaban que a él “le tocaba enfrentar a los mismos enemigos que a Yrigoyen” (*Política*, 1 de agosto de 1945, p. 3). Justo debajo de esa noticia, colocaban en paralelo los manifiestos de conservadores y radicales, asociándolos, y con la siguiente leyenda

en negrita: “Mientras el coronel Perón se proclama ejecutor de los postulados radicales contra la oligarquía, el radicalismo del C. Nacional, que ‘colaboró’ con el fascismo de Justo, ‘colabora’ hoy con los conservadores fraudulentos en la empresa de evitar el cumplimiento de los fines democráticos de la Revolución” (1 de agosto de 1945, p. 3).

El apoyo y alineamiento con Perón fue en sentido ascendente a medida que se movilizaba la oposición. Ante su renuncia, quedaron descolocados. Creció la incertidumbre. Pareció que su suerte había quedado atada a la de quien había sido desalojado del centro del poder.

En la semana del 17 de octubre, el periódico *Política* no se distribuyó. En la edición del día 24 señalaron, como explicación, que los acontecimientos los sobrepasaron y que la intención de aparecer el viernes 18 fue impedida por la huelga general. Sin embargo, se vieron obligados a aclarar su conducta:

Durante los días oscuros, ni un solo instante se turbó nuestro juicio, ni vaciló nuestra fe. Nuestro piso de la Avenida de Mayo se convirtió en centro de agitación y de difusión de noticias para los amigos que nos consultaban de todo el interior del país; y nuestros centenares de visitantes, que venían a buscar una palabra orientadora, salieron de aquí aleccionados y confortados. En la madrugada del miércoles al jueves, con los balcones abiertos a la calle, celebramos en comunión de pan y vino con el pueblo, la fiesta de resurrección de la ciudadanía. (24 de octubre de 1945, p. 2.)

La analogía religiosa hablaba tanto de un sentimiento y una emoción como de los orígenes ideológicos de los redactores. En la entrega del día 24 dedicaron extensas páginas al nacimiento del peronismo. En la tapa publicaron una nota titulada “Revelación del caudillo”, que reproducimos en extenso y respondía a la pluma de Palacio:

La caída del coronel Perón, por obra de una combinación oligárquico-pretoriana, y su nueva exaltación, al cabo de siete días, en virtud de una oleada incruenta, pero incontenible, de gratitud popular, constituye un hecho sin precedentes en la historia. La regla constante es la ingratitude de los pueblos y su olvido del ídolo de ayer, cuando lo ve privado del prestigio del mando. Lo que acaba de ocurrir

en la Argentina, configura un caso excepcional, que honra tanto al jefe que lo ha merecido, como al pueblo que lo ha realizado. Siempre hemos visto en el coronel Perón al abanderado indiscutible de la revolución de Junio y hemos apoyado con entusiasmo su obra en beneficio de los trabajadores y del país. Nunca hemos escrito una sola línea de alabanza para su persona. Nos separaba de él un gran obstáculo: el poder. Y no está en las modalidades de nuestro temperamento, prodigar halagos a quien puede dispensar favores. Hoy estamos en condiciones de afirmar, con absoluta tranquilidad de conciencia, que la patria ha encontrado por fin, al gran conductor que esperaba... Así lo comprendió también el pueblo, y esto explica el maravilloso pronunciamiento del 17 y el 18 de octubre... es hoy el hombre más amado del país, y el más odiado. La trascendencia de su acción, se define por la calidad de quienes lo aman y de quienes lo odian. Mientras que desde todos los bastiones del privilegio se pide su cabeza, las turbas lo aclaman como a un abanderado de la justicia, con un calor cordial que muy pocos argentinos merecieron antes que él... Hoy que el coronel Perón está nuevamente entre las filas del pueblo, dispuesto después de haber soportado la prueba de la adversidad a proseguir hasta el fin la lucha contra la oligarquía opresora, lo proclamamos nuestro jefe y nuestro abanderado. Reclamamos a su lado, un puesto de combate, con la autoridad que nos otorga la circunstancia de no haber solicitado nunca, al vicepresidente o al ministro, los puestos de favor. (Palacio, 24 de octubre de 1945)

Política resultó uno de los pocos medios que incluyeron, casi de manera textual, las palabras de Perón. En esa entrega realizaron una reseña de lo acontecido en los nueve días anteriores, con una crónica circunstanciada (*Política*, 24 de octubre de 1945, p. 8).

Desde los hechos de octubre, *Política* se asoció a la suerte del naciente peronismo y comenzó a otorgar un espacio privilegiado en sus páginas a las

agrupaciones políticas que conformarían la base política del emergente movimiento. En primer lugar, a la UCR Junta Renovadora, cuyas posiciones y pensamiento expresaba el doctor Quijano. Para ello, reproducían una intervención del radical correntino que finalizaba diciendo: “Vaya desde aquí mi saludo, como expresión radical, para el líder que sin tener nuestra etiqueta pareciera que heredó de Yrigoyen el sentido de hermandad con el pueblo” (*Política*, 31 de octubre de 1945).

El periódico daba cuenta del trabajo realizado por centros políticos que emergían para apoyar la candidatura de Perón. Además de la referida UCR Junta Renovadora, reflejaban la actividad de otra fracción: UCR Concentración Yrigoyenista, que para el día 4 de noviembre realizó una asamblea en su local de Avellaneda con la presencia de dirigentes de veinte circunscripciones metropolitanas. Al término de las deliberaciones, dieron a conocer una declaración de principios que propiciaba la candidatura de Perón para la primera magistratura (*Política*, 31 de octubre de 1945, pp. 3-4).

El semanario anunciaba también la realización de un asado criollo organizado por la Juventud Yrigoyenista de Recuperación Cívica para el día 17 de noviembre en homenaje al día de “La Segunda Emancipación Argentina”. En esa línea, grandes titulares anunciaban “El despertar del Radicalismo” (*Política*, 7 de noviembre de 1945a, p. 1).

Política se constituía en una plataforma útil para los postulados de la naciente coalición política. Desde ese espacio se dedicaron a trabajar temas caros a los sectores medios que buscaban cautivar: universidad, cuestiones agrarias, crítica a la vieja política y a los viejos políticos, las intervenciones norteamericanas y el papel de la prensa tradicional fueron analizados desde la óptica de la confluencia del nacionalismo y el radicalismo yrigoyenista, ahora con el respaldo del popularismo nacido de las jornadas de octubre.

A fin de noviembre, *Política* recuperaba el aniversario de la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión y transcribía el discurso de su titular, Domingo Mercante. En la sección “Movimiento Político” (7 de noviembre de 1945b, p. 4), hacían referencia a la designación de las autoridades nacionales y locales de la UCR Junta Nacional. Reproducían un manifiesto de la Concentración Yrigoyenista que negaba ser una escisión partidaria y se definía como un nuevo partido político, joven en su concepción, moderno en su estructura, dinámico, de lucha, franco y leal cuyo objetivo era sostener la candidatura de Perón y tratar de que hombres jóvenes llegaran al Parlamento o a cualquier otro cargo electivo. Hacían lugar también a otras

manifestaciones menores pero significativas para su reconstrucción, como la protagonizada por la Junta de Acción del Movimiento Nacionalista de la Juventud Radical Alem-Yrigoyen-Perón.

Política sostuvo su prédica en favor de la candidatura de Perón e iba captando cuadros políticos e intelectuales del radicalismo. Entre ellos, se integraron dirigentes juveniles de la agrupación FORJA, como Raúl R. Aragón, Mario J. Errecalde y Vicente Tripoli. Ese pasaje se produjo ante la indecisión de los directivos forjistas. La opción de presentar batalla en la interna de la UCR demoraba decisiones. Los militantes estaban ansiosos de actuación y posicionamientos. Como es sabido, en el mes de noviembre, la organización forjista se autodisolvió, con la firma de Arturo Jauretche como presidente y Darío Alessandro como secretario de la Asamblea (Jauretche, 1962).

Política fue vocero y plataforma política de la candidatura de Ernesto Palacio a la diputación nacional por la Capital Federal y de una nueva agrupación, la Unión Revolucionaria, que enunció sus objetivos a través de manifiestos, en los que sentaba posiciones antioligárquicas, de nacionalismo económico y propiciaba el aumento de la participación política. La agrupación contó con el apoyo de jóvenes provenientes del radicalismo y de figuras intelectuales, como Scalabrini Ortiz. *Política* amplificaba las presentaciones que realizaba la agrupación en sus páginas.

En perspectiva, no puede desvincularse el proyecto de *Política* y Unión Revolucionaria con la salida del diario *Democracia* en diciembre de 1945 en apoyo de la candidatura de Perón. Esta relación se torna evidente no solo porque hombres ligados a esa agrupación, como Manuel A. Molinari³⁸ y Mauricio Birabent³⁹, dirigieron la publicación, sino por la continuidad en ese medio de la prédica agrarista iniciada en las páginas de la publicación de Palacio. A ello, hay que sumarle el marco ideológico con el que aparece en el escenario nacional, en tiempos de la encarnizada campaña electoral para los comicios de febrero de 1946. Las citas de Harold Laski, referente teórico del laborismo inglés, que reivindicaba la tradición liberal en su vertiente política y la asociaba a la democracia, actuaban como “escudo” ante las críticas de “nazismo” al naciente peronismo.

Según Luna (1969), “además de rescatar para el campo peronista la palabra que le servía de título, monopolizada hasta entonces por la oposición, *Democracia*

³⁸ Nacido el 16 de enero de 1905. Abogado recibido en 1927. Profesor de Literatura en el Colegio Nacional B. Mitre y profesor de Historia en el Colegio Nacional de Adrogué. Miembro del directorio del Consejo Agrario Nacional (1943-1944) e interventor de este último (1944-1945).

³⁹ Dirigente nacionalista, que continuaría en ese espacio por décadas.

alcanzaba por la mañana el alimento diario que consumía el público peronista, reiterado a la tarde por *La Época*, además del que servía *Tribuna*” (p. 515). Más allá de ello, a través de su salida como tabloide, con un lenguaje abierto, intentaba dialogar con sectores capitalinos de clase media, no inclinados naturalmente a apoyar a Perón.

Quien impulsó la salida del diario fue el mayor Fernando Estrada, de origen forjista y perteneciente al núcleo íntimo de Perón. La ausencia de publicidad oficial buscaba mostrar aires de autonomía e independencia frente a la política de Perón. Ello se reflejaba, también, en la multiplicidad de reportajes que hacían a referentes de la naciente coalición, sin concentrar la atención de su discurso en la figura de Perón. Colaboraban en la publicación José Gobello, Valentín Thiebaut, Fernando Cogolillo y otros.

Palacio daba así por concluida sus intervenciones en el periodismo político. Su ingreso en la Cámara como diputado nacional en 1946 lo volcaba a otros menesteres, y su incursión en la vida cultural en función de sus tareas en la Comisión Nacional de Cultura lo obligaba a frecuentar otros ámbitos y relaciones. Atrás quedaba una práctica en la que había participado, si bien de manera fragmentada y discontinua, a lo largo de casi veinte años.

Como en el ámbito de las letras, la acción periodística quedaba marcada con algunos hitos perdurables. El más importante, por el lugar que ocupó en la ruptura constitucional, fue *La Nueva República*. Por su parte, la publicación de *Nuevo Orden* cobró significado por las disputas en torno a la neutralidad y la política exterior argentina. Por fin, la más importante contribución al periodismo político fue la de su última empresa, *Política*, que resultó victoriosa y lo catapultó a posiciones políticas nunca conquistadas hasta ese momento. Destacada por su contribución a la campaña electoral de Perón, esta publicación, sin embargo, no ha merecido aún un estudio específico por parte de la ya abultada historiografía sobre la prensa y el peronismo, a pesar de la relevancia que tuvo en el origen de la coalición electoral que llevó a Perón a la presidencia de la Nación en 1946.

Capítulo 4. El pensador político en movimiento

Este capítulo está dedicado a Ernesto Palacio en su faceta de pensador político. Para esa reconstrucción resulta fundamental el abordaje de sus obras *Catilina* y *Teoría*

del Estado, producidas en dos contextos bien diferenciados. Palacio no se propuso constituirse en un teórico de la política. Incursionó en esos campos sometido a las necesidades espirituales de una decepción, en el primer caso, y a las demandas del proceso político en el segundo caso. Ambas obras se vinculan estrechamente a configuraciones situacionales y personales del autor.

Para realizar un análisis intrínseco cierto de esas producciones, resulta necesario ponerlas en diálogo con sus intervenciones públicas o en el periodismo, donde se esbozan y prueban algunos de los argumentos vertidos en las obras.

Política y escritura

Tras el fracaso revolucionario de 1930 y frente al desemboque conservador del gobierno del general Agustín P. Justo, Palacio sufre una crisis profunda. No encontraba una ubicación en el campo político.

Durante este tiempo, proliferaban las organizaciones de corte nacionalista y algunas de ellas, como el Fascismo Argentino (1933) buscaron contarle en sus filas.⁴⁰ El uriburismo siguió activo en diversas manifestaciones, como la *Legión Cívica*, con elementos de raíces conservadoras que habían adherido a los motivos nacionalistas, entre los que revistaban Floro Lavalle y David Uriburu. Esos grupos se entretajían en reuniones y conciliábulos con figuras del conservadorismo oficial, como Matías Sánchez Sorondo y Fresco. Por origen social, antiradicalismo o temor a la “amenaza comunista”, estos grupos coincidían tácticamente en acciones que no hacían más que sostener directa o indirectamente al gobierno conservador.

En abril de 1933, al cumplirse un año del deceso de Uriburu, *Voz Nacionalista* (29 de abril de 1933) reprodujo opiniones de Agustín P. Justo, Manuel Rodríguez, Robustiano Patrón Costas, Federico Martínez de Hoz, Adrián Escobar, Juan P. Ramos, Emilio Kinkelin y Octavio Pico, entre otros, sobre su figura. Destacaban en el texto fragmentos de intervenciones del militar que condensaban su ideario. Ninguno de los miembros de *La Nueva República* figuró entre los convocados.

En agosto de 1933, para el día de la Reconquista de Buenos Aires, fue constituida Guardia Argentina, que resultó una fusión operativa de Legión Cívica

⁴⁰Nota del Secretario General Político de Fascismo Argentino (1933) a Señor... con ficha de afiliación. Quedó allí sin respuesta. Junto con esa invitación acompañaron el folleto de C. Ibaguren titulado *La crisis política del mundo* (Carpeta de papeles personales A.P).

Argentina, Legión de Mayo, Liga Republicana, Milicia Cívica Argentina y otras agrupaciones menores, como Granaderos de San Martín, Coronel Brandsen y Huinca.

Entre sus propósitos, se contaba la lucha contra el “liberalismo extranjero” y en favor del “régimen corporativo” (Guardia Argentina, 1933). Mediante la adhesión a la Comisión Popular Argentina contra el Comunismo, con sede en Mitre 562, se pasaba a integrar automáticamente esa organización.

En octubre del mismo año, *Afirmación de una Nueva Argentina* (*ADUNA*), orientada por Juan P. Ramos, proclamaba “La ley Sáenz Peña ya no es intangible” y señalaba como inminente “la muerte de la democracia electoralista y la implantación de la Democracia funcional” (*ADUNA*, 31 de octubre de 1933). Tiempo después, la misma publicación celebra el aniversario de la “revolución” del 6 de septiembre (*ADUNA*, 6 de septiembre de 1934)

Palacio no aparecía por esos espacios ni publicaba en el diario *Crisol*, claramente identificado con esas orientaciones. Se encontraba lejos de estas posturas y, por sus aproximaciones al radicalismo, comenzaba a apostar a la restauración de las prácticas electorales sin fraude. Desde 1932 comenzó a seguir con atención los movimientos que se producían en el radicalismo insurreccional y mostraba interés en establecer relaciones con figuras del viejo partido, como la que entabló con Ernesto Laclau, a quien frecuentaba de manera periódica.

A su vez, cultivaba la relación con sus viejos amigos Rodolfo y Julio Irazusta, sin que ello fructificara en una organización política propia, sino más bien en el establecimiento de relaciones con el radicalismo oficial. Por otra parte, en el plano de las relaciones personales, frecuentaba a Castellani y circunstancialmente veía a Zía o a Doll.

Catilina

Fue, justamente, la experiencia revolucionaria del radicalismo proscripto la que lo llevó a trabajar sobre los borradores del libro que lo haría célebre. Por ese tiempo, sostenía el hogar mediante la docencia y la producción de artículos para diversos medios, a lo que iba agregando el ejercicio esporádico de su profesión como abogado. Junto con ello, aparecían otras pulsiones del espíritu: escribir sus propias obras y actuar en política, de manera simultánea. Así lo asentaba en su diario el domingo 18 de

diciembre de 1932: “En la semana que va iniciar debo fabricar un artículo para *La Nación* y otro para *El hogar*⁴¹ y poner en marcha las tres obras que preparo para el invierno que viene, a saber: *La traición de los ‘consulares, El héroe y el número y Ensayos breves*. Horario vigoroso de trabajo: desde las 6 hasta las 12. Seis horas diarias. Por la tarde, preparación de materiales, luchar por la vida y continuación empeñosa de la intriga política iniciada con M. L.” (Palacio, 1932-1933)⁴².

Palacio se sumergió en lecturas, buscando consolidar una producción original. El argumento sobre *Catilina* lo rondaba hacía tiempo. Un detalle puede dar una clave del origen de esa búsqueda: “En esas circunstancias (y en una edición holandesa de 1659, herencia de mi abuelo materno) releí el *Bellum Catilinarium* de Salustio” (Palacio, 1945a, p. 8).

Más allá del recuerdo y del uso de una cita ilustre y respetable, es probable que en su mente estuvieran latentes, como lo sugiere Devoto, las lecturas de *Técnicas de un golpe de estado*, de Curzio Malaparte (1934), y quizá, también las páginas de *Grandeza y decadencia de Roma* de Guglielmo Ferrero (1908)⁴³ que dieron origen en su pensamiento a la figura de Catilina como revolucionario (Devoto, 2018, p. 216).

En ese clima espiritual, en el año 1932, Palacio se consagró a la escritura de la obra, aunque de manera simultánea aparecían otros proyectos. En efecto, unos días después consignaba en su diario el “proyecto de escribir una historia completa de la evolución de nuestro país en los últimos cincuenta años. Podría titularse: ‘Desde Caseros al 6 de septiembre’” (Palacio, 1932-1933). Eso lo llevó a privilegiar la dedicación a ese trabajo junto al que llamaba “Traición de los consulares”⁴⁴, dos proyectos que se entrelazaron⁴⁵ y para los cuales Palacio buscó fundamentos heurísticos e interlocuciones productivas.

Para la escritura del *Catilina* contaba con la biblioteca heredada y la formación humanística del Colegio Nacional, que le facilitó el tránsito por los materiales en su lengua original. Para cubrir las necesidades derivadas de un estudio sobre la historia

⁴¹ En ese medio trabajaba León Bouche, quien recibía las notas. En ese mismo espacio, entre los años 1936 y 1939, Borges redactaba la sección “Autores y libros extranjeros”.

⁴² “La traición de los ‘consulares’” fue el germen del libro *Catilina*. M.L. es Mario Lassaga, compañero de aventuras políticas y periodísticas de Palacio desde LNR y durante muchos años siguientes.

⁴³ Aunque no figura en sus notas de ese período, Palacio hace referencia a esta obra en un memorial que produce en el año 1944 a pedido de Juan C. García Santillán (Informe Palacio en Carpeta de papeles personales A.P).

⁴⁴ Agregó la siguiente reflexión: “Cuando uno se atosiga de proyectos termina por no hacer nada”.

⁴⁵ “Lo que vaya leyendo y anotando para la *Historia* me servirá en la elaboración de la *Traición*, que será una especie de continuación de aquella, desde que se referirá al fracaso de la revolución de septiembre” (martes 20 de diciembre de 1932).

nacional, necesitaba mayores referencias e incluso solicitar el consejo de algunos historiadores: “Visitaré mañana a Rómulo Carbia para consultarlo sobre documentación” (martes, 20 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933).⁴⁶

Para probar sus argumentos, fue a conversar con quien consideraba una eminencia de la literatura y el pensamiento nacionalista:

Lo visito a Leopoldo Lugones, a quien no veía desde hacía meses. Hablamos de Catilina y comentamos la semejanza entre la conjuración de este y las recientes de los radicales. “¡Catilinas hasta en el fracaso!”, me dice. Yo le replico que Catilina lo anuncia a César y que si, como creo, tales hechos obedecen a una ley histórica, la renovación sólo podría venir del *demos*, es decir, del radicalismo. Lugones no lo niega. Pero advierto que, como liberal incorregible que es a pesar de todo, simpatiza más con el polizonte Cicerón que con el insurrecto Lucio Sergio. (jueves 22 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933)

Aprovechó la ocasión para interesar a Lugones en su otra iniciativa: Lo consulto sobre mi proyecto de historia argentina desde el 53. Se muestra interesado y me da su fórmula. “Es –dice– el período de formación del Estado liberal”. Magnífico, pero también la reacción contra el mismo que se insinúa desde el 90. En cuanto a la documentación, se manifiesta de acuerdo conmigo en que es un terreno completamente virgen y que exigirá, por consiguiente grandes trabajos preparatorios (jueves 22 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933).

El proyecto de la *Historia* será retomado de manera intermitente en los próximos años, aunque fue recopilando material y realizando lecturas convenientes para dicha obra, a la que nos referiremos en el capítulo 5.

Las primeras versiones del texto sobre Catilina nacieron como borradores para notas periodísticas. Así, fue esbozando el propósito del libro: “La idea central de la obra será la siguiente: la Argentina ha perdido el sentido de su misión histórica y urge recuperarlo. La traición de los consulares consiste en haber provocado esa pérdida y en

⁴⁶ Carbia formaba parte de la Nueva Escuela Histórica con una sólida inserción en la estructura universitaria. Daba clase en la Universidad de La Plata. Había publicado en 1925 su *Historia de la historiografía argentina*.

mantener confundido al país sobre su verdadera esencia, por venalidad, por sensualidad o por ignorancia” (miércoles 21 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933). Luego de señalar la hondura del problema y de radicarlo en una clave identitaria, pasó luego a describir la estructura y volvió sobre su hipótesis:

En la primera parte situar el problema. Nuestra crisis no es de orden institucional, ni social, ni moral, aunque todo esto está implicado. Es una crisis, ante todo, del alma de la nación, es un fenómeno de psicología colectiva. La personalidad nacional es la que está en juego. Lo que necesitamos saber es qué somos como nación, frente a las otras naciones, qué significamos. Mientras esto no salga a luz, ni siquiera el mito de la liberación sirve. Liberación ¿para qué objeto? (miércoles 21 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933)

A su vez, anotaba sus avances y los materiales utilizados: “por la tarde he preparado el material para iniciar mañana a la mañana la ‘Rehabilitación de Catilina’, destinado a *La Nación*... fuentes principales: Salustio, Cicerón, Plutarco, Mommsen” (miércoles 21 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933).

En su mente se enlazaban de manera continua pasado y presente:
Me interesa especialmente el tema porque puede referirse entre líneas a la situación actual. Mi propósito es presentar a Cicerón como un liberal doctrinario de nuestros días, defensor de una oligarquía degenerada. La decadencia de la República romana justificaba la insurrección armada. Esto es lo que pretendo demostrar en mi ensayo; pero de tal modo que sin decirlo, resulte una justificación de análogas actitudes hoy y aquí. (miércoles 21 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933)

En cuanto a Catilina “en mi entender, no es más que un precursor infortunado de César. Quiso, sin éxito, realizar lo que logró este último: crear un orden nuevo sobre las ruinas de una oligarquía imbécil y rapaz”. Y, aunque atraído por esas analogías, se decía a sí mismo: “El tema es seductor, pero debe ser tratado con mucha prudencia”. (miércoles 21 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933)

Por esos días, se entrevistó con figuras del radicalismo comprometidas con las insurrecciones: de Laclau a Gondra. Frecuentó también a antiguos colegas del nacionalismo, con los que no se sintió tan cómodo como con los primeros: su antiguo “mentor” César Pico cae en la crítica por su desembozado apoyo a Justo. Al cruzar a Ibarguren en la calle, recuerda que “cuando la época heroica de *La Fronda*, no apareció por allí, ni sus congéneres tampoco. Ahora van y hasta escriben”. Sus antiguos camaradas resultaban objeto de crítica:

Tibios en la oposición, entusiastas en el oficialismo (César P. asegura que el gobierno actual es el mejor que ha tenido nunca el país). Es una modalidad como cualquier otra. ¡Pero cómo indigna esa incapacidad de heroísmo! Y lo peor de todo, es que necesariamente debemos contar con esa gente para cuando gobernemos, si el día llega alguna vez. Serán los mejores puntales de nuestro régimen, como lo son del actual. Ellos tendrán las gangas y los empleos, ellos y nuestros iguales, que podrán convertirse en nuestros enemigos y que deberán sufrir, sacrificarse como nosotros. Es la ley. Despreciables, pero necesarios. (miércoles 26 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933)

Esa era la idea que iba construyendo Palacio sobre esas figuras con las que ahonda diferencias, aunque mantenía relaciones y un sentimiento amplio de pertenencia.

Las mismas discrepancias tuvo cuando comentó algunos avances de la obra y sus posiciones políticas con su padre, de quien recibió una dura “Filípica”. Le había hecho leer “una carta de Ibarguren publicada en *La Fronda* bajo el título ‘Dos conjuraciones’ y dirigida a Sánchez Sorondo, en la cual comparaba al radicalismo con las catilinarias, considerando, a éstos según la versión ciceronista de los manuales. Cosa –muy liberal, muy chata, muy incomprensiva” (miércoles 23 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933).

La carta confirmaba la distancia con su padre: “Por descontado que papá, conservador, está con Ibarguren. Y aprovecha la oportunidad para reprocharme mi supuesto cambio de frente, haciéndome consideraciones utilitarias fundadas en la hipótesis –completamente fatua, para qué decirlo– de que los acontecimientos se están orientando hacia el triunfo de mis antiguas ideas!... Es todo lo contrario; pero ¿qué contestarle?”. Además de marcarle sus diferencias políticas, su padre le aconsejó no

publicar el artículo de *La Nación* ni el *Catilina*. Pero Palacio no se conmovió: “Aguanté la filípica –o mejor, la catilinaria– y cambié de tema. Los hechos me darán la razón”. (miércoles 23 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933)

Luego de la Navidad, prosiguió su trabajo: “He seguido escribiendo la ‘Rehabilitación’. Mañana estará terminado” (lunes 26 de diciembre de 1932, (miércoles 23 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933).

Al otro día, como se había propuesto, retoma el trabajo del artículo para concluirlo: “10 ½. Terminado el borrador, muy informe, de la *Rehabilitación de Catilina*. Esta tarde, si Dios quiere, iniciaré la tarea de pasar en limpio y dar forma a mi artículo para llevárselo mañana a Mallea” (Martes 27 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933).

Pero los percances cotidianos lo retrasan en sus objetivos: “Después de almorzar me tiré un rato en la cama para dormir una siesta breve y me quedé hasta las 17”; y al día siguiente, “me levanté un poco tarde, a las 8, y pasé en limpio cinco páginas de la *Rehabilitación de Catilina*. Bien, pero lento. ¡Me hace falta urgentemente una lapicera de tinta!” (miércoles 28 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933).

Mientras tanto, seguía buscando confirmar sus analogías:

Yo mismo vuelvo a sorprenderme de la semejanza entre los síntomas de la decadencia romana y de la civilización moderna. Predominio del dinero, arrasamiento de las jerarquías tradicionales, disminución del patriotismo, irreligiosidad, relajamiento de la familia (emancipación de la mujer, divorcio), aumento del celibato, anticoncepcionismo. Hasta en los menores detalles, como el “ausentismo” de las clases ricas, todo es idéntico. (jueves 29 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933)

Pero, a su juicio, la obra todavía necesitaba “más reposo” (jueves 29 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933)

También lo asaltó la idea de publicar el *Catilina* en forma de libro: “La abundancia de material me está haciendo pensar seriamente en la publicación de un librito, para imprimirlo y venderlo enseguida”. Se proponía “estirarlo hasta las cien páginas (espaciados y en letra grande) incluyendo notas y un prólogo”. Lo pensaba como prelude de *Latraición de los consulares* y le agregaría “un subtítulo llamativo”,

“lo haría comprar por todos los conspiradores sueltos, con lo cual se salvaría seguramente la edición” (jueves 29 de diciembre de 1932, Palacio, 1932-1933). Así, nació el nombre y el primer subtítulo utilizado: *Catilina. Contra la oligarquía*.

La idea del libro siguió rondándole. El 7 de enero anotó: “Levantado a las 6 ½. Mate, diarios. Contesto largamente la carta de Julio. Luego, planeo un pequeño prólogo para la *Rehabilitación de Catilina sobre la insurrección en general* (y cuaderno verde). Cada vez me atrae más la idea de hacer un libro” (sábado 7 de enero de 1933, Palacio, 1932-1933).

Siguió con sus lecturas de autores clásicos y, unos días más tarde, se propuso retomar el ritmo “apurando *La traición de los consulares* (que iniciaré el 1.º de febrero) y terminando el *Catilina* la tarea del año estará completa” (sábado 7 de enero de 1933, Palacio, 1932-1933).

En febrero, fue elaborando unos “lemas para *La traición de los consulares*”, con citas de Carducci y Salustio (Miércoles 15-jueves 16 de febrero de 1933, Palacio, 1932-1933). Agregó una cita de *Il Canzoniere*, del Dante (C. XVIII) (miércoles 22 de febrero de 1933, Palacio, 1932-1933). A fin de ese mes anotó: “Pensando en la Rehabilitación de Catilina, se me viene que el tema saliente, principal, inminente de la argumentación debe ser la justificación del movimiento catilinario como un movimiento de juventud contra una oligarquía decrépita” (martes 28 de febrero de 1933, Palacio, 1932-1933). Una vez más las analogías con la situación argentina...

A pesar de sus propósitos, los días se ocuparon con otros ensayos y entregas de artículos para *El Hogar*, además de encuentros con figuras del radicalismo y del nacionalismo de la época. La actividad con el diario se interrumpió por las lecturas de historia argentina, la preparación de clases, las “preocupaciones financieras” y las reuniones políticas y sociales.

Recién el 21 de mayo volvió a anotar una referencia sobre el libro: “Para la ‘Just. de Catilina’ agregar un cap. sobre la vocación política glosando la pág. 110 del *Banquete*” (21 de mayo, Palacio, 1932-1933). Y el 26 agregó una cita de Dante (Inf. XXXII, 109-11) para “La traición” (21 de mayo de 1933, Palacio, 1932-1933).

En septiembre apareció un anticipo del libro en la prestigiosa revista *Sur*, bajo el título “Catilina y la ambición política”. Allí, Palacio reivindicaba la figura de Catilina en estos términos:

La acusación de ambicioso que la historia ha puesto como una lápida sobre la memoria de Catilina corresponde evidentemente a la realidad. Catilina lo fue... orientado hacia determinado propósito por esa inclinación absorbente de la inteligencia y los afectos que tanto se asemeja a la fatalidad, se alimenta en el deseo continuo de alcanzarlo, vive en estado de ambición... El ambicioso y esforzado Catilina sucumbió en el único fracaso disculpable en los individuos de su raza: la muerte. Pero aceptó su misión hasta el fin. Su misión, que consistió en señalar el rumbo de la unidad futura y en ser la estrella anunciadora del inminente astro imperial. (Palacio, septiembre de 1933)

Al mismo tiempo, entregó otro artículo a *La Nación* (“El error de Sila”), pero, según consta en la carpeta de papeles personales, no pudo publicarse por unas alusiones al gobierno de Justo, censura que aceptó como algo natural (12 de octubre de 1933, Palacio, 1932-1933)

En su diario personal siguieron apareciendo referencias incidentales a la temática del libro, como cuando refirió a una clase que impartió sobre la decadencia de Roma, que dice “conocer al dedillo”, y en otro tramo anotó a Mommsen como lectura de cabecera.

Otra anotación del mes de noviembre sugiere que había retomado parcialmente la escritura y luego ya se trasladó a inicios del año 1934, con una severa admonición para sí mismo por los proyectos truncos, entre los cuales se encontraba *Catilina*: “...lectura de las páginas anteriores de este diario, cementerio de buenos propósitos, que me entristece” (4 de enero de 1934).

Pocos días después, avanzó de manera concreta: “Releído Mommsen y preparando una cronología para el *Catilina*”. Aunque anotó: “todavía no puedo adquirir el ‘tren’ de trabajo que necesito” (miércoles 10 de enero de 1934).

Se interrumpieron allí las anotaciones en el diario del escritor. Por otras vías, conocemos que, en el mes de febrero de 1935, encerrado, pasó en limpio el trabajo en cuatro cuadernos de tapas negras que fueron la base de la impresión del material en el año 1935 (Palacio, febrero 1935).

Entre ese momento y la salida de la obra, emergía un contexto político en el que se profundizaban los rasgos del gobierno conservador –al que Palacio se oponía– y las

penurias que sobrellevaba para sostener su familia. Sobre ese momento y su estado espiritual anotó, años después: “Yo estaba condenado a la inacción y la conspiración. Encerrado en una biblioteca, cuando todo mi ser me pedía guerra, la tarea de rehacer el episodio catilinario fue para mí una forma de liberarme, una válvula de escape, una compensación psicológica” (Palacio, 1945a, p. 8).

Si seguimos la línea de acontecimientos que habían signado su vida hasta ese momento, podemos inferir algunas de las “causas” de la larga gestación del libro. Por un lado, la preparación y dictado de clases en varios establecimientos, lo que incluía el armado de notas, el desarrollo de las clases con una asistencia regular y la toma de exámenes en determinados períodos del año que implicaban extensas jornadas. A ello, se sumaba la atención precaria, desgana y discontinua de causas judiciales en el estudio profesional. Unido a estos menesteres, aparecía la colaboración en la redacción y la producción de artículos para la revista *El Hogar*. También escribía para órganos de mayor prestigio, como la revista *Sur* y el diario *La Nación*. No resultaba menor el tiempo que le insumían las reuniones vinculadas a la amistad política, como las que desplegaba junto a Julio y Rodolfo Irazusta, y la atención a las innumerables conspiraciones en curso, que incluían las de los radicales y nacionalistas de distinto pelaje. Por último, encontramos la vida familiar, que significaba, además de la cotidianeidad, esmerarse por conseguir los ingresos para cubrir las necesidades del grupo.

La obra, finalmente, fue publicada por la editorial Rosso, de reconocido prestigio en el medio literario porteño. Salió de los talleres el 14 de octubre de 1935. Así consta en la primera edición y en el título de propiedad intelectual que Palacio registró para enero del año 1936 (Registro Nacional de Propiedad Intelectual, 27 de marzo de 1936). El título final fue *Catilina contra la oligarquía*, aunque las ideas de “rehabilitación” y “justificación” campean sus páginas, así como la responsabilidad de los consulares con su atribuida “traición”.

El volumen reconstruía los hechos de la conjuración en dieciocho capítulos, en los que se trataban los antecedentes familiares de Catilina; los procesos de la historia romana en el período que lleva de Mario a Sila (que denominó “revolución democrática”); los avatares de la República hasta la llegada de César; el desarrollo de la conjuración; los propósitos de Catilina; y el proceso que concluye en el desastre final y en el ocaso de un “héroe desafortunado”.

En la extensa introducción al libro, comenzaba señalando que sobre Catilina pendía un juicio lapidario, forjado a través de las versiones de Cicerón y Salustio. Explicaba los condicionamientos de ambos para presentar una interpretación realista sobre Catilina. Cicerón por su ubicación senatorial. Salustio por su venalidad e inmoralidad manifiesta como escriba de César victorioso, a quien, en su afán de terminar con la lucha de facciones, le resultaba funcional la versión que ganó la posteridad. De ello, derivó que la versión organizada por sus enemigos resultaba la difundida con exclusividad: “No ha llegado hasta nosotros la versión contraria” (Palacio, 1935, p. 17).

Palacio presentaba a Catilina como “precursor infortunado del imperio”, con quien se había cometido una “injusticia histórica, grabada a fuego, en materia impercedera, por el talento de sus adversarios”. Esa operación de recuperación intelectual de un héroe mancillado por la historiografía va anticipando próximas acciones de reivindicación de figuras de la historia nacional, como habían comenzado a realizar sus amigos políticos, Julio y Rodolfo Irazusta.

En tal sentido, insistía en señalar que Catilina era “un noble romano, con todos los defectos, tal vez, de su época y su clase, pero muy superior a los demás miembros de ésta por el coraje, por la inteligencia y por el afán de bien público que lo movió a la rebelión armada” (pp. 6-7). Y no dejaba de anotar los apoyos que había recibido “el caudillo que fascinó a la juventud patricia, a los viejos legionarios y a la plebe romana” (p. 17). Ello iba dando lugar a un esquema de pensamiento político perdurable en nuestro autor: la trilogía líder-elite dirigente-pueblo.

Los componentes de ese esquema se anudaban a lo largo del libro. Así: las condiciones personales del “intrépido caudillo” se expresaban en el “formidable prestigio que alcanzó su figura en núcleos honorables de la sociedad romana” (p. 10). Por su parte, los conspiradores conformaban una “elite” calificada que “no podía carecer de pensamiento político orgánico” (p. 9), mientras que “la memoria de Catilina fue cultivada con emoción por aquellos de sus partidarios que habían escapado a la matanza, y según el mismo Cicerón lo atestigua, su sepulcro estaba permanentemente cubierto de flores frescas, llevadas allí por manos fieles”. La represión sufrida por los conjurados hizo que Catilina se convirtiera “para el populacho en un motivo sentimental” (p. 17). He allí los tres elementos, los vértices del triángulo que grafica su arquitectura política.

La base fundamental de su argumentación residía en la justificación de la revuelta, afín con sus simpatías políticas del momento: “El fin perseguido era legítimo; los medios, explicables de acuerdo a las costumbres y las circunstancias” (p. 7). Y agregaba:

Catilina nos parece, ciertamente, cruel, y este es, sin duda, el obstáculo más tenaz que se opone a su rehabilitación. La sensibilidad actual se horroriza ante la relación del enérgico plan de incendios y matanzas que Cicerón revela a su auditorio, con el propósito de trasmutar en coraje vengativo el pánico de los senadores” ...aunque tales medios eran los habituales en esos tiempos de hierro. (p. 12)

Resumía, así, su intencionalidad:

Una justificación de Catilina implica, naturalmente, la justificación de la rebelión armada para resolver determinadas situaciones políticas. No podría ser de otro modo, desde que su nombre constituye un símbolo de esa decisión de conquistar el poder por medios extralegales, llevada hasta el sacrificio. (p. 13)

En el contexto en que se decía, estas afirmaciones venían a justificar, de manera analógica y simbólica, los levantamientos radicales del período. Por eso, de manera inmediata rechaza la actitud de los defensores a rajatabla del *statu quo*:

Ahora bien, para la historia tradicional, de inspiración ciceroniana, el crimen por excelencia del “perverso” aristócrata es su rebelión, su alzamiento contra las instituciones de la República: interpretación conservadora y legalista, que identifica la permanencia de las instituciones con el beneficio común y que entraña una condenación *a priori* de cualquier actitud revolucionaria. (p. 13)

De allí, desprende la aceptación de la versión ciceroniana en las corrientes que favorecen las instituciones vigentes, el orden legal, la conservación, la aceptación de lo dado o las razones de quien se impone como vencedor. Por el contrario, Palacio reivindica al “revolucionario”, según las circunstancias y los propósitos perseguidos:

La voluntad de librar a la patria de la opresión, de la corrupción, del desorden, para establecer un orden duradero y justo, es lo que diferencia estos movimientos de los estallidos espontáneos de la anarquía, comunes a todos los períodos críticos y en los que sólo explotan pasiones oscuras e inconfesables. (p. 16)

Con esas reflexiones “poco a poco va surgiendo en nuestro espíritu otro Catilina muy distinto del que nos ha transmitido la historia, en figura de un héroe desventurado, precursor del imperio” (p. 23).

Cómo había hecho en su diario personal, al finalizar la introducción, Palacio busca enlazar el presente con las características de la época y las actuaciones de Catilina y sus partidarios:

Hemos aludido anteriormente a la influencia que tuvieron las circunstancias sociales y las ideas imperantes en la perpetuación de la leyenda adversa.

Podríamos afirmar, aplicando el mismo criterio, que la época que vivimos, iniciado ya el segundo tercio del siglo XX, favorece la comprensión de Catilina, cuyos problemas y angustias son análogos a los que nos conmueven. (p. 25)

El cambio de contexto y perspectiva permitía otra evaluación:

Lo que parecía abominable o sospechoso a un europeo de los siglos XVII, XVIII o XIX, resulta luminoso para los ojos de un hombre de nuestros días, espectadores de la quiebra universal de los principios en que se funda el orden legal, ya agotado, de las naciones civilizadas, y del nacimiento de un orden nuevo, entre convulsiones y catástrofes. (p. 25)

Así, se daba un proceso de identificación entre una época y otra, entre unos actores y otros:

En la rebelión contra un sistema que no se resigna a morir; en los ensayos continuamente renovados y frustrados; en los estallidos de desesperación de los pueblos; en la angustia de los mejores espíritus, que fatigan sus esfuerzos contra

la resistencia de camarillas oligárquicas, abroqueladas en la potencia financiera; en la esperanza de un futuro mejor; en toda la vida de nuestro siglo, en fin, se debate hoy el mismo drama que conocieron Catilina y sus partidarios. (p. 26)

Aunque no se trataba de un proceso de identificación generalizado, solo para algunas sensibilidades particulares que viven de manera intensa el presente y están dispuestos comprometerse en la transformación política:

Este revive en aquellos que sienten profundamente la quiebra de los sistemas vigentes y la necesidad de reemplazarlos y a quienes las circunstancias adversas suelen obligar al recurso desesperado de la violencia. (p. 26)

Esos hombres tenían frente a sí "muchos combates", antes de alcanzar una nueva estabilidad, de lo que desprendía que la suya pasaría a ser, como la de Catilina, "una generación sacrificada" (p. 26) cuyo ejemplo "puede servir para explicarnos mejor nuestros problemas, para guiar nuestra conducta, y sobre todo, para mostrarnos lo aleatorio de las luchas políticas, estimulando nuestro esfuerzo por la conciencia de los riesgos que la acción entraña" (p. 26).⁴⁷

En *Catilina* aparecía una integración de elementos que formaban parte de la experiencia acumulada por Palacio en materia política. La audacia vanguardista, el movimientismo popular del anarquismo, el juvenilismo reformista, el papel de las elites subrayado por el nacionalismo. De la historia argentina reciente, representada fundamentalmente en el caudillismo personalista de Yrigoyen, así como de los procesos contemporáneos recuperaba y argumentaba en favor de la necesidad de un liderazgo fuerte.

Estos tres elementos –plebe, elite y caudillo– en el planteo de su *Catilina* (o pueblo, clase política letrada y líder, en el lenguaje de su presente) echaban las bases de su pensamiento político que, con distintos vaivenes, administraría durante mucho tiempo.

En lo que se refiere a la constitución de la elite, clase letrada o grupo político-intelectual, Palacio anotaba dos rasgos fundamentales: la juventud y la existencia de un pensamiento desarrollado, configurado y expresado en un programa. En sentido opuesto

⁴⁷En 1945, agregaba: "Mi intención, al escribir *Catilina*, no fue hacer una obra artística, sino un manual político, que facilitara a sus lectores la comprensión de las situaciones complejas y los conflictos que se presentan en la lucha eterna por el poder". Insistía y enlazaba las experiencias: "No me proponía deleitar, sino instruir, con una experiencia personal aplicada a un episodio clásico" (Palacio, 1945a, p. 9).

y contradictorio con esta ecuación, aparecían las minorías oligárquicas, vinculadas a la riqueza improductiva. A este elemento se asociaba la decrepitud y la dimensión casi exclusivamente crematística que llevaba a la configuración de una plutocracia.

La configuración triádica de su pensamiento lo llevaba a evaluar desde esa perspectiva las experiencias contemporáneas, como la de los movimientos autoritarios europeos, poseedores de masas y liderazgos fuertes, pero no de capas político-intelectuales que les agregaran valor. Estas líneas fueron retomadas en su trayectoria posterior y recuperadas en la cima de su pensamiento político en torno a 1950.

La repercusión pública de la obra fue significativa. Ello obedeció a movimientos realizados por el mismo autor, a quien le interesó particularmente la difusión de su libro. Palacio envió el material a diferentes medios y también a amigos e influyentes.⁴⁸ Como resultado, el libro fue considerado en diversos comentarios de la época.

En la revista de orientación católica *Criterio*, bajo la firma de Jerónimo del Rey (1935), aparece una nota laudatoria de Leonardo Castellani. Saludaba “con emoción” que se incorporara “al magro patrimonio de la alta cultura nacional un libro eximio”, “mejor escrito que impreso” y “mejor pensado que escrito”, “libro de acción y pensamiento, abundante en súbitas iluminaciones sobre el panorama argentino, mechado de agudos apotegmas de política-arte y política-ciencia”. Filiaba la pluma de Palacio a la de Groussac. Destacaba los capítulos sobre “la ambición” y “una mística de la juventud”. Y comentaba sobre su escritura: “La prosa de Palacio es... de una naturalidad y corrección perfecta, de gran aliento, maciza, viril, sin acicalamientos ni efectos femeninos, se ciñe a los pensamientos con el desahogo y la justeza de una toga” (Del Rey, 1935).

Por su parte, Ramón Doll (diciembre 1935), en una nota aparecida en *El Hogar*, ubicaba el libro en el marco de un auge del libro político y social en la Argentina y de la emergencia de una generación renovadora de las ideas de Sarmiento y Alberdi. “En el prolijo estudio sobre Catilina, Ernesto Palacio, uno de los hombres mejor dotados para esa labor, ha descrito la situación de ánimo de la juventud romana de esa época, y sólo por el conocimiento pleno del momento actual argentino, esa descripción es de un impresionante verismo y en ella nos hemos reconocido todos”.

El mismo autor continuó el comentario del libro vinculando el uso de la figura de Catilina como alegoría para graficar la doctrina que atribuye a Palacio: el cesarismo

⁴⁸ Tuvimos a la vista el ejemplar enviado a Alberto Salas, con dedicatoria de puño y letra.

democrático (Doll, 1939, p. 135 y ss.) A fin de año, el mismo medio vuelve sobre *Catilina*: “bello y valiente libro, revelador del temperamento de este escritor que ha conquistado un puesto de vanguardia entre los hombres de esta generación” (Doll, 22 de noviembre de 1935). Pedro Calmon (18 de abril de 1936), miembro de la Academia Brasileira de Letras, en el diario *Noite* de Río de Janeiro, elogia también el libro, mientras que el diario *La Nación* realizó un comentario discreto (18 de noviembre de 1935). En contraste, la nota elogiosa de su amigo personal y político, Julio Irazusta (mayo de 1936) en *Sur* lo entusiasma no menos que las vertidas por Leonardo Castellani en *Criterio* (Del Rey, 1935). Luego de señalar el conocimiento sobre la gestación del libro y la amistad que lo une al autor, Irazusta (mayo de 1936) escribía: “el libro concluido me pareció perfecto, de estilo, de composición, de pensamiento, y destinado a tener una repercusión, más que nacional, europea, hasta mundial, que muy pocos libros nuestros alcanzan”. Subrayaba que se trata de “una versión absolutamente nueva” y atribuía ese mérito al trabajo hecho de “crítica de la crítica”, de análisis historiográfico sobre la producción romana, valiéndose de los avances de la disciplina histórica del siglo XIX. Y cerraba su comentario de la siguiente manera:

Es un libro sólido además de hermoso. Las razones circunstanciales que entre nosotros le confieren un valor excepcional como interpretación, por analogía, de la realidad argentina, bastan para convertirlo en uno de nuestros clásicos. Pero puede pasar a medida que nuestra realidad evolucione; lo que no pasará es su importancia en la historiografía mundial, que no puede tardar en ser debidamente reconocida. (Irazusta, mayo de 1936)

Luego de esos comentarios Palacio anotó en su diario: “Necesito extremar mi cuidado, ahora, precisamente, cuando empieza a considerarse mi opinión” (17 de mayo de 1936, Palacio, 1936c).

La repercusión del libro también se reflejó en la correspondencia del autor, que es elocuente de su variado y heterogéneo haz de relaciones. Comenzando por el variopinto nacionalismo de la época, puede verse el alborozo que generó entre los republicanos, como Julio Irazusta, quien le confiesa el “estado de admiración por su *Catilina*. He vuelto a empezarlo, y cada vez me parece más hermoso” (27 de octubre de 1935). Era el mismo entusiasmo que se advertía en los escritos de Castellani o Ramón Doll, y que se extendía a otros, como el dirigente Samuel Medrano (17 de diciembre de

1935). Distinto fue el registro del nacionalismo doctrinario de Carlos Ibarguren (26 de noviembre de 1935) con unas palabras de escaso entusiasmo por la obra, aunque elogioso de sus formas y estilo: “*Catilina contra la oligarquía* es un hermoso libro sobre la situación presente escrito con el pretexto de recordar al conspirador romano y presentarlo, como el autor quiere verlo, en un ingenioso miraje descripto con la fuerza y elegancia que caracteriza su prosa”. También positiva fue la repercusión entre representantes de distintas vertientes del radicalismo.

En FORJA fue recibido de manera formal por Atilio García Mellid (3 de diciembre de 1935), secretario de Propaganda, Publicidad y Proselitismo de la organización, quien “le expresa su agradecimiento por el envío de 5 (cinco) ejemplares de su libro *Catilina contra la oligarquía*, que han sido ya puestos a disposición de los afiliados que se interesan por el tema” y con alborozo por Raúl Scalabrini Ortiz (19 de diciembre de 1935), compañero de la vanguardia literaria de los años veinte, quien le manifiesta:

Tras dos días de lectura encarnizada, hoy he dado fin a *Catilina*. Es el tuyo un tratado político de un valor excepcional con tal suma de cualidades, riqueza de ideas, comunicativo optimismo y nobleza de expresión que resulta extraño en nuestro achatado ambiente.

El máximo dirigente del partido, Marcelo T. de Alvear (30 de diciembre de 1935) –que le otorgaba trato de “correligionario”– sostenía acerca del libro:

Es seguramente una de las mejores obras escritas por un argentino, en ese género. La claridad y la sobriedad con que Ud. aborda tan sintéticamente un período trascendental de la Historia Romana, rectificando conceptos ya consagrados, y que Ud. realiza por tan agudo espíritu de crítica y filosofía política, logran hacer de episodios lejanos, casi actualidades del mundo desde que, en los hombres, las pasiones y los errores son eternos.

Por su parte, el militar Atilio Cattáneo (3 de abril de 1936), revolucionario radical del año 1932, le escribió: “las páginas de su libro parecen historias hechas actuales y no ocurridas hace tantos años... con muchos conceptos sabios, veraces y que trasuntan, en un brillante estilo, una profunda filosofía y una acreditada observación”.

Tas comparar las actitudes de las generaciones mayores con las jóvenes, lanzó la pregunta:

¿Pero es posible expresar con más exactitud lo que ocurre actualmente en nuestra vida política? ¿Si no predominara la senectud, la pasividad y los calculados intereses personales y mezquinos, en los dirigentes del partido radical al que pertenezco, como en los de otros partidos también inspirados en una sana y elevada política, no se habrían aplicado ya otros expedientes más eficaces, más propios de la juventud en defensa de nuestra dignidad cívica hollada y vejada por la prepotencia oficialista, como para evitar la afrenta de nuestra civilidad al atropellarse descaradamente la ley, el derecho y las instituciones que nos rigen por malas que estas puedan ser? (Cattáneo, 3 de abril de 1936)

A continuación, y en cierto modo, respondiéndose, en un ambiente de confianza política, le escribía el teniente coronel:

Tengo sentimientos revolucionarios por vocación. Por eso, las páginas de su libro han exaltado mi espíritu, y comprendo mejor que ya no nos queda política y dignamente más que un único camino, ese que la juventud ve. De ahí que yo también experimente el deseo de lanzarme con decisión hacia él, pero tenemos el desgraciado freno de los seniles, los inútiles, los egoístas, los cómodos y hasta los cobardes, que conducen el sentimiento político nacional. (Cattáneo, 3 de abril de 1936)

En contraste, el socialista Alfredo Palacios (8 de octubre de 1936) marcó diferencias con el libro. Señaló su tono decadentista afín a la reivindicación del cesarismo, lo que no le impidió elogiar su estilo. Si bien de manera inmediata había dado acuse de recibo al envío del libro y dio trato de amigo al autor, solo luego de un tiempo, el dirigente socialista remitió una carta que incluía consideraciones sobre la obra:

Es penoso que su libro, deje una impresión de amarga derrota juvenil. No podía ser de otro modo, ya que usted ha tomado por protagonista a un oligarca en potencia, que esgrime su ambición y su talento contra una oligarquía constituida. Sin reparo, suscribo sus arengas en defensa de la juventud, que yo mismo he expresado, muchas veces, en forma casi idéntica. Pero, en mi concepto, usted ha olvidado una cualidad esencial sin la cual la juventud es una fuerza instintiva, y por lo mismo, desorientada e impotente. Esa cualidad es el idealismo; y la tragedia real de la juventud romana, en la época descrita por usted, lo mismo que en la actual, es la ausencia de ideales. Y la carencia de un ideal, nacional y constructivo, es lo que infunde a su obra ese trágico tono latente que la reviste de una belleza varonil, pero sombría. Hay un timbre spengleriano en el tono viril y dolorido de sus juicios y sus reflexiones. Usted maneja con maestría los conceptos democráticos; pero es la suya una democracia instrumental, sin contenido idealista ni emotivo, y que puede transformarse, por lo mismo, en oligarquía despiadada... Por esa causa resulta desoladora la impresión dominante que surge de la lectura de su libro. Nos ofrece el espectáculo desconcertante de un poderoso talento que no ha logrado impregnarse de las corrientes renovadoras y fecundas de su tiempo y su país, y se siente empujado a refugiarse en las épocas pretéritas. Porque, aunque usted no lo haya pretendido, en este caso, puede aplicarse aquello de que el tono hace la canción... Es decir, que aunque aluda a lo presente, se encuentra circunscripto en lo pasado. Tengo fe, sin embargo, en que después del trágico fracaso de *Catilina*, resurja en su pensamiento y en su espíritu una nueva juventud perenne que le incorpore a las filas de los idealistas argentinos, hoy esperanza, y quizá refugio, de la democracia universal. (8 de octubre de 1936)

Palacio también recibe comentarios del exterior, como los de Ramiro de Maeztu (1 de abril de 1936) y del Conde de Keyserling (4 de mayo de 1936), así como acuses de recibo: Raúl Chilibroste (3 de diciembre de 1935), Juan Carlos de Abele (21 de noviembre de 1935), Lauro Lagos (7 de diciembre de 1935), León Bouché (12 de noviembre de 1935), Ricardo Rojas (14 de noviembre de 1935), C. M. Noel (15 de noviembre de 1935), Lisandro de la Torre (22 de noviembre de 1935), Amado Alonso (22 de noviembre de 1935), Carlos Obligado (23 de noviembre de 1935), intendente municipal Dn. Mariano de Vedia y Mitre (26 de noviembre de 1935), Ramón L. Sobral (28 de noviembre de 1935), Coriolano Alberini (4 de marzo de 1936), entre otros.

Meditaciones

Llegada la consagración literaria y política, Palacio (1938) podía anotar en su diario:

He enterrado varios Ernesto Palacio.

Un poeta, a los 24 años, un esteta a los 28.

¿Qué hay de común entre el fundador de *Martín Fierro*, el autor de la *Elegía del Aves Keller* y mi yo actual?

¿Qué vínculo me une con el conferencista de “Amigos del Arte”?

Theme a revenir... (28 de abril de 1938)

El modo de analizar y dar cuenta de su existencia e “identidad” fue encontrándolo en la escritura de su diario, que valoró como mecanismo de “autocontrol”, como medio para combatir la “inclinación demasiado acentuada a la indisciplina, a la dispersión, al fantaseo”. En ese momento de su vida, se interrogaba: “¿en qué situación estoy?” y se proponía una rutina:

Debo escribir para vivir y dar mis clases; debo procurar mi mejoramiento personal, en el prestigio y en lo financiero; debo estudiar; debo pensar en mis próximos libros; debo pensar también en la actuación política.

Para ello necesitaba “un plan” para evitar “zigzags” y “pérdidas de tiempo”.

(Palacio, 28 de abril de 1938).

A continuación, profundizaba en cada uno de los espacios. En cuanto a la “escritura para vivir”, no encontraba mayor dificultad y se proponía ideas para cubrir las próximas entregas para *El Hogar* y *La Nación*, a la vez que agregaba tareas de traducción de poetas latinos e ingleses para esos medios. Dar clases se le presentaba como rutinario y no merecía mayores consideraciones. En el ámbito vinculado a lo financiero, había alternativas: ingresar a un diario (a *La Nación* por la relación con Mallea o a *El Mundo* cultivando la amistad con Muzio Sáenz Peña); tomar casos judiciales provistos por Tomás Casares o participar de una sociedad publicitaria con su hermano Lino (Palacio, 1938)

En el punto referido a los “planes de libros”, advertía que tenía “medio abandonados los que había trazado” y se proponía anotar ideas en ese mismo cuaderno, centrándose en dos temáticas de interés: “Tres figuras de la patria real: Ramírez, Hernández, Rosas”, y otro referido a la política nacional. (28 de abril de 1938)

En cuanto a la actuación política, se mostraba escéptico, tras una entrevista con Alvear. Considerando el “fracaso en lo inmediato de esa causa”, no veía conveniente comprometerse demasiado en ese aspecto de la política práctica. Esa vía muerta era reemplazada por otra opción: “sacar un periódico político semanal”(28 de abril de 1938).

De esta profunda introspección, se derivaban varios aspectos de interés para la reconstrucción de la trayectoria de Palacio en ese período y su proyección posterior. Sus distintas ocupaciones y proyectos –unas para sobrevivir, otros para la construcción de su “prestigio” y realización personal, sin descartar la proyección política– seguían compitiendo por su tiempo y su atención, en una lucha de la que no siempre salía airoso.

Aunque no les asignaba importancia en cuanto a la dificultad o no las percibía como problemáticas, la docencia y las colaboraciones periodísticas a destajo tomaban bastante de su agenda. Por otra parte, esas actividades no le permitían alcanzar una holgura económica que le diera paz y estabilidad para concentrarse en sus intereses

intelectuales y políticos, por lo que de manera continua buscaba opciones para superar sus problemas financieros.

De ahí, sus cavilaciones sobre otras alternativas más estables: entrar a la redacción del diario *La Nación* o *El Mundo* a través de recomendaciones de amigos, multiplicar los “asuntos” con Casares (Castellani, c. 1940)⁴⁹ o asociarse con su hermano Lino, que ya por entonces era un reconocido publicista que había fundado su empresa de publicidad y que llegaría ser una de las más importantes del país.

En el ámbito político, la relación activa con el radicalismo, a través del encuentro con el máximo líder de esa fuerza, mostraba una inclinación concordante con la que estaban tomando en ese mismo momento sus amigos entrerrianos Irazusta.

Otra dimensión de su “nueva vida” refería a sus lecturas, entre las que destacaba a Janet con su *Histoire des doctrines politiques* como “guía excelente” para la preparación de su libro político (Palacio, 1938, mayo).

Para cumplir con su “plan”, leía a Burke y César y compraba libros nuevos, como *Historia de Oriente*, de Máspero, o *Tiempos de desprecio*, de Malraux. Visitaba a Henríquez Ureña, quien le suministraba libros. Leía de manera desordenada *El pasador de almas*, de André Maurois, recorría a Pérez Galdós, deteniéndose en las escenas descriptivas de los rasgos del catolicismo español, el *Ollantay*, de Rojas, haciéndolo participe al igual que a López y a Mitre del indianismo y del rechazo de la tradición española, y contra ello apuntaba: “Nosotros somos los conquistadores”. Anotaba un libro prestado por Castellani de Gnomont, titulado *La latin mystique*. (1938, mayo). Buena parte del premio municipal obtenido por *El espíritu y la letra* fue consumida en la compra de libros.

En cuanto a los libros que proyectaba, en el mes de mayo (1938) anotó una reflexión sobre la “misión” que le correspondía en la literatura:

Iluminar en lo posible el espíritu nacional, planteando las bases de una Estética y de una Política argentina, que lleven implícita ambas (ya que no podría ser de otro modo) una Moral... una “poesía con conciencia”. Lo que intentó hacer, fracasando en la empresa, Ricardo Rojas. Tanto *La I y la G*, como *El E y la L* y

⁴⁹ En una postal de Castellani, le dice “He visto efectivamente que ha reasumido el poder judicial”, refiriéndose a alguna tarea derivada por el magistrado Tomás Casares.

el *Catilina* llevan esa orientación y podrían considerarse como trabajos preparatorios. (1938, mayo)

Lo guiaba un “pensamiento central”:

Sólo el conocimiento íntimo de lo que somos puede provocar un resurgimiento nacional. Ese conocimiento íntimo significa el conocimiento de la tradición, no sólo externa, sino interna (lo que se ha soñado, pensado, esperado); no lo dan solamente los poetas y las historias en cuanto tales. Estudiar la función de los poetas como videntes (Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, nuestro Hernández).

La Estética ilumina los pasos de la política. (1938, mayo).

Y enlazando pensamientos, volvía sobre un texto propio que consideraba fundamental, sustento del programa intelectual que se proponía desarrollar:

Pero antes de llevar el principio a sus consecuencias, analizar la substancia de la belleza sugestiva y “adivinatoria”, con el sentido de las ideas esbozadas en mi ensayo sobre los mitos. Explico lo que llamo la verdad psicológica de estos.

Considerar la poesía como creadora de mitos fecundos y sus categorías estéticas según la medida de esta fecundidad. (Por qué es fecundo M.F. y no, V.G.

Segundo Sombra). Aquiles, Héctor, Eneas, Prometeo, Hércules, D. Quijote...

Necesidad de una mitología argentina que sustituya la actual, agotada. (1938, mayo).

Introducía, a su vez, una “digresión histórica”, anticipatoria de futuros desarrollos, cuando afirmaba que la Historia resultaba fecunda y verdadera en la medida que movilizaba los elementos poéticos contenidos en su devenir, referidos como principios permanentes, no meramente circunstanciales. En este segundo orden, se ubicaban los próceres del liberalismo, sustentados en unas bases transitorias, en una filosofía utilitaria de corto alcance. La tarea del intérprete, de él mismo, resultaba entonces en recrear los valores poéticos fundantes de la comunidad extraídos del proceso histórico. Para Palacio, en ese punto era donde su trabajo “se vincula

estrechamente con el de la revisión histórica que les corresponde a los Irazusta” (1938, mayo).

De ese modo, organizaba una división del trabajo intelectual. Para quienes hacían culto del trabajo en archivo, en su faz documental, como los hombres de la Nueva Escuela Histórica o quienes querían emularlos (Julio Irazusta), les quedaba la tarea de la reconstrucción histórica plana de los hechos del pasado. Para sí se reservaba la tarea de interpretación, el papel más relevante de atribución de sentido.

Para esa tarea iba escribiendo algunas categorizaciones y criterios de lectura. Así, hablaba de “la patria real” sustentada en valores permanentes, contrastada con la “patria ideológica” del liberalismo, basada en valores circunstanciales. La primera vivía en *Martín Fierro*. La segunda en Sarmiento y Mitre. A partir de la quiebra de los principios del liberalismo, la patria real “es la que debe resurgir” y es la que “existe” en el federalismo, el rosismo y el caudillaje. No así la otra, que resultaba artificial (1938, mayo).

Para el encuentro con la “patria real”, Palacio veía dos opciones: “o bien recurrir a la fuente genuina de lo popular (Hernández) bebiendo en ella directamente; o bien hundirse en las raíces humanas (humanismo), tratando de integrarla en el conjunto de la tradición de la raza. (Este es el sentido de mi furor actual por lo clásico)”.

Por el contrario, veía como caminos equivocados los de la “imitación de lo europeo actual”, como lo hace la revista *Sur* en su desvío sarmientino, o el de “nuestros fascistas”, que buscaban copiar modelos externos. Contra ello, proponía, en fórmula simple y contundente, actualizando los elementos históricos hacia el siglo XX y su situación actual: “*In peludismo veritas*” (1938, mayo).

De ese modo, además de construir las bases de lo que serían sus obras de carácter histórico, iba insinuándose una transición en el trabajo intelectual de Palacio: de las letras al pensamiento político fundamentado en la historia y más allá, proponiendo criterios hermenéuticos diferenciados para la comprensión histórica de la vida del país. Ese filón es el que recorrerá, en ese tiempo, con su inserción en el revisionismo, tanto en su forma institucional como en la publicística de la corriente y que completará, mucho más tarde, con su *Historia de la Argentina*.

En cuanto a sus posibilidades de actuación política, sus reflexiones retomaban la cuestión del radicalismo. Habíamos señalado los límites que encontraba a la acción inmediata en esa fuerza. Ello era complementado con una razón más de fondo que se imponía, como tarea intelectual: “Explicar el fracaso del radicalismo político por la

ignorancia de su sentido profundo”. Una vez más, se reservaba el lugar del intérprete, el dador de orientación y valor al accionar histórico de la fuerza política popular, que sus dirigentes no veían o ignoraban. Ello lo transportaba a otro plano y responsabilidad, debiendo “explicar cómo éste no puede morir y cómo se operará el resurgimiento”. (1938, mayo).

Esos llamados a la responsabilidad reflexiva eran reemplazados en la coyuntura por movimientos tácticos más precisos, de acercamiento a esa fuerza. Como dijimos, la opción política del radicalismo era compartida con sus amigos y compañeros de ruta, los hermanos Irazusta. Para profundizar sus discusiones, estos habían acordado una visita de Palacio a su estancia “Las Casuarinas”, de Entre Ríos, para enero de 1937 (Palacio, c. enero de 1937).⁵⁰

Se acercaba un proceso electoral de renovación presidencial para septiembre de 1937. Eso hizo que poco después, en mayo, tuviera que volver a Entre Ríos, con la comitiva radical a Gualeguaychú en el proceso eleccionario. Anotó: “El acontecimiento más importante de este período ha sido mi viaje a Gualeguaychú, acompañando el cortejo de Alvear, viaje que ha mejorado muchísimo mi posición política para el caso eventual (aunque difícil) del triunfo radical” (1938, mayo).

Resulta importante subrayar los ejes del discurso de Alvear de ese momento para comprender mejor esos acercamientos. En sus intervenciones de la época, se destacaba la “batalla por los destinos de la nación”, en la que no estaban ausentes la defensa de la libertad de elección, la justicia social, la referencia a la Doctrina Social de la Iglesia y la reivindicación de la acción eficaz de gobierno (Cattaruzza, 1997. pp. 66-68).

La entronización de Ortiz mediante el fraude electoral lo convenció de que la única salida para el radicalismo era una vinculación cada vez más estrecha con la ideología nacionalista y para este movimiento no había otra opción que abrazar la causa de las masas que seguía aferrada al radicalismo.

El año siguiente, se repitió el encuentro en “Las Casuarinas” y se amplió el círculo con la participación de Ramón Doll. Se repitieron los rituales. Ahora con más discusión y con otro horizonte político a la vista. (Palacio, c. enero de 1938)

⁵⁰ En esa carta, contaba Palacio que viajó en lancha, “diez, once pasajeros”, “toda gente de medio pelo”. Luego micro, cuatro horas, hasta llegar al lugar. Aprovechó para el descanso, andar a caballo y distraerse. Siesta corta, “molesto por las moscas”. Cena: sopa, puchero, asado con ensaladas, fruta. Costillar de oveja unmediódía. Lechón, sopa de pollo con menudos y pato asado en otro almuerzo. Otra vez: milanesa con huevos y papas fritas en una “churrasquería atorranta”. De despedida: un chivito. “Poco vino: Rodolfo no toma y Julio nada más que cerveza”. Fue a misa el domingo. Acompañó al “patrón” Rodolfo al “campo” a “arreglar cuentas con los colonos”.

Otro eje que atravesaba la vida de Palacio se vinculaba al catolicismo. En lo personal, se trataba, por razones culturales, de un elemento constitutivo y vertebrador de la vida familiar. Ello no se restringía a la participación formal en los rituales religiosos, sino que organizaba su espiritualidad, su manera de enfrentar la vida. En otro plano, el del intelectual o escritor, suponía la proximidad con los autores de renombre en ese universo cultural. En esa dirección, se había propuesto realizar un artículo sobre un influyente pensador francés para el diario *La Nación*, bajo el título “Maritain y la política”. Se trataba de un autor polémico para el ámbito nacionalista. Con el desarrollo de la guerra civil española, Franceschi, desde *Criterio*, también había mostrado distancias y participado de agudos intercambios con el filósofo francés. Palacio lo leía desde la década de los veinte y sus compromisos con la realidad temporal, fuera de tuteladas jerárquicas, resultaban sugestivos para su espíritu autonómico. En la preparación del texto, volvió a leer *Du regime temporal et de la liberté*, que había sido publicado originalmente en 1933. Al organizar el texto, encuentra alguna dificultad por su escaso dominio del vocabulario filosófico y por sus “ideas vagas sobre el significado exacto de M. como metafísico y epistemólogo”. Anotó, dándose ánimo: “No importa. ¡Gambetearé!”. Tenía otra motivación:

Lo que me interesa poner en claro es la trascendencia del diagnóstico de Maritain sobre el problema político social. Y sacar de aquí las consecuencias aplicables a nuestro país, con púas para todos los adversarios. Un artículo “erizo”. (Palacio, 1936c)

Recordemos las polémicas suscitadas por las actitudes, compromisos e ideas de Maritain en esa coyuntura. Las respuestas de Meinvielle y Pico habían sido terminantes. A ellos iban dirigidas, ahora, las provocaciones de Palacio. Tenía sus fundamentos. Destacaba lo que consideraba los méritos de los análisis del autor:

Quiero decir que Maritain ha sacado el problema del terreno del “doctrinarismo” habitual a los escritores católicos y lo ha situado en el de la realidad viva de los hechos, mostrando, detrás de las doctrinas, las fuerzas históricas en juego. Criterio histórico, criterio político. La historia no es solamente conflicto de ideas, sino de sentimientos e intereses. (Palacio, 1936c)

Consideraba limitada la argumentación realizada por Meinvielle y señalaba que la refutación ideológica del comunismo ateo y la aceptación del mal menor fascista “es el criterio del clérigo imbécil, impolítico y antihistórico”, para exaltar lo que evaluaba como contribución significativa y que debía recuperarse:

Maritain muestra el desarrollo del mal, cuyo origen señala en el “espíritu del mundo burgués antropocéntrico”, y explica el ateísmo del marxismo como una réplica y continuación del ateísmo liberal. Pero ¿es el comunismo el único enemigo? Maritain muestra como el fascismo (en sus formas italiana y alemana) responde a un mismo ateísmo implícito y señala la frase “la religión es el opio del pueblo” como el reverso de la explotación burguesa “es necesaria una religión para el pueblo”, manifestación de la voluntad impía de sujetar al pueblo y explotarlo por medio de la Iglesia. Las fuerzas que se oponen violentamente al comunismo son incapaces de renovación benéfica porque son las mismas que han creado la iniquidad actual y hoy –sin compunción del corazón, farisaicamente– pretenden prevalecer por la violencia. Es necesaria “una tercera solución”. (Palacio, 1936c)

A partir de estas reflexiones, Palacio comienza a delinear un programa entre pastoral y político, basado en una reforma interna, el humanismo y la propuesta de democracia personalista. Se pregunta:

¿Acaso una reeducación de las clases poseyentes? No. Apostolado en el pueblo. “El pueblo es la reserva del no fariseísmo”. “El pueblo”... ¿Dónde está el pueblo? La actitud cristiana debe ser “existir con él” aunque esté equivocado, y más aún si lo está. La farisaica consiste en separarse del pueblo porque está equivocado, con soberbia de “hijos de la luz”. El cáncer de nuestro catolicismo

es su espíritu antipopular. Pecado que clama por el castigo. Y que es la causa (C. sobre la I)⁵¹ de que el pueblo se separe de la Iglesia. (Palacio, 1936c)

Al día siguiente, retomó el artículo. A tal fin, releyó la “Carta sobre la independencia”, que data de 1935. Se propuso cerrar ese artículo para la fecha. Como recordatorio, tiempo después, anotó: “No olvidar en el artículo sobre M. de referirme (porque es fundamental) a lo que hay de viviente, de generoso, de impulso fundamentalmente bueno en las fuerzas que sustentan el error comunista; y a lo que hay de intereses mezquinos y egoístas en el mundo anticristiano que pretende ampararse en la verdad cristiana” (Palacio, 1936c)

Dos días después, concluyó el borrador. Se puso contento: encontró, para citar en el artículo, una referencia sobre el “necesario alejamiento que debe mantener la Iglesia de las cuestiones temporales, el versículo que lo muestra a N.S., en la barca de Simón, pidiendo que se lo aleje un poco de las tierras... para predicar desde la barca” (Palacio, 1936c).

Por lo que sabemos, el texto nunca se publicó. Dos meses después anotó: “abandonado el artículo sobre Maritain” (Palacio, 1936c). Sea por no generar conflictos con otros sectores del nacionalismo y del catolicismo, sea por no encontrar el mejor medio para difundirlo, esas reflexiones siguieron alimentando un posicionamiento propio, como hombre de fe, laico, llamado a participar en el orden temporal, buscando una “tercera solución”.

En cuanto al último punto que señalaba en sus meditaciones —el proyecto de una publicación periódica como complemento de su acción política—, en el año 1940 lanzó el periódico *Nuevo Orden*, oportunamente analizado. La práctica de organizar los editoriales, así como las discusiones de ideas con otros grupos nacionalistas y con sectores del radicalismo, en especial con el forjismo, obligaban a Palacio a perfilar más definidamente su pensamiento. En ese tramo, no predominaron las reflexiones de teoría política como las que hemos considerado en su obra *Catilina*. Los desplazamientos a consideraciones de orden político práctico se imponían por la misma coyuntura: confluencias entre nacionalismo y radicalismo, posiciones frente a la guerra, reflexiones en torno a la economía en una coyuntura de relativo aislamiento, así como profundas cavilaciones orientadas a la cuestión identitaria.

⁵¹Inferimos que refiere a escritos o comentarios de Castellani sobre la Iglesia.

La coyuntura del año 1945 movilizó todas esas energías y pensamientos. En medio de la liza electoral, Palacio reeditó el libro *Catilina* con el subtítulo *La revolución contra la plutocracia romana*, que sustituyó el de la primera edición, orientado a la lucha “contra la oligarquía”. La obra fue editada y difundida por el sello *Claridad*, perteneciente al socialista Antonio Zamora (1945). Cabe preguntar: ¿Cuáles fueron las razones y motivos que lo llevaron a la reedición de esa obra en ese contexto? ¿Cuáles eran los lazos que unían para el autor el texto de 1935 con el proceso del “año decisivo” de 1945? ¿Cuál era el origen y el contenido del material que lo hacía valioso para esa coyuntura? ¿Existía la identificación pública del autor con el texto? ¿Formaba parte de un proceso mayor de reedición de obras de la tendencia nacionalista-revisionista en ese marco? ¿Tenía otras opciones políticas y editoriales a la mano?

De alguna manera, Palacio señaló en el prólogo algunas de las razones para la reedición:

La primera edición de este libro se agotó hace varios años y sus ejemplares resultan inencontrables. Se da el caso de que la mayor parte de las personas que recuerdan hoy su existencia, lo conocen –y hasta lo elogian– por simple tradición oral y sin haberlo leído. Es la situación más envidiable para un autor, pues lo asimila a los clásicos, creadores de obras maestras que tampoco lee nadie. (Palacio, 1945a, p. 8).

Agregaba que había respondido a una “solicitud... de algunos jóvenes amigos” para volver a publicar la obra. Por último, y esto parecía lo fundamental, señalaba su convicción de que su lectura podía resultar políticamente útil a muchos para comprender el fenómeno de las oligarquías político-sociales y la forma de acabar con ellas.

Catilina sigue siendo un libro actual –mucho más, acaso, que en la fecha de su publicación–, en estos momentos en que nuestro pueblo se apresta para librar la batalla decisiva contra una oligarquía tan corrompida y tan antinacional como la que provocó la rebeldía del caudillo romano (Palacio, 1945a, pp. 9-10)

Ese gesto parecía enlazar lo que constituían en su pensamiento las bases de un auténtico movimiento revolucionario: un pueblo decidido a luchar, un caudillo

liderando y los escritores con vocación política contribuyendo con ideas a dar sentido actual a las acciones.

La Teoría del Estado

Tiempo después, a fines de la década de los cuarenta, ya en otro contexto, Palacio retomó el impulso de organizar un libro que condensara sus reflexiones conceptuales en materia política. Intentaba armar un texto de síntesis.

Gobernaba entonces el peronismo, Palacio había sido electo diputado nacional, había contribuido a la configuración de ese movimiento político y, en momentos en que comenzaba a discutirse una reforma constitucional, quiso realizar su contribución específica sobre el tema.

El momento era propicio. La declaración por parte del gobierno nacional de la independencia económica para el 9 de julio de 1947 había reanimado al grupo “nacionalista” del que se sentía partícipe. Palacio volvía a ver con renovada expectativa el rumbo del gobierno. Así, José L. Torres, hasta ese momento decepcionado, publicó *La Patria y su destino* (1947) y Scalabrini editó su obra *Tierra sin nada, tierra de profetas* (1947), en la que manifestaba un apoyo esperanzado al peronismo.

En ese contexto de renovada esperanza, Palacio comenzó a elaborar lo que sería su obra más importante de este tiempo, un texto de teoría política.⁵² Mientras se desempeñaba como diputado nacional, retomaba sus reflexiones sobre la realidad política, enfocadas en lo que podríamos considerar la relación entre las elites, el pueblo y el líder. Para ello, puso en movimiento su bagaje intelectual, construido en años de íntimas lecturas y debates de ideas con interlocutores estables o polemistas ocasionales.

Partía de un duro diagnóstico: la anemia doctrinaria, la falta de un soporte claro de ideas, la ausencia de una concepción y de una inspiración ideológica del movimiento político que había contribuido a formar. Esta cuestión aparecía como su principal preocupación. Ese énfasis llevaba implícito el lugar que se autoasignaba y esperaba

⁵²Palacio le habría dicho a Peña Lillo que “aprovechó” su período legislativo “para escribir su *Teoría del Estado*, de lo que su interlocutor coligió su “silencio” legislativo (Peña Lillo, 1988, p. 176). Como vimos, entre los años 46 y 47 fue presidente de la Comisión Nacional de Cultura y la obra fue presentada en lo sustancial a mediados de 1948. Firmada en mayo de 1949, Palacio fue diputado hasta el año 1952. Según esta reconstrucción, no aparece, de manera evidente, entonces, una correspondencia entre las fechas y la interpretación realizada por el editor.

ocupar en el proceso político. La idea de un dador de sentido, de un “guía espiritual de la nación”, actuaba de manera poderosa en su reflexión y en la expresión de sus ideas.

En el mes de julio de 1948 expuso, por vez primera, los esbozos de lo que más tarde sería su libro (Palacio, segunda quincena de julio de 1948). Fue en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. El objeto de la intervención se vinculó al “realismo político” o así fue presentada la Conferencia en el Aula Magna de la Facultad. Comenzó con una primera consideración sobre la relación entre doctrina política, pasión y objetividad, que lo llevó a afirmar: “conseguir objetividad en el tratamiento de un tema de esta naturaleza es, por consiguiente, una de las hazañas más difíciles en el orden de la especulación científica”. Luego, pretendió aplicar a la realidad política “el mismo espíritu de objetividad científica que tienen, por ejemplo, los estudios de las ciencias naturales”, ya que así “pueden deducirse conclusiones utilísimas para la acción corriente”. Distinguía la política como “ciencia” y como “arte”. En su primera acepción, la que le interesaba en ese momento, buscaba “estudiar la sociedad en sí misma y las leyes a que obedece su desarrollo” y, en ese caso, “la ciencia política es una rama, no ya de la moral, sino de la sociología y su campo de experimentación... no es otro que la historia, ciencia... enraizada en la antropología y en la psicología” (Palacio, segunda quincena de julio de 1948).

Pasó a detallar las capacidades que debe tener el estudioso de la política (“sociólogo e historiador” y “al mismo tiempo conocedor del alma humana”). El “político actuante”, afirmaba, “gana mucho, cuando se encuentra impregnado de esa sabiduría”. Dividía a los pensadores políticos en dos sectores. Los que deducen sus principios “de otros principios generales y fuertemente impregnados de moralismo” y que “tienden a trazar el esquema de una sociedad ideal”. En ese grupo colocaba a Platón y a los contractualistas contemporáneos. El otro sector se desplegaba en la línea aristotélica y pasaba por Maquiavelo y llegaba a Burke, ya que partían de la “colectividad tal como se presenta históricamente, y tratan de inducir las leyes a que obedecen los movimientos sociales”.

Esbozó entonces su tesis fundamental, que glosamos de este modo: para que exista un orden social, un Estado, una Nación, es necesario que exista una organización piramidal, que haya un poder personal, una minoría influyente (derivada de la virtud, la inteligencia, la fuerza o el dinero) y una masa popular. Del tercer sector o en su seno, debían surgir los valores que habrían de reemplazar los vacíos en la clase dirigente o se incubaría una nueva aristocracia dispuesta a reemplazar a la existente, si esta no cumple

con la misión que le corresponde. El lugar del pueblo, entonces, sería constituirse en “fuente de renovación de las clases dirigentes” y “cuando actúa es porque ya han aparecido en él los valores que representan la nueva época”. Se interrogaba: “¿Qué utilidad tiene esta doctrina en su aplicación?”. Para el autor, en ese contexto, resultaba de “una utilidad muy grande, porque del equilibrio de estos tres poderes depende la mayor o menor estabilidad de las construcciones políticas accidentales. Cuando el poder personal, la aristocracia y la democracia actúan de una manera consciente y adecuada a sus fines propios, sin ilusiones excesivas sobre sus posibilidades, se llega a una situación de estabilidad real y política”. Ahora: “Cuando cualquiera de los tres elementos se aleja de sus posibilidades, y se empeña en desarrollar las funciones del otro, se produce un desequilibrio violento que da origen a catástrofes”.

Serías advertencias, entonces, para la tendencia a exaltar al líder sin los necesarios equilibrios, sin constituir una capa intermedia calificada o llevar a la exaltación o a la movilización de las masas sin límite. Junto con la importancia que adjudica al pueblo, aparece una clara defensa del lugar del “sector intermedio” de la pirámide, de la “aristocracia” de la “inteligencia”. Haciendo referencia implícita a la experiencia histórica de la Argentina, subrayaba:

La situación ideal se produce cuando cada uno de estos elementos tiene conciencia de la función de todo el proceso de la eliminación de una oligarquía, o sea, una falsa aristocracia es un bien cuando la oligarquía se reemplaza por una nueva clase dirigente fundada en el mérito y la capacidad, pero se fracasa y se da lugar a un desequilibrio social cuando dicha oligarquía es desalojada por otra oligarquía que no se funda en el mérito y en la capacidad, y que es naturalmente efímera en su actuación, como todas las élites que no tienen conciencia de su misión, ni capacidad para desempeñar su función dirigente. (Palacio, segunda quincena de julio de 1948)

Para especificar el sentido de esa clase dirigente señalaba que, además de los cuerpos políticos, estaba integrada por los sectores de la “inteligencia” y de la “fortuna”, que actuaban directa o indirectamente en ese ámbito. Como matiz, agregaba, a modo de apertura e inclusión, para no ser tachado de elitista:

Clase dirigente sería aquella clase depositaria de la tradición cultural, con lo cual –entiéndase bien–, no quiero referirme a una clase intelectual exclusivamente, porque la tradición cultural de la colectividad incluye muchos elementos espirituales, la mayor parte de los cuales son, están y se encuentran, de manera eminente, en el pueblo. (Palacio, segunda quincena de julio de 1948).

Esta conferencia reunía las principales ideas en torno al funcionamiento de los sistemas políticos y la ecuación que considerada de equilibrio en su despliegue contemporáneo. Ellas serían parte de los capítulos centrales de la *Teoría del Estado*. Como cierre de la actividad y para darle mayor relevancia y difusión, la conferencia fue publicada en la revista de la universidad, a cargo del sacerdote jesuita Hernán Benítez (Palacio, 1948b, p. 417).

Palacio se mostraba activo en su apoyo al proyecto reformista que impulsaba el oficialismo. La revista que expresaba esas posiciones en términos doctrinarios, *Hechos e Ideas*, incluyó un artículo suyo en la entrega de septiembre de 1948, en la que abogaba por la elaboración “al fin de una constitución para los argentinos”, ya que consideraba que la de 1853 no tenía esa característica y no nos había “servido nunca”, por lo que descartaba la idea de una simple actualización (Palacio, 1948c, p. 280).

En sus borradores quedó el boceto de lo que iba a ser otra intervención, esta vez en Rosario, a propósito del cambio constitucional que comenzaba a discutirse. Allí anotaba:

Una constitución es un fruto de los tiempos y debe actualizarse teniendo en cuenta la realidad social y política. El texto legal no puede ser una rémora para el progreso social... Cuando una constitución ya no sirve, se pasa por encima de ella, se la viola o se la modifica. La vida tiene sus exigencias más fuertes que los textos legales. La nuestra ya no sirve. Hay que modificarla. No ha sido una rémora para el progreso social, puesto que con ella hemos hecho la revolución. Pero hay que ponerla al día para evitar el espectáculo desmoralizante de su violación. Por respeto a la ley. (Palacio, c. de 1948)

Para darle una orientación clara a sus palabras, señalaba que iba a hablar de las “condiciones sociales que produjeron la vigente y las que origina la actual”, de las “causas”, de una y otra, y afirmaba que la de 1853 respondía a un país con 1.000.000 de habitantes, influencia ideológica del liberalismo, con el predominio de una burguesía intelectual extranjerizante, un extendido culto a lo anglosajón y a lo francés, y la depresión del espíritu nacional y la resistencia que originó. En cambio, el golpe de 1943 es interpretado como una revancha ante ese estado de cosas. (Palacio, c. de 1948)

El resto del año 1948 trabajó en sus cuadernos sobre el proyectado libro y se centró en lo que sería el capítulo IX en torno a “las formas de gobierno y la libertad”.

Esa redacción se confundía, por momentos, con reflexiones sobre la coyuntura, cuando afirmaba que la angustia de esa meditación se originó en la pregunta acerca del papel de la calidad de los conductores en la grandeza o fracaso de las naciones. En otros tramos, volvía la mirada sobre sí mismo: “No soy un mero pensador de gabinete, sino un político”. Pero no uno común, ya que “la actuación política no implica el desentenderse de los problemas generales que la acción misma entraña, sino al contrario. La acción no pierde, sino que gana, cuando obedece a un pensamiento rector” (Palacio, c. 1948).

Desde fines del año 1948 se aceleraron los trabajos referidos a la reforma constitucional. El 5 de diciembre se realizaron los comicios para la elección de convencionales. Palacio anotaba en sus cuadernos: “La revolución argentina entra en su etapa constitucional. El Congreso acaba de dictar la ley convocando a la Constituyente. Ha llegado, sin duda, el momento de meditar sobre la etiología y el desarrollo del proceso que vivimos. De determinar en qué consiste, si es efectivamente una revolución o no lo es, y en caso afirmativo, prever sus posibles derivaciones”. Para dilucidarlo, señalaba “se triunfó contra: a) la posesión extranjera. b) la ideología liberal. c) la prensa. d) los privilegios sociales y económicos”; y destacaba algunas “realizaciones revolucionarias”, como las mejoras obreras, la “recuperación nacional” y la “forma industrial”. Como fenómenos negativos, anotaba el “auge de los audaces y subalternos”, aunque consideraba la transitoriedad de este fenómeno, hecho que le daba esperanzas de su superación: “Habrá nuevas jerarquías fundadas en los méritos revolucionarios” (Palacio, c. 1949).

Por otra parte, discutía el contenido de la reforma:

El enfoque de los nuestros será el siguiente: Estamos en vísperas de la reforma constitucional. ¿Cuál es la finalidad? Adecuar el texto legal a la realidad del país (digresión sobre constitución real y constitución escrita). La realidad ha cambiado desde 1853; cambia constantemente. Es necesario captarla con el sentido histórico. ¿Qué es lo que ha cambiado en la Argentina? No sólo en la Argentina, sino en el mundo. Estamos en medio de una vasta revolución. Crisis del capitalismo. Fascismo y comunismo. La guerra. ¿Triunfo de la democracia? Condiciones que hicieron posible la llamada democracia liberal, que no era democrática. Y las que imponen hoy la nueva democracia, que no es liberal. Lo que hay de fatal en el proceso. La política de masas y las libertades. La técnica de la propaganda (*Diagnosis of our time*) (v. 4)”⁵³.

No es posible enfrentarse a un proceso histórico ni quedar al margen de él. Hay que seguirlo. Pero hay que comenzar por captarlo y comprenderlo. Nada más difícil. Las revoluciones se producen sin que la mayor parte de la gente tenga conciencia de que está viviendo una revolución; sobre todo, sin que tengasentido de lo que hay en ellas de trascendente. Y hasta los mismos cambioscatastróficos se consideran como perturbaciones accidentales, después de los cuales todo volverá a su cauce anterior. Los intelectuales. Aceptación de los principios, pero resistencia a las consecuencias. (Palacio, c. 1949)

En un punto separado y casi conclusivo de este tramo de redacción anotó: “La revolución argentina es una verdadera revolución” (Palacio, c. 1949).Palacio se sentía parte y se encontraba convencido del rumbo que tomaba esa auténtica “revolución”, con la que había soñado tanto tiempo y para la que había trabajado y comprometido su prestigio y comodidad. Ello lo distinguió de otros intelectuales de sus mismos orígenes y de otros nacionalistas que prefirieron el silencio, la distancia o la franca oposición.

⁵³ Puede referir a un trabajo de Mannheim del año 1943, que llevaba ese título.

Ese compromiso no se vio correspondido. Palacio no formó parte del grupo de convencionales constituyentes, aunque en el campo del pensamiento quiso aportar con su libro. Cooke tampoco formó parte del lote de convencionales. En uno y otro caso, ¿se debía a sus arrestos autonomistas? (Galasso, 1997, p. 27). Quien, en cambio, tuvo un rol destacadísimo en el proceso reformista fue un amigo del grupo de sociabilidad política de Palacio: Arturo Enrique Sampay.

Tiempo después, el 1 de mayo de 1949, Palacio cerró el prólogo de su libro *Teoría del Estado* (1949b). Se trataba de una edición de autor, que realizó a través del sello “Política”. El material salió impreso en dos versiones de papel: ilustración y rústico. Las impresiones más cuidadas fueron dirigidas a las relaciones de Palacio.⁵⁴

Señalaba el autor en el prólogo que buscaba despertar “un renovado interés por el estudio de los problemas teóricos de la política en estos momentos en que la acción se resiente de anemia doctrinaria” (Palacio, 1949b, p. 10). En el libro se desplegaba un análisis realista de la política que diferenciaba el Estado de Derecho del Estado de Hecho, en el que resonaban ciertos aires maurrasianos.

En lo medular, el libro abordaba la cuestión de la clase dirigente. Para graficar el asunto, se incluía en el capítulo V un triángulo isósceles, como los que ya había dibujado en alguna oportunidad en sus cuadernos de notas: en el vértice aparecía el líder o conductor, apoyado en las élites y en la masa popular. Cuando la natural renovación popular de las clases dirigentes se obturaba, estas se transformaban inevitablemente en oligarquía.

Sin dejar de sostener que el libro era producto de su “inquietud de ciudadano militante de un movimiento revolucionario que ha transformado la fisonomía de la Argentina”, enviaba un claro mensaje hacia el primer mandatario:

Todo grande hombre reconoce y honra la grandeza ajena... la propensión a rodearse de elementos subalternos, el rechazo sistemático de los valores, la resistencia a las influencias intelectuales, el reniego de la tradición cultural colectiva, constituyen signos seguros y definitivos de mediocridad en un gobernante” (Palacio, 1949b, p. 33)

⁵⁴A través de la correspondencia, podemos visualizar el acuse de recibo del material. Por ese tiempo circulaba, también, quizá para uso de estudiantes universitarios, una versión impresa que incluía los capítulos II al VIII.

Esta resultó la crítica que repitió durante décadas, y que aparece como razón de fondo de su posterior desprendimiento del peronismo.

Como en otros trabajos del autor, hubo repercusión en la crítica, como era de esperarse para una obra de alguien que ya había adquirido cierta notoriedad pública. Ramón Doll (septiembre-octubre de 1949), en la revista *Sexto Continente*, dedicó varias páginas a la reconstrucción del argumento y a deslizar una serie de elementos polémicos sobre la obra. Señaló que Palacio “plantea por vez primera una biología de la política tal cual es”, en la que se combina “jefatura, clases dirigentes y estratos populares” en busca del equilibrio en favor del orden y la paz. Negaba que el autor fuera cultor de un “maquiavelismo de bolsillo” y focalizó: “la clave del libro o, digamos, de la teoría expuesta, está siempre en manos de la clase dirigente”. Luego de un rodeo, Doll aterrizaba el planteo al campo concreto de la Argentina peronista:

En nuestro país ha ocurrido una experiencia bien ilustrativa, la burguesía argentina ha fracasado en casi un siglo de gobierno. Poseedora ella sola del poder, sus equipos dirigentes, conservadores, radicales, mismo los socialistas (por citar los de este siglo) no sólo han errado en la elección de jefes (función privativa –enseña Palacio– de las "élites" políticas) sino que han descuidado el tercer estado, por así llamar al *demos*. Para colmo, la burguesía ni siquiera supo serlo de verdad, y ha malogrado sus poderes plutocráticos desconectándose de todo servicio público y entregando los destinos de la nación a gerentes erradicados del país. Las masas irrumpieron un buen día tratando de suplir la vacancia de la clase que holgaba en sus funciones directrices. Y mientras los políticos, atacados de parálisis general, creyeron que la masa iba a optar otra vez entre los equipos turnantes, un sismo los igualó a todos juntos en el osario.

(Doll, septiembre-octubre, 1949)

La publicación mensual *Argentina* incluyó un comentario elogioso del material. El autor de este, Juan Carlos Borges (septiembre de 1949), decía que el libro era fruto del ingenio de Palacio “pero también de la revolución que ha transformado el país”. Señalaba que se equivocaban quienes ven a Palacio estableciendo polémica con el

liberalismo, pues no “cabe que la haya con un muerto”. Y ponía en discusión la argumentación del autor sobre “la clase dirigente como fuerza permanente del Estado”. Comprendía esa idea como una reivindicación de los políticos de los partidos cuya representatividad ponía en duda, por lo que veía necesario la sustitución, en ese momento, por “la dirección personal o colectiva que participe de formación militar, obrera y técnica”. Justificando la ecuación peronista gobernante, para el crítico, ese grupo era más representativo “de una situación nacional en que predomine la exigencia de la independencia económica, de la justicia social, de la limpieza administrativa, de la eficiencia gubernativa” (Borges, septiembre de 1949).

Desde el nacionalismo político, en *Firmeza* (24 de mayo de 1950, 4 de octubre de 1950), reprodujeron como material de lectura para los militantes fragmentos seleccionados de *Teoría del Estado*.

Desde la revista *Liberalis* (noviembre-diciembre 1949), comentaron: “Ernesto Palacio intenta demostrar la posibilidad de una ‘política pura’, vale decir la explicación de los fenómenos políticos por causas también políticas y no por causas morales, económicas, sociales, jurídicas o éticas”, aunque “a la postre ni el autor ni el lector se llaman a engaño”. Remataban: “Probablemente uno y otro justifican los silencios del diputado Ernesto Palacio como un elegante anhelo de conciliar la política pura con la suprema simplicidad de aquella pulquerrima lección de pureza política: ‘Igualar con la vida el pensamiento’” (*Liberalis*, noviembre-diciembre 1949).⁵⁵

El diario liberal conservador *La Prensa* (15 de junio de 1949), aún en manos de Gainza Paz, incluyó una breve reseña del libro: “Dice Ernesto Palacio en *Teoría del Estado* que ‘la política puede y debe estudiarse con prescindencia de la moral –aunque sus fenómenos son una clase especial de fenómenos morales–, de la economía y del derecho’; afirma, también, que no interesan las finalidades atribuidas al ente estatal sino sus modalidades”.

A través de la correspondencia de Palacio, podemos reconstruir las impresiones y reacciones causadas por el libro en un amplio arco de relaciones. Mario Amadeo (23 de junio de 1949) le escribía: “Desde ya le adelanto mi fervoroso entusiasmo por este trabajo suyo, el más maduro y plenamente logrado entre las muchas cosas buenas que Ud. ha escrito hasta ahora. Él ha de contribuir sin duda a asentar definitivamente su prestigio como el mejor escritor político que haya producido su generación”.

⁵⁵ Tras el elogio, venía la ironía por el “silencio” en la Cámara. Es probable que el comentario se deba a la pluma de Diego Abad de Santillán.

Coriolano Alberini (c. 1949) le decía: “Su *Teoría del Estado* es un libro agudo y delicioso, como cumple a un artista... La tesis de su libro es interesante. Ahora, si me permite, le diré que, quizás, se impone un segundo volumen: *La teoría del Estado argentino*. El primer tomo vale para todas las naciones. Es lo genérico. Falta ahora lo específico y práctico para nuestro país. Más le diría ahora, pero está visto que grafofobia es invencible. Prefiero el diálogo...”

Leonardo Castellani (5 de agosto de 1949), cuando dio acuse de recibo del libro, anotó: “¡Qué libro bien escrito! Parece que está hecho de cristal y de acero... es un trabajo importante, a la vez eterno y actual.

Marcelo Sánchez Sorondo (8 de julio de 1949) enviaba una esquila con el siguiente comentario: “Su libro es muy inteligente... Su *Teoría del Estado* tiene la rara virtud entre nosotros de expresar pensamientos desnudos, claros, propios, sin los rodeos librescos con que los profesores suelen volver romos los temas más agudos. Se necesitaba que alguien rescatara la teoría del Estado del yugo soporífero de los tratadistas. Ud. lo ha conseguido con breve elegancia”.

Por su parte, Alfredo Palacios (julio 1949), le escribía sorprendido: “Lo he leído, detenidamente, con todo el interés que en mí despierta tu talento, y te confieso que me ha proporcionado agradables sorpresas”.

Recibió mensajes de simple acuse de recibo de Faustino Legón (22 de junio de 1949), Manuel Seoane (13 de febrero de 1950) y, desde el exterior, acusaron recibo Gregorio Marañón (julio de 1949), quien señaló que leyó el “muy interesante ensayo sobre el Estado” y lo felicitó por la obra, y el vicerrector de la Universidad de Valencia (Corts, 9 de agosto de 1949), quien ya había leído avances del material en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires (RUBA)*.

Capítulo 5. El revisionista: entre la política y la historia

El presente capítulo reúne las intervenciones de Ernesto Palacio en torno a la cuestión histórica. Se presentan, en primer término, las reflexiones conceptuales nacidas al calor de la escritura de su libro *Catilina*, en las que realiza una serie de intervenciones que van desde lo teórico hasta lo metodológico. En segundo lugar, nos concentramos en los trabajos producidos en el seno del movimiento revisionista, cuando esta empresa política y cultural daba sus primeros pasos. Finalmente, nos detenemos en la obra que lo hizo célebre, *Historia de la Argentina*, tanto en sus contenidos como en las repercusiones que produjo.

Desde los primeros años de la década de los treinta, tras su profunda decepción política con el uriburismo, latía en Palacio el deseo de escribir una historia de la Argentina. Ello se encuentra consignado en sus papeles personales y en los registros que realizó de sus conversaciones con Leopoldo Lugones, ya mencionados.

Esa obra tardó en llegar. Aunque no la concretaba, había realizado consultas con especialistas, juntado recortes periodísticos, leído con atención obras clásicas y contemporáneas sobre la historia nacional, así como había organizado esquemas y discutido ideas con diversos interlocutores.

En su libro *Catilina*, Palacio había sentido lo que consideraba un principio de “revisión” del pasado que activó ante nuevas empresas y desafíos político-intelectuales. Esa actitud no representaba una novedad en la época, ni entre los hombres de su generación. A nivel local, hombres de la Nueva Escuela como Carbia habían adelantado posiciones en ese campo y, poco tiempo antes, Julio y Rodolfo Irazusta, sus amigos, habían incursionado en ese terreno con el libro *La argentina y el imperialismo británico* (Irazusta e Irazusta, 1934). También lo había hecho Scalabrini Ortiz en las notas publicadas en *La Gaceta de Buenos Aires* (Pulfer, 2017a).

Esa actitud de corte “revisionista” iba acompañada de un planteo metodológico basado en presunciones y en los principios generales de la política, que utilizaba de manera ágil las fuentes bibliográficas disponibles. También enunciaba una serie de criterios hermenéuticos: “el sentido de la continuidad histórica, el instinto habituado a percibir las reacciones elementales de la multitud y las corrientes de fondo, la imaginación del artista, deben ponerse a contribución para reconstruir los hechos sepultados en el fondo del pasado” (Palacio, 1935a, p. 25). Proponía, finalmente, una

perspectiva por la cual “nuestro conocimiento se amolda a la forma de lo que es, de lo que fue. No obtendremos así una prueba –que la historia, por lo demás, no admite de manera absoluta, ya que no es una ciencia exacta, ni experimental–, pero sí una convicción suficiente”.⁵⁶

A estas construcciones, Palacio le adicionaba una perspectiva sobre la función de la historia, que retomaba de la lectura y el diálogo con Lugones. Como vimos, las notas iniciales de *El Payador* se hacían presentes en sus reflexiones tituladas “Sobre los mitos” que actualizaban el programa del cordobés. El lugar de la épica en la memoria e identidad de los pueblos reflejado en la creación poética se desplazaba en Palacio hacia la historia. Así, “los remotos abuelos de nuestra raza fueron formando un tejido de historias que eran, a la vez, una religión, una cosmogonía, una moral, una política y una estética. De su substancia vivieron. Y ellas han llegado hasta nosotros, ostensiblemente, en las manifestaciones del espíritu: en la poesía, en la historia, en la estatuaría”. (Palacio, 1939c, p. 117) Afirmaba que la mitología “no es una mera retórica ornamental sino un lenguaje, y que responde a la más profundas exigencias del espíritu humano” (1939c, p. 120). Como vimos, planteaba la construcción de un nuevo relato, una narración de índole mitológica alternativa, que reemplazara la visión que consideraba caduca.

Ese interés por las temáticas históricas que venía germinando en su espíritu con la intención de escribir una historia del país lo condujeron a participar en la creación del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas (IIHJMR), en agosto del año 1938. La presidencia de la entidad fue asumida por el general Juan B. Ithurbide y a cargo de la secretaría de Publicaciones quedó Palacio. Confluyeron, además, los hermanos Irazusta, Manuel Gálvez, Ramón Doll, Roberto de Laferrère, Ricardo Font Ezcurra, Carlos Steffens Soler y Alberto Contreras.

El impulsor y animador fue Rodolfo Irazusta, quien tenía la intención “no sólo de alentar las preocupaciones del revisionismo histórico, sino que también apuntaba a utilizar para una empresa política, los elementos intelectuales y emotivos que podía suscitar” (Zuleta Álvarez, 1975, p. 351). En la convocatoria habían buscado contar con figuras del ámbito intelectual y otros sectores. Palacio se ocupó de Jorge Luis Borges,

⁵⁶Esas ideas estaban vertidas en la introducción de 1935, aunque en la reedición de 1945 agregó a continuación de “ni experimental” las palabras “sino conjetural”.

quien rechazó la invitación (Vázquez, 1977, p. 108).⁵⁷ Julio Irazusta involucró a José Oca Balda.

Ya fue señalado el tránsito de varias figuras de la vanguardia literaria de los años veinte a la naciente historiografía revisionista, entre quienes se encontraba Palacio. Así lo explicaba Cattaruzza (2007):

Un movimiento de intelectuales que intentó actuar en el territorio de la cultura, de la actividad estrictamente historiográfica y, también, de la política en un sentido amplio, todos ellos ámbitos que a lo largo del período de entreguerras estuvieron fuertemente conectados y en cruce permanente (p. 174).

Ese sentido resulta claro en la declaración inicial, en la que se repudiaba la influencia imperialista que, según los fundadores, había sido promovida por los enemigos de Rosas luego de Caseros: “Frente a la experiencia iniciada en el 53 cuyos frutos advierte nuestra época, Rosas se presenta nuevamente a la conciencia pública argentina como el hombre de un destino frustrado por una conspiración de intereses y de fuerzas anti-nacionales”. Luego señalaban sus objetivos: “El deber patriótico de retomar ese destino, implica el de estudiar a fondo la época en que fueron jalonadas sus primeras y más geniales directivas. Aquél es el móvil, éste el objeto de nuestra Asociación” (IIHJMR, enero de 1939).

El posicionamiento del grupo nacionalista era contrario al gobierno conservador de Agustín P. Justo y, en este terreno específico, a una de sus creaciones, la recientemente fundada Academia Nacional de la Historia, presidida por Ricardo Levene.

El Instituto construyó como órgano de difusión una revista, cuya dirección se encomendó a Palacio. La primera entrega data de enero de 1939 e incluía la Declaración de Principios citada y notas de Manuel Gálvez, Julio Irazusta, Alberto Ezcurra Medrano, Ramón Doll y Rodolfo Irazusta, entre otros.

En un lugar preferencial, se ubicó un artículo de Palacio (1939d) que llevó por título “La historia oficial y la historia”, destinado a ser reproducido infinidad de veces o a ser glosado sin cita en muchas otras oportunidades. Afirmaba: “Historia convencional,

⁵⁷Avellaneda (1983, p. 73) citaba a Borges: “Si fuera realmente revisionismo de la historia me parecería bien. Pero no lo es, puesto que está hecha por personas que conocen que el resultado de esa revisión va a ser el culto de una persona abominable como Rosas... Yo se lo dije a Ernesto Palacio, casado con una prima mía, cuando me propuso entrar en una sociedad que se llamaba Juan Manuel de Rosas. Le dije: ‘Ustedes no están revisando, porque ya empiezan con ese nombre’”.

escrita, para servir propósitos políticos ya perimidos, huele a cosa muerta para la inteligencia de las nuevas generaciones”. Allí se anudaban dos convicciones de Palacio y su grupo: la historia organizada para servir al partido liberal había cumplido su función y su ciclo (apuntalar a la “colonia próspera”, copiar cultura externa, entregarlo todo al extranjero, etc.) y debía ser reemplazada, para lo cual era necesario interpelar a la juventud con un relato vitalista. Allí reconocían un avance, al considerar que ese sector ya no creía en el viejo relato, aunque tampoco conocía el que venía a reemplazarlo. Los embates revisionistas, sostenía, “no han llegado a conmover la versión oficial, que pronto se solemnizará en una veintena de volúmenes” Aludía así a la *Historia de la Nación Argentina*, obra colectiva que se estaba concibiendo en el seno de la Academia Nacional de la Historia, “sin duda un monumento sepulcral que encerrará un cadáver”. Agregaba, irónico, una descalificación al promotor cultural de la empresa: “Impuesta por Mitre y por López, tiene ahora por paladín al arriba citado doctor Levene, lo que, en mi entender, es altamente significativo”.

En la misma nota, señalaba que debían recuperarse los principios de la política de Rosas, por lo que deducía: “la primera obligación de la inteligencia argentina consiste hoy en la glorificación –no ya rehabilitación– del gran caudillo que decidió nuestro destino”, logró “el despertar definitivo de la conciencia nacional” e inspiró el “corazón de nuestros adolescentes un legítimo orgullo patriótico” (Palacio, 1939d, p. 7).

El artículo central de Palacio se asociaba estrechamente a otras dos colaboraciones en el mismo número inaugural: la de Manuel Gálvez, titulada “La rehabilitación de Rosas” (enero de 1939) y la de Ramón Doll (enero de 1939) titulada “Bajo qué signos nace una asociación investigadora”, en los que se señalaban las tareas que se imponía el revisionismo argentino en esa coyuntura.

Para los promotores del Instituto y la revista, dichas iniciativas implicaban rupturas con los núcleos y espacios en los que estaban sólidamente instalados. Significaba, por ejemplo, no seguir colaborando en el suplemento dominical de *La Nación*, ser excluidos de los cenáculos promovidos por la revista *Sur* o ser marcados como amantes de la dictadura en el seno de la organización gremial de los escritores.

Como otras figuras de la generación martinfierrista, Palacio comenzó su peregrinar hacia la historia argentina desde el fondo culturalista de la vanguardia literaria, con las experiencias vividas en los años treinta, y se asomó a esa disciplina desde la preocupación política. En sus palabras: “No leía para escribir después, sino para conocer mi tierra y a sus hombres... no es de extrañar que adquiriera con todo ello

el hábito de referir el pasado al presente y viceversa, que es lo que define al historiador” (Palacio, 1954, p. XVII).

Un hito significativo en el posicionamiento de Palacio como historiador, tanto en el núcleo revisionista como en el mundo cultural local, fue la salida de un título que sonaba a grito de guerra: *La historia falsificada* (Palacio, 1939d). Formaba parte de una colección dirigida por el padre Leonardo Castellani (Las Cuatro C) para la editorial Difusión y, si bien parecía ordenada al tratamiento de la revisión histórica, reunía artículos previos relacionados en su mayor parte con la literatura, la política y los problemas del mundo. El jesuita señalaba en el prólogo que este libro superaba a los dos anteriores (*La inspiración y la gracia* y *El espíritu y la letra*) y lo vinculó más con las reflexiones de *Catilina*, libro “con cualidades de obra maestra” del género del ensayo, que resultaba para Castellani el modo de hacer filosofía profunda en la Argentina de ese tiempo (Palacio, 1939d, pp. 6-7).

En el prólogo, Palacio presentaba la obra con modestia, diciendo que se trataba de notas para “interesar por un momento la atención del lector de diarios y revistas”, y se excusaba por las “fallas de estilo” y la diversidad “de los asuntos” tratados (pp. 36-38).

El único trabajo escrito para el libro fue el capítulo llamado “Tiempos oscuros”, que abría la primera parte. Afirmaba allí:

Para caracterizar el actual momento de nuestro pueblo podría afirmarse con seguridad que atravesamos por una crisis de depresión moral, cuyo síntoma notorio es un difuso pesimismo que impregna a todas las clases sociales y que se traduce en una sistemática denigración de lo propio, de lo nacional, en provecho de lo extranjero. (p. 39)

La ausencia de conciencia de un destino, de una misión argentina en el mundo y el orgullo consiguiente son las evidencias de esa crisis, decía (pp. 41-42). “Nos consideramos un triste apéndice de Europa. Y este es el grave mal que nos aqueja” (pp. 42-43). Y continuaba:

[Esa actitud] nos lleva ciegamente a buscar soluciones para todos nuestros problemas en las fórmulas aplicadas allende los mares; a importar ideologías e instituciones inventadas para uso de países –superpoblados y empobrecidos; a

proclamar como inevitable o deseable la aparición del César a la alemana o a la rusa. Todo debe venimos hecho de allá, como los automóviles y la ropa de lujo (pp. 43-44).

El argumento señalaba que, habiendo “perdido el sentimiento de nuestra autenticidad, identificados artificialmente con los desastres del mundo, no inquirimos en nuestra breve tradición recetas adecuadas a nuestra índole particular”. La alternativa estaba en la propia experiencia histórica y no se trataba de tirar todo por la borda ni depreciar en bloque el pasado. Se trataba de una cuestión de coyuntura y de generación. Por ello, no tenía prejuicio en afirmar: “Nuestros padres leían todavía a Sarmiento, a Mitre, a Alberdi, a Hernández, a Guido; se abrevaban así en una sabiduría inmediata, rica en intuiciones y previsiones sobre lo argentino”.

En ese momento, ocurría lo contrario. Por contraste:

Hoy nada de eso nos interesa, sino Lenin y Hitler. Hemos experimentado, en el espacio de una generación, esta brusca caída. No somos nadie; debemos seguir a los que son. No vivimos; debemos imitar a los que viven. Y les alzamos estatuas a los próceres, mientras les negamos nuestra inteligencia y nuestro corazón. (p. 44)

Se trataba de una falta de entusiasmo, de tono propio, de ímpetu, que definía con una categoría particular: *atonía espiritual*. Escribía: “La pérdida de una fe no substituida por otra nueva; el enfoque de nuestras esperanzas divergentes hacia las panaceas de importación; la ‘extraversión’ colectiva (para usar una palabra de moda) son las causas de la atonía espiritual presente”. Se preguntaba si se iba a generar una reacción desde “lo auténtico” para centrar la atención en la “obra común en lo nuestro”; si se iba a renunciar a ser “tributarios sumisos de las viejas culturas”. Confesaba, entonces, que allí estaba su apuesta, provocar una respuesta, ese era “el anhelo” que inspiraba esas “páginas” (p. 44).

Un capítulo conceptual refería a la “Necesidad de una historia nacional”. Afirmaba: “No hay patria sin historia, que es la conciencia del propio ser. No hay nacionalidad sin una idea, siquiera aproximada y confusa, sobre su vocación y su destino” (pp. 45-46). En el mismo sentido y orientación, se dirigía el texto titulado *La historia oficial y la historia*, que ya hemos comentado.

En el trabajo que daba nombre al libro, “La historia falsificada”, refirió a la creación de una “comisión encargada de revisar los textos de historia usados en la enseñanza media”. Allí, afirmaba la “importancia que la historia tiene para la formación intelectual y moral de los niños y los adolescentes” y más para un “país de aluvión inmigratorio” en el que tenemos “que suplir con la educación los inconvenientes de nuestra heterogeneidad originaria... en la que sólo la historia puede realizar esa unidad entre nosotros” (p. 76). Eso suponía un cambio en los modos de enseñanza en la primaria que desterraba el “espíritu de partido” y sostenía el relato apologético tendiente a la formación cívico moral sin ingresar en cuestiones polémicas, que quedarían reservadas a la secundaria, donde se imponía una “revisión, con criterio actual, de las ideas históricas heredadas”. El eje elegido para esa reforma pasaba por la reconstrucción de la relación “filial” con España, aprovechando el motivo del cuarto centenario de la fundación de Buenos Aires, mediante la integración a “nuestro panteón heroico de los nombres de los conquistadores y colonizadores y la lección moral derivada de sus hazañas, que serán recordadas con entusiasmo patriótico, como historia ‘nuestra’ que son” (pp. 76-79).⁵⁸

Como era habitual en él, Palacio envió el libro a sus amistades, entre quienes se encontraba Eduardo Mallea, responsable del suplemento literario del diario *La Nación*. Recibió cartas elogiosas, como la del tucumano Alberto Rougés.⁵⁹ En la segunda entrega de la revista del IHHJMR, Doll (agosto de 1939) incluyó “como mejor comentario” fragmentos del prólogo de Castellani.

En agosto de 1939 fue inaugurado el ateneo de la institución rosista. Habló en primer término Julio Irazusta, sobre “Los centenarios de 1939”, lo siguió Rodolfo Irazusta con “La política internacional de Rosas” y el día 15 de septiembre lo hizo Palacio, quien brindó una conferencia bajo el título “Una nueva escuela histórica” (IIHJMR, diciembre de 1939). Para definir al revisionismo descartó que fueran un grupo político, una asociación de aficionados a la historia o una empresa de repatriación

⁵⁸ En 1944, consultado por una reforma de planes, retomaba estas cuestiones y resaltaba la necesidad de continuidad y unidad de la historia, en función de la propia formación histórica nacional desde sus orígenes más remotos, rescatando el sentido misional de España. Volvía a la idea de captar el interés de la juventud y entre los problemas fundamentales para la reforma subrayaba la ausencia de manuales (Palacio, 12 de marzo de 1944).

⁵⁹ “Sigo con mucho interés desde hace años su obra de escritor y de pensador. Nos son comunes orientaciones escritas, siento que corren en la misma corriente. Oponiéndose a un falso americanismo indígena, dice Ud. en una admirable síntesis que somos españoles, que la lengua y el romancero son tan nuestros como de los españoles peninsulares. Habría que repetir muchas veces esta verdad para que se haga conocer y para que sepamos ser fieles a nosotros mismos, único medio de llegar a ser alguien”. (Rougés, 28 de agosto de 1939).

de los restos de Rosas (Palacio, 8 de septiembre de 1939). En su disertación, reconoció antecedentes en la consideración de la figura de Rosas, aunque señaló que ello no alcanzaba para hablar de una escuela. Afirmaba que Molinari y Ravignani renovaron cuestiones de método, rectificaron hechos y publicaron documentos pero, al momento de generalizar, siguieron los lineamientos de Mitre y López y, a lo sumo, dijeron que Rosas fue el que generó las condiciones para la Constitución del 53. Su grupo, en cambio, después de la crítica política llegó a la conclusión de que la “organización nacional no fue la síntesis feliz de los esfuerzos argentinos, porque intervinieron en él, de manera excesiva, poderes extraños a la voluntad nacional” (p. 3).

El aporte sustancial de la “escuela revisionista” fue “el descubrimiento de la política internacional” porque “la historia heredada ha disimulado la influencia del factor extranjero en la política argentina”. Insistía: “ese descubrimiento iluminó el panorama total de la historia” (p. 8). Señaló también que la filosofía política fue planteada por Scalabrini, los Irazusta, Doll y luego se trasladó al estudio de la historia con un nuevo concepto. Lanzaba el desafío: “la gran labor que corresponde a nuestra generación es escribir la historia argentina” (pp. 13-14). Al finalizar, y en línea con ideas e intervenciones previas, agregó esta sabrosa anécdota, representativa de una sutil dialéctica:

En el día de ayer me encontré con el Dr. Levene; conversé con él –y no lo digo para jactarme de mis amistades “gloriosas”, sino porque es verdad. El Dr. Levene se me quejó, en un tono quejumbroso, de un ataque que le hice en la revista del Instituto, y me dijo que “no teníamos que pelearnos por el asado”. La única solución para que no hubiera pelea –le dije– es que se callaran totalmente. Me replicó que había que pensar en el futuro. (Esta conversación la digo porque estamos en tono de conversación amistosa). Me dijo que dejáramos el pasado como estaba, y que el futuro era el campo de acción que corresponde a la juventud, pero no se daba cuenta –es decir, sí se daba cuenta– de la malicia del régimen de tener el monopolio del pasado, que significa el monopolio del pasado y hasta del futuro, y la malicia de este régimen que trata de apabullarnos con la gloria de Sarmiento, de Mitre y de Urquiza, para salvar el futuro de ellos,

y le dije: “Dr. Levene, le ganaremos el pasado para tener nosotros nuestro futuro, porque el monopolio del pasado en manos de Uds., ha dado por resultado nuestro presente, Y NO QUEREMOS QUE NUESTRO FUTURO SEA COMO NUESTRO PRESENTE”. (pp. 15-16)

Estas afirmaciones parecen abonar la idea señalada en la historiografía en el sentido de que la oposición fundamental de los primeros revisionistas era la recién creada Academia Nacional y su director, Ricardo Levene, más que los padres fundadores de la disciplina (Devoto y Pagano, 2009, p. 247).

Mientras se internaba, cada vez con mayor decisión, en el revisionismo histórico, Palacio continuó con su trabajo de docente de educación secundaria, que incluyó la elaboración de algunos manuales.⁶⁰ No se trataba, solamente, del lugar que daba Palacio a los materiales en la enseñanza o de la coronación de la carrera magisterial por esta vía. Existían, además, necesidades económicas para concentrar la atención en la redacción de una obra que sirviera para la enseñanza. La editorial Albatros publicó, en primer término, una *Historia de Roma* (Palacio, 1939a). En el “aviso preliminar”, el autor señalaba que se trataba de un texto destinado a la enseñanza secundaria y que, por lo tanto, no había que buscar en él lo siguiente:

Ningún propósito de originalidad interpretativa, ningún juicio personal sobre los hombres y los acontecimientos. No se trata de una obra literaria, sino de una obra docente, para cuya confección el autor ha debido esforzarse por prescindir de sus preferencias y limitarse a enunciar las nociones más aceptadas en el orden impuesto por los programas de estudio, seguidos al pie de la letra. (p. 5)

Palacio consideraba importante realizar esta aclaración teniendo en cuenta las repercusiones de su *Catilina*, presentada como lectura heterodoxa del pasado romano y como alegoría de la situación nacional. Se excusaba, también, por el esquematismo y la

⁶⁰ Un estudiante de entonces confesaba su admiración por él en una misiva: “Tomaba ud. examen de Historia Argentina en el Colegio Nacional Rivadavia. Recuerdo aún con toda fidelidad que antes de que yo empezara a exponer mis conocimientos de la materia, Ud. al enterarse de cuál era mi apellido me preguntó: ‘¿*Sprachen Sie Deutsch?*’, a lo cual apenas si pude responder: ‘*Seh, sehrwenig*’. ¡Cuánto lamenté en ese entonces no dominar el idioma alemán: Hubiera querido que Ud., que me miraba con cierta simpatía y bondad, hubiese visto en mí ciertos méritos, ciertas cualidades. ¡Cuánto ansié decirle de mi admiración, de mis deseos de llamarme su discípulo y proclamarle mi maestro, de mi loco anhelo de honrarme con su trato, de enriquecer mi alma estando a su lado, escuchando su palabra, exponiéndole mis ideales y mis concepciones, sometiéndome a sus consejos y enseñanzas!” (Rossler, c. 1946).

brevedad asumidas por el material. Por último, aludió a las fuentes, diciendo que desarrolló la tarea “teniendo a la vista las obras clásicas, principalmente Mommsen, Michelet, Duruy, Merivale y Ferrero y el admirable compendio de Weber” (p. 5).

Prescindió de grabados, descontando que debían figurar entre el instrumental didáctico de cada establecimiento, pero incluyó, a modo de complemento, una selección de lecturas de autores clásicos que siguieron a cada capítulo. ¿La razón? El interés en compatibilizar la antigua finalidad de formación moral con un comienzo de iniciación literaria. Desfilaban así en la selección Tito Livio, Cicerón, Valerio Máximo, Salustio, Suetonio, Plutarco, Horacio, Séneca.

Más tarde, la misma editorial publicó una *Historia de Oriente* (Palacio, 1939a). En la presentación, Palacio repetía buena parte de lo afirmado en el aviso de su volumen anterior, aunque con un agregado: además de adecuarse a los programas, la obra había tenido el cuidado de “usar un lenguaje accesible a la mentalidad juvenil” (p. 5).

Estas obligaciones docentes (que incluyeron la seguramente trabajosa elaboración de los manuales), junto con otras cuestiones de mayor urgencia –la supervivencia, el periodismo o la acción política– fueron demorando una y otra vez el proyecto de escribir una historia del país que, sin embargo, seguía alentando en su interior.

En 1942, por fin retomó la idea de escribir su versión del pasado argentino. Ya había hecho consultas documentales, interminables lecturas de autores, así como reunido en carpetas los recortes de prensa de los diarios capitalinos que traían información relevante para esa reconstrucción. Decidió ponerse manos a la obra y en un instante, anotó el título del libro, dándose ánimo: “Muchas veces, un título es la mitad de una obra. He encontrado hoy el de la mía: *Historia del Pueblo Argentino...* no la nación, no la república, el pueblo” (26 de abril. Notas) Esta determinación era simultánea con su alejamiento de la actividad política, el periodismo militante y de la comisión directiva y la responsabilidad de las publicaciones del IIHJMR.⁶¹

Una vez más, los llamados de la política le impidieron abocarse a la obra proyectada, aunque para ella Palacio ya contaba con lecturas y un amplio radio de relaciones y conocimientos en la materia, siempre desde una perspectiva revisionista. Además de las publicaciones periódicas del Instituto, en las que se sumaban figuras de trayectoria académica como Rómulo Carbia o los trabajos de cierta envergadura de su

⁶¹ A partir de la entrega N.º 7 del primer semestre de 1941, no figura entre los vocales; y en el N.º 9, de abril-mayo de 1942, se anuncia una nueva etapa en la publicación.

amigo Irazusta, conocía la obra de las figuras precursoras del pensamiento de la “revisión” de la generación precedente como Carlos Ibarguren o Manuel Gálvez. También tuvo trato con materiales de otros escritores latinoamericanos, cultores de miradas heterodoxas. Además de Manuel Ugarte, a quien conoció de manera directa, había estado en Uruguay y conocía los libros de Luis Alberto Herrera y su trayectoria; le resultaban familiares, por su difusión en los círculos que frecuentaba, los trabajos de los mexicanos José Vasconcelos y Carlos Pereyra. Tuvo contacto directo con el boliviano Carlos Montenegro, el paraguayo Natalicio González y el aprista peruano Manuel Seoane.

Pasaron más de diez años para que retomara la empresa.

La Historia de la Argentina

Muchos años después, en otro contexto, retirado de la política activa, Palacio retomó el impulso de escritura y encaró ese postergado trabajo. Había seguido reuniendo material y estaba atento a las novedades editoriales (Palacio, 1952).

En lugar de la historia del “pueblo”, prefirió el más simple y directo título *Historia de la Argentina* y evitaba, además, el uso de una categoría que saturaba el ambiente.

“Ojos mejores para ver la patria” fue la cita elegida para abrir la obra, tomada de las *Odas Seculares* (Lugones, 1910). Corresponde al Canto II “Los Andes” y los versos preceden de manera inmediata al Canto III “A los ganados y las mieses”. La estrofa completa reza:

Llevadles a los niños que lo vean.

Haced que se ennoblezcan de montaña.

Yo que soy montañés sé lo que vale

la amistad de la piedra para el alma.

La virtud en los montes se humaniza,

cual toma buen olor la hierba amarga,

y la pálida fuerza de los mármoles

por los cascos de hielo anticipada,
abre en la libertad de su belleza
ojos mejores para ver la Patria.

Vale detenerse en esta cita, que podemos tomar como cifra, clave o índice de la obra. Recordemos el lugar que el autor asignó a la relación entre poesía, mito e historia. De alguna manera, mezclado en una cotidianeidad que, por momentos, se volvía opresiva, Palacio buscó retomar el impulso de su meditación, de esa larga reflexión sobre la misión del intelectual y de las características que debían asumir las obras de su producción.

El significado profundo de la obra, para Palacio, no era de índole historiográfica. El sentido, para quien se veía en el recodo de la vida, en un tiempo de maduración y entrega, era el de una obra síntesis, que diera fundamento o respuesta, según como se formulara la cuestión, a la problemática de la identidad argentina. Ello retomaba el programa de la generación vanguardista, con su nacionalismo culturalista.⁶²

Si bien en el país gobernaba el peronismo y, al momento de la salida del libro, aparecía imbatible electoralmente, la obra no respondía a una correspondencia estricta con ese orden de cosas. Palacio no se colocaba en ese lugar de enunciación. No se identificaba cabalmente en ese momento con el peronismo, por lo que prefirió, de manera prudente, terminar su relato en 1938. De todos modos, para Palacio la revolución iniciada en el año 1943 con el golpe militar y que el peronismo había continuado había enterrado al “régimen” con “la liquidación del orden liberal-burgués”, parafraseando a Sampay en el prólogo de la obra.

El libro no fue presentado como explicación ni clave del proceso que se vivía, menos como justificación de este, como podía aparecer en los trabajos de otros cultores del revisionismo como García Mellid (1946, 1950), Vicente Sierra (1950) o José María Rosa (1952). Tenía otra proyección. Era la resultante de un largo proceso de lectura, conversación, análisis y debate, en el que buscaba presentar un relato fundacional de carácter mitológico de una Argentina finalmente nacionalista, en el sentido de estar afirmada sobre la que consideraba su propia historia, en continuidad con una tradición auténtica y no una impostación. En la misma dirección, puede verse en el texto cómo

⁶² Podría trazarse una analogía entre el trabajo de Palacio y el que había emprendido, tiempo atrás, Marechal con su novela *Adán Buenosayres*. En ambos latía la idea mítico-poética de construir una narración fundante.

retomaba varios de los motivos de su reflexión íntima, volcados muchas veces en su diario y sugeridos en notas y conferencias.

El prólogo de la obra puede considerarse un manifiesto de sus posturas. Arrancaba en tono de reclamo reivindicando para sí, como “viejo argentino”, su derecho a escribir la historia: “Pertenezco a una raza calumniada. Cuando hace más de 400 años vivía en el territorio que es hoy nuestra patria un puñado de blancos españoles –menos de un centenar– ya había entre ellos gente de mi sangre”. Fueron de ese linaje los que “fundaron ciudades, gobernaron provincias, participaron activamente de las vicisitudes nacionales”. Afirmaba: “Soy por consiguiente un viejo argentino, es decir, una víctima de la oligarquía que proclamó la superioridad del extranjero sobre el criollo y del hijo del inmigrante sobre los descendientes de los conquistadores”. Concluía: “quienes nos hallamos en aquella situación debemos reclamar, ya que no privilegios, por lo menos un estatuto de igualdad, así sea para la tarea inofensiva de escribir la Historia” (pp. XIII-XIV).

Más que un manifiesto patricio o una reivindicación de clase se trataba de la afirmación de unas ideas que hundían sus raíces en la propia experiencia. De esa manera, recogía el sentimiento de “argentinos viejos”, propio de la vanguardia literaria de los años veinte, y una idea fuerza sobre la raíz hispánica de la Argentina a la que gustaba recurrir repitiendo la frase: “somos los conquistadores”.

En ese mismo prólogo, señalaba que su trabajo estaba basado en material secundario, enfatizando la faz hermenéutica de su tarea. Hacía tiempo que había “delegado” el trabajo propiamente historiográfico en otras figuras del grupo promotor del Instituto Juan M. de Rosas, en especial en Julio Irazusta. Lo suyo no era el trabajo metódico de la confección de fichas, registros puntillosos o visitas de archivo. A partir de lecturas de notas (había seleccionado durante años recortes de diarios), artículos de revistas o boletines (además de los del IHHJMR, manejaba los que había publicado el Instituto de la Facultad de Filosofía y Letras en tiempos de Ravignani), libros (*La Historia de la Academia*, que consideraba monumental y de la cual rescataba aportes) o series documentales reunidas por los cultores de la Nueva Escuela Histórica, construía esquemas y los volcaba en vívidas narraciones.

Palacio justificó la ausencia de la cita erudita (llamadas a pie de página, bibliografía, etc.) por el “aumento inútil” del número de páginas que provocaban; por la “índole del libro(que) no la reclamaba” y porque “los profesionales saben, por lo demás, la escasa importancia de esa labor, que suele realizarse por secretarios y amanuenses”(p.

XI). Se recostó, así, en material publicado, rindiendo “homenaje de gratitud a la legión laboriosa de estudiosos que, en estos años, ha enriquecido con su aporte el caudal de conocimientos sobre el pasado argentino” (p. X), homenaje que completaba con una enumeración ecuménica:

Aparte de las obras clásicas de Mitre , López, Pelliza, Domínguez, Saldías, los Quesada, Bilbao, Zinny, Ramos Mejía, Sarmiento y Alberdi, y de los meritorios trabajos de investigación de Groussac, Levene, Ravignani, Levillier, Cárcano, Iburguren, Ruiz Guiñazú, Pueyrredón, Piccirilli y Palcos sin olvidar las monografías de la monumental y desigual *Historia de la Academia*, he utilizado el valioso aporte “revisionista” –Irazusta, Font Ezcurra, del Mazo, Rosa, Caballero, Gálvez y el “marxista” en sus diversas tendencias –Sommi, Real, Yunque, Ramos. No debo olvidar los estudios de historia económica de Scalabrini Ortiz ni las recopilaciones documentales del Instituto de Investigaciones Históricas, ni las biografías ni las innumerables “memorias” y crónicas de actores de los sucesos, ni las colecciones de diarios y revistas, desde la *Revista del Plata* hasta la *Revista de Derecho, Historia y Letras* que dirigió Zeballos. (p. X)

En el libro, Palacio recorría la historia nacional con soltura, presentando una síntesis con características globales y, aunque dentro del registro revisionista, con una perspectiva propia. Recuperaba el período colonial como antecedente y se diferenciaba de la narración de Sierra, a la que había adherido una década atrás, para plantear los motivos válidos del legado español, en otros términos. En su análisis del proceso revolucionario, se apartaba del canon tradicional del primer revisionismo que veía en Moreno un prisionero de los intereses británicos o un exaltado jacobino, para presentarlo como líder de la revolución de la independencia, más cercano a la interpretación propuesta por Scalabrini Ortiz.

En su análisis del temprano siglo XIX, otorgaba a Artigas el título de fundador del federalismo republicano en el Río de la Plata. Para la segunda mitad del siglo, criticaba a Mitre, a diferencia de los Irazusta, y lo hacía responsable de la tragedia paraguaya. El roquismo era presentado como consumación de la república liberal y mercantil extravertida. La oligarquía política y económica probritánica era personificada en la figura de Quintana.

A diferencia de los revisionistas de corte nacionalista doctrinario, su opinión sobre Sáenz Peña y su reforma política, así como sobre el significado del radicalismo yrigoyenista, resultaba favorable y reflejaba las modificaciones sufridas en su perspectiva a partir de su dura experiencia en 1930. El tono crítico aumentaba al abordar las características de ese golpe y marcaba la frustración del proyecto “revolucionario”, el papel de los partidos y del elenco conservador en esa coyuntura, lo que lo alejaba de la mirada de algunos de sus protagonistas como Carlos Ibarguren, también cultores de la historia. El último período analizado, vinculado al gobierno conservador de Justo, era duramente adjetivado en respuesta al repudio y a las caracterizaciones realizadas por el nacionalismo forjista y neorrepublicano de aquella época.

El modelo que siguió Palacio para la construcción de su narración no remitía a un referente local. Se inspiraba en el provisto por Jacques Bainville (1924) para la *Historia de Francia* (Halperín Donghi, 1984; Devoto, 2006b) y en otro, más cercano para él, el de la *Historia de Inglaterra*, de Hillaire Belloc (1925), con quien mantenía vínculos.

No abrevaba en las corrientes contemporáneas de la historia social, como tampoco lo hicieron otros autores que habían acometido empresa semejante (Romero, 1946; Sierra, 1950; González Arrili, 1950; Levene, 1913-1958). Ese arcaísmo metodológico y el uso predominante de fuentes secundarias resultaban comunes a las obras de este tipo en ese momento.

El relato de Palacio, si bien caracterizaba Caseros como “derrota nacional”, no la señalaba como un punto de no retorno, al modo en que lo hicieron algunos de sus

colegas del revisionismo, como Irazusta. Reivindicó los movimientos populares que intentaron modificar ese rumbo (alsinismo y radicalismo), a la vez que atribuyó a la “revolución militar de 1943” (y entendemos que englobaba allí lo que siguió de ella hasta su presente) la “liquidación del régimen liberal-burgués, impuesto por la generación organizadora” (Palacio, 1954, p. IX). Más que un registro “decadentista” se trató de un relato epopéyico de la nación, de un colectivo que, para el autor, recuperó un rumbo o en sus propios términos, una tradición.⁶³ Allí radicó la diferencia con la perspectiva irazustiana (Irazusta, 1972) y la que lo aproximó a una mirada como las promovidas por García Mellid (1946, 1950), Scalabrini (1948) o Rosa (1952), al menos en términos de continuidad histórica.

Terminada la obra, quedaban la publicación y la difusión. Palacio confió las tareas a una novel editorial con la que negoció un pago anticipado.⁶⁴ En tren de posicionar la obra, había realizado, en liga con viejos camaradas nacionalistas, una operación de prensa con la Revista *Esto es*, mediante el desarrollo de una encuesta a historiadores de distintas corrientes, serie que se coronaba con un reportaje a Palacio.⁶⁵

La entrevista fue realizada en su departamento por Diego Meya. Lo presentaron como un conspirador contra el gobierno conservador y fundador del semanario *Política* “para sostener dialécticamente el nuevo movimiento”. Luego de mencionar su obra y algunos juicios laudatorios, anotaron: “fue diputado durante seis años, el más votado de la Capital, en las elecciones de 1946 y es un hombre pobre. Tiene cinco hijos y el menor es seminarista”. Notas de color y un ambiente de cordialidad, con cigarrillos y whisky, rodearon el reportaje (Meja, 10 de agosto de 1954).

Respecto de la *Historia*, Palacio señalaba:

No tuve más remedio que escribirla... Lo he hecho por espíritu de servicio

patriótico, impulsado por un sentimiento de deber. Desde mis épocas de

estudiante y luego cuando fui nombrado profesor de Historia, sentía la necesidad

⁶³ Halperín Donghi (1984, 2005) se ocupó de realizar esa crítica, retomada por Devoto (2006).

⁶⁴ En realidad, Palacio “vendió” la obra de manera simultánea a dos editores: a Silenzi de Stagni y a Peña Lillo. El segundo le adelantó fondos para acelerar la producción y luego debió resolver el entuerto con Silenzi mediante la entrega de ejemplares para la venta en su recientemente inaugurada librería. En la versión del editor, ello obedecía a que Palacio enfrentaba necesidades económicas acuciantes (Peña Lillo, 1988, pp.72-73).

⁶⁵ En primer término, apareció una nota firmada por Ricardo Curutchet, del 11 de mayo de 1954, que planteaba el interrogante de por qué no se escribía una historia nacional con carácter integral y conforme a la actualidad y afirmaba la necesidad de reiniciar el debate entre “clásicos” y “revisionistas”. Tras encuestar a Ibarra, Levene, De Gandia, Rosa, Gálvez, Piccirilli, Palcos, Puiggrós, Busaniche, Del Mazo, Ramos, Zorraquín Becú, Canter, Sierra, Irazusta y Erro, la serie de notas se cerraba con el anuncio de la publicación de la *Historia de la Argentina* de Palacio y un importante reportaje al autor.

urgente de una síntesis de lo nuestro, escrita con visión actual. (Meya, 10 de agosto de 1954)

Y cuando el cronista le preguntó por qué se había demorado tanto tiempo en escribirla, relató:

No me había propuesto aún emprender yo mismo la tarea, aunque debía tener, desde entonces, la intención subconciente, ya que todas mis lecturas se encaminaban a ese fin. El periodismo de combate y la acción política, si bien me privaron del reposo necesario para las tareas de gabinete, me proporcionaron elementos de juicio para comprender nuestro pasado. Al terminar mi diputación en 1952, la obra estaba ya madura en mi espíritu y no tuve más remedio que encerrarme a escribirla. (Meya, 10 de agosto de 1954)

El periodista le consultó respecto del período que abarcaba la obra y las razones que lo llevaron a cerrarla en el fin del gobierno de Justo, en vez de continuarla hasta el presente. En su respuesta remitió al prólogo:

[Allí] explico la razón de que mi libro termine en el año 1938, en una atmósfera prerrevolucionaria. Los hechos posteriores pertenecen a la actualidad en que estamos envueltos y sobre la que no se puede escribir como historia, sobre todo siendo en ella algo más que meros espectadores. Espero que Dios me conceda vida y salud para completar mi libro, cuando sea oportuno, con la inclusión del período que transcurrirá entre 1930 y 1970. (Meya, 10 de agosto de 1954)

En la misma revista, cerrando este ciclo promocional, se agregó una nueva nota de Ricardo Curutchet (24 de agosto de 1954) que ponderaba el libro. Junto con esta importante difusión, publicó anticipos del libro en otros medios, como la revista *Hechos e Ideas*, aprovechando su proximidad con el grupo editor (Palacio, 1954b).

La obra se convirtió en un éxito de librería. El sello Alpela difundió como “la única historia completa y verídica de la República Argentina”. Su editor venía de la

izquierda y había llegado a Palacio a través de un comentario del viejo anarquista Diego Abad de Santillán (Peña Lillo, 1988, pp. 69-70).

Como con sus otros libros, recibió varias cartas que expresaban juicios laudatorios. Carlos Ibarguren, entre los nacionalistas tradicionales, le escribía:

Me ha hecho un magnífico regalo intelectual con su notable libro... No he visto todavía la primera parte, he ido a las épocas que mi curiosidad me llevaba para saber cómo son tratadas por Ud.: Rivadavia y su época, Dorrego y su momento, Mitre y su actuación, Sáenz Peña y su reforma política, la revolución de 1930. Desde luego, es Ud. un gran escritor y su estilo elegante, sobrio y, a veces punzante, que seduce a quien lo lea. En cuanto al fondo de las páginas que he leído, comparto sus puntos de vista en muchas de ellas. Hace usted una excelente revisión de la historia mostrando con más verdad a nuestro pasado y a sus personajes e interpretando con más justicia el significado de los acontecimientos pretéritos que nos han sido presentados con deformidades a la luz de la visión “unitaria” y del liberalismo (11 de agosto de 1954).

Exforjistas caídos en desgracia le escribieron desde la prisión. Miguel López Francés le decía:

Ha sido un verdadero regalo contar con su *Historia*... No es solo la coincidencia en los enfoques y la necesidad crítica de despejar tanta mentira. También el estilo fluido lo acerca a uno a las cosas pasadas de la patria, acercándola más al corazón. Es un mérito suyo haberlo logrado en un insuperable esfuerzo de síntesis y, sin embargo, con plenitud de información”. (19 de octubre de 1954)

Por su parte, Julio César Avanza comentaba:

Su libro es el que yo, como argentino, hubiera deseado escribir sobre la historia de mi patria [...] Ojalá los argentinos del presente le hagan justicia leyéndolo y aprendiendo su lección. Meditarán así y caerán en la cuenta de que después de haber sido nuestro pueblo actor de una verdadera revolución, está corriendo el

peligro en los días presentes, de volver a extraviar el camino, al arrullo de los mismos estribillos progreso –cultura “popular”– adelanto técnico, etc. etc. que los que la generación organizadora utilizó para malvender y malformar la Patria. (25 de octubre de 1954)

Distinta fue la opinión de su antiguo amigo Alfredo Palacios, quien le reconoció talento de escritor, pero le censura la defensa del rosismo. “Eres un gran escritor y tienes talento”, pero “desgraciadamente con frecuencia careces de razón cuando defiendes la tiranía (septiembre de 1954).

El libro no pasó desapercibido en el ambiente político e intelectual porteño, siendo comentado en distintos medios gráficos de la época. Entre los que le ofrecieron acogida favorable, se cuenta la nota de Fermín Chávez (diciembre de 1954) en la Revista *Actitud*, quien celebró el libro como “la muerte de los viejos dioses” y señaló que la obra era un reemplazo efectivo de los manuales de Vicente F. López. También la revista *De Frente*, dirigida por John William Cooke, publicó un comentario de la obra, probablemente redactado por Luis Alberto Murray, en el que auguraba que no sufriría la conspiración del silencio que recaía sobre las obras que cuestionaban los lugares comunes del liberalismo (24 de junio de 1954). Otras menciones figuraron en la revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas (enero-abril de 1954).

Previsiblemente, para una obra de carácter polémico, el tratamiento fue distinto en otros espacios. Carlos Quintana (septiembre de 1954), nieto del presidente, desestimó el juicio del autor sobre la historia nacional y lo llamó “mediano poeta”, “pluma envenenada”, “amargado social y político”, escritor a “vuela pluma” de “opaca actuación en la Cámara de Diputados”.

Con animadversión manifiesta, la revista *Diálogo*, orientada por el padre Julio Meinvielle, publicó un comentario a cargo de Héctor Sáenz Quesada (verano 1954). Señalaba: “*La Historia* de Ernesto Palacio no innova sobre la interpretación de Saldías, aunque vieja ya de setenta años; más bien la amplía sacándola del marco estrechamente federal y añadiéndole argumentos populistas adecuados al siglo XX”. Ese juicio se derivaba de sus afirmaciones sobre Yrigoyen, el “gran caudillo de la independencia y del honor”, que salvó milagrosamente al país en momentos “en que todo lo nacional estaba a punto de desaparecer”. Lo tacha de maniqueo, de no usar fuentes primarias y de

recaer en contradicciones y errores. Recupera su prosa como correcta, pero sin el colorido realista de López, que “sigue siendo, entre nosotros, modelo insuperado”.

Un tiempo más tarde, la revista *Imago Mundi*, a través de la pluma de Norberto Rodríguez Bustamante (junio de 1955), desarrolló una reseña de más de veinte páginas que merece atención detallada. Situaba al libro en la trayectoria intelectual y política de Palacio como el “coronamiento de una labor intelectual cumplida a lo largo de los últimos veinticinco años”, que iban desde las rebeldías juveniles izquierdistas hasta su afinidad con los que declararon necesaria “la hora de la espada” y una cierta solidaridad con determinados principios de filiación radical, que “llegaron hasta un real entusiasmo –aún mantenido– por la figura de Yrigoyen”.

Luego, Rodríguez Bustamante ponía en discusión la idea vertida por Palacio en torno a que todo cambio de época conllevaba un cambio en la mirada del pasado. Señalaba que con eso el autor buscaba trocar la versión que llamaba “democrático-liberal de nuestra historia” por una versión “autocrático-nacionalista”. Cuestionaba, a su vez, el hecho de que Palacio tomara al hispanismo como única raíz legítima, desconociendo otras influencias, ya que “no se trata de renunciar a nada y sí de integrar comprensivamente las distintas líneas constitutivas de nuestra nacionalidad”. Rechazaba, en ese sentido, la reivindicación que hacía el libro de la figura de Rosas.

En otro orden, mediante una redacción ambigua, Rodríguez Bustamante insinuó la identificación de Palacio con el movimiento encabezado por Perón y le asignó cierta paternidad ideológica. Estas críticas y desacuerdos no le impedían apreciar sus “dotes de escritor”, ni la calidad literaria de la obra: con una gran unidad interna y “agilidad y fluidez en la narración”, la “historia se lee con fruición, con un interés no muy distinto al que suscita una buena novela... méritos que le otorgan un real atractivo, pues en materia histórica trabajada con arte posee una inestimable ventaja sobre la historia escrita con pesadez y sin gracia”.

Para concluir, subrayaba la importancia de la obra por ser “la primera exposición de características integrales” del revisionismo que desafiaba a los historiadores “ubicados en distinta y, tal vez, más sólida posición”, aunque –opinaba– la motivación de Palacio con el libro no era profesional, sino “patriótica”, y le asignaba motivaciones “irracionales” ligadas a reivindicaciones de “sangre” y “lealtad a sus compatriotas” (p. 35).

El tiempo que llevó la preparación del comentario (la nota salió en junio de 1955), el estudio previo de la obra del autor, la extensión de la nota y la seriedad con la

que considera al adversario, sugieren que Rodríguez Bustamante no actuaba solo en este cometido. Fuera de la determinación de quien debía ocuparse del comentario, para el que estaban igualmente preparados otros miembros de la revista como Weinberg, Halperín o el mismo Romero, los argumentos perfilados parecen haber sido elaborados en una discusión colectiva en el ámbito de la redacción. La atribución a Palacio de haber facturado una obra asociada a la realidad del peronismo gobernante, vinculando historia y política, es altamente sugestiva en cuanto a las imágenes que se tejían entre los actores del momento.

Palacio no había considerado a José Luis Romero digno de cita ni guardó como “testimonio” entre sus papeles el comentario afilado publicado en *Imago Mundi*. En cambio, Romero, en la actualización de *Las ideas políticas en la Argentina*, de 1956, rescataba la participación de Palacio en *La Nueva República* e incluía su *Historia de la Argentina* en la bibliografía (Romero, 1956, pp. 227 y 262). Además, al describir el gobierno de Perón, Romero utilizaba en cinco oportunidades la categorización “Nuevo Orden” entrecomillada, para referirse a los rasgos del régimen y señalar que Perón seguía las “inspiraciones de los grupos nacionalistas” (pp. 248-250), lo que puede interpretarse como una referencia elíptica al periódico de Palacio.

Las veladas acusaciones hacia Palacio que lo identificaban con el gobierno, la representación que vinculaba su obra al movimiento político en el poder o el señalamiento de que constituía un suelo cultural en el que emergía un discurso integral alternativo sobre la historia nacional no correspondían estrictamente con la realidad, ya que en ese momento el autor había tomado prudente distancia de Perón. No obstante, es interesante la caracterización y ubicación de las posiciones de nuestro autor que realizaban desde esa franja de pensamiento.

En la revista *Sur*, Juan José Sebreli (mayo-junio de 1955) le dedicó otro comentario, aunque de tono irónico y descalificatorio, más que analítico. Ubicó a Palacio en la generación vanguardista (distinguida por el “espíritu destructivo y burlón”) y en el revisionismo nacionalista (caracterizado por su seriedad y dogmatismo), se limitó a consignar los que consideraba “brulotes” lanzados sobre las figuras de la tradición liberal y señaló la parcialidad en el análisis del autor. Asociaba su espíritu y prosa al estilo del Anzoátegui de *Vida de muertos*.

Poco tiempo después, a pedido de la editorial Itinerarium⁶⁶Palacio realizó una adaptación de la obra para la enseñanza secundaria (Palacio, 1955a). Una vez más la combinación entre tarea docente y necesidad económica lo llevaban a esta tarea, aunque también su convicción de que los manuales escolares eran un instrumento fundamental para la transmisión de la historia. En el contrato, cedía los derechos del *Compendio de Historia Argentina* –así se llamaba la adaptación de la *Historia* -y de *Historia antigua y medieval. Oriente, Grecia, Roma y Edad Media*, en forma de textos adaptados a los programas de enseñanza secundaria, y se establecían derechos de autor del 10% hasta los primeros cinco mil ejemplares, y se elevaba a 15% después de ese volumen ventas.⁶⁷

La primera obra fue entregada e impresa, pero no distribuida. El golpe militar lo impidió. Palacio volvía en ella a la metodología con la que había confeccionado sus manuales anteriores: respeto al programa, pero agregando notas, presentando distintas interpretaciones y anexando lecturas significativas. Al igual que en la *Historia*, se detenía, prudentemente, en 1938, sin embarcarse en el período de Ortiz-Castillo ni en el peronismo, aunque esto resultaba frecuente en los textos de la época. En el prólogo, destacaba que la editorial “está empeñada en la renovación de la bibliografía escolar de acuerdo con los estudios más recientes” y aclaraba que sostenía lo “esencial” de la *Historia*, eliminando la parte “crítica” en que “las preferencias personales del autor se mostraban muy a lo vivo” (Palacio, 1955).

Distinguía el hecho de escribir para adultos o para niños en trance de formación, por lo que era necesario que desapareciera el “juez” para dar lugar al profesor que tiene “la delicada tarea de suscitar en el espíritu de sus alumnos las ineludibles conclusiones de orden moral y patriótico que toda enseñanza de la asignatura necesariamente implica”. Los otros libros mencionados en el contrato no fueron publicados.

Militancia revisionista

⁶⁶ Representantes de la editorial Marietti; distribuidores de las obras de la Biblioteca de Autores Cristianos, de Madrid; editores de libros de texto para la enseñanza secundaria y universitaria en Argentina. Tenían sede en Pueyrredón 1716, Capital Federal. Junto con este libro publicaron para la misma época otro, como el de Emilio Mignone sobre política educacional, y un libro significativo para la conspiración antiperonista de Félix Lafianra, *Los panfletos: su aporte a la Revolución Libertadora* del año 1955.

⁶⁷ Contrato de ediciones firmado entre Ernesto Alberto Palacio e Irinerarium SRL (Palacio, 1955b).

Luego de la publicación de la *Historia*, Palacio siguió activo entre los núcleos revisionistas y se sumó a diferentes iniciativas. A mediados del año 1954, esos grupos buscaban la repatriación de los restos de Rosas. En junio, en la ciudad de La Plata (entonces Eva Perón), lanzaron la “Organización Popular por la Repatriación de los Restos del General Rosas” como un “gran movimiento de proyecciones populares”. En el núcleo directivo, figuraban José María Rosa como presidente, y Palacio y Font Ezcurra como vicepresidente primero y segundo, respectivamente. A ellos se sumaron Carlos y Federico Ibarguren, Ricardo Caballero, Manuel Gálvez, Luis Soler Cañas, Alberto Contreras, Ramón Doll, John William Cooke y Fermín Chávez.

En declaraciones públicas, Rosa identificaba al Instituto con la campaña de repatriación y propiciaba la creación de centros de apoyo y junta de firmas. Aclaraba que buscaba agrupar a todos los argentinos sin distinción de partidos políticos ni clases sociales. En apoyo de la iniciativa, salió la revista *Esto Es* y, al modo en que lo venía haciendo con otros temas, abrió una encuesta con la pregunta “¿Deben volver al país los restos de Juan Manuel de Rosas?”⁶⁸. Para sorpresa de los organizadores, “de repente el movimiento fue parado desde arriba, por Peron” según aseguró el mismo José M. Rosa (1970). Por obediencia, temor a las represalias o conveniencia política, la campaña desapareció abruptamente al terminar el año 1954. La encuesta de *Esto Es* tuvo el mismo fin, sin fijar conclusiones ni fijar posiciones (Pulfer, 2015c).

Sentido similar se le dio al proceso de repatriación de los restos de Manuel Ugarte a fines de 1954, mediante la intervención de su viuda, Teresa Desmard (Galasso, 1974, p. 291). Jorge Abelardo Ramos promovió la creación de una Comisión de Homenaje al escritor en la que se integró Palacio (8 de noviembre de 1954). Cooke recuperó la figura de Ugarte en la revista que dirigía. El 12 de noviembre, en el Salón Príncipe George de Buenos Aires, se realizó un acto con la asistencia de cerca de cuatrocientas personas, al que asistieron Enrique Rivera, Jorge A. Ramos, Raúl Scalabrini Ortiz, Juan J. Hernández Arregui, John W. Cooke, Ernesto Palacio, Rodolfo Puiggrós, Carlos María Bravo, entre otros. Los oradores de la jornada fueron Cooke, Bravo, Ramos y Puiggrós (Galasso, 1973, p. 292). En este caso, Perón envió un telegrama de adhesión.

⁶⁸No era la primera vez que se realizaban en el país estos ejercicios de consulta sobre la necesidad de repatriar los restos de Rosas. El diario *Crítica* lo había hecho en dos oportunidades en 1928 y 1934; la revista *Aquí Está* había encarado una en 1939 entre personalidades e historiadores. De naturaleza diferente fue la del diario *La Época* en 1948 con la pregunta “¿Hay que repatriar los restos de Rosas?” que lanzó una consulta popular con cupones para que los lectores respondieran por “sí” o por “no”.

La misma revista *De Frente*, además de acoger estas iniciativas, dio lugar a plumas de corte revisionista como las de Jauretche y Scalabrini Ortiz, además de las de José María Rosa y el mismo Palacio, que eran además amigos personales de Cooke (Ranalletti, 1999, p. 484; Jozami, 2010, p. 112). La temática revisionista ingresaba a la revista por varias vías: el comentario elogioso de libros de ese sector (*De Frente*, 24 de junio de 1954), el apoyo a gestos concretos como la devolución de los trofeos de la Guerra del Paraguay realizada por Perón, o el respaldo a iniciativas como la campaña a favor de la repatriación de los restos de Rosas (*De Frente*, 15 de julio de 1954).

Además de su participación en estas campañas y publicaciones, Palacio fomentaba el encuentro entre figuras del campo político e intelectual cercanas a la corriente revisionista. Así, por ese tiempo, su departamento fue lugar de tertulias, de las que con frecuencia participaban José María Rosa, Cooke y la poetisa nacionalista Alicia Eguren, entre otros. Esas actividades y relaciones se vieron interrumpidas en los prolegómenos del golpe de 1955.

Cooke asumió la intervención del Partido Peronista de la Capital Federal. Rosa mantenía cierta neutralidad y continuaba con sus clases. Palacio se enroló decididamente en el golpismo. Después del triunfo de Lonardi, los tres cayeron presos. El primero fue detenido por ejercer la dirección del semanario *De Frente*, por su actuación al final del gobierno peronista en la intervención del Partido en la Capital Federal y por conspiración. El segundo fue apresado por albergar a Cooke y por “rosista”. El cargo contra Palacio fue haber sido legislador.

Pocos días después, sobrevino el accidente vial que sufrió Palacio y al que nos referiremos luego, que lo tuvo fuera de combate por varios años, disminuyó sus capacidades y, a partir de allí, sus apariciones fueron episódicas.

Así, en el ámbito de la historia y, más específicamente, del revisionismo histórico, la presencia de Ernesto Palacio solo se reflejó en la reedición continua de su *Historia de la Argentina*, que se fue ubicando en un lote de libros de un más diversificado revisionismo: *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*, de Fermín Chávez (1956), *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, de Jorge A. Ramos (1957), *Imperialismo y cultura*, de Juan J. Hernández Arregui (1957), y el más importante en cuanto a ventas, *Proceso al liberalismo argentino*, de Atilio García Mellid (1957). En ese tiempo, Peña Lillo se convertía en editor con sello propio y volvía a publicarla en dos tomos durante 1957.

Para ponerse a tono con el contexto, en 1957 actualizó el volumen con una referencia al peronismo histórico, de carácter descriptivo, titulada “Los últimos años”. Allí, al referirse al final del gobierno de Castillo sostuvo: “era evidente que el país necesitaba –y ansiaba– una revolución fundamental en los aspectos social, político y económico y en el sentido que había insinuado Yrigoyen”. La candidatura “impopular en la persona de un magnate azucarero, que iba a imponerse por un nuevo fraude” impulsó el golpe militar ante lo que parecía “una incapacidad de los partidos políticos de la oposición para hacer frente a la situación”. En ese contexto, se produjo la estrella ascendente de un hombre:

Desde los primeros momentos se sintió en la acción del gobierno revolucionario la influencia de una poderosa personalidad: la del coronel Juan D. Perón, que inició sus actividades administrativas como subsecretario del Ministerio de Guerra y a quien se le atribuía la paternidad de la proclama del 4 de junio... el coronel Perón logró imprimir al gobierno revolucionario la orientación que creía adecuada para el logro de sus objetivos, que consistía en trascender el plano meramente político y encarar resueltamente los problemas sociales, candentes y perpetuamente postergados o ignorados. (Palacio, 1957, p. 596)

Eso se tradujo en el aumento marcado de su popularidad, “convirtiéndolo en el hombre representativo del movimiento y en el candidato indicado para encabezar el futuro gobierno legal”. Para ello, obtuvo diversos apoyos, en los que consignó a numerosos gremios obreros, además de un sector importante del radicalismo tradicional, del nacionalismo y de la opinión independiente. Estos apoyos se hicieron evidentes en la jornada del 17 de octubre, que “consagró popularmente su candidatura”, y en el triunfo en la elección presidencial de 1946.

En cuanto a su gobierno, señalaba que desde sus primeras manifestaciones públicas, “el general Perón expresó la finalidad de su acción, que consistía en hacer de la Argentina una nación ‘socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana’ (p. 599)”. Y destacaba, como hecho fundamental, la reforma constitucional que dio lugar a la derogación de la de 1853, cuyo “carácter liberal la hacía inadecuada para los tiempos nuevos”, y la introducción de una serie de innovaciones con la de 1949 (derechos del trabajador, de la familia, ancianidad y educación y cultura, papel del

capital y función social de la propiedad privada, intervención del estado en la economía y dominio de los recursos naturales y administración de los servicios públicos). En suma, “diez años de gobierno singularmente laborioso”, en el que destacaba las políticas de planificación, las nacionalizaciones, las leyes de carácter social y la organización del comercio exterior (p. 401).

Este positivo balance cobraba especial relevancia si se tiene en cuenta que fue elaborado luego de los posicionamientos que lo habían hecho tomar distancia de aquel gobierno. Indicios de esa desilusión se dejaban traslucir en el párrafo titulado “Derrocamiento de Perón”. Para Palacio, el hecho de haber disuelto los tres partidos en uno, la falta de mesura para explicar algunas cuestiones administrativas, la aguda crisis que vivía el país en 1955 y el origen del conflicto con la Iglesia determinaron una fuerte caída en la popularidad, y ello explicaba su caída. Aun así, la imagen de conjunto que buscaba transmitir resultaba favorable. Fiel a su apoyo a Lonardi, colocó al finalizar una frase laudatoria para el movimiento que había puesto fin al peronismo: “Esta revolución, por sus características, devolvió a América el prestigio que tenía por sus revoluciones salvadoras” (p. 402).

Luego de esa reedición, el derrotero de la *Historia* siguió siendo exitoso. En publicidades comerciales de la difundida revista *Qué*, plataforma de apoyo a Frondizi, se promocionaba la obra en compañía de otras de Scalabrini Ortiz, Luna y Rosa, entre otros autores. La publicidad de la librería Huemul (29 de abril de 1958), crecientemente identificada con el nacionalismo, incluía una foto de los autores más representativos de la corriente revisionista, entre quienes revistaba Palacio.

Por su parte, Peña Lillo se empeñaba en difundir la obra de Palacio: en febrero de 1959 salió de los talleres una nueva edición de *La historia falsificada*. En continuidad temática, junto a esa obra, poco después, se difundió *Política nacional y revisionismo histórico*, de Arturo Jauretche. Ambas formaban parte de una colección animada por el editor y Jorge A. Ramos, que llevaba el nombre La Siringa, en homenaje a José Ingenieros (Pulfer, 2015a). En la contratapa, apareció un “perfil” de Palacio: “Político, abogado sin ‘bufete’...es, por, sobre todo, un brillante ensayista de temas históricos”. Ramos, casi con seguridad autor de la semblanza, no dejaba de anotar la participación del autor en el primer peronismo:

Por esos años funda el periódico *Política*, desde cuyas columnas se expresa el nacionalismo de la época. En 1946 es elegido diputado por la mayoría al triunfar

la fórmula Perón-Quijano, cuya ascensión al poder marca –“la liquidación del régimen liberal burgués” al decir del mismo Palacio en su *Historia de la Argentina*, obra de la que podríamos afirmar que es el desarrollo orgánico y de gran estilo de su pensamiento y su actitud revisionista ante la historia nuestra. (Palacio, 1959, contratapa)

En la nueva edición, se reducía considerablemente la original, de la que se habían eliminado algunos capítulos. De ese modo, un texto de doscientas páginas quedó comprimido para esta edición de circulación masiva, que incluía la novedosa venta en kioscos, a setenta y cuatro.

Pasados los años, la obra de Palacio seguía concitando atención. Ávido de recursos, en el año 1964, acordó con Rego, propietario de la editorial y librería nacionalista Huemul, la reedición de *Catilina* y de su libro sobre historia argentina. Este último, aunque pueda resultar extraño, fue reeditado al mismo tiempo por Peña Lillo. Ambas ediciones salieron simultáneamente de los talleres Orestes el 3 de julio de 1965.

La reedición de Peña Lillo provocó una serie de comentarios periodísticos. El 3 de octubre de 1965, Jorge Korembli, un joven de origen radical, aunque relacionado con el nacionalismo, escribió en el diario *El Mundo*, bajo el título “Historia y discusión”, lo siguiente:

Cuatro ediciones en un decenio justifican la *Historia Argentina*, de Ernesto Palacio, como éxito de librería. Pero son otras, previas y más profundas, las razones que la convierten –más allá de diferencias de interpretación– en un elemento imprescindible para evaluar nuestro pasado. Y es en ese sentido que ahora, con motivo de una nueva edición de Peña Lillo, conviene establecer algunas precisiones a su respecto. Por de pronto, destacar que esta obra se recorta con caracteres independientes de toda la literatura revisionista aunque por supuesto responde en términos generales a la corriente destinada a reestudiar la historia argentina. Es decir, a obtener una nueva perspectiva crítica y valorativa de hombres, sucesos e instituciones, al margen (o en contra, a veces) de lo establecido por la historia oficial. Asimismo, es indispensable subrayar que

en este trabajo, más que el afán monográfico o el rigor de la cronología, lo que da cuenta es el propósito de comprensión. El análisis *in vivo*, la ubicación humana de los protagonistas, limpia de toda mitología. E.P. ha volcado en esta empresa, además de un largo período de su vida, la decantación de todas las lecturas posibles y, más que eso aún, el peso de un sólido aparato servido por un estilo sobrio, oportunamente realzado por la ironía e incluso, en algún momento, el sarcasmo o el apóstrofe. Es antes que un historiador en el sentido profesional del término, un hombre de letras que hace historia. Pero que la hace con arreglo al mayor rigor crítico exigible. (p. 43)

Pocos días después, la revista *Confirmado* (7 de octubre de 1965), en su sección “Los libros”, publicó un comentario-reportaje al autor. Titularon la nota “historia con gusanos” e incluyeron una foto de Palacio con el epígrafe “Nostálgico de las viejas jerarquías” y otra de Rosas con la leyenda “Mito opuesto a la historia oficial”. La nota no llevaba firma y comenzaba señalando que la Asamblea del año XIII le había retirado a los Palacio el uso de la partícula *de* en su apellido. Ese signo de nobleza, decía el periodista, se proyectaba en los “arrestos aristocráticos” que habían marcado la obra y la acción política de Palacio. Como parte de la nota, lo interrogaban acerca de su participación en los golpes militares y sus críticas al peronismo. Visiblemente molesto, Palacio respondió secamente.

Al calor de la eclosión revisionista –pero también, del éxito notable de la obra–, Peña Lillo volvió a editar la *Historia de la Argentina* en los años posteriores. Como las ediciones, anteriores salió en dos tomos, pero con un cambio de tapas, *aggiornado* a la coyuntura y a la identidad editorial que fue consolidándose con la expansión de los *best-sellers* que consiguió colocar en un ampliado mercado lector.

En los años setenta, la obra *Historia de la Argentina* tomó nuevo brío en las ventas. Se hicieron dos ediciones en dos años. La primera de ellas, correspondió al año 1974 y salió en un único tomo (la séptima edición); y la segunda, con igual formato, al año siguiente. En 1977 y 1979 Peña Lillo volvió a publicar *Historia de la Argentina* en lo que serían la décima y undécima edición, sin incluir paratexto alguno. Al mismo tiempo, la editorial Perrot realizó también la undécima edición en abril de 1979, en cuya tapa figuraba el período 1515-1976, merced a una actualización cronológica realizada

por su hijo Juan Manuel. Al año siguiente, Jorge Perrone volvió a publicar la *Historia de la Argentina* en cinco tomos, con ilustraciones y una actualización cronológica que prolongó hasta el año 1978. La editorial Perrot siguió haciendo actualizaciones del volumen hasta llegar a 1983 y 1989, sucesivamente. Por otra parte, realizó una edición de lujo en cinco tomos.

La repercusión de la *Historia* de Palacio fue notable. Su texto se posicionó como la síntesis revisionista más difundida en el período de mayor expansión de la corriente. Más allá de los méritos de la obra, ello fue facilitado por el hecho de que el autor revisionista más “popular”, José María Rosa, nunca organizó una obra de esas características. Si tomamos el conjunto de las corrientes historiográficas, la obra de Palacio compitió en circulación con *Las ideas políticas en la Argentina*, de José Luis Romero (Cattaruzza, 2018, pp. 217 y ss.).

Capítulo 6. El político: liderazgo, ascenso y decepción

En este capítulo, abordaremos la dimensión política de la vida de Ernesto Palacio, desde sus inicios en torno a la revolución de 1930 hasta su actuación en el primer peronismo como diputado nacional. Esta dimensión dialoga y se entrelaza de manera continua con las facetas trabajadas con anterioridad.

Por un lado, el ámbito literario se vio tensado por las contradicciones políticas del período. Por otro lado, el ejercicio periodístico se fue volcando, cada vez más decididamente, a la intervención política. La producción teórica contribuyó a posicionarlo en este espacio y a la vez formó parte de algunas de sus intervenciones en esta esfera. Por último, la historiografía revisionista, nacida como empresa política, también jugó un papel en el desenvolvimiento de esta faceta.

Más allá de esas relaciones, en esta parte de nuestro trabajo nos centramos en las acciones específicamente políticas de la trayectoria de Palacio: la de conspirador, funcionario de una intervención provincial, dirigente nacionalista opositor al régimen conservador y, finalmente, referente de un espacio político propio que lo catapultó a la diputación nacional en las elecciones de 1946.

Hacia el golpe

Palacio comenzó con sus actividades políticas en el núcleo juvenil de la publicación *La Nueva República*, hacia 1927. Luego de esa experiencia y de haber conocido al General Uriburu, el grupo nacionalista que integraba Palacio había interrumpido la publicación.

Su crítica de la aplicación de la ley electoral que abrió las puertas a la participación de nuevos sectores y el abrumador triunfo de Yrigoyen en 1928 los había dejado pasmados y desalentados.

Sus propuestas quedaron a la espera de una mejor coyuntura. Esa oportunidad se abrió con la crisis mundial y su impacto local, así como con la debilidad del gobierno democrático de Yrigoyen. Ya hemos reseñado las campañas periodísticas en las que intervino contra el caudillo radical, sea desde *La Fronda* o desde *La Nueva*

República. Fue en ese marco, que el grupo que integraba Palacio recobró protagonismo político y lideró las fracciones del naciente nacionalismo elitista.

En 1929, año de la crisis de Wall Street, en la Argentina comenzó una etapa de agitación política. Las organizaciones civiles nacionalistas se congregaron a través de la Liga Republicana, a cuyo frente estaban Roberto de Laferrère y Rodolfo Irazusta. El primer “Manifiesto”, de agosto de ese año, defendía “la Constitución y las leyes de la República”, acusaba al Poder Ejecutivo de promover conflictos obreros y de “la adulación de las muchedumbres, cuya tendencia instintiva al desorden estimula el presidente Yrigoyen” (Buchrucker, 1987, p. 49).

La organización se autodefinía como una “liga de acción”, una “milicia voluntaria” para luchar “contra los enemigos interiores de la República” y estaba constituida en comisiones para la investigación de las acciones censurables del gobierno. Realizaban, de manera frecuente, conferencias callejeras y actos de protestas, que muchas veces derivaban en enfrentamientos con grupos radicales o con las fuerzas policiales (p. 50). La consigna lanzada en el mes de marzo “¡Balas sí, votos no!” era expresiva de su línea política. Estimaban su composición en 1000 miembros activos, la mayoría de ellos estudiantes.

En su segundo “Manifiesto” ya se consideraba una agrupación representativa de todas las fuerzas de “orientación nacionalista” y se mostraba disponible para aliarse con cualquier partido o fuerza que estuviera inclinado a confrontar con el gobierno radical. La primera conducción de la Liga coincidía en buena medida con el equipo de *La Nueva República*. Además de R. Irazusta y R. de Laferrère, que formaban el comité ejecutivo, en dos organismos asesores figuraban Ernesto Palacio, Julio Irazusta y Juan Carulla.⁶⁹ A esa organización se sumaría en agosto La Legión de Mayo, dirigida por Alberto Viñas, Daniel Videla Dorna, Carlos Pont Lezica y Rafael Campos.

El referente de la conspiración militar de este grupo, José F. Uriburu, propició la unión de ambas organizaciones. Por su parte, la Liga Patriótica Argentina, que había tenido fuerte actuación en la coyuntura 1919-1921, resurgió bajo el liderazgo de su antiguo referente, Manuel Carlés, para acoplarse a la propaganda antigubernamental. Por fin, en este fragmentado campo de organizaciones, que de algún modo preanuncia procesos posteriores de similares características, hay que ubicar a un grupo marginal de

⁶⁹ Federico y Carlos Ibarghuren(h) eran también miembros destacados. Rodolfo Irazusta y Ernesto Palacio, volcados a la acción periodística, se retiraron de los cargos en marzo de 1930.

los Cursos de Cultura Católica con Alberto Ezcurra Medrano, Juan Carlos y Luis Villagra y Mario Amadeo, que simpatizaban con las posiciones contenidas en *La Nueva República*.

A mitad de año, los procesos se aceleraron. Como vimos, se volvió a publicar *La Nueva República*, ahora bajo la dirección de Palacio, y desde allí se apoyó decididamente el golpe militar de Uriburu, lo que incluyó encuentros del grupo con el mismo Uriburu, incluso en la propia casa de Palacio.



Cena despedida de Rodolfo Irazusta, año 1928. Fuente: (Irazusta, 1975a).

Una vez en el gobierno, el dictador prefirió configurar su gabinete con la vieja guardia conservadora y dejó en un plano de amistad a los jóvenes conspiradores. Se trató de la primera intervención política profunda para el grupo, en la que las dosis de candidez e inexperiencia iban mezcladas en proporciones parejas.

Tras el triunfo de la asonada militar, Palacio integró la intervención a la provincia de San Juan, que ya había sufrido otra previa en el gobierno de Yrigoyen, a cuyo frente estuvo Modestino Pizarro, quien desplazó al gobernador electo Aldo Cantoni. El 18 de septiembre, Uriburu designó a Marco Aurelio Avellaneda como interventor federal, misma fecha en que Palacio fue nombrado ministro de Gobierno. Antes de viajar, sus amigos escritores le organizaron una cena de despedida.⁷⁰ La situación provincial no era sencilla, ya que el radicalismo cantonista representaba una fuerza significativa desde hacía tiempo y había mostrado su pervivencia y fuerza electoral de manera reciente (Rodríguez, 1982).

⁷⁰Gálvez le escribió: “Espero que San Juan tendrá un gran gobierno. ¿O habrá peligro de que usted se contagie del ambiente y salga imitando a Cantoni y a Pizarro?”. (Gálvez, c. septiembre de 1930)..

Si bien Palacio, como hemos visto, estaba casado, viajó solo en tren hacia Mendoza. Su esposa estaba encinta. Al llegar, escribió de inmediato e incluyó una descripción breve de la situación. Le pidió comunicación diaria a través de telegramas, “aunque sea con dos palabras: bien y besos” (Palacio, s.f.).

Tiempo después, fue de paseo a Calingasta, que le resultó el “paisaje más maravilloso” que había visto en su vida (Palacio, 27 de septiembre de 1930). Junto a él viajaron Olivera, Sinteas y Bernal (empleados de investigaciones). Fueron a almorzar a la casa de Zúccoli (“viejo italiano rico que vive ahí con su esposa y tiene la mejor casa de la localidad, aunque sin cuarto de baño”). Anduvieron a caballo. Recorrieron el departamento, los edificios públicos, jefaturas políticas, municipalidad, escuelas, etc., que resultaron “todos rigurosamente ranchos” (Palacio, 27 de septiembre de 1930).

Una vez instalado, Palacio desplegó una intensa actividad. El 12 de octubre, con motivo del “Día de la Raza”, pronunció un discurso de corte hispanista:

Siempre ha sido esta fiesta de los españoles una fiesta argentina, y ni aun cuando pretendieran complicarlo con simbolismos ajenos a su puro significado, dejó de suscitar en el corazón de los hijos de esta tierra, las mismas emociones generosas que hoy a todos nos embargan y que han hecho vibrar, de un extremo a otro de la República, en centenares de actos jubilosos, en millares y millares de españoles y criollos, hermanados en un culto común. (Palacio, c. 12 de octubre de 1930)

En su actividad como ministro, buscó concitar apoyos para la gestión. Convocó a elementos juveniles y, a partir de ello, desarrolló amistades perdurables. Un grupo de “muchachos” fue el conformado por Dojorti, Assaf, Picone y Podestá de Oro, oriundos de la provincia. Palacio los bautizó grupo de “La Nueva Política”.

Esa sociabilidad se expresó en un banquete dado en honor de Palacio en enero de 1931. Ante el hecho consumado tuvo que buscar, a tientas, las palabras para la ocasión: “Confieso que ignoro el motivo de este banquete”. Después de señalar que los banquetes respondían a algún agradecimiento especial, dijo: “yo nada he hecho en los últimos tiempos que merezca tal distinción”. Ocurrente, resolvió “calificarlo como un banquete inmotivado” que no tenía “más objeto que estrechar vínculos con la complicidad de la charla amistosa y el vino cordial”. Confesó que nunca se había

podido resistir a esta clase de invitaciones y que el hecho de hacerlo presidir el encuentro comprometía su gratitud. Pidió el brindis “con la única autoridad que tengo y la única también, que quiero para mí: la que me da el haber sido y seguir siendo soldado fiel de una causa patriótica”. Para que no quedaran dudas de la orientación de esta, agregó: “hoy se cumplen cuatro meses de la Revolución del 6 de septiembre, que liquidó la demagogia y abrió los horizontes de la Argentina grande que ambicionamos”. Finalmente, propuso “brindar por el General Uriburu y porque se cumplan sus propósitos de reorganización nacional” (Palacio, enero de 1931).

Ante el lanzamiento a nivel nacional de la Legión Cívica Argentina (febrero de 1931), si bien tuvo conocimiento de ella, no organizó instancias locales ni promovió su creación en la provincia. En cambio, sí organizó, junto a fuerzas locales favorables al gobierno uriburista, colectas para un monumento a los mártires del alzamiento.

El interventor Avellaneda renunció en el mes de marzo y fue sucedido por Celso Rojas. Unido a este cambio y ante los acontecimientos políticos que se precipitaron con el triunfo del radicalismo en la provincia de Buenos Aires, Ernesto Palacio renunció al ministerio de San Juan.

En el mensaje de despedida, en tono realista, dijo: “San Juan no ha sido indiferente a mis buenas intenciones, ya que, por desgracia, no puedo hablar de obra terminada”. Señaló, además:

He ganado en este pueblo amigos que me recordarán tanto como yo a ellos. Hay entre nosotros un vínculo más firme que el de la simple camaradería de juventud: el anhelo vehemente de lograr la regeneración de este pedazo de tierra argentina, tan inficionado de política rastrera y tan digno de mejor suerte, mediante la comunión en el espíritu revolucionario del 6 de septiembre (Palacio, enero de 1931). Sus jóvenes amigos de la provincia bromearon ante lo irremediable:

Por meterte a redentor

Doctor

Te propinaron el “pesto”

Ernesto

Pues debes ir más despacio

Palacio

No te vayas por favor

Que nos quedamos

sin puesto

Colgados en el espacio

Doctor Ernesto Palacio. (Podestá de Oro, 1931)

Luego de esa actuación, Palacio se alejó de las posiciones de gobierno. Esta breve experiencia en el ejecutivo provincial volvió en reiteradas oportunidades a su memoria. En 1945, en el prólogo de la segunda edición de su *Catilina*, recordaba esos años, con tono crítico:

Mi conocimiento de los entretelones del régimen restaurado el 6 de septiembre y mi contacto íntimo con los triunfadores –ávidos de usufructo– completaron mi hartazgo imperfecta educación política. Comprendí que el patriotismo y el honor me vedaban seguir una carrera provechosa en las filas de quienes mostraban tan a lo vivo su falta de sensibilidad nacional. Y renunciando a mis obvias posibilidades de éxito y de lucro fácil, decidí romper con los comilitones de la víspera, abandonar la mesa del infame festín y solidarizarme en la calle con los vencidos... esta renuncia era, en mi caso, grave. Significaba abandonar el iniciado *cursus honorum*. (Palacio, 1945a, p. 7)

Como hemos visto, su solidaridad con el radicalismo (“los vencidos”) no resultó inmediata. Sucedieron, entre medio, una serie de episodios no menores que actuaron un tiempo más en el espacio nacionalista.

Frente a la república conservadora

Entre los meses de mayo y junio de 1931, se produjeron una serie de reuniones en casas particulares, como la de Angelino Zorraquín, Juan Pablo Echagüe o Arturo Ameghino, en las que el grupo nacionalista en el que participaba Palacio se reunió con Leopoldo Lugones. También lo hizo con el presidente provisional el 10 de junio a las 15.30 h (Secretaría Privada Presidencia de la Nación, 1931)⁷¹.

Estaban preparando un manifiesto de apoyo a Uriburu, en el que planteaban la necesidad de la organización de una fuerza política para impulsar y respaldar las transformaciones esperadas y no cumplidas. El manifiesto nunca salió a la luz, pero como producto del encuentro con Uriburu, en el marco de la que denominaron Acción Republicana, surgió un Preámbulo redactado por Lugones y un Programa con diversas propuestas que abarcaba líneas de política económica, industrial, salud, obras públicas e instrucción, que fueron presentados públicamente el 9 de julio de ese año. Firmaron: Angelino Zorraquín, Arturo Ameghino, Carlos Obligado, Leopoldo Lugones, Rodolfo Irazusta, Ernesto Palacio, Justo Pallarés Acebal, César E. Pico, Santiago Lugones, Lisandro Galíndez, José Mauricio Acevedo, Mario Lassaga, Jorge Attwel de Veyga, Castelfort Lugones, Julio Irazusta, Lisardo Zía, Oscar Allaría Amézaga, Pablo Buglioni, Juan Carlos de Abelleira y Horacio Boneo Pico (Irazusta, 1975c, pp. 175-179).

Entre tanto, Rodolfo Irazusta buscaba lograr un acuerdo entre el radicalismo y sectores del gobierno para la construcción de una fórmula conciliatoria. Sus antecedentes en esa fuerza y en las lides políticas contribuían a ello, junto con la vieja amistad sostenida con Mario Jurado, radical yrigoyenista, que se remontaba a los tiempos universitarios.

Poco tiempo después, según vimos, se lanzó otra vez *La Nueva República*, esta vez en forma de diario, en la que fueron fijando posiciones con respecto al proceso electoral. Ya hemos visto las consideraciones realizadas en ese espacio con relación a la proscripción del radicalismo y al significado de la candidatura de Agustín P. Justo.

Tras el desemboque conservador de la malograda “revolución”, con el triunfo de la Concordancia, Palacio se retiró de la actividad política y del periodismo y se concentró en sus actividades particulares.

En ese momento, comenzó a mirar con simpatía las insurrecciones radicales y tomó contacto con algunos de sus dirigentes. Fueron los años en los que, a través de

⁷¹Tarjeta del Jefe de la Secretaría privada del señor presidente del Gobierno Provisional de la Nación en la que dice que recibirá en audiencia a Lugones, Casares, Zorraquín, Díaz Cisneros, J.Irazusta, Pallares Acebal, A. Ameguino y Pico.

aproximaciones alegóricas, como las vertidas en los artículos y en el libro *Catilina*, se hacía eco de esos conatos revolucionarios.

Todos esos años fue combinando la docencia activa, la producción de materiales para diversos medios capitalinos, así como proyectos de escritura, algunos de los cuales quedaron definitivamente trancos y otros serían retomados muchos años más tarde.

En la vida de relación, estrechó sus vínculos con los hermanos Irazusta que, por raíces familiares, se entroncaban con el radicalismo entrerriano y perfilaban progresivamente un pensamiento nacionalista de ribetes republicanos.

En ese marco, se entrevistó con Alvear hacia 1937, reunión de la que salió sin expectativas por las condiciones de época. Ello no fue óbice para su participación en la campaña electoral que concluyó con la entronización fraudulenta de Ortiz.

Todavía, en marzo de 1939, seguían intentando esos acercamientos. Hubo elecciones para la gobernación y los cargos legislativos en la provincia de Entre Ríos. Un tío de Julio Irazusta estaba encargado del armado electoral. Hacia Paraná viajó la plana mayor del radicalismo alvearista y Palacio se sumó a la partida. Le escribió a su esposa:

Estoy muy contento de haber venido. Gran repercusión por parte de Alvear y todos sus acompañantes: encantados con nosotros y sobre todo conmigo: “¡gran escritor!”. Mi impresión es que se ganará, por el enorme entusiasmo de la gente. Puros radicales y sobre todo, enemigos del gobierno, por todos lados. He conversado con Mosca, con Pueyrredón, con Laurencena, con Eguiguren, con Aguirrezabala y con Guillot. Son optimistas ¡Dios los oiga! Te aseguro, sobre todo, que este viaje, por las relaciones que he hecho y la actitud de Alvear, serán provechosísimos si ganamos... estoy muy satisfecho de haber seguido mi corazonada de venir, porque será seguramente un bien para todos nosotros.

(Palacio, c. marzo de 1939)

Finalmente, en las elecciones provinciales triunfó la U.C.R. con la candidatura de Mihura a gobernador. Julio Irazusta tuvo a cargo la preparación del almuerzo de celebración del triunfo, aunque ello no modificó drásticamente el escenario político nacional ni las posiciones del grupo en el entramado radical.

Palacio prosiguió con sus tareas regulares en la docencia y para engrosar sus ingresos consiguió un contrato con la Agencia Nacional de Información (ANDI) para la cobertura del conflicto bélico, que se acababa de desatar. Para dicha agencia de noticias, configurada y orientada por Gerónimo Jutronich, realizó una serie de despachos. Uno de ellos, se refería a las deliberaciones del inminente Congreso de Panamá y al papel de la Argentina en él. Confiaba que el delegado argentino, Leopoldo Melo, sostendría la posición tradicional de neutralidad del país. “Americanos, hagamos la política de América. Que Europa resuelva sus viejos problemas. Nosotros tenemos bastante con los propios” (Palacio, septiembre de 1939). Otro, con fecha 21 de septiembre, estaba referido al “diagnóstico del mal de América”, en el que insistía con tópicos ya vertidos en el periodismo. Allí consignaba:

El objeto de estas reflexiones es el de diagnosticar un mal común de nuestra América, que podría influir viciosamente, si no se le pone remedio, en el desarrollo de nuestro destino colectivo. El mal consiste, precisamente, en nuestra actitud con respecto a Europa. No es que nos sintamos inferiores, ni que profesemos como un dogma que debemos seguir servilmente los pasos de Europa. Hay, sin duda, quienes sienten y piensan así; pero no es lo grave. Lo grave es que quienes piensan lo contrario, quienes sienten el orgullo y la inquietud de América, tienen también los ojos fijos en el continente y buscan en sus fórmulas de circunstancias la solución de los problemas americanos. Con distintos principios, la actitud es la misma”. (Palacio, 21 de septiembre de 1939)

Este es el tiempo de desarrollo del intento fallido de *Reconquista* y el emprendimiento más ambicioso que había desarrollado Palacio en el ámbito del periodismo político, con la publicación de *Nuevo Orden*. El neutralismo ordenaba el discurso, así como la búsqueda de convergencia entre la masa radical y el nacionalismo como concepción política ordenadora del programa de acción.

El fraude, los escándalos de corrupción, la subordinación económica, la dubitativa política exterior, hacían extremar la oposición del nacionalismo en sus variadas expresiones, que buscaban el debilitamiento o el reemplazo del gobierno.

Ciertos nacionalistas, entre los que se encontraba Palacio, no descartaban para ello un nuevo golpe encabezado por algún general de filiación nacionalista. Su amigo José L. Torres redactó el texto “A las Fuerzas Armadas de la República” (Torres, 1941), que se publicó el 17 de marzo, en un folleto de 5000 ejemplares que denunciaba la venalidad y la corrupción gubernamental. En esa misma orientación, se realizó un mitin nacionalista que adquirió cierta importancia.

En la simbólica fecha del 1 de mayo, la Alianza de la Juventud Nacionalista realizó su manifestación tradicional en la Plaza San Martín, previo desfile por la avenida Santa Fe. El general Juan Bautista Molina se dirigió a los manifestantes desde la escalinata de la iglesia de San Nicolás de Bari. La multitud vivaba al militar y agitaba las banderas del nacionalismo.

Para el 25 de mayo, en el marco de la intensificación de las relaciones de Molina con las agrupaciones nacionalistas y, en particular, con la Alianza Nacionalista de Queraltó –la agrupación de agitación y movilización más importante del momento–, se hizo pública la “Carta del general Juan Bautista Molina a la Alianza de la Juventud Nacionalista”, que fue redactada por Torres. Esa carta enunciaba los motivos frecuentes de las posiciones nacionalistas (neutralidad, liberación y unidad nacional, justicia social) y recibió el apoyo de Queraltó. El 20 de junio, al inaugurar el local central de la Alianza en la calle Piedras al 126, Molina asistió.

En el clima de agitación nacionalista el 9 de julio de 1941, Torres dirigió una carta abierta al presidente de la República, con el título “La Nación debe ser salvada (Mensaje de un argentino asustado y con angustias al ciudadano que preside la República)”.

Poco después, fue creada en el parlamento la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas y para agosto de 1941 Molina fue denunciado como partícipe de un movimiento sedicioso ante la comisión, cuando era vigilado por la policía que daba cuenta de sus encuentros con Torres y otras figuras como Diego Luis Molinari, Alfredo Palacios, Benjamín Villafañe y Manuel Fresco (Capizzano, 2013, p. 114).

Resulta importante recuperar estos elementos por la cercanía de Palacio con el civil que mayor nivel de contacto desarrollaba con los núcleos militares, como era José L. Torres. Además de cultivar una amistad, sobre la base del intercambio y el debate iban fraguando una perspectiva ideológica común. A tono con esas búsquedas, afirmaba Palacio (9 de julio de 1941):

Porque el nacionalismo argentino y el filofascismo ideológico, aunque suelen encontrarse reunidos en la misma persona, son dos cosas distintas. Se puede ser nacionalista sin ser filofascista. Y se puede ser filofascista... sin tener siquiera la idea de lo que el nacionalismo significa. Muchos en efecto, que se titulan nacionalistas por el hecho de simpatizar con ciertos aspectos de los regímenes totalitarios, no son tales, sino los mismos oligarcas del régimen que ven en la armazón totalitaria del fascismo un medio de preservar los intereses antinacionales que se acostumbraron a servir durante su vida política anterior.

Más adelante, seguía señalando que un nacionalista debía inspirarse “en un profundo amor a la patria y al pueblo” y debía adoptar “una actitud de comprensión y obediencia frente a los anhelos populares, cuya interpretación y realización le incumbe”. Decía que para ser nacionalista no bastaba con ser antiliberal, “adoptar los tópicos de la restauración católica y la hispanidad, rechazar el parlamentarismo y toda herencia anglosajona” (Palacio, 9 de julio de 1941). Un nacionalista se definía por su sentido de la liberación nacional y voluntad de lograrla. Se trataba de claras definiciones y diferenciaciones en relación con otros grupos de la familia nacionalista.

Los dardos iban dirigidos al antiguo líder de Afirmación de una Nueva Argentina (ADUNA), Juan P. Ramos, pero en un sentido más general abarcaba otras expresiones. Desde el inicio de la salida de *Nuevo Orden*, se habían dado polémicas con el grupo de *Nueva Política* dirigido por Marcelo Sánchez Sorondo, que cultivaban un perfil doctrinarista y simpatías acentuadas por los gobiernos totalitarios europeos. Sea por el régimen político, sea por el significado del radicalismo, desde sus respectivas páginas se habían librado debates en los que los primeros se alineaban en el orden práctico, concreto y comprometido con la participación en el sistema político y los segundos adoptaban un aire más teórico, abstracto y antipartidario.

A fines del año 1941, se realizó una convocatoria a las agrupaciones nacionalistas por inspiración del general Benjamín Menéndez –que no figuraba a causa de su condición de militar “en actividad”– para constituir un Frente Patriótico. Palacio tuvo a su cargo la redacción de la declaración del nuevo frente. Decía así:

Una guerra por la hegemonía mundial golpea a nuestras puertas y los intereses comprometidos en ella pujan por arrastrarnos a su servicio. Estos intereses

dominan nuestra economía, determinan corrientes de opinión por medio de la prensa, dirigen la acción los partidos que tienen representación en el gobierno y desarrollan, a estas horas, una campaña activísima para arrancar de éste una definición beligerante, que se anuncia como próxima. Sus agentes hablan ya públicamente de la necesidad de que la República Argentina entre en la guerra, para defender principios universales o continentales y como fuerza de choque a la zaga de uno de los bandos en lucha. En estas circunstancias, es un deber imperativo y urgente hacer oír una expresión auténtica de la opinión del pueblo argentino, expuesto a dar su sangre por causas que no le conciernen.

Los firmantes de este manifiesto –miembros de todos los sectores de un movimiento nacional, que se unen olvidando sus diferencias de épocas normales– nos consideramos obligados a dirigimos a nuestros compatriotas para ponerlos en guardia contra los peligros de una propaganda que no consulta el interés argentino, y Declaramos: 1) Que la política exterior no debe regirse por principios abstractos, sino por las exigencias del interés nacional; 2) que la soberanía es indelegable, puesto que ninguna nación puede, sin perderla, esperar la protección de su libertad o de su dignidad del esfuerzo extranjero; 3) que la neutralidad que nuestra independencia nos exige no debe tomarse como principio absoluto, sino que ha de estar condicionada por la integridad del patrimonio y el honor nacionales; 4) que estamos dispuestos a luchar, si el caso llega, pero en defensa de lo nuestro, contra cualquier amenaza que provenga del exterior; 5) que por todo esto, es necesario exaltar las energías del país, estimular el máximo y urgente desarrollo de las instituciones armadas y hacer vibrar el alma nacional, frente a la propaganda extranjera, que habla de nuestra supuesta debilidad para cohonestar la entrega a la protección ajena, con

abdicación del tradicional heroísmo argentino. Al deponer nuestros intereses políticos particulares frente al peligro que nos amenaza, invitamos a nuestros compatriotas a adherirse a este FRENTE PATRIÓTICO, para sostener la política aquí expuesta con fortaleza, abnegación y disciplina. (Ibarguren, 1970. p. 79)

La convocatoria logró 1500 firmas de personas ligadas a las letras, las ciencias, el comercio, la industria y el trabajo. Esas adhesiones se recibían en los locales de los periódicos *Nuevo Orden*, *El Fortín*, *Nueva Política*, *Restauración*, así como en la *Legión de Mayo* (Ibarguren, 1970. p. 79).

De esta época puede datar un texto elaborado por el mismo Palacio, en el que se proponía una organización política de características secretas en apoyo a un golpe militar como parte del desarrollo de este “Frente Patriótico”. Allí exponía, en la intimidad de sus papeles y con lujo de detalles, su ideal de una organización clandestina, con sus pormenores más operativos como los principios ideológicos que debían guiarla (Palacio, c. 1942).

El material fue mutilado en la primera parte, por lo cual está disponible desde el punto 2, en el que realizó anotaciones sobre la influencia determinante de las finanzas en la situación política “porque los políticos necesitan dinero para su propaganda y sólo la consiguen a costas de su complicidad criminal con el capital extranjero”. A su vez, los diarios “también callan, porque viven de los avisos del extranjero”. Esta realidad obligaba a plantear que ningún cambio político “será benéfico para nuestra patria si no se inspira ante todo en el propósito heroico de obtener la independencia económica de la misma”.

En el punto 3, señalaba que el “movimiento es completamente ajeno –y superior– a cualquier partido, asociación o bandería”, en un lugar superador, ya que no se ubicaban ni “a la derecha, ni a la izquierda, ni en el centro, sino por encima de estas designaciones”. Sustentados en la defensa del interés común, pretendían trascender lo que denominaba intereses individuales o de casta. A partir de allí, los afiliados, que debían estar debidamente juramentados podían militar “provisoriamente en cualquier partido o agrupación, menos en los que pregonan el materialismo marxista y niegan la patria y la familia”, y debían comprometerse a “realizar dentro de aquellos los fines de nuestro programa”.

En el cuarto punto, consignaba una idea que lo rondaba desde la redacción de *Catilina*: el movimiento debía representar “la nueva generación argentina, la cual está informada, cualquiera sea su origen, en un espíritu opuesto al de sus antecesores”, contraria a “los políticos viejos, comprometidos en el fracaso de los gobiernos anteriores”. El secreto, así como una convocatoria policlasista y abierta “a civiles de toda profesión, intelectuales, agricultores y obreros y también a militares y marinos”, constituían los puntos siguientes.

En el séptimo punto, fijaba el objetivo del movimiento: “conquistar el poder del Estado”, sin descartar medios para lograrlo (“bien por medios pacíficos, bien por la violencia”).

El programa propendía a la independencia económica, mediante la supresión del pago de la deuda externa y un plan de cinco años para obtener la liberación económica del extranjero, mediante fomento de industrias, creación de marina mercante y fiscalización de frigoríficos, transportes y *trusts* cerealistas, con vistas a su nacionalización circunstancial. En segundo término, buscaba la reorganización interna del país con un criterio de justicia social, mediante sendas reforma constitucional y educacional.

En el nuevo sistema de representación, privilegiaban al sector agrícola-ganadero, “nuestra mayor riqueza”, aunque sugerían nuevas leyes agrarias y la limitación del derecho de propiedad con criterio de servicio público. Planteaba, también, la confiscación de ganancias ilícitas obtenidas por influencia política y gubernativa, para lo que proponían la realización de un inventario obligatorio y público de los bienes de los funcionarios al asumir y al cese de su mandato. Proponía la extirpación de la usura, con bajas de intereses y moratorias para las deudas privadas. Por último, planteaba la rebaja de sueldos a los altos funcionarios del gobierno y la incompatibilidad de las funciones públicas con el ejercicio de las profesiones liberales”. En su desarrollo, sin vincularlo de manera lógica con alguno de los puntos anteriores, había anotado: “extirpación del socialismo marxista y el comunismo”.

El documento quedó en su archivo. El proyectado golpe nunca fue concretado. Eso llevó a una nueva decepción a Palacio, que había jugado su tiempo y prestigio a esa empresa. La abortada intentona golpista lo convenció de un prudente retiro público. A ello podía contribuir, además de las condiciones de la vida política y cierto agobio que lo llevaban a la indignación, el hecho de que el gobierno y las fuerzas policiales que

controlaban a la mayoría de los involucrados en tales movimientos conocieran su actuación conspirativa.

Palacio, cansado de amagues, convocatorias fallidas de espadones militares, decidió tomar un camino legalista y encauzar su participación orgánica en el radicalismo. Como vimos, en la entrega número 72 de *Nuevo Orden* dejó de actuar como director y colaborador. En el plano personal, se concentró en la docencia, las traducciones y la atención de casos cedidos por Tomás Casares. De manera intermitente, volvió sobre su proyecto de escritura de la *Historia de la Argentina*.

El golpe de 1943 y el surgimiento de Perón

En el momento de distanciamiento de la escena pública, se estaban produciendo hechos significativos en la vida nacional. Cuando Palacio se retiraba de las conspiraciones, emergía la logia militar de oficiales más poderosa y organizada de la historia contemporánea argentina, conocida como GOU (Grupo Obra Unificación o Grupo oficiales unidos), que comenzó a organizarse a fines del año 1942.

Cuando Palacio enfilaba sus simpatías hacia el radicalismo, el nacionalismo organizaba para los días 20 y 21 de diciembre de 1942 un “Congreso de la Recuperación Nacional” con el objetivo de fijar posición con relación a la próxima renovación presidencial, en el que decidieron participar orgánicamente en las elecciones mediante la designación de un candidato propio de las fuerzas nacionalistas. De ese modo, se abandonaba la posición crítica de la participación en el régimen político democrático de partidos. Esas jornadas reunieron cerca de 500 figuras del movimiento (Chávez, 1975, p. 200, tomo 1).

Mientras Palacio se retiraba del semanario *Nuevo Orden*, comenzó a publicarse el diario nacionalista de mayor trascendencia, *Cabildo*, orientado por Lautaro Durañona y Vedia, que funcionaba en Mitre y Maipú y aumentaba el predicamento a nuevos sectores.

Con estos movimientos, los sectores nacionalistas se sentían en la cresta de la ola y ello se reflejaría, de algún modo, a partir del golpe de junio de 1943.

La historia argentina cambió, además, vertiginosamente de escenario por dos decesos: en 1942 murió Marcelo T. de Alvear y quedó acéfalo el radicalismo oficial, y a

inicios del año 1943 falleció súbitamente Agustín P. Justo y el conservadorismo perdió su referente para la renovación presidencial.

El 17 de febrero de 1943 trascendió la candidatura de Patrón Costas, favorecida por Castillo. El GOU contaba con cuadros en lugares estratégicos del Estado. Una de las figuras del ámbito civil más frecuentada por los jefes del GOU era José Luis Torres. Su domicilio en Perú 971 reunió más de una vez a Perón, Enrique P. González (Gonzalito) y Emilio Ramírez con el dueño de casa (Chávez, 1975). Otra figura concurrente era Diego Luis Molinari, historiador, de origen radical yrigoyenista que para ese momento sostenía la neutralidad y animaba una corriente interna del radicalismo (Radicales del Gorro Frigio) y era amigo de Torres, además de conocido de Palacio.

El 1 de mayo la Alianza de la Juventud Nacionalista realizó el acto del Día del Trabajo en la plaza San Martín, con unas 50 mil personas, que incidió en las filas del Ejército (Chávez, 1975, p. 202). Torres, por la misma época, presentaba una denuncia contra la familia Bemberg, por defraudación del impuesto a la herencia (Torres, 1945, p. 72).

Cabildo se enfrentó con el ministro del Interior, Miguel Culaciati, quien había tomado el compromiso con la Corporación de Transportes Urbanos de conceder un aumento de tarifas. El gobierno de Castillo notificó oficialmente a la dirección la clausura del diario por el término de diez días, por notas de Torres. El 15 de mayo el periodista dirigió a Culaciati una carta abierta. Las acusaciones realizadas produjeron impacto en el seno del Ejército y sirvieron de apoyo a los hombres del GOU, quienes la citaban como lectura obligatoria para sus miembros. Castillo declaró que todas las medidas tenían su aval y el 23 de mayo Torres fue encarcelado.

El GOU seguía reuniéndose, organizándose, dándose las bases de su funcionamiento. Perón iba organizando su pensamiento mediante heterogéneas lecturas, en las que se mezclaban Torres, Gálvez, Palacio, Scalabrini Ortiz, los cuadernos de FORJA, las encíclicas papales, las intervenciones de monseñor De Andrea, Maritain, además de la literatura militar y los libros de historia que integraban su biblioteca, según consignan varios historiadores (Chávez, 1986; Swiderski, 1999; Piñeiro Iñiguez, 2013). El golpe por fin se produjo el 4 de junio de 1943, cuando el conservadorismo se aprestaba a oficializar la candidatura de Robustiano Patrón Costas, lo que preanunciaba

un nuevo fraude. Palacio siguió con expectativa el derrotero del golpe militar del 4 de junio.⁷²

Frente al surgimiento de Perón como figura en el ámbito de la Secretaría de Trabajo y Previsión con su tendencia “obrerista”, el arco nacionalista fue diferenciándose. Referentes del nacionalismo buscaron acercarse a Perón para establecer una alianza y fungir de equipo político civil de apoyo al gobierno militar. Otras agrupaciones vieron concretadas, momentáneamente, algunas de sus consignas y demandas. Para otros, la inclinación social del emergente coronel hizo generar prevenciones que no pudieron ser vencidas por el paso de las décadas.

Así, se manifestaron allí dos grupos: uno de corte doctrinario y otro volcado más hacia la acción política. De manera silenciosa primero y manifiesta luego, una nueva configuración iba a confluir con Perón tanto por sus anhelos de acción y protagonismo como por afinidad. El nacionalismo se presentó hacia finales del 1943 dividido entre quienes buscaron acercarse a Perón y, por otro lado, los que lo rechazaron. Con el paso de los meses y luego con los acontecimientos del año 1945, y quizá como parte de un sino trágico, ese movimiento siguió dividiéndose.

El padre Wilkinson Dirube, capellán militar que conocía a Perón, ofició de coordinador de una reunión entre diversos representantes de la tendencia nacionalista con el ascendente coronel (Piñeiro Iñiguez, 2013). El encuentro se produjo en el estudio de Bonifacio del Carril, quien orientaba el grupo denominado “Renovación”, en el que participaban Bonifacio Lastra y Basilio Serrano. Allí se acercó el jefe de la Alianza Libertadora Nacionalista, Juan Queraltó, que reunía por entonces a sectores de la juventud de ese corte y había desarrollado la organización de estudiantes secundarios en la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES) (Capizzano, 2013). Otros referentes que participaron del encuentro fueron Marcelo Sánchez Sorondo, Alberto Tedín, Francisco Prado y Santiago Díaz Vieyra.

En la oportunidad, consideraron un texto en el que proponían constituir una logia civil de apoyo a las orientaciones del golpe militar surgido el 4 de junio de 1943. El padre Wilkinson, como parte de los ritos de constitución del grupo, hizo besar un crucifijo (Beraza, 2005, p. 78).

Este intento fracasó por la ruptura de relaciones con el Eje en el mes de enero de 1944. Esa decisión, para los nacionalistas, significó una traición de Perón y del equipo

⁷² Entre los pocos diarios que conservó entre sus papeles personales, encontramos un ejemplar del 4 de junio de *Noticias Gráficas*.

de gobierno a cargo del general Edelmiro J. Farrell (Sánchez Sorondo, 2001, pp. 84-85). En los hechos, no se trató solamente de un asunto diplomático. Junto con esa medida, progresivamente, se depuró la administración de los elementos que guardaban simpatías con el Eje o provenían de sectores duros del nacionalismo, como los que se habían ubicado en el campo diplomático, como era el caso de Amadeo, o en resortes fundamentales del área educativa, como era el caso de Olmedo.

También se produjo un distanciamiento político de sectores de ese origen con relación al gobierno, que se manifestaron, por un lado, con declaraciones públicas de dirigentes y, por otro lado, de manera más ruidosa mediante movilizaciones de la Alianza Libertadora Nacionalista, lo que llevó al Gobierno militar a detener a sus dirigentes y clausurar su publicación (Beraza, 2005, p. 55). En paralelo, se producían expresiones de distancia y desencanto en las publicaciones nacionalistas, entre las cuales la más destacada fue la del diario *Cabildo*.

Por su parte, un grupo orientado por el sacerdote católico Julio Meinvielle llevó adelante una prédica crítica y contraria a la obra gubernamental y, en particular, hacia la naciente figura de Perón. En los editoriales de *Nuestro Tiempo*, revista del grupo, solían hacerse alusiones críticas a los acontecimientos políticos del momento. En ese medio colaboraron José María y Santiago de Estrada, Marcelo Sánchez Sorondo, Mario Amadeo, Máximo Etchecopar, Héctor Bernardo, César Pico, Héctor Llambías, Alberto Espezel Berro, Alberto Tedín, entre otros. “El recelo inicial de Meinvielle frente al gobierno militar se transformó en franca desconfianza cuando los militares y Perón comenzaron a arrojar el lastre Nacionalista” (Zuleta Álvarez, 1975, p. 526).

Mientras tanto, los hermanos Irazusta vieron con expectativas el rumbo tomado en sus primeros pasos por el gobierno surgido en junio del año 1943. Pero más tarde, desde la *Voz del Plata*, criticaron los rumbos del gobierno, conocieron su actuación conspirativa y que no estaba dispuesto a actuar de manera decidida en el campo que era de su interés: el económico. Las relaciones con Gran Bretaña, en la mirada de los entrerrianos, seguían los mismos términos tradicionales. Hicieron públicas sus críticas, por las que el gobierno militar decidió clausurar la publicación.

En esa coyuntura, nacieron las primeras disensiones de los hermanos con Ernesto Palacio. Recordemos que después de 1932 se habían acercado al radicalismo, como producto de la decepción del golpe militar de 1930.⁷³ Habían coincidido en *Nuevo*

⁷³“Nos separamos de Uriburu por la tendencia conservadora de su gobierno. Entendimos que debió ser más popular y por eso nosotros nos sumamos al radicalismo”(Palacio, 16 de mayo de 1967).

Orden y en las campañas en favor del radicalismo. Para 1943-44 las posiciones de los Irazusta, en cambio, se expresaban con claridad en las declaraciones realizadas a través del Partido Libertador, en las que expresaban su disentimiento con el gobierno militar. Y lo mismo hicieron con Perón, cuando se conoció la influencia que este tuvo en el dictado de algunas medidas de gobierno, consideradas como perniciosas en opinión de los Irazusta.

En el radicalismo, también se produjo un abanico de posiciones. Cuestión menos visitada por la historiografía, el énfasis en la oposición posterior de ese partido o en remarcar continuidades y puentes a través del grupo FORJA ha debilitado el análisis de otros afluentes. Existieron por lo menos tres sectores del radicalismo que confluyeron con las fuerzas que apoyaban al gobierno militar.

Por un lado, los radicales yrigoyenistas liderados por Diego Luis Molinari, que venían dialogando con vertientes nacionalistas desde fines de los años treinta, y que se agrupaban en el radicalismo del Gorro Frigio. Un segundo grupo de origen antipersonalista, que se acercó al gobierno militar, con figuras como Hortensio Quijano, Armando Antille y Juan I. Cooke. El tercer grupo, más conocido, fue el de FORJA, que brindó colaboración franca y decidida, casi diaria, a través de Jauretche, con el coronel Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión. Esto hundía sus raíces en la participación del grupo en la conspiración golpista y en la declaración emanada como “Manifiesto de la Junta Nacional de FORJA ante la revolución del 4 de junio de 1943” (García, 2006, p. 106).

El folleto publicado poco después enunciaba una consigna política contundente: “Radicalizar la revolución y revolucionar el radicalismo”. La iniciativa de FORJA aspiraba a tender puentes entre el gobierno militar y las fuerzas del radicalismo yrigoyenista (que, en el marco de una crisis interna, se oponían a la conducción alvearista de la UCR). También con núcleos provenientes del nacionalismo con el que venían conversando desde hacía tiempo. Así, se sucedieron los encuentros con Perón con el objetivo de promover la unidad de las desperdigadas huestes del yrigoyenismo, captar adhesiones de los dirigentes del interior y alentar las posturas intransigentes para desplazar a los dirigentes alvearistas de la conducción de la UCR.

Para tales fines, los hombres de FORJA realizaron reuniones en Santa Fe, Rosario, Mendoza, Córdoba y recorrieron numerosas localidades de la provincia de Buenos Aires para comprometer el apoyo de destacados dirigentes del interior del país, entre los cuales se encontraba Amadeo Sabattini, exgobernador de Córdoba, y José B.

Ábalos, figura del radicalismo intransigente de Santa Fe. A fines del año 1943, en un encuentro en Mar del Plata, continuaban afirmándose las dos líneas: lucha interna en el radicalismo y penetración en posiciones del gobierno (García, 2006, p. 111).

A mediados del año 1944, se produjo un distanciamiento. Perón les había prometido posiciones en la intervención de la Provincia de Buenos Aires desarrollada por el general Sanguinetti y no cumplió con los acuerdos. Ese conflicto no implicó una ruptura de la agrupación en relación con el apoyo al gobierno, pero sí la toma de distancia por parte de Jauretche de sus reuniones periódicas con Perón. Las coincidencias en medidas sociales, las propuestas de revisión de la actuación de los monopolios económicos y el sostenimiento de la neutralidad los acercaba. En ese marco, como vimos, publicaron el semanario *La Víspera*, en el que intervino Palacio, además de frecuentar el “Club Argentino”.

Las relaciones de Palacio en el radicalismo no se agotaban allí. Por su inserción en la fuerza, conoció a dirigentes de la Capital Federal y del interior. En esa combinación entre nacionalismo republicano y radicalismo popular se fue construyendo un posicionamiento de apoyo al surgimiento del liderazgo de Perón, que se vio acelerado por los acontecimientos del año crucial de 1945.

Palacio había seguido con simpatía el rumbo del gobierno militar emergente del golpe de junio de 1943. En primer término, porque significaba el cierre de una etapa que juzgaba oprobiosa. En segundo orden, porque entre las figuras militares había quienes representaban ideas afines. En tercer lugar, porque entre los civiles que ingresaron a la administración pública, algunos en puestos expectantes, se encontraban escritores de su misma orientación. Allí estaban Ignacio B. Anzoátegui, Leopoldo Marechal y un poeta más joven como José María Castiñeira de Dios en el área cultural. En el ámbito educativo, recalaron nacionalistas doctrinarios al estilo de Ignacio Olmedo, que fue secretario de Educación, Tomás Casares, que fue interventor de la UBA, o el sacerdote Juan Sepich, que se desempeñó como interventor del Colegio Nacional de Buenos Aires, todos conocidos de Palacio.

En noviembre de 1943, en un viaje realizado a Montevideo, Palacio brindó un reportaje en el que fijaba posición pública con respecto al gobierno militar. Ante la pregunta “de fondo” referida a la participación de “simpatizantes del eje que piensan establecer en la Argentina un gobierno similar a los gobiernos fascistas”, Palacio contestó:

En lo que Ud. me dice veo la incomprensión grande que existe en el exterior sobre el problema político argentino. En mi patria se ha instalado un gobierno militar tendiente a salvar al país de las consecuencias funestas en que lo precipitaba una oligarquía política sostenida por el fraude electoral. El país estaba abocado a unas elecciones presidenciales de las que saldría ungido un candidato antipopular, representante de las fuerzas más regresivas. Los partidos políticos que agrupan a la mayoría del electorado estaban excluidos del gobierno. Contra ese régimen, enemigo del pueblo, se alzó el ejército, en nombre precisamente de los derechos conculcados del pueblo. Por ello es que el gobierno militar representa hoy virtualmente a toda la nación. Palacio, 17 de noviembre de 1943).

El periodista le preguntó sobre el “verdadero carácter” de la “actual revolución argentina” y Palacio afirmó:

Estamos en la primera etapa de un proceso que naturalmente requerirá unos cuantos años de elaboración. El mal de la Argentina, como el de todos los países sudamericanos de desarrollo económico incipiente es la enorme influencia de los intereses económicos extranjeros, que contribuyen a corromper la moral pública. Contra ese mal ha reaccionado el país, representado por el ejército. Como Ud. ve, el proceso no representa ninguna analogía con el de los regímenes fascistas”.
(17 de noviembre de 1943)

De esa época data, también, un texto mecanografiado cuyo destino desconocemos y que hasta donde sabemos permanece inédito (Palacio, c. 1944). En él se adentraba en una serie de consideraciones sobre la coyuntura nacional e internacional. Tomando como propia la terminología usada por el gobierno, hablaba de una revolución en curso, en la que el pueblo seguía con expectativa el rumbo del gobierno y no sentía como imperiosa la vuelta a la normalidad institucional. Luego, señalaba como propósito del gobierno afianzar la soberanía nacional mediante la liquidación de los consorcios plutocráticos en su mayor parte extranjeros, que se dedicaban a explotar los servicios

públicos, afectaban la marcha de la administración por su influencia, controlaban la prensa por medio de avisos y subvenciones y mantenían bajo su dominio a la clase política.

En el ámbito internacional, que gravitaba de modo decisivo en esa coyuntura, señalaba los condicionamientos que sufría el gobierno a partir de la política precaria de neutralidad seguida por Castillo, por la que el país se veía obligado a sostener concesiones a los intereses extranjeros que controlaban la economía e impedían la “emancipación económica”, la “justicia social” y el “desarrollo de la industria” anhelado por el país y comprendido por el gobierno revolucionario. La ruptura de relaciones con el Eje, si bien reconocía que había generado una profunda repercusión en la opinión pública, era justificada de manera pragmática, al compás de las medidas de gobierno, y vislumbraba en esa determinación una oportunidad para tomar decisiones en cuanto al orden económico, antes condicionado por la neutralidad limitada de los gobiernos conservadores. Sobre la base de la ocasión, da una caracterización favorable de los recursos potenciales del país y de la situación de equilibrio entre las grandes potencias que daba márgenes mayores de actuación, propiciaba una recuperación de los resortes de la economía. Confiando en el triunfo de Estados Unidos, anticipaba la “rivalidad gigantesca que sin duda llevará a los aliados de hoy a una nueva lucha por el equilibrio de mañana” y apostaba a que su nivel de agotamiento los debilitaría para continuar por la fuerza “un juego imperialista excesivo” (Palacio, c. 1944).

Para aumentar la credibilidad de su argumento, señalaba como base de su caracterización el análisis realista, despojado de subjetividades y con la sola mira del “interés argentino” y “nuestras conveniencias”. Tras señalar los riesgos del triunfo del Eje para la economía y la situación argentinas, que los equiparaba con la situación vivida bajo la dependencia de Gran Bretaña (“hubiéramos sufrido la sustitución de un imperialismo explotador por otro de la misma índole”), esgrimía Palacio argumentos neutralistas estrictos, similares a los esbozados conjuntamente con Scalabrini Ortiz y, en términos políticos, con el forjismo.

Ante la potencia emergente del conflicto, los Estados Unidos, ahora presentado como “peligro yanqui” por la propaganda inglesa, señalaba que existían contradicciones entre las estructuras económicas de ambos países y que no necesitaban de nuestros productos. Proponía usar la influencia norteamericana como “contrapeso de otras influencias”, como era la del Reino Unido, que “sí necesita del producto barato de nuestro agro para alimentar al pueblo inglés” (Palacio, c. 1944). Allí estaba la cuestión:

“La naturaleza del imperialismo británico es aniquiladora y esterilizadora, porque requiere para su conservación nuestro bajo nivel de vida”.

Ante esta situación, Palacio (c.1944) avanzaba en el análisis de las opciones ofrecidas por estas realidades. Se inclinaba por las alternativas que podían abrir una hipotética influencia norteamericana a la realidad concreta de la “influencia del imperialismo inglés en nuestra política, en nuestras finanzas, en nuestra economía y aún en nuestra cultura, [que] es de tal magnitud que vuelve ficticia toda pretensión de soberanía”.

Insistía con la “oportunidad histórica”, aprovechando la coyuntura de guerra para recuperar los servicios públicos mediante el canje de los depósitos en el extranjero por los títulos ferroviarios, telefónicos, etc., controlar a las sociedades anónimas extranjeras de comercio de productos locales y tomar medidas de protección aduanera y fomentar la “constitución de un gran capital industrial, otorgando sustanciales créditos a las empresas nacionales y dedicando una fuerte suma a la participación oficial en las nuevas industrias que se creen o en las existentes que lo requieran” (Palacio, c.1944).

En la reflexión de Palacio, todas estas medidas debían estar sustentadas en una “política revolucionaria” que recuperara el tiempo perdido para evitar la decepción, y que configurara “un gran movimiento cívico, que apoye desde hoy y respalde en lo por venir la obra de la revolución”. Todo ello, desde la convicción de que “el país lo espera ansiosamente, fatigado como se halla de los viejos partidos que han frustrado sistemáticamente las aspiraciones populares” (Palacio, c. 1944). Sobre las características de la orientación, decía lo siguiente:

Tendrá que ser indudablemente nacionalista, pero no anti-popular ni anti-democrática como pretenden algunos filo-fascistas trasnochados; nacional en el verdadero sentido, inspirado en el convencimiento de las virtudes del pueblo argentino que son muy superiores a las de sus clases directivas. (Palacio, c. 1944)

Para Palacio (c. 1944) esto se tornaba urgente:

Es necesario e imperioso permitir la eclosión de ese movimiento, al mismo tiempo que cumplir los postulados de la revolución, y fomentarlo en todo lo posible. No hacerlo así sería un error funesto y delataría una intención suicida.

Esbozados los lineamientos de un gobierno, planteada la necesidad de constituir un movimiento cívico de amplio alcance, planteaba una amenaza para la “burguesía”, agotadas las opciones políticas del conservadurismo, el radicalismo ya desprestigiado y un gobierno militar fracasado: “se daría calce al desarrollo del comunismo que por poco que coincida con un triunfo de las armas rusas en Europa arrastrará a la opinión y será capaz de dominar en el país” (Palacio, c. 1944)

Estas reflexiones resultaban elocuentes de la decantación de las ideas de Palacio en todos estos años, sobre diversos aspectos de la vida argentina. Sus posicionamientos neutralistas en materia de política exterior, la consideración sobre el equilibrio entre las potencias y las amenazas de viejos y nuevos imperialismos constituían un bagaje común a los nacionalismos republicano y popular. Las medidas de nacionalismo económico como fundamento de políticas orientadas a la justicia social mostraban la incorporación de los procesos que se estaban dando en ese momento por las iniciativas impulsadas por el gobierno nacional y, en particular, por la Secretaría de Trabajo y Previsión.

Hacia el peronismo

Palacio había continuado cultivando sus relaciones en el marco del radicalismo con posterioridad al año 1942, cuando se retiró de las empresas alentadas por sus amigos del nacionalismo. Fruto de esa inserción y de las relaciones tejidas durante varios años, resultó electo por la Convención de la Capital como delegado al Comité Nacional (UCR, 15 de enero de 1945).

Mientras tanto, a principios de 1945, buscaba asumir un cargo en el estado,⁷⁴ realizaba trámites en La Plata para la editorial Kraft y apostaba a la salida de un diario en el que esperaba tener participación (Palacio, 3 de marzo de 1945). Pocos meses después, Palacio había conseguido una designación en la Secretaría de Trabajo y Previsión, formaba parte discretamente del elenco de gobierno y lanzaba un periódico que apoyaba decididamente al gobierno desde una perspectiva radical y rigoyenista.

⁷⁴Desde La Pampa, su esposa le pregunta: “No hay ninguna clase de movimientos, ningún nombramiento. ¿Qué pasa? ¿Van bien las cosas?”. Palacio respondió: “El asunto se postergó unos días: se firma el lunes. Después vendrán los nombramientos. Estoy bastante nervioso y no me tranquilizaré hasta ser nombrado”. (Palacio, 3 de marzo de 1945). Poco después, le vuelve a escribir: “Novedades políticas, ninguna. Sigue en pie el ofrecimiento, pero no se va a producir nada hasta después de carnaval. Mañana va a estar Molinari con el ministro y sabré algo tal vez”.

De manera correcta, Zuleta Álvarez (1975, p. 510) caracterizó, en el marco del conjunto de las posiciones del nacionalismo argentino de la época, como “populista” a la postura de Palacio, si con ello quería distinguirla de otras posiciones que adoptaron como política el rechazo de Perón (los Irazusta, Sánchez Sorondo, Meinvielle, que actuaron como figuras representativas de distintos grupos). Ese fue uno de los canales por los cuales Perón se apropió del patrimonio de ideas del nacionalismo, que convivía con otras fuentes en la configuración de su pensamiento (Chávez, 1984, tomo 2, 1986; Buchrucker, 1987; Piñeiro Iñiguez, 2013).

El año 1945 resultó decisivo para la historia nacional y para los planes de proyección política de Palacio. Los hechos se fueron desarrollando vertiginosamente. La figura ascendente de Perón se asociaba a las medidas que tomaba desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, entre las cuales se destacaba la creación de los Tribunales del Trabajo con jurisdicción en los conflictos obrero-patronales, el derecho a vacaciones pagas y la mediación en situaciones concretas del mundo laboral. Desde este mismo grupo, habían logrado el alejamiento del canciller Pelluffo, asociado a los grupos del nacionalismo doctrinario en abierta confrontación con Perón. Ello cobraba vital importancia porque tan significativa como las cuestiones internas resultaban para ese momento las de carácter internacional. La neutralidad sostenida por la Argentina se veía condicionada por la fuerza creciente que tomaba Estados Unidos en el hemisferio.

En ese marco, Nelson Rockefeller, quien llevaba las cuestiones del continente, propuso al gobierno militar argentino su reconocimiento a cambio de una serie de medidas: declaración de guerra al eje, traspaso del poder a civiles y convocatoria a elecciones, eliminación de acciones públicas en favor de los intereses totalitarios y cooperación con los organismos interamericanos. El gobierno, buscando mejorar su relacionamiento con el sector aliado, intervino empresas alemanas, decretó el embargo de los fondos de ese origen y limitó la salida de publicaciones que sostenían posiciones nacionalistas extremas, como *Cabildo y El Federal*.

El canciller Stettinius reconoció esas medidas y afirmó en nota a Roosevelt: “si bien es cierto que hasta hace un año hubo indicios sustantivos de ligazones con el Eje, tal situación ya no existe. Nuestro antagonismo actual se basa más bien en un sentimiento emocional, presente en nuestro pueblo y gobierno. Nos guste o no, Perón permanecerá en el poder” (Bendaña, 1976, p. 19). Las relaciones con Estados Unidos parecían encarrilarse y, a tal fin, enviaron la denominada “misión Warren”, con resultados positivos.

El 13 de febrero Roosevelt, Churchill y Stalin se reunieron en Yalta para definir la configuración del mundo tras la guerra. El 21 sesionó en México la Conferencia Interamericana Especial sobre Problemas de Guerra y de Paz, con la presencia de representantes de Estados Unidos y América Latina, salvo la Argentina, dada la suspensión de relaciones diplomáticas con la potencia del Norte. De allí, surgió el Acta de Chapultepec, que establecía la defensa común ante cualquier agresión externa. Argentina fue invitada a adherir al acta, cosa que hizo tras declarar la guerra al Eje. Progresivamente, se restablecieron las relaciones con el resto de los países latinoamericanos, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos.

Esas medidas de política exterior causaron indignación en los grupos neutralistas. *La Víspera* criticó las posiciones del gobierno y militantes forjistas fueron detenidos por disturbios callejeros. Organizaciones de signo nacionalista se volcaron a las calles agitando el grito de “¡Patria sí, colonia no!”. El periódico clandestino *Alianza* de la agrupación del mismo nombre, invitaba a Perón a abandonar el cargo, y un grupo de dirigentes encabezados por su líder, Juan Queraltó, junto a Alberto Bernaudo, Miguel A. Bosch, Bonifacio Lastra, Arturo Palenque Carreras, Hernán R. Seeber, Oscar Serantes Peña, distribuía un volante en el que repudiaban las Actas de Chapultepec y su firma por parte de un gobierno ilegítimo (Beraza, 2005, p. 56).

Las realidades locales e internacionales se encontraban de tal manera entrelazadas que, poco después, ante la muerte de Roosevelt y un cambio de orientación en la política exterior norteamericana que condujo a la designación de un nuevo embajador, Spruille Braden, los grupos opositores locales se sintieron alentados a aumentar su presión ante el gobierno militar para exigir la convocatoria a elecciones.

Existían núcleos activos tanto en el país como en Uruguay, donde el grupo de exiliados buscó el apoyo de los Estados Unidos. Pocos días después, fue descubierta una conspiración cívico-militar y fueron detenidos y procesados el general de artillería Adolfo Espíndola, a cargo de la 2.^a región militar, varios coroneles, algunos afiliados al Partido Comunista. La conspiración contaba con ramificaciones nacionalistas en las tres ramas de las Fuerzas Armadas (Rouquié, 1982, Tomo II, p. 64).

La detención y el fusilamiento de Mussolini, así como el suicidio de Hitler en Berlín y la consecuente rendición alemana hicieron que los simpatizantes de los Aliados se lanzaran a las calles, aunque estaban prohibidas las manifestaciones callejeras. A esos movimientos se sumaba la Corte Suprema que, a tono con los que consideraban un debilitamiento del gobierno, declaraba inconstitucional un decreto del gobierno militar.

En la misma dirección, los grupos estudiantiles de la FUBA retomaron su lucha para exigir la normalización institucional del país. El gobierno militar publicó el Estatuto de los partidos políticos y anunció que habría escrutinio provisional apenas terminado el comicio.

El día 21 de mayo llegó al país Spruille Braden, nuevo embajador de los Estados Unidos. Crítico de Stettinius y poco contemporizador, estaba convencido de enfrentar a un gobierno nazi. Las fuerzas que conspiraban para derribar al gobierno militar iniciaron una ofensiva a fondo, con este respaldo inesperado. El 1 de junio Braden se entrevistó con Perón. Le comunicó que lo acordado por la misión Warren, propiciada en el momento de conciliación, había quedado “en suspenso”. Bajo la presión en ascenso de los partidos y los grupos de opinión, el general Edelmiro Farrell anunció elecciones antes de fin de año.

El 16 de junio las fuerzas de la industria y el comercio exigieron al gobierno la rectificación de su política social, en oposición, sin rodeos, a las conquistas obtenidas por los obreros. Perón los acusó de pedir represión al movimiento obrero y replicó que el gobierno no haría nada parecido.

Braden comenzó su campaña abierta contra el gobierno, afirmando la necesidad de “eliminar los restos del nazismo en todo el mundo”. El despacho de la Embajada fue convertido en un desfiladero de figuras de la oposición.

Perón arengaba a los sindicatos en distintos actos y las organizaciones manifestaban su repudio a las declaraciones patronales. El gobierno militar ablandó las condiciones políticas, permitió la reapertura de diarios opositores y liberó detenidos. Perón buscaba retomar la iniciativa con un acto frente a la Secretaría de Trabajo y Previsión, en el que se congregaron cerca de 300.000 obreros. Según Luna (1969, p. 193), “fue esta la primera oportunidad en que los adictos a Perón vocearon su rotunda definición: ‘Ni nazis, ni fascistas, pe-ro-nis-tas’”. Esta convocatoria constituyó una novedad en el armado de Perón, tras fracasar sus intentos con los sectores medios tradicionales y el sector propietario. Para Torre (1990), así se produjo el “sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores organizados” que pasaron a ser “el principal soporte de la fórmula política de Perón” (pp. 12-13).

Aunque Perón, en abril de 1945, había señalado que no aspiraba a ser candidato, iba moviéndose en el sentido de organizar una fuerza política propia que le diera respaldo. Ello excedía el apoyo sindical y, en esa dirección, Perón y sus aliados no cejaron en sus intentos por consolidar una estructura propiamente política, para lo que

buscaron apoyos en el espacio del que se consideraba el partido mayoritario: el radicalismo. Esa alianza ampliaba su base de sustentación hacia los esquivos sectores medios.

En esa orientación, consiguió que fueran integrados al gabinete nacional Hortensio Quijano, de Corrientes, como ministro del Interior; Armando Antille, de Santa Fe, como ministro de Hacienda; y Juan I. Cooke, de La Plata, como ministro de Relaciones Exteriores. La reacción en la UCR fue terminante: fueron expulsados del partido. Frustrado ese intento de conciliación y alianza, Perón se orientó a la intransigencia yrigoyenista para buscar un acuerdo con el referente radical de Córdoba, Amadeo Sabattini. A través de distintas misiones (Quaranta, Dardo Corvalán Mendilaharsu), ofreció la vicepresidencia sin lograr su cometido. Sabattini buscaba encabezar la fórmula.

Fracasadas estas primeras opciones, Perón continuó con su búsqueda de apoyos apelando a la convocatoria de figuras secundarias. Abrió un haz de opciones, entre las cuales se encontraban las corrientes de confluencia entre nacionalismo y radicalismo representadas en la figura de Ernesto Palacio; el restablecimiento de relaciones con los forjistas; las fracciones provinciales de Laurencena y Bustos Fierro en Córdoba y la que resultó más sólida: la incorporación protagónica de la Junta Renovadora de la UCR, liderada por Quijano. Poco a poco, esto fue produciendo algunos resultados políticos favorables.

El día 24 de julio de 1945 los “Soldados auténticos del yrigoyenismo” promocionaron por primera vez en un acto público el nombre de Juan D. Perón para la presidencia de la República. Dos mil fueron los concurrentes a la comida, en la que las intervenciones se combinaban con los estribillos de la barra que voceaba “Yrigoyen y Perón”, “La nación con Perón” y “Perón presidente”.

Al terminar esa jornada, seiscientos participantes de la cena desfilaron por las calles del Barrio Norte, cantando la marcha “4 de junio” y la del “reservista”. Vestían pilotos blancos, atuendo característico de los nacionalistas de ese momento. Estaban presentes el mayor Fernando Estrada, subsecretario de Trabajo y Previsión, José Cristofani, director de Administración de la misma repartición y Horacio de Sanctis, jefe de Acción Social Directa, escoltados por un escuadrón de agentes montados y dos camiones de la guardia de infantería.

Llegaron al domicilio de Perón cerca de la medianoche. Al rato, el dueño de casa se asomó al balcón, junto a Mercante y Estrada. En su discurso, Perón dijo “la

oligarquía pide libertad” y agregó: “nosotros también somos amantes de la libertad y para conquistarla salimos de los cuarteles el 4 de junio”. Y añadió:

La libertad que anhela el país no es la libertad para hacer el fraude, ni la libertad para tolerar el fraude y obtener así algunas minorías, como pedazos de hueso que se arrojan a los perros. Tampoco libertad para vender la patria ni enajenar sus destinos... el país ha luchado veinte años para lograr la independencia política y está dispuesto a luchar otros 20 para conseguir la libertad económica... [por una Argentina sana, fuerte y próspera, que no sea subyugada por nadie. (*La Prensa*, 25 de julio de 1945)

Hizo en seguida el elogio de la personalidad de Hipólito Yrigoyen, a quien, después de muerto, se le empieza a hacer la justicia que siempre se le retaceó en vida porque “era un hombre incapaz de venderse a nadie “y se identificó con él para “enfrentar los mismos enemigos que él tuvo, especialmente la oligarquía”(La Prensa, 25 de julio de 1945).

Braden reportó ese acto y señaló que era una respuesta al apoyo que recibía él mismo con su campaña opositora, ya que “resultaba tan insoportable para Perón que, como megalómano, necesita reafirmar su popularidad y por eso organizó la celebración ‘espontánea’ en su domicilio en la noche del 24 de julio” (Van der Karr, 1990, p. 95).

Así las cosas, varios nacionalistas que tenían posiciones oscilantes fueron volcándose al apoyo a Perón. Ello se producía por tres factores fundamentales: por el apoyo popular que iba concitando Perón en su marcha mientras agitaba las banderas asociadas a la “liberación nacional”; la irrupción de Braden en el escenario político nacional; y la polarización provocada por la situación de partición del campo, por la que no podían marchar junto a los que consideraban sus enemigos históricos, ahora nucleados, en su variopinta composición, en la naciente Unión Democrática.

En ese marco, el núcleo de Palacio –que tenía afinidades con el radicalismo con un fondo nacionalista–, al día siguiente del acto frente al departamento de Perón comenzó a difundir *Política* con claros objetivos: trabajar en favor del gobierno, reunir al radicalismo y apoyar a Perón. Según se vio en el capítulo 3, desde ese medio buscarían difundir las acciones de apoyo al gobierno y al naciente candidato en las fuerzas políticas, descalificar a los opositores y hacer explícito un posicionamiento

favorable a la salida electoral. Su prédica iba dirigida, fundamentalmente, a sectores medios urbanos de origen radical. Escrita con cuidado, daba cuenta de la situación política e iba más allá, incursionando en cuestiones de historia, literatura, arte y teatro para atraer capas de la audiencia letrada, fundamentalmente capitalina.

Todo ello en un crecientemente convulsionado clima político, en el que oficialismo y oposición se movían cada vez más aceleradamente. El 26 de julio setecientas personalidades del mundo de la política, la economía y la cultura firmaron una declaración de desagravio al embajador Braden.

Perón continuó su prédica obrerista y, desde el gobierno, buscaba entablar relaciones con los partidos políticos para ampliar su base de sustentación.

La publicación de Palacio *Política* (1 de agosto de 1945b) se colocaba en línea con los propósitos del gobierno, desafiaba a la oposición y la acusaba de no querer ir a elecciones. La iniciativa política del gobierno se vio robustecida por la designación del radical Hortensio Quijano, en reemplazo de Teisaire, al frente del Ministerio del Interior. En esa dirección, se alinearon Palacio y su grupo, y afinaron su propuesta comunicacional con la liberalización política y la convocatoria a elecciones.

Para generar condiciones de confianza en la organización de la nueva escena política, fueron levantados el estado de sitio y las medidas restrictivas del ámbito universitario. En ese marco, Perón buscaba afirmar el frente interno entre los militares, a la vez que el ministro del Interior Quijano buscaba ampliar la base de apoyos, en el frente político, acercando figuras del radicalismo.

Ese proyecto político buscaba consolidar un triángulo de sustentación político-social en las organizaciones de trabajadores, los políticos y los militares. Esa historia se había acelerado desde el rechazo de las cámaras patronales a su programa de reformas y la intervención cada vez más incisiva del embajador norteamericano. Desde la convocatoria del 12 de julio en la Secretaría de Trabajo y Previsión hasta este momento, Perón no hacía más que postular propuestas para sostener la iniciativa.

En el orden internacional, el 3 de agosto capituló Japón, tras la bomba atómica explotada en Hiroshima días antes. La Segunda Guerra Mundial llegó a su fin. Manifestaciones callejeras festejaron la victoria aliada. “Fotos con banderas de Estados Unidos, inglesas, argentinas y rojas, con la hoz y el martillo, flamean por las calles” (Galasso, 2005, p. 274). Se escuchaban estribillos como el de “San Martín, sí; Rosas, no” y “No venimos por decreto”. Frente al periódico socialista *La Vanguardia*, habló Américo Ghioldi: “¡Vivan los exiliados democráticos de Montevideo! ¡Viva la Unión

Democrática! ¡Viva la normalidad constitucional!”. Núcleos nacionalistas provocaron refriegas. Tiros y puñetazos se sucedieron durante algunos días.

El día 14 hubo una importante reunión en Plaza San Martín, protagonizada por los grupos opositores al gobierno militar. Siguió los enfrentamientos: dos muertos y cincuenta heridos. La Alianza Libertadora Nacionalista buscaba deslindar responsabilidades y culpaba a la policía por la situación. Corrían rumores de malestar militar contra la figura de Perón. Mencionaban la existencia de un documento por el cual se llamaba a la normalización institucional y exigían que ningún funcionario pudiera ser candidato (Galasso, 2005, p. 268).

El gobierno estableció un nuevo Estatuto de los Partidos Políticos. Las fuerzas tradicionales criticaron el nuevo ordenamiento. Desde *Política* (22 de agosto de 1945), el grupo que comandaba Ernesto Palacio buscaba rebatir argumentos y planteaba la necesidad de la depuración y democratización de padrones y siguieron criticando mordazmente a los opositores y mostrando sus contradicciones. Era uno de los pocos periódicos favorables al gobierno y a Perón.

En sus notas anticipaba los movimientos de los grupos que perfilaban la Unión Democrática y los llamaba “provocadores del caos” (29 de agosto de 1945a, p. 1; 1945b, 1945c y 1945d). Intentaban no confrontar con el representante de los Estados Unidos, a quien le daban trato de demócrata sincero y persona honrada e inteligente, a la vez que entregaban elogios a la democracia del norte. La intencionalidad del grupo del periódico era lograr la prescindencia del embajador en los asuntos internos del país. En opinión del semanario, no era el embajador el que se entrometía en cuestiones internas, sino que eran los opositores los que aprovechaban ciertas coincidencias y las usaban para provecho propio. Esto tuvo continuidad cuando Braden fue designado subsecretario, decisión que cifró esperanzas de que, conociendo la realidad del país, en su nuevo puesto pudiera modificar favorablemente la posición de Rockefeller, que acusaba a la Argentina de no cumplir con los compromisos internacionales y de no haber restablecido el funcionamiento de la democracia.

Mientras se desenvolvían estos acontecimientos, Palacio y su periódico alentaban la adhesión de sectores del radicalismo al gobierno y, de manera indirecta, apuntalaban la figura de Perón. Como vimos, en cada número, los dirigentes renuentes al acuerdo con el oficialismo eran censurados, criticados y ridiculizados a través de dibujos. En su prédica, *Política* graficó, cada vez más, la contienda en los términos de un enfrentamiento entre pueblo y oligarquía.

En la vida política argentina, la confrontación fue aumentando cada día: dos jueces declararon inconstitucionales los Tribunales del Trabajo que había creado el gobierno y, poco después, la Corte Suprema declaró inconstitucional el decreto sobre delitos contra el Estado promulgado por el gobierno.

Los opositores siguieron con atención los movimientos políticos de los líderes radicales. Amadeo Sabattini fue fustigado por algunos correligionarios, como Agustín Rodríguez Araya, por no asumir una oposición decidida. La cúpula partidaria del radicalismo censuraba a Gabriel Oddone por presentar dudas acerca de la Unión Democrática. El Partido Comunista organizó un acto en el Luna Park, con la participación de figuras de otros partidos. Los radicales del Comité Nacional organizaron un acto en Plaza Congreso.

A su vez, regresaban al país Alfredo Palacios del partido Socialista y Rodolfo Aráoz Alfaro y Peter del Partido Comunista Argentino (PCA). Alfredo Palacios reclamó la entrega del gobierno a la Corte y logró la adhesión de decanos de diversas facultades. Ese reclamo fue cada vez más clamoroso en el discurso del conglomerado opositor y era rechazado de manera sistemática por el equipo de *Política* (5 de septiembre de 1945a).

Perón continuaba su trabajo en el mundo sindical y Braden instaba al gobierno de Estados Unidos para promover una acción diplomática conjunta con el Reino Unido, Francia y China para desacreditar al gobierno militar.

Ante la desafección de jefes militares, Perón emitió una orden general para ser leída en todas las unidades del Ejército, en la que solicitaba lealtad ante las presiones y maniobras de la oposición. Una cuestión no confesada entonces generaba desconfianza: la relación de Perón con Eva Duarte. En ese clima turbulento, la Corte Suprema falló contra la idea de entrega del poder a esa instancia, lo que fue celebrado por *Política* (12 de septiembre de 1945b).

La oposición preparaba la “Marcha de la Constitución y la Libertad”. Buscaban una multitudinaria manifestación para demostrar al gobierno su poder. Si ese objetivo se lograba, podrían acelerar el planteo militar para provocar la entrega del gobierno a la Corte. Braden informaba al Departamento de Estado sobre el apoyo que recibía la organización de la manifestación. Se adhirieron universitarios, escritores y medios de prensa. El día 19 de septiembre se produjo la imponente marcha en la Plaza de los Dos Congresos. Sus consignas fueron la entrega del gobierno nacional a la Corte y elecciones inmediatas y libres de acuerdo con la Ley Sáenz Peña. El número estimado de asistentes orilló los doscientos cincuenta mil. Giusti afirmaba que habían participado

tres millones (27 de septiembre de 1945). Distinta fue la evaluación que hicieron los partidarios del gobierno. El periódico de Palacio afirmaba que no superaban los setenta mil (*Política*, 26 de septiembre de 1945).

Braden abandonó el país, satisfecho de la acción realizada. Se produjeron planteos militares, especialmente en la Marina, para dar lugar a elecciones y, poco después, fue abortado un movimiento militar en Córdoba, encabezado por Arturo Rawson. El día 25 de septiembre se restableció el estado de sitio. Nuevamente, el gobierno detuvo a dirigentes políticos y estudiantiles, presumiblemente implicados en una conjura. El número de personas llegó a casi 400.

Política, en su edición del día 26, anunciaba en grandes titulares “Fracasa el complot oligárquico” (p. 1) sin considerar que la oposición iba a seguir con su andanada contra el gobierno militar para lograr el desplazamiento de Perón.

Las detenciones de políticos, las medidas contra las universidades, la presión creciente de los partidos y las expresiones del exterior hicieron pie al interior de las Fuerzas Armadas. Perón atribuyó al “tanito de Villa María” Amadeo Sabattini el cambio de rumbo de Ávalos, por intervención del coronel Quaranta. Además de esa acción, existían otras razones: Perón había ido demasiado lejos con sus proyectos y la acumulación de poder en el gobierno. A ello, se sumaba la censura a la influencia creciente de Eva Duarte en cuestiones de gobierno y la designación de Oscar Nicolini al frente de la Secretaría de Comunicaciones, que fue el detonante utilizado por los militares opositores a Perón para pedir su retiro y más tarde su reclusión.

Son conocidos los hechos que se precipitaron y dieron origen a la renuncia de Perón. Al final de ese día, Hortensio Quijano, ministro del Interior, anunció elecciones para abril de 1946 y el retiro del coronel de todas las funciones de gobierno, según un compromiso previo en ese sentido.

Ese día Perón se recluyó en el departamento de Posadas junto a Eva Duarte. Recibió a oficiales amigos, entre los cuales se contaba Domingo Mercante. El día 10 lo visitaron un grupo de dirigentes sindicales. De allí, salieron con la idea de organizar un mensaje de despedida para los trabajadores y las organizaciones sindicales. Lo hicieron de manera inmediata. Mientras tanto, los grupos políticos que se habían acercado al oficialismo comenzaron a moverse desesperadamente para articular una respuesta.

En la despedida de Perón, frente a la Secretaría de Trabajo y Previsión, se reunieron cincuenta mil trabajadores para escucharlo, y sus palabras fueron transmitidas, a su vez, por la red nacional de radiodifusión. La “revolución” tenía

alcances económicos y sociales irreversibles y no podía reducirse a la convocatoria electoral, dijo. En la oportunidad, prometió la firma de un decreto de aumento de sueldos y salarios, la implantación del salario mínimo, vital y móvil y la participación en las ganancias.

En la entrega número 12 de *Política* (10 de octubre de 1945), en un recuadro de regulares dimensiones, comunicaban a los lectores la renuncia del coronel Perón, haciéndose eco de la jugada de Quijano, quien anunció su retiro al mismo tiempo que el llamado a elecciones.

El día 17 de octubre, desde hora temprana, se fueron concentrando grupos obreros en distintas esquinas de Buenos Aires. Con banderas y estribillos de “¡Perón! ¡Perón!”, fueron convergiendo hacia Plaza de Mayo. Hacia el mediodía, los comercios empezaron a bajar sus cortinas metálicas. Fueron levantados los puentes sobre el Riachuelo para impedir el cruce de manifestantes que venían desde Avellaneda, Ensenada, Berisso, La Plata, pero los trabajadores se arrojaban al agua y cruzaban a nado o en botes. Columnas de hombres, mujeres y chicos avanzaban hacia la Casa de Gobierno en apoyo de Perón.

Los grupos afines a Perón fueron tomando distintas determinaciones. Eduardo Colom, director del diario *La Época*, publicaba una edición extra para dar cuenta del movimiento popular y se anticipaba a los hechos para forzar la presencia de Perón en la Casa Rosada. En esa edición, Jauretche hizo incluir una Declaración de FORJA en favor de la manifestación (Jauretche, 1962, p. 117).

En la Plaza de Mayo, aumentaba el rumor: Perón había sido traído de su confinamiento en Martín García para ser internado en el Hospital Militar Central con una inflamación en la pleura. Caída la tarde, todo el ámbito de Plaza Mayo estaba cubierto por la multitud que seguía creciendo desde las calles aledañas. “¡No nos vamos sin Perón! ¡No nos vamos sin Perón!”, era un grito unánime que retumbaba en el aire. Luego de las once de la noche, apareció en los balcones de la Casa de Gobierno el coronel Perón. Se produjo, entonces, el consabido intercambio con la multitud.

Por estos hechos, el semanario *Política* no salió en la fecha prevista. Los diarios del día 18 no se distribuyeron por la huelga decretada por la CGT y por las conclusiones de la marcha del día anterior. La edición de *Clarín* se imprimió, pero no se distribuyó. El diario *La Época*, ya mencionado, publicó una tapa con una imagen de Perón a quien llamaron “líder del pueblo argentino” (18 de octubre de 1945, p. 1.).

Los amigos de Palacio estuvieron activos ese día. El testimonio del forjista Alberto Pignataro ubicó el lugar del grupo del periódico *Política* y la existencia de la naciente Unión Revolucionaria:

Llegamos a la Plaza de Mayo desde el Tigre, estábamos reunidos con algunos compañeros, y lo primero que me llamó la atención, fue que desde una garita, en la línea del Cabildo, estaba Scalabrini Ortiz, y me gritaba, “lo conseguimos, lo conseguimos”, viendo la cantidad de gente que iba llegando a la plaza, lo cual a nosotros mismos nos llamaba la atención. Si bien sabíamos que todo el pueblo estaba en estado de asamblea, no pensábamos que las columnas iban a ser tan inmensas. Arriba del Hotel Mayo, sobre la Avenida de Mayo, estaba la sede de la Unión Revolucionaria, donde participaban el doctor Rivera, Cacho Rodríguez Baigorria, cuyo padre había sido ministro de Yrigoyen, Ernesto Palacio, el historiador y escritor, y todos nos saludábamos, ellos desde los balcones, Scalabrini desde la garita, todos nos saludábamos, todo era un regocijo, ¡lo logramos!, ¡lo logramos!, ¡lo conseguimos! (Pignataro, 2012)

Desde ese mirador, Scalabrini Ortiz (1946a) apreció lo que después presentó como relato del día, con las “multitudes argentinas armadas de un poderoso instinto de orientación política e histórica que desde 1810 obran inspiradas por los más nobles ideales cuando confían en el conductor que las guía”.

José María Rosa (1980), hombre del nacionalismo, recordó:

Comprendí dónde estaba el nacionalismo. Me vi multiplicado en mil caras; sentí la inmensa alegría de saber que no estaba solo, que éramos muchos. Compartí su alegría, comprendí que mi lugar estaba con ellos. Algunas cosas me habían alejado de Perón, pero eran minucias ante esa inmensa realidad; cosas accidentales que no podía anteponer a lo esencial. Lo importante era que el pueblo siguiera a Perón como a los grandes caudillos de otros tiempos...

Formamos un grupo de nacionalistas y forjistas junto a las arcadas del cabildo.
(pp. 180-190)

En la semana del 17 de octubre, el periódico *Política* (24 de octubre de 1945), como señalamos, no se distribuyó. En el número siguiente reprodujeron, de manera casi textual, las palabras de Perón y una extensa crónica del proceso.

Desde ese momento, *Política* se definió abiertamente en favor del liderazgo de Perón y buscó concitar el apoyo y afirmar la participación nacionalista y radical en la configuración del nuevo movimiento político. Perseguían el diálogo con los sectores medios tradicionales mediante la inclusión de temáticas caras al sector, como la universidad, la literatura y la política internacional.

Otro grupo de intelectuales con fuertes inclinaciones a la acción política, entre quienes se encontraban Cencela y Marechal, se puso en movimiento con un comité procandidatura del coronel Perón y se reunieron con él. Poco después coincidieron, como vimos, con el grupo de Palacio en la configuración de la Asociación de Escritores Argentinos.

A partir de su inserción en la Unión Cívica Radical, el apoyo brindado a Quijano en su gestión de gobierno y la promoción de la vertiente interna denominada Junta Renovadora del radicalismo, Palacio se posicionó para formar parte de la nómina de diputados nacionales por la Capital Federal en las listas oficiales habilitadas por Perón.

Desde ese momento, trabajó fuertemente por su candidatura y por la ubicación de hombres afines en las listas. Le escribió a su esposa, que había viajado de descanso a La Pampa, con sus hijos: “Saldré en la lista entre los primeros. No se ha publicado, como te dije, porque falta integrarla con cuatro nombres... yo me estoy empeñando para que, entre ellos, salga Vignale por la Unión Revolucionaria... a Scalabrini tratamos de meterlo por la provincia de Buenos Aires” (Palacio, diciembre de 1945). En ese tiempo, según sus propias palabras, no ha “hecho más que politiquear”. Compartió datos de los círculos próximos al lugar de la decisión: “Anoche quedó resuelto, parece, que vaya Quijano como único candidato a vice”. En esa carta privada, encontramos una clave para comprender mejor la posición de Palacio en ese momento, ya que comentó que fue “a renunciar a T. y P.” y le recomendaron que esperase a que su candidatura se comunicara oficialmente por escrito (Palacio, diciembre de 1945, p. 2).

Esa inserción en la Secretaría de Trabajo y Previsión nos da elementos para comprender mejor los alineamientos de *Política* con la acumulación de relaciones políticas y sindicales que Perón realizaba desde ese organismo estratégico.⁷⁵

En el orden particular, Palacio estaba en contacto continuo con su familia a través del envío de cartas y de llamadas telefónicas combinadas previamente. Quería reunirse con su familia cuanto antes. En Buenos Aires, el ajetreo preelectoral lo fastidiaba (o, por lo menos, eso es lo que le hacía saber a su esposa). Ese ritmo alocado de cierre de listas no le impidió preservar los espacios propios, de soledad y lectura o el tiempo necesario para asistir a misa (Palacio, diciembre de 1945, p. 1).

Palacio proseguía con la prédica de *Política* en apoyo a la nueva coalición electoral, organizando listas paralelas y compitiendo con otros grupos provenientes del nacionalismo. Un grupo apoyado por la Unión Revolucionaria, manejada por el mismo Palacio, con la denominación “Partido Patriótico 4 de junio”, llevó a Pedro Juan Vignale, Carlos de Jovellanos y Passeyro y Mario Juan Errecalte como candidatos en una lista que apoyaba a Perón. Por otro lado, competían con la Alianza Libertadora Nacionalista, que trabajó para la candidatura de Perón mediante un ataque constante a los partidos opositores y ofreciendo cierto apoyo logístico para las elecciones. Palacio sostenía ese posicionamiento preservando su autonomía y considerándose a la revolucionaria del movimiento, por lo que llevaron listas propias encabezadas por el padre Leonardo Castellani (Beraza, 2005, p. 57).

En apoyo de Alianza y de la candidatura de Perón se publicaba *Tribuna*, de Durañona y Vedia, quien había sellado un acuerdo con Perón para la salida del diario. En sus hojas, encontraron espacio las personalidades del nacionalismo que adherían a Perón, unas veces genuinamente y otras como reacción a los ataques recibidos por la campaña de Braden. Allí, revistaron José María Fernández Unsain como director, Juan Oscar Ponferrada, Luis Soler Cañas, Fermín Chávez, Julio Ellena de la Sota, Lisardo Zía, Carlos Suárez Pinto, Julio Pérez Andrade y Leonardo Castellani. De manera episódica, aparecían notas de Armando Cascella. José Luis Torres escribió la columna de las hojas centrales del diario.

⁷⁵Los Archivos de la Secretaría de Trabajo y Previsión no están disponibles. De todos modos, por comentarios de varios protagonistas, se sabe que fue montado un significativo aparato de prensa. Allí colaboraban, entre otros, Blanca Luz Brumy, Francisco Muñoz Azpiri. Desde ese espacio, también, se alentaba la salida de publicaciones favorables a la carrera ascendente de Perón, como *El pueblo quiere saber de qué se tratao ¿Dónde estuvo?*. No menor era el apoyo a publicaciones cercanas al oficialismo, como *La Época*, *Tribuna* y luego *Democracia*. Es probable que *Política* haya sido financiada desde este espacio. Al momento, lo que podemos establecer es la relación de empleo de Palacio en la repartición y la defensa de las posiciones de la carrera política ascendente de Perón desde julio de 1945.

Más allá de las diferencias que existían entre ellos, el apoyo de los nacionalistas resultaba importante para el nuevo líder. Según Luna (1969):

Perón los necesitaba. Los nacionalistas podían aportar a su campaña el ingrediente intelectual que no podían darle los caudillejos radicales de Quijano ni los dirigentes sindicales. Necesitaba nutrir con un contenido de vibración nacional, criolla, tradicionalista una prédica que el laborismo podía desviar peligrosamente hacia la izquierda y el puro materialismo. (pp. 498-499)

Un elemento que actuó como aglutinante para este sector fue la publicación, en el mes de enero de 1946, del *Libro Azul* por parte del Departamento de Estado de los Estados Unidos (The United States Department of State, 1946), que incluyó denuncias a periodistas y escritores que habían apoyado la neutralidad, integraban los elencos de los diarios y revistas de corte “nacionalista” o manifestaron simpatías por Perón, principal blanco de las críticas. Esta intervención acercó al naciente peronismo a varias figuras del “nacionalismo” que se habían alejado de sus filas por la ruptura de la neutralidad (José Luis Torres, Federico Ibarguren, entre otros), por las orientaciones del gobierno (Scalabrini Ortiz) y ayudó a confirmar el apoyo que ya le daban otros, como Cascella, Vignale o el mismo Palacio.

En otro ámbito, este elemento ha sido señalado por un testigo y partícipe del momento como uno de los factores de división en el ámbito de la sociedad de escritores y del apoyo a Perón por parte de un núcleo significativo de intelectuales (García, 1971).

Como ya dijimos, Ernesto Palacio integró las listas de candidatos a diputados por la Capital Federal que presentaban los radicales de la Junta Renovadora y los laboristas. A sus acercamientos al radicalismo en determinados momentos de la restauración conservadora, su proximidad a los núcleos del yrigoyenismo tras el 4 de junio de 1943 y su elección como delegado por la Capital Federal al Comité Nacional de la UCR de inicios de 1945 sumaba el apoyo dado a quienes disputaban el control del partido a los restos del alvearismo. De ese modo, a fines de 1945, junto a Jauretche y Cooke, buscaron competir por la conducción de la UCR, sin éxito.

Estos elementos, así como la prédica desarrollada por *Política*, posicionaban a Palacio con fuerza para ocupar un lugar significativo en la lista, que resultó siendo la octava posición. Su designación resultó, entonces, no solo de las relaciones que había

tejido con Perón y del franco aval dado a su postulación, sino de su propio posicionamiento en las fracciones del radicalismo que apoyaron la fórmula.

Recordemos que no todo el nacionalismo acompañó a Perón. Los hermanos Irazusta crearon el Partido Libertador y lanzaron un documento político de crítica al gobierno que resumía su posición. Esa “Declaración” señalaba que el golpe de 1943 había defraudado todas las esperanzas de que finalizara el sistema político y económico del Régimen. Consideraban que el nacionalismo era irreal y que las medidas sociales resultaban ilusorias porque eran erosionadas por la inflación y la devaluación monetaria. Expresiones similares se dieron en manifestaciones locales del mismo partido en Córdoba, Mendoza o Entre Ríos (Zuleta Álvarez, 1975, pp. 517-521). La Unión Cívica Nacionalista, orientada por Emilio Gutiérrez Herrero (p. 522) y el Movimiento de Renovación, bajo la orientación de Bonifacio del Carril, también se manifestaron contrarios al peronismo. Esta agrupación, en un documento publicado cerca de las elecciones de 1946, titulado “Vote contra el dictador”, condenaba la persona y la obra de Perón (Del Carril, 1959, p. 234). El grupo de Meinvielle, si bien no se pronunció en la coyuntura electoral, apareció con una nueva publicación a poco de asumir Perón: *Balcón*. Tomaban distancia del gobierno, pero no desconocían su novedad y abrigaban cierta expectativa que se desvaneció rápidamente.

En síntesis, la vertiente nacionalista republicana y popular encarnada por Palacio y otros se mezcló sin mayores dificultades en la coalición electoral que Perón preparó. En cambio, los denominados nacionalistas doctrinarios le presentaron, en muchos casos, problemas serios, con objeciones sobre la política exterior.

En las elecciones de febrero de 1946, Ernesto Palacio resultó el candidato más votado de la lista oficialista de la UCR-Junta Renovadora-Partido Laborista, lo que le abría una interesante perspectiva de acción política en el ámbito parlamentario. Eso fue posible por el sistema electoral vigente entonces, que permitía que los votos fueran *adhominem* y pudiera alterarse el orden establecido por los partidos en las listas, por medio de tachaduras y reubicaciones escritas en el cuarto oscuro. Este resultado era el fruto de sus apoyos al proyecto presidencial de Perón, desde la Unión Revolucionaria, desde su semanario *Política* y desde la prédica de sus libros, reeditados en la víspera. Junto con ello, contribuyó el reconocimiento que tenía como autor prestigioso, su participación en distintos espacios intelectuales; la difusión de sus ideas en diversos medios y sus relaciones e influencia en el mundo intelectual desde donde acercaba

figuras al líder,⁷⁶ así como propuestas concretas para el gobierno⁷⁷. Por fin, aunque no hay evidencia que lo respalde fehacientemente, es posible hipotetizar que su presencia en la lista haya traccionado una porción del voto de origen católico, dados los antecedentes de Palacio en ámbitos, revistas y editoriales de ese signo.

Meditaciones del triunfo

Tras el triunfo electoral, Palacio anotó en sus papeles algunas ideas en torno al proceso político, al significado del 24 de febrero, la filiación histórica del movimiento liderado por Perón y lo que, a su juicio, debía hacer el gobierno electo. En primer término, interpretaba los resultados de los comicios en clave nacional:

Hoy no celebramos una victoria electoral, sino una victoria nacional. No ha ganado un partido, ni una coalición de partidos; ha ganado la patria. Al depositar en la urna su voto revolucionario, el pueblo no solamente ha recuperado su soberanía, sino que ha vuelto a encontrar su destino. (Palacio, c. 1946b)

La voluntad de las masas se combinaba con la emergencia de un liderazgo, “de un conductor inspirado en las lecciones de ayer y en las necesidades y las angustias presentes”. Un líder surgido “de las filas del ejército, donde siguen vivos el culto de la patria y el sentido del deber”, conocedor del país que “advirtió la injusticia de nuestro régimen social, se condeció, se indignó, estudió los remedios, y de este proceso emocional, madurado en el estudio por una inteligencia privilegiada, surgió su vocación redentora” (Palacio, c. 1946b).

El origen de la legitimidad de ese liderazgo reside en “el afecto de las multitudes trabajadoras proclamado en las jornadas de octubre e impuesto, finalmente, por la voluntad soberana de los argentinos, contra la oposición escandalizada y la guerra despiadada de todas las fuerzas de opresión”. De ese modo, el triunfo de “nacional” se desplazaba a “popular”: “Su triunfo es pues, un triunfo del pueblo, que implica la

⁷⁶ Palacio le presentó a Perón a Manuel Ugarte y a Pedro Juan Vignale para cargos diplomáticos.

⁷⁷ Además de las iniciativas en materia educacional y agraria, la propuesta de nacionalización ferroviaria fue sostenida firmemente por la Unión Revolucionaria.

derrota de quienes viven de explotar al pueblo”. Además de “nacional” y “popular”, el resultado electoral era “democrático”:

Nunca se ha visto, en nuestra América, un pronunciamiento democrático de la magnitud del que estamos celebrando. El 24 de febrero fueron derrotados los importantes, los influyentes, los selectos, los capaces, los experimentados, los pudientes, los indispensables, los insustituibles; todos los jerarcas de la política, la Universidad, el foro y la prensa, cargados de años, títulos y honores, cayeron barridos literalmente por la decisión de la multitud de los descamisados que seguían las huellas de un coronel imposible. (pp. 10-11)

En el triunfo electoral veía una “inegable continuidad histórica con la causa redentora del radicalismo, que tuvo en el viejo caudillo su expresión más alta” (p. 17-18). A Perón le tocó consumir el programa “que no pudo alcanzar el precursor, de realizar ese mandato que viene de la entraña misma de la nacionalidad y cuyas consecuencias se proyectarán hasta el más remoto futuro” (pp. 18-19).

A partir esa experiencia, señalaba en tono enfático que no había que permitir que “el enemigo” se recuperara de la derrota infligida, y proponía “perseguirlo hasta los últimos reductos y ponerlo ante el dilema del exterminio o la rendición incondicional”. Era el momento de la justicia para que no fuera posible a los “venales y los traidores salir impunemente a la plaza pública”. Contra las “voces de sirenas que hablan de ‘apaciguamiento’ y proponen una ‘conciliación’ imposible entre los explotados y los explotadores, entre los opresores y los oprimidos”, señalaba que una política de conciliación favorecerá:

La desunión entre los argentinos, en lugar de darle término, porque fortalecerá a los grupos oligárquicos con todo su poder de soborno y engaño y sus posibilidades consiguientes de perturbar el orden interno; porque autorizaría la perpetuación de las iniquidades sociales y porque, en suma, implicaría el fracaso

de los propósitos revolucionarios. La unión nacional exige como condición ineludible la destrucción del poder de la oligarquía. (p. 10) ⁷⁸

Para Palacio, esa eliminación de la escena resultaba la condición para lograr lo siguiente:

La unión de los argentinos en una patria grande y libre, honrada y feliz, con conductores que coticen más alto la gratitud de sus conciudadanos que las propinas de las empresas; con diarios que prefieran la verdad a los avisos y las subvenciones... una patria en la que se honre al trabajador aunque sea pobre y se desprecie al parásito aunque tenga millones y donde, en suma, las jerarquías legítimas de la inteligencia, el esfuerzo y la honradez sean las únicas que merezcan estímulo y acatamiento. (p. 10)

Patria “grande y libre”, eliminación de la prensa venal y apuestas meritocráticas (trabajo, inteligencia, esfuerzo) aparecían como pilares del nuevo ordenamiento. El énfasis puesto en ellos podía obedecer a la búsqueda de una complementación con otros ejes que se repetían con insistencia, como la justicia social o el Estado fuerte.

Confiado en el triunfo de la “Revolución”, creía en el inicio de una nueva era en el país:

El 24 de febrero, anunciado el 4 de junio y prefigurado en el luminoso 17 de octubre, inicia una Argentina renovada, que será la realización de los sueños de sus fundadores, sus libertadores y sus caudillos. (p. 18)

El avance de la “Revolución” y la nueva era se asociaba al control de las posiciones del gobierno y la toma del poder político como mediación y elemento para la confrontación:

Con Perón y Quijano a la cabeza, con su abrumadora mayoría parlamentaria y la casi totalidad de los gobiernos provinciales, el pueblo ha conquistado el poder político, es decir, el instrumento de liberación... La lucha contra la oligarquía y

⁷⁸Tachado en el original dice: “Sólo se puede convivir con el tigre, sin riesgo de ser destrozados, después de arrancarle los dientes y las uñas”.

por la independencia económica del país –condición ineludible para la realización del bienestar general entra en su etapa decisiva y victoriosa. (p. 19)

Remarcaba que Perón prometió que el pueblo “no será defraudado en sus esperanzas”. (p. 19)

El legislador más votado por la Capital Federal

Como es sabido, cuando Perón asumió la presidencia tomó una serie de medidas que afectaron a los integrantes de su coalición electoral, entre ellos a Ernesto Palacio y su grupo de referencia.

En primer lugar, la que dispuso la disolución de todas las fuerzas políticas que lo habían apoyado para constituir una agrupación unificada. Si bien la Unión Revolucionaria no se había organizado nunca como partido político formal, igual hicieron el gesto de integrarse en el Partido Único de la Revolución Nacional.

En segundo lugar, la intervención de Perón en el proceso de designación de autoridades en las Cámaras legislativas. Palacio se había integrado al denominado “bloque democrático revolucionario” de los diputados, junto con los radicales de la Junta Renovadora, John W. Cooke y Joaquín Díaz de Vivar (nacionalista y revisionista correntino), con quienes tenía relación previa. Con ellos, convivían en el bloque los diputados de extracción laborista y algunos de origen conservador. Por ser el candidato más votado en las elecciones, a Palacio le correspondía presidir el cuerpo (Romero, 1973).⁷⁹ Perón se inclinó, sin embargo, por Ricardo Guardo, que se había destacado en la campaña electoral en el ámbito universitario. Odontólogo, de origen reformista y actuación docente en la Facultad, había creado el Centro Universitario Argentino, que le otorgó reputación y prestigio en los primeros pasos del naciente peronismo (Romero, 1972).⁸⁰

Según uno de los protagonistas de esos días, Palacio era muy respetado por su trayectoria y sus escritos, aunque objetado por su trato soberbio, lo que pudo haber

⁷⁹La repetición del dato en todas sus presentaciones políticas, viene a remarcar ese derecho tácito.

⁸⁰Menciona ese antecedente como elemento clave para su designación como presidente del cuerpo (Romero, 1972).

incidido en que no lo eligieran como presidente de la Cámara.⁸¹ Tal vez por los mismos motivos, no fue elegido para presidir el bloque de la naciente fuerza. El oficialismo estaba fragmentado por el origen de los grupos desprendidos de las listas: estaban los laboristas, los de la junta renovadora del radicalismo y quienes habían ingresado a través de los centros cívicos o independientes, más allá de la diversidad de procedencias originadas en las situaciones locales, que agregaban las influencias provinciales en el seno del naciente bloque. Así, había diputados que respondían a Domingo Mercante y otro grupo a Filomeno Velazco, además de la influencia que ejercían los líderes del extinto Partido Laborista, como Cipriano Reyes, o de aquellos que habían ido forjando relaciones directas con Perón.

En medio de la disputa entre actores de mayor peso, Palacio, en soledad, no contaba con los medios para competir por esos puestos en igualdad de condiciones.⁸² Si bien el bloque inicialmente fue dirigido por Rodolfo Decker, del radio de influencia de Mercante, pronto sobresalieron otras figuras que tendrían mayor protagonismo y lo reemplazarían. Poco después, Oscar Albrieu, abogado de origen riojano formado en el sabattinismo cordobés, presidió el bloque (Melón Pirro, 2020, p. 13).

La Cámara y el bloque fueron tomando rutinas que marcaban las orientaciones y las intervenciones de los diputados. Tanto Guardo como Albrieu se veían a diario con Perón a las siete de la mañana en la Casa de Gobierno. La norma tácita era que la Cámara se hacía eco de las iniciativas del ejecutivo, así como los proyectos originados en el ámbito legislativo eran acordados con los titulares del Ejecutivo. A medida que avanzó el tiempo, los principales oradores del peronismo fueron Cooke y Albrieu. En una segunda línea, se ubicaban Joaquín Díaz de Vivar, Raúl Bustos Fierro (diputado cordobés) y Antonio Benítez (diputado por la Capital, aunque de origen santafesino). Por su parte, Eduardo Colom, director de *La Época*, Emilio Visca, de origen conservador y José Astorgano, del sindicato de taxis, apelaban a distintos ardidés para interrumpir o impedir la expresión de la oposición. Estas determinaciones y distribución de funciones, disminuían la posibilidad de actuación e intervención de los legisladores del bloque mayoritario.

⁸¹En el testimonio citado, Díaz de Vivar subraya la composición policlasista y diversa de los integrantes del bloque.

⁸²En la memoria familiar, Palacio nunca estuvo interesado en dichos puestos que le restaban tiempo y energía para lo que efectivamente le interesaba, como eran las cuestiones de orden intelectual (Testimonio Inés Palacio, enero 2021).

Al conformarse la Cámara, el gobierno contaba con cerca de 110 legisladores y el radicalismo tenía un bloque de “44”, liderados por los intransigentes Balbín y Frondizi. Los oficialistas resultaban inexpertos, ya que para la mayoría era la primera actuación en este ámbito, más allá de otros elementos de base vinculados a su origen social, formación y trayectoria previa (Cantón, 1968). Los que provenían del radicalismo miraban con respeto a los integrantes de la otra bancada, otrora sus referentes. Uno de los primeros debates en la Cámara se refirió a la ubicación de los bloques, que generó una disputa por la ocupación del espacio izquierdo del recinto (Ciria, 1982, p. 402). Como dijimos, frente al bloque oficialista se encontraba el “bloque de los 44”, presidido por Ricardo Balbín, y que tenía como referentes principales a Arturo Frondizi, Oscar López Serrot, Luis Dellepiane, Agustín Rodríguez Araya y Gabriel del Mazo. Varios de ellos, como Dellepiane y Del Mazo, eran conocidos de Palacio de los tiempos del neutralismo y las actividades en el seno del radicalismo y se respetaban mutuamente.

Otros diputados radicales, provenientes del unionismo, resultaban más recalcitrantes hacia la bancada oficialista: Silvano Santander, Ernesto Sanmartino y Nerio Rojas, entre otros. Los peronistas quedaron sorprendidos ante la no comparecencia en el recinto del radicalismo en el momento de la asunción de Perón, cuando las elecciones que lo habían proclamado no habían sido cuestionadas. Mayor fue la sorpresa para ellos cuando comenzaron los agravios, como el que expidió Sanmartino, que llamó “aluvión zoológico” al nuevo movimiento.

No habiendo sido elegido para los puestos más encumbrados en la Cámara, Palacio fue designado por el cuerpo como representante ante la Comisión Nacional de Cultura. Eligió ese espacio para desplegar su accionar, tarea que le insumió mucho tiempo, al asumir un papel ejecutivo, no meramente decorativo, como hemos visto en el capítulo 2.

Junto con ello, Palacio integró la Comisión de Relaciones Exteriores y Culto, presidida por su amigo, el nacionalista y revisionista correntino, Joaquín Díaz de Vivar. A esa comisión, llegaron una serie de cuestiones de orden problemático, heredadas de decisiones tomadas durante el gobierno militar. Entre ellas, la ratificación de las Actas de Chapultepec, firmadas por Estados Unidos y los países latinoamericanos en México en el mes de marzo de 1945, a las que el gobierno militar había buscado adherir. Era uno de los ejes fundamentales para la “reinserción” de la Argentina en el escenario internacional de posguerra. Así lo comprendió Perón y su canciller Atilio Bramuglia,

por lo que se preocuparon por lograr el apoyo de sus legisladores, dado que se trataba de un tema sensible para la opinión pública. Enviaron instrucciones precisas a través de Raúl Bustos Fierros y manifestaron que la actitud de los legisladores debía considerarse como un voto de confianza al presidente y al canciller, más que a las Actas mismas. Esto no evitó que el clima del debate en el recinto fuera sumamente tenso.

Además, en las calles se desplegaban las manifestaciones nacionalistas, con bombas de estruendo y amenazas de atentar contra el Congreso. Allí, se sucedían las corridas, con detenidos y represión policial a los manifestantes que se oponían a su aprobación.

En el Senado, Diego Luis Molinari, a pesar de sus antecedentes combativos y de las gestiones que realizaron frente a él varios amigos suyos, como José Luis Torres, defendió la iniciativa presidencial. En la Cámara de Diputados, los radicales Frondizi y Dellepiane se manifestaron en contrario; Balbín sostuvo la abstención, aunque prometió los votos si no alcanzaban los del oficialismo; Álvarez Vocos y Manuel García del peronismo propusieron el rechazo completo.

En la Comisión de Asuntos Extranjeros recomendaron la ratificación de las Actas de Chapultepec con una reserva sobre derechos de soberanía (firmada por cuatro de los cinco diputados peronistas de esa comisión: Joaquín Díaz de Vivar, Ernesto Palacio, Diógenes G. Antille y Carlos Alberto de Iturraspe). El quinto miembro de la comisión, el diputado Eduardo Beretta recomendó la aprobación tal como venía del Senado y deseaba el Ejecutivo. La votación terminó 83 a 7. Quienes se opusieron fueron Cooke, Díaz de Vivar, Álvarez Vocos, Boulosa, García, Reyes y Gericke (Gambini, 1983). Es probable que Palacio se haya ausentado de la sesión para evitar contradicciones con el bloque y el gobierno y evitar las pullas provenientes de los sectores nacionalistas.

En su trayectoria, Palacio no desempeñó un lugar central entre los oradores de la Cámara, asunto que fue utilizado por sus críticos, opositores políticos o historiadores, para señalar su ausencia de compromiso y brillo. Sin embargo, ello podría matizarse si consideramos el tiempo que le tomaron las funciones ejecutivas asumidas en la Comisión de Cultura, el hecho de que el bloque tuviera sus propios oradores y defensores definidos, y el contar con una mayoría holgada, lo que hacía innecesaria su participación en todas las sesiones.

La impresión de su nula participación quedó plasmada en la memoria (Peña Lillo, 1988, p. 76) y en la historiografía, tanto académica como militante (Barbero y

Devoto, 1983, p. 72; Galasso, 1997, p. 25), aunque, como veremos, Palacio tuvo intervenciones en el ámbito legislativo, algunas de las cuales no resultaron intrascendentes.

Así, en las sesiones del 18 y 19 de septiembre de 1946, en las que se trataba el juicio político a los miembros de la Corte Suprema de Justicia y al Procurador General de la Nación, intervino en defensa de las posiciones gubernamentales. En el Diario de Sesiones consta su participación:

Nosotros creemos que dentro del mecanismo de nuestras instituciones el principio de la soberanía popular es más importante que una supuesta intangibilidad de la justicia, que es un principio capitalista y oligárquico y cuya profesión entre nosotros es un signo de colonialismo mental... La justicia inamovible es un principio de buen gobierno. La justicia intocable, investida de una especie de carácter sagrado, es una aberración... Por esto nuestra Constitución instituye el mecanismo del juicio político, recurre a la fuente del poder para corregir los vicios en que incurren los titulares accidentales de las magistraturas... Hay un poder superior a todos, que es el de la soberanía popular. El pueblo, por medio de sus representantes, juzga a los magistrados, aunque sean jueces. Es legítimo que así sea. No puede haber divorcio de fines entre los distintos poderes del Estado, ni menos disparidad de éstos en cuanto a los fines de la Nación expresados en las manifestaciones auténticas de la voluntad popular. (Cámara de Diputados, 1946)

Esta intervención en cuestión tan delicada desde el punto de vista institucional subrayaba el compromiso con la causa del gobierno, la convicción de Palacio en el papel obstruccionista que había desempeñado la Corte en los últimos años y la necesidad de refundar un orden legal y un andamiaje judicial basados en el veredicto popular, como vimos en sus anotaciones posteriores al 24 de febrero de 1946.

En el mismo ámbito, el 22 de julio de 1948, Palacio presentó un proyecto de ley conjuntamente con John William Cooke y Joaquín Díaz de Vivar, sobre conservación de cosas muebles e inmuebles de interés histórico, arqueológico, paleontológico o

artístico (Palacio, 22 de julio de 1948a). El proyecto fue girado a la Comisión de Instrucción Pública. Para darle difusión, fue publicado por la revista *Hechos e Ideas* (Cooke, Díaz de Vivar y Palacio, julio de 1948).

En esa misma sesión, junto al diputado Leandro Reynés, presentaron un proyecto de ley modificatorio de la ley 12.921 en los artículos referidos a la jubilación de periodistas propietarios de periódicos, y Palacio se encargó de hacer la presentación en el recinto (Palacio, 22 de julio de 1948b). El proyecto fue girado a la Comisión de Asistencia y Previsión Social.

En la sesión del 11 de agosto de 1948, al discutirse la creación de una comisión especial para el ordenamiento jurídico de los problemas derivados de la creación intelectual, intervino Palacio (11 de agosto de 1948) para precisar y ampliar el alcance de la iniciativa, presentada por John William Cooke.

En mayo de 1949, propuso una modificación de la ley 11723 de reglamentación de la propiedad intelectual y en la composición de la Comisión Nacional de Cultura. En la sesión del día 10 intervino proponiendo una mayor representación de las asociaciones del quehacer cultural, basado en su experiencia en la gestión de la Comisión (Palacio, 1949c).

En la sesión del 6 de julio de ese mismo año propuso un nuevo proyecto de creación de la Escuela de Ciencias Políticas en la Universidad de Buenos Aires, mediante la dotación de fondos especiales para tal fin. Según los fundamentos de la propuesta, se buscaba promover “la formación de las vocaciones orientadas hacia la actividad pública “y señalaba: “nuestra universidad prepara con máxima eficiencia a las generaciones juveniles para el ejercicio de todas las formas de inteligencia; produce profesionales excelentes en todas las ramas del saber humano, menos en la más importante para el destino común, que es la política”(Palacio, 6 de julio de 1949).

Resulta importante subrayar la correspondencia de esta propuesta con el desarrollo teórico realizado por Palacio (1949b) en su obra *Teoría del Estado*, del mismo año. Para él el movimiento revolucionario adolecía de cuadros calificados, del sector intermedio entre el pueblo y el líder, que denominaba *clase dirigente*. De manera natural, propuso que su formación se desplegara en el ámbito universitario y ubicó la formación en la Facultad de Derecho. Esa tenía que ser, para Palacio, la cuna de los dirigentes formados para dirigir el país. ¿Soñaba para sí la dirección de ese proyecto? ¿Confiaba que los profesores de la Facultad, muchos de ellos de la familia nacionalista, podían conducir y encarnar ese propósito? La idea se asociaba por afinidad temática con

un material producido por Sampay (1951) por ese tiempo, titulado *La formación política que la Constitución encarga a las Universidades*. Quizá, como fruto de las conversaciones entre ambos, aparecía una misma preocupación y una propuesta coincidente de abundar en el diagnóstico crítico sobre ese punto.

Distinto fue, una vez más, el camino transitado por Perón y el peronismo con la creación de la Escuela Superior Peronista a partir de 1951. La formación de cuadros intermedios, consideraban, debía hacerse en vinculación con el Partido Peronista en sus distintas ramas (Leuzzi, 2016).

¿Otra bifurcación? ¿Otro modo de encarar los cambios revolucionarios? La propuesta de institucionalización de la formación de la clase política nacional, a través de estructuras estatales de la formación, buscaba superar la baja profesionalización y preparación, así como la fragmentación de orígenes y procedencias sociales, ideológicas y culturales de quienes se sumaban a los puestos críticos de la estructura de gobierno.

Además de sus intervenciones en el recinto, como parte de su trabajo en la Comisión de Relaciones Exteriores, Palacio había impulsado una acción ante la Corte Internacional de La Haya para resolver la cuestión del asilo en Colombia de Raúl Haya de la Torre, tras la fracasada revolución de 1948. Por sus relaciones con miembros de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) en el país, en el año 1950, el dirigente Manuel Seoane (13 de febrero de 1950) le pidió que gestionara un mensaje de distanciamiento del gobierno peronista para despejar vinculaciones atribuidas con el dictador del Perú, Manuel Odría.

A lo largo de ese año, murieron varias figuras de origen radical con las que Palacio había desarrollado amistad y que fueron homenajeadas en el Congreso. En mayo falleció su amigo Homero Manzi, que había sido compañero de la Facultad de Derecho y miembro de FORJA, y la Cámara de Diputados le rindió un homenaje en la sesión del 10 de mayo de 1951, presidida por Héctor J. Cámpora, en la que habló en primer término el diputado John William Cooke, seguido por Eduardo Colom, de la misma bancada. A fines de agosto, falleció Luis Dellepiane, antagonista político en ese momento, pero viejo conocido de los tiempos del nacionalismo y de FORJA. En la Recoleta, lo despidió Rodolfo Irazusta, en un discurso que, salvando distancias entre nacionalistas y radicales, reconocía afinidades sustantivas. En el Congreso, Palacio se sumó a los oradores de la Cámara y le tributó un homenaje en el que lo distinguió como “un gran ciudadano”, de fuerte vocación de entrega republicana, que había sufrido cárcel y destierro por sus convicciones. Decía:

Desde el campo adversario quiero rendirle este homenaje, que será grato a su espíritu de caballero sin miedo y proclive –por lo tanto a la cortesía y la generosidad. Y conste que, cuando digo adversario, uso el término en el sentido en que él mismo lo entendía: es decir, sin perder nunca la conciencia trascendente de una unidad argentina que subsiste inalterable en medio de las banderías ocasionales, y que deberá hacerse presente cada vez que esté en peligro el destino o el honor nacional. (Palacio, 5 de septiembre de 1951)

Dellepiane había sido dirigente estudiantil y coincidió temporalmente con Palacio en la Facultad. Luego fue militante forjista y se cruzaron en tiempos del diario *Reconquista*. Fue crítico del neutralismo y allí radicaban las disidencias señaladas. Más tarde, coincidieron en la recuperación de Yrigoyen y en la amistad común con Del Mazo.

Derroteros de la Unión Revolucionaria

De manera simultánea a su trabajo parlamentario, Palacio seguía vinculado a las acciones de la Unión Revolucionaria, creada en la coyuntura crítica de 1945. Desde el semanario *Política*, habían difundido sus postulados, y su redacción actuaba como espacio de encuentro de sus adherentes. Desde allí, se había desarrollado la campaña pro nacionalización de los ferrocarriles. Ya con Perón en el gobierno, desde esa organización siguieron con la prédica nacionalizadora, con la publicación de *Los ferrocarriles del Estado: Un llamado de atención sobre el peligro de las sociedades mixtas ferroviarias* (Scalabrini Ortiz, 1946b). El autor era Scalabrini, que tenía prevenciones sobre la iniciativa originada con motivo de la visita de Eady, negociador británico, a Buenos Aires. Como recordaba en una nota en la revista *Qué tiempo* después:

En 1946 se ofreció a la República una oportunidad de recuperar sus transportes ferroviarios. El 31 de diciembre de 1946 cesaba la vigencia de la ley Mitre. Yo inicié entonces una campaña nacionalizadora y de prevención contra el peligro

de la sociedad que los británicos querían formar con los ferrocarriles del Estado, campaña de conferencias, volantes y folletos que fue rigurosamente proscripta de todos los diarios argentinos. (Scalabrini Ortiz, 1957)

Ese libro recibió el tercer premio de la Comisión Nacional de Cultura en materia de ciencias sociales, políticas y jurídicas del trienio 1944-1946 en el momento que Palacio presidía la institución, sin recibir cuestionamientos (Comisión Nacional de Cultura, primera quincena de noviembre de 1947). Poco después, apareció otro trabajo de Raúl Scalabrini Ortiz que llevó por título *Los ferrocarriles deben ser del pueblo argentino. Alegato a favor de la nacionalización ferroviaria*. El texto se terminó de escribir el 28 de mayo de 1946 y exponía antecedentes, fundamentos, ejemplos extranjeros, como las medidas del gobierno de Cárdenas en México del año 1938, y las bondades de esa decisión (p. 15). En ese texto, acuñó la frase: “Adquirir los ferrocarriles equivale a adquirir soberanía” (p. 11).

Al concluir el trabajo, Scalabrini (junio de 1946) envió un ejemplar al ahora diputado y amigo: “Para Ernesto Palacio, con el afecto de 25 años de amistad, cordialmente”⁸³. Los deseos del grupo se concretaron el 1 de marzo de 1948 con el acto de nacionalización. Cumplido ese objetivo, el núcleo de la Unión Revolucionaria se disolvió o no volvió a actuar orgánicamente.

Otro núcleo que compartía el itinerario del grupo liderado por Palacio fue el que publicaba el diario *Democracia*. En ese órgano, además de apoyar a Perón, seguían promoviendo reformas radicales en el régimen de la tierra y la política agraria. Molinari continuó a cargo del Consejo Nacional Agrario hasta unos días antes de la asunción del nuevo gobierno. Mauricio Birabent, que aspiraba al Ministerio de Agricultura, vio frustrada su designación en el nuevo gabinete presidencial, pero ambos siguieron con *Democracia* un tiempo más, hasta que las acciones del diario fueron compradas por Miguel Miranda y posteriormente vinculadas al naciente grupo de medios ALEA. En este caso, los llamados “georgistas argentinos” perdieron la batalla (Mateo, 2002).

Intentona revolucionaria, reelección de Perón y después...

⁸³ La dedicatoria lleva firma de R.S.O.

Su mandato como legislador fue prorrogado hasta abril de 1952 por una de las cláusulas transitorias de la Reforma Constitucional de 1949. En el momento de la renovación legislativa de noviembre de 1951, la integración de las listas tuvo una dinámica absolutamente distinta a la del año 1946, en el momento que Palacio y otros legisladores, como Cooke, fueron elegidos para integrarse como diputados por la Capital Federal. En el caso de Palacio, en aquel momento, además de su posicionamiento desde la plataforma brindada por la Unión Revolucionaria, contaba con una relación personal con el líder. En esta coyuntura, habían emergido nuevas fuerzas en el seno del “movimiento revolucionario”. El poder obrero, las mujeres, los territorios y las comunidades de origen inmigratorio. A través de distintas estrategias de inclusión, el Partido Peronista, ahora en sus dos vertientes, había buscado la ampliación de su base electoral y su representación.

Las individualidades de origen universitario o del ámbito letrado que actuaban en el nivel del poder central, aún con relaciones ciertas con el ámbito político, quedaban de alguna manera marginadas del proceso. Esto sucedió con Palacio, aunque no fue el único. Cooke tuvo el mismo destino. Otras figuras que no habían tenido actuación legislativa vivieron procesos similares, aunque más dramáticos, con el derrumbe del mercantismo: Sampay, Jauretche, Avanza, López Francés. Distinta era la situación de Torres y Scalabrini, que no habían ingresado en la administración, aunque la percepción de exclusión de las posiciones expectables fue similar. Con todos ellos sostuvo relaciones Palacio durante esos años, compartiendo esa rara experiencia de marginación en el seno de un movimiento que había contribuido a forjar.

Sin posibilidades ni ánimo de renovar la banca, Palacio tomó distancia del gobierno. Fue en ese momento que comenzó a tejerse una red de contactos para intentar derribar al gobierno. Para explicar la participación parcial de Palacio en ella, resulta importante situar las coordenadas en las que actuaba en ese momento. ¿Cuáles eran las relaciones de Palacio con el mundo político y militar de entonces?

Sus lazos con el nacionalismo ideológico nunca habían sido rotos, ni en lo personal ni en la red de relaciones políticas activas. Eso explica que en la trama conspirativa del levantamiento de Benjamín Menéndez haya sido contactado. En la conspiración participó el dirigente Roberto Laferrère, que cultivaba amistad e ideología con el general retirado desde principios de la década de los cuarenta.

Tampoco había dejado de frecuentar a militares de corte nacionalista. Palacio señaló que los conspiradores se reunieron en varias oportunidades en su casa. Pero que

él, personalmente, no le guardaba confianza al líder del movimiento (*Confirmado*, 5 de octubre de 1965). ¿Pesaban aún los desplantes realizados por el militar en tiempos del Frente Patriótico cuando se negó a desplegar el programa revolucionario para derrocar al régimen conservador?

Fracasada la intentona golpista de septiembre de 1951, Menéndez se entregó al igual que Llosa y los pocos efectivos que pudo sublevar en los acantonamientos de Campo de Mayo y La Tablada, para luego asumir la responsabilidad total del fallido intento. Los aviadores de las bases de El Palomar, Morón y Punta Indio llevaron sus máquinas a Montevideo, después de sobrevolar Buenos Aires y su Plaza de Mayo arrojando proclamas, sin haber querido bombardear la concentración convocada por la Confederación General del Trabajo (CGT) en defensa del gobierno. Entre los complotados civiles, se encontraban Guillermo Gallardo y el citado Laferrère, que fueron detenidos durante tres meses por esta acción.

Abortada la conspiración y producido el abrumador triunfo electoral del peronismo, Ernesto Palacio quedaba fuera de un sistema de relaciones políticas que no dejaba de crecer en el vértice de acumulación representado por el líder. La relación con ese vértice se había roto hacía tiempo. En palabras de Palacio, la integración en el “sector intermedio” se había interrumpido por su voluntaria determinación ante la entronización por Perón de grupos que consideraba “espurios”. A su vez, su vínculo con las masas estaba definitivamente perdido al abandonar el continente del peronismo. Sin empleo fijo, con escasos recursos a la vista, con una familia a costas que mantener, Palacio tuvo que redefinir su rumbo.

Su sistema de relaciones también entró en proceso de reformulación. El peronismo lo había distanciado de los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta. Por este tiempo, reanudó la relación epistolar con Julio, aunque del ámbito nacionalista mantuvo prudente distancia con la mayoría de los que no habían adherido al peronismo y, en particular, con Meinvielle y su grupo, que no cesó nunca de criticarlo. Con Sánchez Sorondo y Amadeo las relaciones fueron cordiales aunque distantes. La relación con Raúl Scalabrini Ortiz se mantuvo inalterada con el paso del tiempo, siendo, además, que sus familias se frecuentaban.

La casa de José Luis Torres, en Talcahuano 638, siguió siendo punto de encuentro: allí se tejieron apoyos para la “revolución” del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) boliviano del año 1952. En ese ámbito, Palacio frecuentaba al

escritor boliviano Carlos Montenegro, con quien compartió cierto aire de familia y parentesco ideológico.

Otro de sus vínculos perdurables, el padre Leonardo Castellani, atravesaba serios problemas y Palacio fue solidario con él. Tras la reclusión en España decretada en la Compañía de Jesús, por desobedecer las órdenes de su provincial y haber llevado su queja al Superior General de la Orden en Roma, lo ayudó para que Monseñor Tavella lo incardinara en la diócesis de Salta a principios de los años cincuenta. No concluyeron allí los conflictos con el “cura loco”, quien, obviando las jerarquías y la disciplina interna de la Compañía de Jesús, escribió de manera directa al Papa Pío XII y provocó su separación de la orden (Castellani, c. 1954). Tiempo después, volvió a Buenos Aires y se veía con frecuencia con Palacio en las proximidades de la redacción de la revista *Dinámica Social*, en la que colaboraba.

Palacio también mantuvo una relación cordial con quienes habían caído en desgracia enrolados en el mercantismo. Con Arturo E. Sampay mantuvo relación hasta que José L. Torres lo ayudó a fugarse a Bolivia, disfrazado de sacerdote franciscano. Por otra parte, sostuvo correspondencia con exforjistas presos, como Miguel López Francés, José Cafasso y César Avanza. En ese radio de relaciones, también sostuvo un vínculo de afecto con Jauretche, con quien se veía en la Capital.

La familia siguió viviendo en un departamento en la calle Libertad 1199, séptimo piso. Su hijo mayor ya estaba casado. En el ámbito íntimo, Palacio y sus visitantes murmuraban contra Perón. “Se han pasado la vida buscando un dictador, y ahora que lo tienen les parece un horror”, les dijo un día su esposa, no sin ironía, en medio de una discusión (Palacio J, 1995, p. 69).

Postrimerías del peronismo

En los últimos meses del gobierno de Perón, Palacio siguió con sus clases, redactando materiales para la enseñanza y afrontaba, como en otros períodos de su vida, dificultades económicas. Eso no le hacía perder su ironía, ni sus dotes de poeta:

Quiera por su bondad, ya que no por mis obras

Darme (cuando me toque) el reposo celeste

De un Paraíso auténtico que se parezca a éste

Pero sin acreedores, ni ruidos, ni zozobras. (Palacio, J.M, 1995, p. 69).

Entre otras estrategias para procurar ingresos, Palacio hizo las gestiones para lograr la jubilación (Palacio, 1969a, p. 208). Se proponía una nueva vida: “Una vez obtenida, hago una operación: me compro una quinta en Tigre. Me voy a vivir allí” (p. 51). De ese modo, como recordaba su hijo Juan Manuel, reemplazó el departamento de Libertad por lo que sigue:

Un caserón señorial en el Tigre con parque y pileta de natación, más cuatro plantas cubiertas: bodega, bajos con galería, piso de habitaciones y un enorme altillo lleno de bargueños, muebles y libros de los anteriores propietarios... [era una] casa inglesa construida en los buenos tiempos de fines del siglo XIX, cuando el Tigre todavía competía –mediante grand hotel y casino, con Mar del Plata y Adrogué. *Bow-windows* en todos los ambientes, con aperturas en guillotina, balcones en los altos, chimeneas de mármol, hierro y azulejos – importados de Londres, al igual que los sanitarios: Johnson Brothers, Hamley Ltd., escaleras de madera dura, pisos de roble o baldosas negras y blancas, pomos de bronce macizos como picaportes y espacio, mucho espacio, entre las paredes de techos altos, con frisos de artesones. (Palacio, 1995, p. 52)

En la casa había unos diez mil libros, en veinte idiomas (parcial herencia del abuelo materno, el filólogo Matías Calandrelli), que se distribuían por todas las habitaciones. Estaba situada en la esquina de España y Belgrano, se llamaba “Villa Eugenia” y Palacio amenazaba cambiarle el nombre por “Las tres hijas casaderas”. Su primera hija contrajo matrimonio el 26 de abril de 1955 y la fiesta se realizó en la casa que “tuvo su momento de esplendor” (p. 52). Invitó a familiares y a viejos amigos de la política.

Situado en las “afueras”, Palacio viajaba periódicamente a la Capital Federal. El país vivía momentos complejos. Los hombres que frecuentaba Palacio seguían con atención el rumbo de los acontecimientos y la marcha del gobierno. Muchos miraban con preocupación las negociaciones petroleras. Silenzi de Stagni (1955) fustigaba, desde su cátedra de la Facultad de Derecho de la UBA, las tratativas.

A ello, se sumaba el conflicto con la Iglesia Católica que precipitó a los sectores nacionalistas a la conspiración: Torres se enroló en la oposición y participó de la marcha del día de *Corpus Christi* y su esposa integraba el grupo que resguardó la Catedral metropolitana junto a otros dirigentes como Marcelo Sánchez Sorondo.

Palacio seguía los acontecimientos como observador atento, tal como lo registró un testigo ocasional:

El memorable 11 de junio de 1955, Día de *Corpus*, nos juntó como observadores en Perú y Avenida de Mayo. Casi pegados al café London miramos la improvisada “procesión” que, partiendo de la Catedral, se dirigió al Congreso emitiendo fervientes consignas y levantando pancartas que decían ¡Basta! En un momento dado, alguien de la columna lo miró a Ernesto y tras un gesto de salutación exclamó: ¡Esto reconforta! ¿Quién era el feligrés de marras? Un conocido crítico teatral de filiación comunista. (testimonio de Fermín Chávez en Alén Lascano, 1999, p. 31)

Al escalar la confrontación, los nacionalistas doctrinarios y republicanos alentaron el golpe. Hubo reuniones en la casa de Alberto Tedín. Sánchez Sorondo visitaba casas buscando adhesiones. El departamento de Torres formaba parte de la red de espacios de la conspiración, lo mismo que la casa de Palacio en Tigre.

En el otro polo, su amigo Scalabrini defendía la posición del gobierno y Arturo Jauretche se había acercado a John W. Cooke en el peronismo capitalino y a Oscar Albrieu, ministro del Interior. Uno y otro habían tomado clara distancia de los nacionalistas en esta coyuntura.

Si bien distanciado, Palacio conservaba ciertas relaciones en el gobierno: “anduvo haciendo gestiones a favor de Arturo Cerretani, el gran novelista, que debía radicarse en Londres, gestiones que frustró la revolución de 1955” (Tiempo, 1976, p. 42). Tuvo un encuentro casual con su antiguo compañero de la facultad, Adolfo Korn Villafañe “¡furiosamente peronista! Yo no lo era ya, felizmente... le pronostiqué la caída del régimen y, felizmente, no me creyó” (Palacio, 1969a, p. 208).

En un polémico intercambio epistolar con el joven Arnaldo Musich, nacionalista que colaboraba con Julio Meinvielle, Palacio replicó que lo acusaran de “falta de espíritu público”:

Nadie ha sido en la generación a que pertenecemos tan ciudadano y tan perpetuamente militante como yo... Pregunte a sus mayores si algún momento de la vida del país me vio indiferente o remiso. Yo fui el fundador y director de *La Nueva República* en su segunda época, o sea la de la acción política; el de *Nuevo Orden* en los años de las conspiraciones; el de *Política* finalmente.

¿Supone usted que eso era literatura, o un simple medio de divertirme? ¿Cree que se trata de negocios provechosos? ¿No se le ocurre que la permanencia durante veinte años en la oposición periodística activa (sin excluir la acción en ligas y comités) pueda significar la posesión de algunas al menos de las virtudes que tan desenfadadamente me niega?... me escatima lo que se me debe. Y ello me duele por venir de usted, a quien suponía no contaminado por la mezquindad ambiente y el espíritu curita”. (Palacio, c. 1955)

En esa defensa retrospectiva, recapitulaba su accionar durante décadas en el ejercicio periodístico y subrayaba su subordinación a la función política opositora. Conservaba ánimo altivo y necesidad de dar respuesta concreta a los comentarios o ataques disparados desde el sector nacionalista doctrinario, con el que parecía mantener no solo distancia, sino franca diferenciación.

Capítulo 7. El último Palacio: catástrofe y retiro

En la parte final de la trayectoria de Palacio, la intensidad de su actuación se resiente. Un hecho fortuito lo postra durante varios años. La información sobre su personalidad es escueta y fragmentaria para algunos períodos, por lo que la reconstrucción se hace más dificultosa. En lo que sigue, presentamos los elementos que tenemos a disposición para dar cuenta de los últimos veinticinco años de su vida.

“Revolución Libertadora”

Palacio participó de reuniones conspirativas en el año 1955. Su casa del Tigre albergó varias reuniones políticas en esos días calientes, a las que acudían, entre otros, Arturo Frondizi.

En la tradición familiar, lo ubicaban como redactor de la proclama de la “Revolución Libertadora” (testimonio de Inés Palacio, enero 2021). Aunque no puede corroborarse con otra evidencia, ciertos párrafos parecen inspirados en textos de su pluma. En cualquier caso, en su memoria el acontecimiento cobró relevancia, si tenemos en cuenta que, entre sus papeles personales, guardó con esmero ejemplares de los diarios de la jornada⁸⁴, como no había hecho con ningún otro acontecimiento político de la Argentina contemporánea.

El apoyo de Palacio al golpe respondía a múltiples razones. En primer término, a la decepción creciente con el peronismo, desde los primeros pasos del gobierno en su rol de legislador hasta un discreto distanciamiento que se ahondó con el enfrentamiento con la Iglesia y, más cerca de la hora, con la movilización de sus amigos políticos del nacionalismo y la proximidad con el general triunfante.⁸⁵

Palacio tuvo oportunidad de expresar esos motivos con claridad en una entrevista que le hizo la revista *Esto Es* (4 de octubre de 1955), a las pocas semanas del golpe. La publicación participaba de la campaña de desprestigio orquestada desde el

⁸⁴*La Nación*, 22 y 25 de septiembre de 1955. *Clarín*, 23 de septiembre de 1955. *La Razón*, 23 y 24 de septiembre de 1955. *Noticias Gráficas*, 23 de septiembre de 1955.

⁸⁵Había estado en casa de Palacio para la boda de una de sus hijas (1969a, p. 51).

gobierno revolucionario contra el régimen de Perón. Así, buscó presentar distintos perfiles entre sus entrevistados y Palacio quedó como “ex dirigente del movimiento que llevó a Perón a la presidencia” y “escritor, político, periodista, profesor, elegido diputado nacional en 1946 por la Capital Federal, en la lista de la Unión Cívica Radical (Junta Renovadora), encabezándola con el mayor número de sufragios”. Ante la pregunta sobre qué actitud debía adoptarse frente a los que desempeñaron un papel principal en el gobierno de Perón y si convenía limitarse a una mera sanción penal o inhabilitarlos políticamente en bloque, respondió:

Ante todo, ¿Qué se entiende por papel principal? En el régimen depuesto había un solo papel principal: el de Perón, cuya culpa consistió en convertir el gran movimiento de opinión nacional que lo llevó al poder en un mecanismo de opresión del que pocos podían escaparse... El entusiasmo inicial fue reemplazado por el terror difuso. Funcionarios y diputados obedecían por miedo los caprichos presidenciales, acallando la rebelión interna que sólo se manifestaba en los corrillos de confianza, asegurados contra la delación. (*Esto es*, 4 de octubre de 1955, p. 1.)

En cuanto a quienes habían apoyado al peronismo desde la buena fe y no habían incurrido en delitos, decía:

Mucha gente honrada entre ellos, amigos a quienes estimo y quiero, acompañó al dictador hasta su caída, al impulso del entusiasmo inicial, en espera de una reacción que no se produjo y no podía producirse. A estos compatriotas de buena fe (que se sentirán hoy sin duda tan liberados como nosotros) hay que concederles el beneficio del olvido de sus errores. Ningún hombre honrado debe ser perseguido por sus ideas equivocadas, ni por sus actos no libres. (*Esto es*, 4 de octubre de 1955, p. 1.)

En cuanto a los que eran considerados delitos, proponía su tratamiento en el ámbito ordinario de la justicia, que suponía un alejamiento de las prácticas que venía llevando adelante la vicepresidencia de la Nación:

Por lo que hace a la delincuencia, que proliferó bajo el régimen derrocado a favor de la mordaza a la prensa y la persecución de los opositores, es evidente que no debe quedar impune y que los culpables, empezando por el máximo, han de ser sometidos a los jueces ordinarios. No pueden quedar sin castigo los autores e instigadores de la quema de templos y archivos, del ultraje a la bandera, de atentados de todo orden contra las personas y bienes de los habitantes de la Nación. No puede quedar sin castigo la incitación pública al asesinato. Las penas deben tener como aneja la inhabilitación política temporal o perpetua. (*Esto es*, 4 de octubre de 1955)

Se pronunciaba contra la persecución y reiteraba su rechazo a tribunales especiales, argumentando que estaban prohibidos por la Constitución y bregaba, en línea con el discurso oficial del momento, por la convivencia pacífica en un clima de libertad y respeto mutuo.

Esas respuestas de Palacio iban en dos direcciones. Por un lado, a recuperar el sentido original del peronismo, para dar justificación y fundamento a sus opciones políticas, y para diferenciarlo de la orientación tomada a partir de las decisiones del único responsable de ese desvío. A la responsabilidad exclusiva de Perón podía atribuir lo que consideraba, más allá de los agravios políticos e institucionales que podía sentir en lo personal, la falla principal del movimiento: la ausencia de estructuración de los sectores intermedios de la elite política, que en esta evaluación consideró oprimidos y acallados por la voluntad omnímoda del líder. En lo vinculado al enjuiciamiento de las conductas de partícipes del gobierno depuesto, se orientaba a cuestionar las comisiones investigadoras constituidas en el ámbito de la vicepresidencia por el almirante Isaac Rojas, en las que participaban voluntarios de las distintas fuerzas políticas opositoras, que recibían delaciones y denuncias anónimas. Se trataba de unas cincuenta comisiones y una de ellas investigaba a los exlegisladores oficialistas.

En la redada de detenciones de diputados y senadores que se habían desempeñado durante el peronismo, estuvo también Ernesto Palacio. El periódico *Política y Políticos* (enero de 1956), de José Luis Torres, denunció la injusta detención. El presidente provisional, Eduardo Lonardi, se disgustó ante esa medida y ordenó la

liberación inmediata de quien consideraba claro opositor a Perón y apoyo de su gobierno (Palacio, 1969b, p. 51).

Poco después, se produjo el desplazamiento de Lonardi y el conjunto del nacionalismo se constituyó en dura oposición a los “libertadores”. Tras haber combatido contra Perón, estaban desplazados, pasaban a ser perseguidos por los hombres de Aramburu y Rojas, y corrían la misma suerte que los peronistas en el llano. De ese modo, se prestaban a juegos de alianzas con los proscriptos y abrían las puertas de sus publicaciones a hombres que hasta ayer habían sido considerados enemigos: es lo que ocurrió con las publicaciones periódicas *Azul y Blanco* y *Revolución Nacional*. La inversa resultaba cierta también: la publicación *Política y Políticos* era citada como referencia por prensa de neto corte peronista, como el periódico *La Argentina*, dirigido por Nora Lagos (Moyano Laissue, 2000).

En la segunda quincena de noviembre, una catástrofe sobrevino en la vida de Ernesto Palacio. Al salir de la casa de Juan Pedro Vignale, donde había pasado la noche, un accidente de tránsito lo dejó mal herido. Fue atropellado por una camioneta del correo, y su cuerpo se dio contra un cordón de la vereda en el pueblo de Punta Chica. Como recordaba su hijo: “Hemiplejía, afasia y una inevitable trepanación conformaban un sombrío pronóstico. Desde el hospital de Virreyes fue conducido, en estado de coma, hasta el centro en el que fue operado” (Palacio, J., 1995, p. 41). El accidente lo dejó postrado y bajo cuidado médico por buena parte del año 1956.

Vivió en un estado de intermitencia, taciturno, en el que se combinaban momentos de presencia con otros de graves dificultades para conectarse con lo real y lo próximo. Esa situación se prolongó durante siete años en una recuperación muy lenta, que no le permitió volver a ser, desde luego, el que había sido. A Palacio le costaba movilizarse, arrastraba su pierna derecha al caminar. Para la familia constituyó una situación dramática. Además de los cuidados médicos, el mantenimiento del hogar familiar constituía un gasto difícil de afrontar. En ese momento, no contaba con “ahorros, ni seguro, ni rentas, fuera de unos mal pagados derechos de autor por su *best seller* de historia argentina” (Palacio, J., 1995, p. 46).

En ese tiempo, se casaron dos de sus hijas: Gloria, con el hijo de un diplomático mexicano, Enrique Solórzano, con quien partió hacia México, e Inés con Pablo Botto, quienes se radicaron en Mar del Plata.

Con mucho esfuerzo, ante convocatorias puntuales, tuvo alguna aparición pública. Se acercó al grupo orientado por Marcelo Sánchez Sorondo a través del

periódico *Azul y Blanco*, en respuesta a *acciones* con que el “lonardismo” desplazado buscaba captar voluntades del peronismo. Era tratado como figura consular, considerado un “prócer” del movimiento nacionalista y, de alguna manera, su estado contribuía a esa imagen. En una de sus “bajadas” a la Capital, comprometió con Fermín Chávez un artículo sobre Marx para *Columnas del Nacionalismo Marxista* (Devoto, 2004b; Gascó, 2017).

A fines del año 1957, se sumó al Comité Pro Derogación del Decreto 4161, que prohibía la mención de toda referencia al peronismo en los medios gráficos o en expresiones públicas. Coincidió con figuras de la política y el periodismo de diversas tendencias en el pedido del fin de la aplicación de “uno de los principales factores de perturbación y división para la sociedad argentina”. Se proponían desarrollar una intensa campaña nacional de propaganda y constituir filiales en todas las provincias argentinas. Participaron de la iniciativa, además del propio Palacio, Oscar Albrieu, Hernán Benítez, Elías Castelnuovo, José M. Castiñeira de Dios, Luis B. Cerrutti Costa, Fermín Chávez, Raúl Damonte Taborda, Arturo Jauretche, Ramón Doll, Rogelio Frigerio, Abraham Guillén, Tulio Jacovella, Alejandro Leloir, Rodolfo Puiggrós, Ricardo Rojo, Marcelo Sánchez Sorondo, Raúl Scalabrin Ortiz, entre otros (*Mayoría*, 23 de diciembre de 1957).

Fronzizi y después

Ernesto Palacio apoyó la organización del “Movimiento Nacional Fronzizi Presidente”, que funcionó en la calle Florida 334, en el viejo local forjista donde había desplegado su acción el Club Argentino y se confeccionaba *La Víspera*. Ese “movimiento” reunía una diversidad de apoyos de distintas vertientes ideológicas y políticas. Se encolumnaron allí nacionalistas, mercantistas, forjistas, peronistas y católicos.

En febrero, el candidato participó del acto de inauguración del local rodeado de las figuras que convergieron allí: Ernesto Palacio, Arturo Jauretche, Emilio Samyn Duco, Alberto Banfi, Ricardo Guardo, Rodolfo Decker, Mario Amadeo, Alberto Tedín, el comodoro Juan José Güiraldes, Julio Canessa, Francisco Capelli, Alberto Contreras. Fronzizi fue acompañado de Rogelio Frigerio. Un semanario destacó en primer lugar el apoyo de Palacio: “hombre de letras, periodista (para combatir al gobierno de Justo y

denunciar las infamias de la ‘década infame’ fundó y dirigió el semanario *Nuevo Orden*), diputado nacional en 1946 por el movimiento hoy proscrito y expresidente de la Comisión Nacional de Cultura”(Mayoría, 3 de febrero de 1958).



Acto de apoyo a Frondizi en Florida 334. Fuente: (*Mayoría*, 3 de febrero de 1958).

De esa manera, una vez más, se diferenciaba en las acciones políticas concretas de los “abstencionistas” de *Azul y Blanco*. Actuó de la misma manera que Scalabrini y Jauretche, apoyando a Frondizi para terminar con la dictadura militar de Aramburu y Rojas.

En mayo de 1959, falleció su amigo Raúl Scalabrini Ortiz. Lo enterraron en la Recoleta. Lo despidió un importante grupo de gente y hablaron varios amigos de Palacio, como Hasperúe Becerra, Rosa y Jauretche.⁸⁶

Años después, se le sumó otra más cercana: el 3 de diciembre de 1963 falleció su esposa, Susana Hudson. Según su hijo Juan Manuel, “el acontecimiento ponía punto final a un rápido cáncer de páncreas y a una larga agonía moral que se remontaba al accidente” (Palacio, J., 1999, p. 52). Este hecho afectó profundamente a Palacio y lo inundó de tristeza. Permaneció callado, aun en compañía de sus seres queridos que más confianza le inspiraban, como su madre y su hija “Susanita”.

Palacio se preocupó por reeditar algunos de sus libros. Así, a través de la editorial Kraft logró la salida de *Teoría del Estado* (Palacio, 1963), siendo que ese material era demandado en el ambiente de la formación en Derecho. También gestionó la reedición de *Catilina* por parte de Huemul, al cumplirse los treinta años de libro, y

⁸⁶No nos consta si pudo asistir al entierro. De las fotos que pudimos relevar no se distingue su figura.

acordó con Roberto Rego su reimpresión siguiendo la segunda edición realizada por Zamora y con el prólogo de 1945 (Palacio, 1965a). La obra fue incluida en la serie de “manuales” de la editorial.



Foto de Palacio c. 1965. Fuente: (*Confirmado*, 8 de octubre de 1965).

A su vez, Palacio tenía en su ánimo viajar. Quería conocer otras geografías. No conocía el Norte ni Europa. Sentía una obligación por conocer el “mundo”. No quería morir sin concretar ese anhelo. La oportunidad se produjo cuando, en el marco de una política de “reparaciones” emprendida por el Congreso Nacional hacia el período peronista, se actualizaron jubilaciones de legisladores y los valores de los premios nacionales, y cobró una retroactividad (Palacio, J., 1995, p. 34).

En un diálogo espontáneo entre Juan Manuel Palacio y el padre Julio Meinvielle, salió el tema. Meinvielle, “entre carcajadas de chacal, tartamudeaba: ‘¡No abrió la boca en el Congreso y ahora le pagan!’” (p. 34). El cura, con quien Palacio había tenido varias confrontaciones y distancias, repetía el lugar común de la crítica por su actuación legislativa. Al compartirle a su padre la reacción del sacerdote, Palacio respondió lacónico: “Perfecto. Él se ríe y yo cobro” (p. 34).

El viaje que proyectó comenzaba en México, continuaba en los Estados Unidos y terminaba en Europa. Luego, decidió fraccionar el viaje en dos tramos. Uno hacia México y Estados Unidos, otro posterior con destino a varios países europeos y regresaría a Buenos entre uno y otro. En esa experiencia, sintió un rejuvenecimiento (Palacio, 9 de noviembre de 1965) y se despertó un vivo interés por conocer y analizar lo que pasaba en el mundo (5 de diciembre de 1965). En México, donde vivía su hija Gloria con su familia, recibió la noticia del golpe militar de Onganía, que siguió con expectativa. En su caracterización, lo distinguió rápidamente de una orientación

nacionalista, aunque destacó la participación de muchos amigos en el gobierno y hasta se vio tentado de integrarse si lo convocaban, para volcar sus aprendizajes recientes en Estados Unidos al manejo del Estado (Palacio, 26 de agosto de 1966). En el mes de septiembre de 1966 regresó al país. Fue a Mar del Plata. Se alojó en una casa del barrio Los Troncos, donde comenzó a esbozar sus memorias (Testimonio de Inés Palacio).

La actitud de los “nacionalistas” y la de Palacio con ellos fueron virando de un franco apoyo, en el que anunciaban el nacimiento de la “Segunda República”, a una confrontación cada vez más significativa con el gobierno de Onganía (Galván, 2013). Estas posiciones se expresaban en el semanario *Azul y Blanco*, dirigido por Marcelo Sánchez Sorondo y organizado por Juan Manuel Palacio y Juan Manuel Abal Medina. En ese ámbito, se hicieron sentir las voces de un elenco cada vez más extendido de colaboraciones, entre las que aparecieron las de Arturo Jauretche, Norberto D’Atri, Luis Alberto Murray, Carlos Mastrorilli, entre otros. Desde ese medio, iniciaron una serie de reportajes a figuras de la política y la cultura y desfilaron por sus páginas desde antiguos nacionalistas como Silenzi de Stagni, Castellani, Meinvielle hasta el expresidente Arturo Illia. El 20 de abril de 1967, Palacio fue entrevistado por la publicación. La nota, a dos páginas, se titulaba “Una hora con Ernesto Palacio” e incluyó una foto importante del entrevistado. Los reporteros lo interrogaron acerca del presente político del país, a lo que respondió en una perspectiva histórica:

Todos los movimientos populares de la Argentina moderna, el autonomismo, el radicalismo y el peronismo, se inspiraron en una idea nacional opuesta a la *república liberal y mercantil*. Pero fracasaron en su intento de establecer una clase dirigente representativa y estable y en realizar la revolución cultural: continuaron honrando a los próceres y a las instituciones del liberalismo. La misma suerte correrán los actuales intentos de renovación, si fallan por esa base. Un pueblo sin ideales comunes colectivamente aceptados, un pueblo sin historia o con su historia falsificada, es un pueblo sin *cultura*. ¿Cómo podría, entonces, contar con una clase dirigente representativa de esa cultura? La república liberal y mercantil, sujeta a los intereses de las metrópolis de turno, es el modelo oficial

de la Argentina. Mientras no se imponga otro desde arriba, seguirá vigente (*Azul y Blanco*, 20 de abril de 1967)

En tren de brindar consejos a la juventud, señaló:

Que se agrupen alrededor de los grandes principios nacionales, sin espíritu clasista o sectario y aunque militen en corrientes distintas: llámense peronismo, radicalismo, socialcristianismo o nacionalismo. La doctrina social católica les ofrece una sólida base teórica de entendimiento, igualmente alejada del liberalismo y del marxismo, dentro de las mejores tradiciones nacionales. (pp. 8-9)

Tiempo después, en la entrega número 45 del mismo medio, *Palacio* (24 de julio de 1967) escribió una nota. Allí decía:

Somos parte de América, somos americanos. Esto lo sabemos, por cierto, en teoría, todos los argentinos. Pocos, en cambio, lo sentimos vitalmente. La orientación de nuestra mente pública nos lleva a imaginar una Argentina en el mundo, rodeada de borrosas hermanas menores a las que apenas si conocemos y que nos interesa poco conocer, porque se nos hizo creer hace tiempo (y seguimos creyéndolo) que nuestra población, así como las directivas para nuestra cultura y nuestras posibilidades de grandeza habrían de venimos de Europa... seguimos reaccionando sentimentalmente como una sucursal de Europa. (pp. 20-21)

Y llamaba a reorientar la ubicación geocultural y la acción hacia lo propio americano:

Debemos recuperar y hacer clara en nosotros esa conciencia que, perdimos de formar parte de un Nuevo Mundo predestinado y del servicio que debemos prestar como parte de este Nuevo Mundo... No se trata sólo de firmar tratados,

ni de fraguar declaraciones diplomáticas. Se trata de un cambio moral: de que los argentinos volvamos a sentirnos intensamente americanos, a la manera de nuestros abuelos, a fin de recuperar el sentido de nuestro propio destino, que está en América, por cierto, y no entre las ruinas del mundo viejo. (Palacio, 24 de julio de 1967)

Unos meses después de esa profesión de fe americanista, en septiembre del año 1967, emprendió un nuevo viaje. Esta vez, el destino fue Europa e ingresó por Génova. En cartas a su hija Susanita, se reprende por no haber conocido todo ello antes: “todo lo que he escrito sería distinto si hubiera tenido la influencia directa de la realidad observada” (Palacio, 16 de septiembre de 1967).

En Roma tomó contacto con los embajadores Ramos Mejía y Frías, ambos lectores suyos (Palacio, 3 de octubre de 1967). Fue a la Plaza San Pedro, en la que divisó a Paulo VI, “pequeño y lejano en su ventana, lo vi y lo oí hablar”. Luego se trasladó a París, donde se sintió deslumbrado (Palacio, 27 de octubre de 1967). Aprovechó para buscar antecedentes familiares en España. En Madrid frecuentó al cuestionado escritor Vintilia Horia.

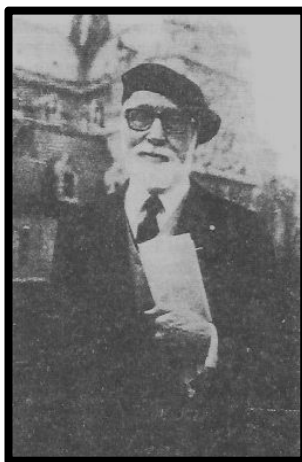


Foto del año 1967. Archivo Palacio.

Vuelto a París, a instancias del arquitecto Patricio Randle, vinculado al nacionalismo, logró ser alojado en la Casa Universitaria en una excelente ubicación y a bajo costo. Allí se propuso avanzar en sus memorias y frecuentó a Pettorutti, quien estaba por publicar las suyas. Las cartas intercambiadas con sus familiares, en las que daba cuenta de sus experiencias y recorridos europeos, fueron calificadas como “las de

un estudiante”. Eran “asombradas, juveniles y perspicaces como las de un liberado en vida” (Palacio, J., p. 34).

Al regresar al país, Palacio se instaló en el Club de Residentes Extranjeros, cercano a la Plaza de Mayo. Sus intervenciones resultaban espasmódicas.

En el orden intelectual, seguía los debates del momento y se mostraba actualizado en cuanto a lecturas, aunque recurría a sus modelos interpretativos y los adaptaba a cuestiones contemporáneas. Ello se deja ver en una entrevista colectiva, promovida por la publicación *Cuadernos Crusoe* sobre prospectiva, en las que analiza el futuro de diversas instituciones (Palacio, noviembre de 1967)⁸⁷. El diálogo, en el que participaron Juan Manuel Palacio, Ignacio Palacios Videla, el reverendo padre Héctor Ferreiros y Ernesto Palacio, se concentró en el porvenir de la Iglesia Católica tras el Concilio Vaticano II. Palacio, lejos de posiciones conservadoras, tradicionalistas o reaccionarias, analizaba lo siguiente:

Se trata de un cambio similar al que se produce en la sociedad civil: una adaptación a nuevas necesidades históricas. La Iglesia se parece al Estado como institución, en su forma y estructura, con la diferencia de que tiene finalidades permanentes y una misión trascendente. La violenta irrupción de la “cuestión social” en la problemática de nuestro tiempo, por ejemplo, ha empujado con razón a muchos sacerdotes y laicos a asumir la defensa de las masas.

Naturalmente, se produce al mismo tiempo una reacción opuesta que se apoya, más que en los principios de la fe, en las vinculaciones temporales de los protagonistas. No estamos en presencia de un problema realmente serio, como podría creerse. Está bien que en la época de la democracia la Iglesia sea más liberal en su estructura. La institución eclesiástica estaría pasando de monarquía autocrática a monarquía temperada de tipo liberal-aristocrático. (Palacio, noviembre de 1967)

⁸⁷Colocaron un título asociado, de algún modo, a la obra de nuestro autor: “La Iglesia desde el punto de vista de la teoría del Estado”. Se trataba de una publicación de O’Donnell, Mezza y Asociados (Horacio Verbitsky era parte de la redacción).

Recurriendo, una vez más, a los elementos fundantes de su análisis realista de los gobiernos, añadió:

Desde el punto de vista de la Teoría del Estado, este proceso de transformación se caracteriza por una situación de desorden, una explosión de desorden. En toda sociedad hay un orden normal, dentro de una estructura permanente, formada por el poder personal, la clase dirigente y las masas. El desorden, que a veces toma la apariencia de anarquía, indica el paso a un orden nuevo que no se ha alcanzado aún. (p. 41)

En el caso de la Iglesia Católica, para él, la garantía de permanencia y unidad era colocada en el dogma de la infalibilidad del Papa en materia de fe y de moral, desde el cual se sostenía el principio de autoridad y la organización jerárquica. Por lo que el dogma así formulado resultaba el límite obligado de todo “pluralismo”. Caracterizaba la situación abierta por el Concilio Vaticano II y señalaba:

Lo que sucede ahora es que la Iglesia, en un esfuerzo de adaptación a nuevas circunstancias, busca formas distintas para cumplir sus fines permanentes. La misión de la Iglesia es evangelizar la vida privada y pública: la cristianización. La finalidad de la Iglesia es predicar el Evangelio por todo el mundo hasta la segunda venida de Cristo. (p. 42)

En cuanto a la política, ocurría algo parecido. Frecuentaba ciertos espacios de sociabilidad que respondían al sistema de relaciones propio del nacionalismo de la época. Formó parte de los apoyos y concurrentes al Círculo del Plata que, desde el año 1968, impulsaron su hijo Juan Manuel junto a Juan Manuel Abal Medina y Marcelo Sánchez Sorondo.

Integró la Comisión Nacional de Homenaje a los Héroes de la Vuelta de Obligado. Compartió ese espacio con Anzoátegui, Castellani, Contreras, Chávez, Dardán, Doll, Ezcurra Medrano, Goyeneche, F. Ibarguren, J. y R. Irazusta, Oliver, Rosa, Sánchez Sorondo, etc. (Palacio, c. 1968).

Participó en la Asamblea de elección de autoridades del I.I.N.M.R., en la que fue electo vocal, junto a una treintena variopinta de miembros de la institución (Boletín IIIHJMR, mayo-septiembre de 1970). Presidía el Instituto su amigo Julio Irazusta, quien

estaba próximo a ser incorporado a la antes combatida Academia Nacional de la Historia.



Foto de Palacio, año 1968. Archivo Palacio.

Asistió a la presentación del libro de Alén Lascano titulado *Juan Felipe Ibarra y el Federalismo del Norte*, en septiembre de 1968. Se trataba de una obra publicada por Peña Lillo, su principal editor. Además de ello, el autor del libro era de origen santiagueño y recuperaba a una de las figuras del federalismo de esa provincia, de la que provenía la familia de Palacio y a la que le guardaba especial afecto.

Alén Lascano (1999, p. 33) señaló que fue una de esas “mínimas reparaciones públicas” y atribuyó esa presencia a las comunes raíces provincianas y la afinidad de “ideales”. “Arturo Jauretche, Jorge Farías Gómez y Fermín Chávez, que hablaron en esa presentación, saludaron con justicieras palabras la asistencia del eminente historiador nacional y rindieron el debido homenaje al gran pensador que daba verdadera jerarquía a ese acto y consagraba el libro presentado”.

Dos años después, la obra fue premiada por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires y Palacio fue al acto de reconocimiento. Tras concluir la ceremonia se encontraron en una confitería cercana, por avenida Diagonal Norte:

Palacio había llegado antes y en una mesa interior estaba solitario. Desde la vereda en donde nos ubicáramos en ese anochecer veraniego, lo vimos y lo invitamos. Palacio se acercó por momentos, retirándose poco después pensativo (Alén Lascano, 1999, p. 33).

Esas episódicas apariciones se combinaban con uno de los proyectos que se había planteado Palacio en esta etapa más recogida de su vida. En su espíritu se incubaba desde hacía tiempo la idea de escribir unas memorias y había dado algunos pasos. Primero en Mar del Plata y luego en París, munido de un cuarto confortable y de una máquina de escribir portátil. Antes, había conversado del tema con Peña Lillo, quien venía promoviendo esas empresas entre sus autores taquilleros, como era el caso de Jauretche. La concreción de esa idea, a partir de un acuerdo económico conveniente, podía mostrarlo vivo y mejorar sus cuentas. Si bien había avanzado en la escritura, el texto no estaba terminado. De todas maneras, entregó un borrador.

De esos escritos quedaron restos fragmentarios y discontinuos. La mayor parte de ellos se han perdido o fueron destruidos. Los papeles supervivientes a las mudanzas, las humedades o los traspasos contribuyeron, muy parcialmente, a cubrir ciertas partes de su trayectoria. Representan un estado inicial, larvario, germinal del texto. Parecen los primeros esquemas y borradores de la obra. Más allá de estos límites, nos dan una pauta interesante en cuanto a la autoimagen de Palacio. A la idea o representación que él mismo se hacía de su trayectoria. O, quizá, la imagen que buscaba transmitir en ese escrito que podía considerar final.

No las concebía como las memorias de un gran hombre. Por el contrario, las definía como las “memorias de un hombre común”. La estructura que intentó darle fue la siguiente: “I. El fluir de los hechos”, “II. Escribir la historia” y “III. ¿Paseo o poesía?” Las “memorias”, finalmente, no fueron editadas, algo que dio lugar a varias hipótesis.

La primera, más simple, es que se trataba de un texto inconcluso y que, por lo tanto, debía esperar. La segunda, que es la que mayor difusión obtuvo, señala que, una vez entregados a Peña Lillo, fueron leídos por el editor y, según su parecer, no constituían un material para difundir. ¿Razones? Podemos conjeturar que, más allá de cuestiones formales de estructura y escritura, más allá de digresiones y notas marginales, aparentemente el texto marcaba distancia con Perón y el peronismo. En ese momento, de ascenso de masas, de creciente simpatía de los sectores medios hacia esa figura, no parecía recomendable la inclusión de ese texto en el catálogo “nacional-popular” de la ya consagrada editorial. La tercera, más propia del ámbito familiar, consigna que el escrito contenía comentarios críticos hacia personas en todas las etapas de la trayectoria vital de Palacio y que eso generaría “peleas” de todo tipo, y preferían, entonces, no promover su publicación. Resulta una hipótesis plausible si tenemos en cuenta las posibilidades alternativas que en ese momento se abrían al autor, y con mayor

precisión a su hijo Juan Manuel, ligado a distintos emprendimientos publicitarios y editoriales.

Poco es lo que sabemos de los últimos años de la vida de Ernesto Palacio. Su hijo menor, Juan Manuel, habló de “un ocaso estupendo”, en el que predominaron “la bondad, la omnicomprensión y el humor parejo sin desplantes ni tensiones. Jamás un retiro fue más elegante que el suyo” (Palacio, J., pp. 33-34).

Alternó su existencia entre Buenos Aires y Mar del Plata. En la Capital, habitaba en una pequeña pieza, atestada de libros, en el Club de Residentes Extranjeros, regentada por Paz Mallman, en la cercanía de Plaza de Mayo, detrás de la Catedral metropolitana. En Mar del Plata, pasaba largos meses alojándose en la casa que su hermano Lino tenía en la ciudad balnearia o en la de su hija Inés, que vivía allí desde su casamiento. Allí pasaba el tiempo leyendo y paseándose por los lugares de veraneo de los tiempos pasados de la infancia y adolescencia.

En el ámbito público su figura fue transformada, poco a poco, en mito, aún antes de que falleciera. Ello se reflejó en tres campos diferenciados: en primer término, como protagonista del mundo literario; en segundo lugar, como autor principal de una corriente historiográfica y, por último, como actor destacado de la historia contemporánea argentina misma.

En lo que hace al mundo literario, contó, como hemos detallado en un capítulo anterior, con un inesperado difusor. Borges refería, una y otra vez, los fraguados orígenes de la disputa entre Boedo y Florida o el intento conciliador de Floredo, a quien lo asociaba con nuestro autor.

Su lugar en el revisionismo fue analizado por varios autores desde temprano. En 1971 un ensayo de Tulio Halperín Donghi (1971) realizaba una filiación del primer revisionismo con la derecha francesa, con un “realismo hostil a las ideologías” y, en especial, a la de la Revolución Francesa en su vertiente democrática (pp. 16-17). Le endilgaba a los revisionistas un antiintelectualismo de intelectuales que creían que las ideas gobernaban la historia (p. 18). A su vez, mostró la conexión y cierta continuidad con una tradición cultural argentina, encarnada en Sarmiento, Mitre, Alberdi, Hernández y Guido. Señaló: “eran llevados a la indagación del pasado por su preocupación por el presente y el futuro” y no “tenían formación ni vocación adecuadas para la investigación erudita”, por lo cual, debían partir de material ya elaborado por otros estudiosos (pp. 18-19).

En cuanto a Palacio, según Halperín, “se interesaba sobre todo por la dimensión político ideológica de una tarea de revisión histórica que ve sustancialmente como un aspecto de esa crítica de la modernidad entonces en boga” (p. 22). Acerca de las páginas de *La historia falsificada*, afirmó que estaban “más interesadas en negar al régimen conservador el aval ideológico del autoritarismo en ascenso en Europa que en enfrentar en niveles menos teóricos a ese régimen (por el cual no ocultaba, por otra parte, su antipatía).

Luego señaló “su ambigua relación con los dos movimientos hoy más impopulares entre los dominantes de la década de los 30 –el fascismo en el ámbito internacional y el conservadorismo en el nacional– (que) sólo podría ser comprendida en su justa perspectiva por quien renuncie a la afición a las aceptaciones y recusaciones globales” (pp. 30-31). Señalaba la paradoja del apoyo de Palacio al peronismo, habiendo sido el autor revisionista menos ocupado de lo económico y social y el rechazo de ese movimiento por parte de Julio Irazusta, él sí preocupado por esas dimensiones. En ese marco consignó la existencia de “autores revisionistas que proponen una imagen renovada del entero pasado nacional, y no sólo de algunas etapas de él”, y señaló que Palacio hizo ese intento y que cerró su historia en 1938 por las perplejidades que le generaba el peronismo en el poder (básicamente, por las tensiones introducidas en la relación entre liderazgo fuerte, minoría ilustrada y masa).

No sin malicia, señaló que, con posterioridad a 1955, la actualización de esa historia se hizo con un “capítulo final que rivaliza en escrupulosa neutralidad política y plomizo aburrimiento con los que ponían al día cada una de las nuevas ediciones del conocido manual del doctor Levene” (p. 50). La ambigüedad acerca de la existencia real de Palacio resultaba notable.

En otras semblanzas aparecidas en reseñas, presentaciones o reediciones de sus obras, volvía a aflorar la mención ambigua acerca de su vida. La relación lejana con los hechos a los que se lo vinculaba, así como cierta referencia mítica, lo ubicaban en un pasado definitivamente ido, muerto. En ocasión de la reedición de su *Teoría del Estado* por la editorial Eudeba –en ese entonces, a cargo de Arturo Jauretche, desde el retorno del peronismo al poder en el año 1973–, los editores, a tono con el momento, señalaban que fue “fundador, en 1945, del semanario *Política*, que apoyó la candidatura presidencial del entonces coronel Juan Domingo Perón. Desde 1946 ocupó una banca en el Congreso como diputado nacional peronista, por la Capital Federal”.

En el tercer campo que hemos señalado, en 1975 comenzaron las menciones más sistemáticas a su figura como protagonista del pasado político argentino. Obligado Editora comenzó un ambicioso proyecto: publicar en cinco tomos una serie antológica sobre el “Pensamiento político nacionalista”. Entendemos que las condiciones políticas del país le permitieron llegar, solamente, hasta el tercer volumen: *De Alvear a Yrigoyen: La revolución de 1930 y El estatuto del coloniaje* (1º parte), todos a cargo de Julio Irazusta (1975a, 1975b y 1975c). La obra, que incluía textos diversos de Palacio, incorporaba este perfil:

Ernesto Palacio, hijo del distinguido hombre público, ingeniero Alberto Palacio, que fue presidente del Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires, nieto del filólogo italiano Alcides Calandrelli, tenía acabada formación literaria, y siendo un admirable poeta, como no creyó emular a los grandes, se atuvo a la prosa, en la que a juicio del que esto escribe, si alguien se le igualó, nadie lo superó en castellano. Fue, como es natural en los grandes espíritus, el *petit anarchiste* que Maurras confesó haber sido en su extrema juventud. Cantaba los versos en honor de Simón Radowsky, asesino de Ramón Falcón, que era el santo y seña de los tirabombas en aquella época lejana. Entre los años 23 y 27, César Pico había hecho de Ernesto Palacio un católico ferviente y un hombre de orden. Antes de contribuir a la aparición de *La Nueva República* había colaborado en *Martín Fierro* con epitafios y ovillejos, que culminaron en la bellísima *Elegía al Aue's Keller*, que hoy se puede leer en *Los martinfierristas* de Eduardo González Lanuza y en *La revolución martinfierrista* de Córdoba Iturburu. Más adelante asistiremos a la evolución que lo llevó a escribir *Catilina* y la *Historia de la Argentina*. (Irazusta, 1975a, pp. 16-17)

Un mes después, salía de los talleres gráficos Yunque, en dos densos tomos, la obra *El nacionalismo argentino*, de Enrique Zuleta Álvarez (1975). Amén de reivindicar la originalidad de la vertiente considerada republicana del nacionalismo, el autor presentaba, también, perfiles de los protagonistas principales de su relato. En el caso de

Palacio, se detenía fuertemente en su juventud, su actuación en *La Nueva República* para luego retomar el análisis con *Nuevo Orden* y marcar la deriva populista con su adhesión inicial al peronismo. El protagonismo histórico de Palacio entraba, así, en un contexto de análisis mayor, con una primera diferenciación de las corrientes internas del nacionalismo.

El ejemplo más claro en la línea de la ambigüedad con relación a su existencia física se produjo en una importante nota producida por la revista *Crisis* en el año 1976, en la que los tres planos aludidos se confundían. Con la asistencia de su hija Susana, la revista publicaba una extensísima nota que recuperaba la figura de Palacio, bajo el título “La historia como algo vital”. Al presentarlo anotaban: “Ernesto Palacio es otro de los grandes condenados por el silencio: político, escritor, periodista, historiador, bastaría sólo su *Catilina contra la oligarquía* para consagrarlo entre las figuras de la inteligencia nacional” (*Crisis*, junio 1976).

La nota se iniciaba con un perfil trazado por uno de los redactores de la publicación, Guillermo Gutiérrez, quien se encargó de la selección de textos y testimonios. A continuación, reproducía “testimonios” de Alejo Balcace (“el libro de texto que las nuevas generaciones esperaron”); César Tiempo (“bailó todas las piezas”); Julio Irazusta (“todo lo hizo de forma descollante”). A ello, agregaban reproducciones de opiniones: Ramón Doll (“cesarismo democrático” con el comentario del *Catilina*); Alfredo Palacio (“una belleza varonil, pero sombría”). Como en otras notas de la revista, hacían públicos “inéditos” (fragmentos de la carta a García Santillán con su opinión sobre la enseñanza de la historia; el texto sobre el “ideal de hegemonía nacional”, cartas de viaje bajo el título “ahora son otras mis ideas sobre el mundo”), fragmentos de escritos periodísticos y fotos. Ilustraba la nota una caricatura de Hermenegildo Sábat. A lo largo de la nota, refirieron a Palacio en tiempo pasado, aunque no se mencionaba su existencia ni su deceso. Una vez más, reino de la ambigüedad, cierto aire espectral.

Los últimos años de su vida fueron de cierta atonía para Palacio. Su vida transcurría en encuentros de orden privado. Gustaba invitar a almorzar a familiares o amigos al Club de Residentes, en su exquisito restaurante. Mantenía la lucidez, aunque su expresión no lo acompañaba. Seguía siendo un hombre sonriente, elegante y amable. Frecuentaba el Club del Progreso (4 de enero de 1979), del que era socio.

En el año 1978, el Club de Residentes Extranjeros, el lugar en el que había pasado “feliz” los últimos años, fue demolido (testimonio de Inés Palacio, enero

2021). Pasó entonces a vivir en el departamento de la avenida Las Heras del matrimonio Sosa-Palacio, adonde lo halló la muerte. Víctima de una insuficiencia respiratoria provocada por un enfisema pulmonar que arrastraba desde hacía mucho tiempo (había sido un gran fumador, pero según la memoria familiar había “olvidado” el vicio tras el accidente), murió el 3 de enero de 1979, un día antes de cumplir los setenta y nueve años.

Pocos días antes había almorzado con su amigo Juan Carlos de Abelleira (5 de enero de 1979), quien lo había visto bien de aspecto, aunque Palacio le dijo que había “empezado a sentir algunas molestias a las que parecía no atribuirles importancia”.

Lo velaron en lo que era su domicilio particular, en Las Heras 2451. La familia solicitó que no se acercaran a dar el pésame en ese lugar.

Los diarios de Buenos Aires del día siguiente anunciaron la fatídica noticia: “Dr. Ernesto Palacio. Falleció en esta ciudad” (*La Nación*, 4 de enero de 1979). “Ernesto Palacio. Falleció ayer” (*Clarín*, 4 de enero de 1979). “Falleció un historiador ensayista” (*La Opinión*, 4 de enero de 1979), “Murió Ernesto Palacio, uno de los próceres del nacionalismo” (*Convicción*, 4 de enero de 1979).

A las diez de la mañana del 4 de enero, el servicio de Lázaro Costa lo llevó hacia la bóveda familiar en el Cementerio de Boulogne. Entre familiares, amigos y camaradas del nacionalismo, despidió sus restos don Julio Irazusta (febrero de 1979), con quien lo unía una amistad de toda la vida: “el mejor dotado de todos los escritores de nuestra generación”. Antes de hablar de su relación de amistad, señaló sus intervenciones en el periodismo, sus obras como escritor y resaltó que su muerte “ha significado para el país un daño irreparable” (p. 12).

Un obituario dio cuenta de la realidad familiar: cinco hijos (Ernesto, Susana, Inés, Gloria y Juan Manuel) y nietos (Palacio Basavilbaso, Palacio Quintana, Sosa Palacio, Solórzano Palacio, Botto Palacio y Palacio Portal). Uno de los nietos le escribió: “Fue y será siempre un hombre ejemplar / de caballeridad y alegría / bondad, ternura y simpatía / por eso nunca te vamos a olvidar” (Sosa, 1979).

Junto a misivas de amigos y familiares, sus allegados recibieron mensajes de condolencia de Juan H. Martínez Ferrer (4 de enero de 1979)⁸⁸, Mario Amadeo (4 de enero de 1979), Arturo Peña Lillo (7 de enero de 1979), Antonio J. Pérez Amuchástegui (4 de enero de 1979), Joaquín Díaz de Vivar (4 de enero de 1979),

⁸⁸ Artista plástico, colaborador de la revista *Martín Fierro*.

Vicente Mastrolorenzo (3 de enero de 1979)⁸⁹ y Norah Borges Acevedo de Torre (4 de enero de 1979).

Poco después, la revista *Gente* publicó una nota sobre Palacio, salida de la pluma de un extacuarista, que subrayaba la veta reaccionaria de su trayectoria (Sáez Germain, enero 1979, p. 70). En Córdoba, el diario *El Tiempo* dedicó un suplemento especial a la muerte de Palacio, preparado por Fermín Chávez, en el que aparecieron referencias biográficas, semblanzas de L. Castellani, J. Irazusta, C. Tiempo, R. Doll y un trabajo del autor revisionista que llevó por título “Un humanista sin alharaca” (Chávez, 4 de febrero de 1979). En la revista *Todo es Historia*, Jorge Lafforgue (marzo de 1979) se detuvo, otra vez, en su figura: “Es seguro que Ernesto Palacio se contará –ante cualquier mirada objetiva– entre los cuatro o cinco grandes escritores de su generación. Sus escritos no se pueden silenciar, su trayectoria vital, tampoco” (4 de enero de 1979, p. 55). En la revista *Megafón*, dirigida por Graciela Maturo, el escritor Pablo J. Hernández (1979) recuperó su trayectoria desde el mirador del peronismo.

La memoria de Palacio, luego de su fallecimiento, perduró a través de la reproducción de sus obras y de ciertas recuperaciones. Más allá de lo hecho por su propio hijo Juan Manuel y por Jorge Perrone, quienes realizaron las actualizaciones de *Historia de la Argentina*, a medida que nos embarcamos en la transición democrática, Palacio fue recuperado y apropiado, casi con exclusividad, por la historiografía militante vinculada al peronismo.

En el año 1981 Pablo J. Hernández, luego de haberle dedicado una nota en la revista *Megafón* en el momento de su fallecimiento, incluyó una semblanza de Palacio en una serie de caracterizaciones junto a escritores que le resultaban afines, como Castellani y Tiempo. Se trataba de dos sintéticas carillas, en las que destacaba su integración en la bancada oficialista del primer peronismo. Como muestra de la producción, incluyó fragmentos de *La inspiración y la gracia* (Hernández, 1981).

Este proceso de apropiación cultural siguió en el año 1984 con una nota de la revista *CREAR en la Cultura Nacional*, elaborada por su director Domingo Arcomano (1984), que llevó por título “Recordando a Ernesto Palacio. Tradición, orden, liberación”. En el año 1991, Pablo J. Hernández (1991), en otro libro, reprodujo las carillas que había dedicado a Palacio en la obra de 1981.

⁸⁹Presidente del Círculo de Legisladores del Congreso de la Nación.

A ello, le siguió el trabajo que hemos citado de Alén Lascano (1999) en el que, amén de la intención hagiográfica, licuó las referencias conflictivas a la relación de Palacio con el primer peronismo. Esa operación siguió su línea ascendente en el *Diccionario de peronistas de la cultura* elaborado por Fermín Chávez, en el que incluyó, sin más, a Palacio como adscripto al peronismo (2003, p. 103).

En la huella de Alén Lascano y Chávez se desarrolló la inclusión del perfil de Palacio como historiador en la obra colectiva *Los malditos*, orientada por Norberto Galasso (2005, pp. 37 y ss.). Este proceso continuó con un trabajo más extenso de Pablo Hernández (2014) que detallaba obras y las comentaba, entre las cuales recuperaba el texto de Alén Lascano para señalarlo como “justiciero trabajo” de recuperación de su obra legislativa y cultural (p. 155 y ss.).

Podemos decir que este proceso fue consumado con la inserción de la obra completa de Palacio en la Biblioteca testimonial del Centenario, “colección” que recogió autores de distintas corrientes y que recuperaba del espacio “nacionalista” a Irazusta, Sierra, Torres y al mismo Palacio; del llamado campo “nacional”, a Sampay; y de la “izquierda nacional”, a Hernández Arregui. En la oportunidad, se realizó la reproducción facsimilar de sus obras, tomadas de los restos de la biblioteca del mismo autor. En esa operación editorial, llevaron como toda presentación unas notas introductorias de Eugenio Gómez de Miers, director de la colección, que destacaban la coherencia, el patriotismo y la lucidez de Palacio, y reconstruían su trayectoria vital a partir de los títulos de sus obras (Palacio, 2012, 2013a, 2013b, 2013c, 2013d).⁹⁰

⁹⁰Cabe recordar que el impulsor de esta iniciativa fue el editor de las *Obras Completas* de Perón, enrolado en esa fuerza política desde hace décadas.

Conclusiones

A partir de nuevas interrogaciones, la disponibilidad de documentación que no había sido trabajada y la relectura de sus obras e intervenciones periodísticas, pudimos reconstruir una serie de facetas que arrojan otra información y otras claves para la comprensión de la figura de Ernesto Palacio.

Esa reconstrucción implicó cierta complejidad, originada en cuestiones de diverso calibre. La primera de ellas estuvo referida a la producción historiográfica existente, en la que constaban los datos básicos de su vida, obviando períodos o situaciones que resultaban conflictivos, sin contar con una reconstrucción que abordara su trayectoria de manera exhaustiva y con perspectiva actual, como se había intentado con otras figuras del nacionalismo argentino. El segundo elemento se relacionó al abordaje de la relación entre un contexto sociopolítico, un espacio ideológico y una singularidad, evitando caer en narraciones lineales y simplificaciones. Una tercera cuestión se vinculó a los diversos ámbitos de sociabilidad en los que incursionó, así como los múltiples aspectos de su personalidad.

Esa reconstrucción estuvo orientada a dar cuenta de las diversas facetas de Ernesto Palacio, siguiendo un orden cronológico y buscando dar cuenta de los quiebres y continuidades de sus intervenciones en cada uno de los ámbitos en los que desempeñó su accionar.

Tras recrear la etapa formativa de su vida en el ámbito familiar, sus estudios en el Colegio Nacional de Buenos Aires y la Facultad de Derecho y su incursión en el anarquismo y el reformismo, abordamos la primera de sus facetas en el ámbito literario. De sus primeros pasos en la bohemia porteña a su inserción en la vanguardia literaria llegando a su transformación en Premio de Literatura de la Municipalidad de Buenos Aires, pasando por sus libros y su inserción en el grupo de la revista *Sur*, nos desplazamos a su acción en el ámbito gremial de la SADE hasta llegar a los vanos intentos de conciliación entre el peronismo y esa asociación de escritores en torno a 1947.

Como base y sostén de su trabajo de escritor, pudimos considerar sus intervenciones periodísticas, desde su ingreso temprano en *La Fronda* hasta la dirección de sus propias empresas periodísticas como *Nuevo Orden* y *Política*. Enlazado con la

producción como escritor y periodista fuimos dando cuenta de sus elaboraciones teóricas en torno al pensamiento político vinculando dos obras: *Catilina*, de 1935 y *Teoría del Estado*, de 1949, producidas en dos contextos distintos, aunque sosteniendo un idéntico armazón conceptual en cuanto a la dinámica y los elementos de la realidad política.

La resultante de una acumulación de capas y experiencias en su oficio de escritor se manifestó de manera acabada en la obra que lo haría famoso: *Historia de la Argentina*. Aquí, cultivando la faceta de historiador revisionista en la que se había destacado desde fines de los años treinta como protagonista de esa empresa a la vez política y cultural.

Fueron los llamados de la política los que signaron otra faceta de Palacio, en la que, tras varias decepciones y experiencias frustradas, se encumbró hasta ser el diputado nacional más votado en un distrito que, en primera instancia, podía resultar adverso para el movimiento social y político que había contribuido a configurar a mediados de la década de los cuarenta.

Un accidente limitó el accionar subsiguiente de una personalidad vitalista que doblaba la década de los cincuenta años. A partir de allí, se hizo más presente en la vida pública argentina por menciones y referencias que, en la mayoría de los casos, dejaban en zona de duda su propia existencia.

A las facetas de escritor, periodista, pensador político, historiador y político, explícitamente desarrolladas en el texto, debemos sumar su desempeño como docente y su trabajo de traductor. En el primer caso, el oficio de enseñar lo acompañó durante casi veinticinco años, hasta que se jubiló en la profesión que había elegido como medio de sustento y trabajo estable. En dos oportunidades, convocado específicamente para hacerlo, desarrolló sus reflexiones sobre la cuestión educacional en el país, con aportaciones originales (Palacio, 1940, 1948a). El oficio de traducir también fue ejercido durante un prolongado tiempo, aunque obedecía, como vimos, a fines crematísticos, y no a un plan deliberado para poner en circulación y a disposición de una comunidad de lectores determinada ciertos materiales considerados valiosos para las empresas político-intelectuales en las que se comprometió.

A este ya numeroso conjunto, corresponde seguir adicionando otros rasgos que componen su perfil y que fueron apenas mencionados en el texto. Nos referimos a las notas salientes de Palacio como fumista, polemista y duelista.

Desde el tiempo de la revista *Martin Fierro*, Palacio hizo gala de su ingenio y su facilidad para la rima irónica. Los epitafios constituyeron buena muestra de ello. En la campaña política del año 1930, activó esa veta con intervenciones satíricas en *La Nueva República* y *La Fronda*. Arrepentido de estas prácticas por las situaciones enojosas que le causaron con figuras del ámbito literario y político, pareció abandonar esa modalidad, hasta que la coyuntura política lo obligó nuevamente a hacer uso del humor y la ironía en la disputa por el poder político.

En *Política*, nuevamente, aparecieron esos rasgos de humor característico que enfilaban contra el adversario político y fundamentalmente con las figuras del espacio intelectual con las que las diferencias se tornaban significativas. Al redactar sus memorias y tratar ciertas personalidades, al parecer, ese rasgo se vio acentuado, lo que hizo que estas no circularan, según la hipótesis más sostenida en el ámbito familiar. En este último espacio, el privado, ese rasgo de humor característico no desapareció jamás.

La veta polémica no estuvo ausente de su personalidad. Desde las páginas de *Martín Fierro*, tempranamente, promovió discusiones y dedicó unos escritos críticos a Gálvez. No dejó de tomar distancia con Lugones y, en la coyuntura del año 1928, entabló polémica sobre el significado del nacionalismo sin disminuirse. Ese mismo año, desarrolló una serie de notas polémicas sobre las ideas de Ortega y Gasset, visitante por ese entonces de la Argentina. Lo mismo ocurrió con el teórico y dirigente socialista Sánchez Viamonte. En la década de los treinta, invitado a un pacífico intercambio de ideas con un visitante francés, inspirador del movimiento Orden Nuevo, discutió fuertemente sentidos y orientaciones. En el ámbito del Instituto Juan Manuel de Rosas, cruzó varias veces a Ricardo Levene. Sus escritos mayores, en particular la *Historia de la Argentina*, fueron consideradas obras esencialmente polémicas por sus admiradores y críticos.

Palacio, de aires caballerescos, se batió a espada y pistola en varias oportunidades, hechos que lo constituyeron en duelista. La más sonada fue con “Nenucho” Múñiz, ilustrador de varios medios nacionalistas, con quien había compartido espacio en *La Fronda*, durante varios años. Sucedió en el año 1941, a “filo, contrafilo y punta”. Otro lance a pistola fue el referido con el entonces ministro de Instrucción Pública, Belisario Gache Pirán, en el año 1947, en la zona norte del Gran Buenos Aires. Una referencia lateral señaló que otro duelo fue el desarrollado con un acreedor, aunque lamentablemente no podemos identificar fecha y adversario involucrado (Palacio, J., 1995, p. 21).

Estas facetas componen una rica personalidad que se desarrolló en condiciones dadas, en determinados contextos y procesos que, de alguna manera, incidieron en sus posicionamientos.

A lo largo de la exposición, hemos insistido en algunos elementos vertebradores de su pensamiento y actitudes. Nos referimos a esas “*formas mentis*”, a ese “utillaje mental”, a esa “matriz de base” a los que los hombres y mujeres recurren una y otra vez, ante situaciones y desafíos intelectuales concretos. Podemos decir, que son esos elementos los que permiten soldar o dar unicidad a esta figura, sin que ello resulte una definición esencialista. Se trata, por el contrario, de reconstruir unos procesos, hechos a partir de prueba y error, transitando arduas situaciones, realizados por el mismo Palacio en su recorrido. Fruto de lecturas, conversaciones, polémicas y experiencias concretas, sus pensamientos fueron condensados en artículos, libros o exposiciones que dejaron cierta manera de entender o mirar al país y la sociedad argentina.

Sin caer en la reiteración, no resulta inútil volver a señalar la idea vanguardista de la refundación argentina a partir de la construcción de un relato de base mítico-poética que impregnó su obra sobre la historia argentina; la visión triádica del funcionamiento los sistemas políticos con la primacía otorgada a la clase dirigente en esos procesos y el lugar reservado para los políticos-intelectuales o intelectuales-políticos a partir de esas consideraciones, tal como se expresó en sus obras de reflexión teórico-política; o el sostenimiento de las banderas del nacionalismo económico y la intervención estatal vinculados a sus campañas periodísticas.

Cabe consignar que estas perspectivas, que formaban parte del patrimonio de una corriente, pero que en Palacio asumieron ribetes propios, constituyeron su credo, del que no se alejó ni abjuró en su trayectoria. Desde ese mirador, analizó las coyunturas y situaciones, y desde allí tomó decisiones y opciones en el escenario político.

También hemos hecho referencia a prácticas recurrentes en su dilatada vida que, de algún modo, permiten darle soldadura y continuidad en el tiempo a esa identidad en permanente mutación. Nos referimos, en primer lugar, a la escritura, orientada a la poesía, la prosa periodística, el ensayo reflexivo, la teorización política o la producción historiográfica. Más allá de los géneros, en esa práctica, siempre buscó el preciosismo en la expresión, un estilo cuidado de exposición y la síntesis precisa, lo que le fue reconocido unánimemente. Fue en ese territorio en el que más seguro se sintió y el que utilizó para ordenar sus reflexiones y para expresarse a cabalidad.

Otra práctica que resulta de interés recuperar refiere a la amistad política, con el intercambio, el comentario cruzado o la búsqueda compartida de opciones. En ese plano, no se trataba de un francotirador solitario o huraño. Los espacios donde desenvolvía esa práctica –el café, las redacciones o las propias casas– fueron para él lugares de encuentro y producción grupal.

Por último, conviene subrayar la ubicación de Palacio como intelectual público interesado en hacer oír su voz, en coyunturas críticas y definitorias o en ámbitos temáticos que consideraba estratégicos o fundamentales. No se trataba de la búsqueda de figuración ni de la construcción de personajes al estilo de los “maestros de la juventud”, que bien podría haber cultivado con las nuevas camadas nacionalistas. Más bien, se trataba de intervenciones orientadas a dar sentido u orientación en un momento dilemático o ante una cuestión considerada clave.

Más allá de esos ejes pertenecientes a su patrimonio de ideas, que intentan enhebrar internamente el multifacetismo de Palacio, o las prácticas que dan cierta unidad a la exteriorización de sus expresiones, otro elemento clave para dar cuenta de esa unicidad se vincula a la trayectoria del personaje que hemos intentado presentar a lo largo de los capítulos. Es a través de las configuraciones situacionales concretas, de las escenas determinantes de su vida, que podemos seguir aproximándonos a su personalidad.

Fuera de los acontecimientos más significativos de orden familiar, cuestión a la que prestó siempre significativa importancia, podemos destacar algunos vinculados a coyunturas políticas y culturales. Entre las primeras, podemos identificar dos momentos claves: el golpe del treinta con la consecuente decepción, y el triunfo del año 1946 con el clímax de su actuación pública. Fueron estas experiencias las que desataron en Palacio intensos procesos de reflexión y escritura, que desembocaron en sus escritos políticos más perdurables.

En el ámbito cultural, se distinguen dos éxitos: el anhelado de *Catilina* y el inesperado de su *Historia de la Argentina*, con los que obtuvo reconocimientos y cierta ubicación diferencial en el ámbito de las letras y en el de la historiografía.

Los relieves de esta trayectoria pueden captarse más acabadamente, creemos, si se singularizan sus contornos y se contrastan con otras figuras del quehacer político e intelectual nacional de su tiempo. En este ejercicio, asociando y comparando la trayectoria de Palacio a otras figuras que, como él, nacieron con el siglo XX y actuaron

en la política y la cultura argentinas, buscamos avanzar subrayando algunas diferencias más que rasgos de identidad, con el objetivo de captar su singularidad.

Con Scalabrini lo unió la vanguardia literaria y la creencia en un nacionalismo cultural, por momentos metafísico, transhistórico. Scalabrini no recorrió la opción nacionalista elitista y militarista del primer Palacio. Al final de los años treinta coincidieron, bajo el mismo credo popular, aunque Palacio solo intermitentemente cultivó la fe extrema en una metafísica de las muchedumbres tan cara a Scalabrini. Ese sujeto tumultuario, para Palacio, debía ser mediado por un líder y una clase dirigente calificada, dando estabilidad y orientación consciente al proceso social en el marco de una determinada comunidad nacional. La personalidad introspectiva y grave de Scalabrini contrastaba con la modalidad expansiva y por momentos lúdica de Palacio. En lo que les fue común, ambos tuvieron padres profesores, provenientes de familias del interior. Los orígenes inmigratorios a Scalabrini le venían por parte paterna y los criollos por parte materna, a la inversa sucedía con Palacio.

Con Jauretche lo unían orígenes comunes en la Facultad de Derecho, el primero estudiante-trabajador, el segundo dedicado al estudio con exclusividad. Desde mediados de los años treinta, lo acompañó en su recorrido, aunque en senderos paralelos, hasta confluir en los orígenes del peronismo. De diferentes orígenes sociales, egresados de colegios nacionales ambos, uno del Central y otro de una “sucursal” de Chivilcoy. Ambos reformistas, en distintas posiciones y tendencias. Jauretche se unió al comité yrigoyenista de Borges, al que Palacio despreció.

Al comenzar a tratarse, desde mediados de los treinta, se respetaban, se estudiaban, se referían, pero no se confundían, eran dos personalidades bien definidas. Cultores de ideas y de la acción práctica. Compartían cierto pragmatismo político. Ideas largamente meditadas a partir de lecturas, reflexiones abstractas de carácter sistemático, de corte filosófico, expuestas en un estilo sobrio y preciso, era el modo Palacio. Reflexión basada en sucesos y conversaciones, desbordante de digresiones, sin orden ni regla fija, escritura a borbotones, era el modo de Jauretche. Ambos, creativos, con cabeza propia, difíciles de congeniar en un todo. Temperamentales, decididos, polemistas, duelistas.

En Jauretche la idea del país debía fundarse en la experiencia, en lo que venía de la orilla, en el saber gauchipolítico. Palacio no despreciaba la experiencia, aunque cultivaba la patria-idea en el registro lugoniano, y se valía de la historia para expresar ese concepto. Jauretche se hizo enteramente peronista. Palacio, luego de coincidir en la

coyuntura dramática del 45 y los primeros años del gobierno de Perón, tomó distancia y se mantuvo en las creencias propias del nacionalismo por él así definido, desde una exterioridad que juzgaba idealmente la experiencia concreta encarnada por ese tumultuoso movimiento.

Con Julio Irazusta lo unió la amistad y el trato cordial y afable durante décadas. La propiedad de estancia y tierras en arrendamiento en Entre Ríos le dieron a Julio la posibilidad de viajar a Europa y aprender en el terreno lenguas, costumbres y tradiciones culturales. Reformistas ambos, de familia radical Irazusta, conservadora la de Palacio, este participó más activamente en la vanguardia literaria de los veinte.

Coincidieron en el periodismo de *La Nueva República* y luego en *Nuevo Orden*. Se enredaron con Alvear. Fundaron el nacionalismo “republicano”, dispuesto a competir electoralmente. El peronismo los dividió. Volvieron a unirse cuando Palacio tomó discreta distancia del gobierno de Perón. Su visión del pasado, aunque coincidente en trazo grueso, no dejaba de ser distinta. Caseros era para Irazusta el “fin” de la Argentina y para Palacio una derrota nacional que daba lugar a la “república liberal y mercantil” combatida infructuosamente por el alsinismo, el radicalismo y el peronismo sucesivamente. Irazusta era decadentista, Palacio no tanto...

Con Borges lo unía un parentesco de familia y de clase, así como la común pertenencia a la vanguardia literaria de los años veinte. Palacio no abjuró, como Borges, del ideario nacionalista y culturalista inserto en el martinfierrismo. Le buscó otra forma de expresión. Coincidieron en reivindicar al Lugones poeta, pero en distintos términos. Palacio abandonó la ironía, Borges la sobreutilizó. Borges reconocía a Palacio, sabiendo de las virtudes de su prosa. Podemos conjeturar que secretamente le guardaba cierta admiración y respeto. En particular, gustaba de su ironía, el haber sido en la visión de otros y de él mismo, el más burbujeante y creativo del grupo de los jóvenes martinfierristas. Borges abominaba de esa experiencia. Palacio, después de darla por terminada, al pasar a otro estadio de su vida, terminó asumiéndola y enorgulleciéndose de haber participado de ella. Uno fue católico, el otro agnóstico. Palacio tomaba vino, Borges leche. Borges, en su dialéctica cuchillera, lo persiguió, aun cuando Palacio estaba en cuarteles de invierno: lo hizo responsable de la –según él– inexistente polémica entre Florida y Boedo; lo incluyó figuradamente en un texto del año 1942 publicado en *Sur* como “nazi” y le propinó el trato de “loco” cuando le propuso un encuentro con “el innombrable”.

Victoria Ocampo procedía de una familia del patriciado, gran propietaria, con restos de fortuna. Palacio venía del patriciado provinciano, empobrecido. Ambos cultores de varias lenguas, aprendidas en entornos diferentes: una con institutrices, el otro en el ámbito escolar. El uso de estas le servía a Palacio para la lectura y la traducción. En el caso de Victoria, para la incorporación de otras tradiciones literarias a su proyecto editorial. Diferentes en estilos: una escribía a “la que te criaste”, en un lenguaje cuasicoloquial que la emparentaba a la prosa de los escritores argentinos de fines del siglo XIX, el otro cultivaba el refinamiento clásico. Ambos de raigambre católica. De corte liberal, en el caso de Victoria. De orientación nacionalista, en el de Palacio.

Compartían una misma fuente en los años treinta: ambos referenciados a los escritos y actitudes de Maritain. Victoria, actuaba como patrona en *Sur*, mientras Palacio se desempeñaba como empleado realizando tareas de traducción para la supervivencia. A la vez, fue articulista de la revista, por lo que compartía ámbitos de sociabilidad promovidos por Victoria. Se distanciaron por los efectos de la Segunda Guerra Mundial y la división del ámbito intelectual porteño. Bajo el peronismo, ya en otro contexto, Palacio realizó referencias críticas al proyecto *Sur*, hablando de esa experiencia como forma de cultura mimética.

Con Castellani lo unieron varias pasiones: los idiomas, la lectura, la buena escritura. Uno escribía a lo “criollo”, creando lenguaje. Palacio burilaba la escritura en concisión, precisión y estilo. Hacían poesía y prosa. Creían en el mismo Dios y en la misma Iglesia, uno como cura no “curita”, el otro como laico no “mojigato”. El cura, “loco”. El otro, más medido. Trataron con intensidad a Lugones por el mismo tiempo, discutiendo con él esquemas de interpretación y materiales. Lo interpretaron como máximo poeta nacional, aunque en diferenciada recuperación. Castellani se quedó en la superficie, en lo estético. Palacio buscó un trasfondo ideológico. Castellani lo consideraba y llegó a elogiarlo en demasía públicamente. Eran amigos. Se escribían. Coincidían en el departamento de Torres. Discutían. Se peleaban. Se distanciaban. Palacio lo trataba de hipocondríaco. El otro se molestaba. Se enfrentaron en las elecciones de 1946, disputaban en el ámbito del nacionalismo un lugar en la Cámara de Diputados. Palacio fue solidario ante sus dificultades en la Compañía de Jesús y la Iglesia Católica, manteniendo trato de manera continua con él.

A simple vista, podría parecer una desmesura realizar este tipo de ejercicios. Las razones de esa consideración, además de buscarlas en las propias trayectorias de los

protagonistas y en su trascendencia, pueden rastrearse en la suerte historiográfica de cada uno de los comparados.

Queda claro que los protagonistas de estas “vidas paralelas” no tuvieron equivalencia en cuanto al trato historiográfico. Las trayectorias literarias de Ocampo y Borges no resulta necesario referirlas para destacar su importancia. Distinto es lo que ocurre con las figuras del amplio espectro nacionalista que hemos incluido en esta galería.

En el caso de Palacio, fue incorporado en diversos relatos, aunque fragmentarios, en cuanto a los períodos tratados o centrados en algún aspecto de su compleja personalidad, sin que cuente al día de hoy con una biografía orgánica. En contraste, sí la tenían quienes se habían opuesto al peronismo desde el nacionalismo (Irazusta) o quienes, compartiendo un posicionamiento similar de apoyo a ese movimiento, asumieron esa identidad con posterioridad (Jauretche y Scalabrini). No se trata de una excepción. Varias figuras del mundo nacionalista que acompañaron a Palacio corrieron la misma suerte, aun teniendo cierta relevancia en el ámbito político y de las ideas en ese momento.

Interesa analizar los motivos de esa ausencia. A lo largo del texto, hemos dejado deliberadamente de lado las teorías conspirativas, fundadas en la idea de la existencia de “malditos” de la historia argentina, intencionalmente olvidados y excluidos de las narraciones históricas. En esa misma dirección, descartamos las posiciones que buscan establecer una justicia póstuma con las figuras así ponderadas.

Consideramos que esos motivos deben buscarse en otros campos y razones. En principio, cabe inferir que, desde el punto de vista de su trayectoria, esta situación podría obedecer a su método de trabajo y a su personalidad, que lo llevaron, por momentos, al aislamiento; el privilegio de las relaciones de tipo horizontal con hombres de su generación más que la transmisión a nuevas camadas organizando un discipulado; su distancia de espacios institucionales académicos o gremiales que preservaran su memoria; la inexistencia de una editorial o un periódico al que estuviese ligado de manera permanente; las fracturas propias del campo político e intelectual argentino; la debilidad de un repositorio documental personal-familiar. Tampoco podemos descartar los dramas vividos y, en particular, el accidente sufrido en el año 1955, que lo alejaron de la vida activa y de la posibilidad de concretar sus proyectadas “memorias”.

En el campo historiográfico, la ausencia puede obedecer a una doble “incomodidad” generada por su trayectoria en las corrientes que estudiaron las zonas de

cruce entre la familia nacionalista y el primer peronismo. Para los autores que recuperaron el “nacionalismo republicano” en su vertiente antiperonista, no podía ser referido más que en los antecedentes de esa corriente, y abandonar el tratamiento en detalle de su trayectoria al asumir posiciones favorables a ese movimiento. Para los autores que enfatizaron los apoyos de las diversas variantes nacionalistas tomando como eje la “populista” ligada al forjismo y a sus referentes fundamentales como Scalabrini y Jauretche, la figura de Ernesto Palacio no resultaba asimilable. Por otra parte, la ausencia de trabajos sistemáticos que exploraran la relación entre radicalismo y nacionalismo a fines de la década de los treinta y los años posteriores, dejaba el heterodoxo recorrido de Palacio en una zona de sombra.

Al subrayar estas diferencias, tanto en la vida real como en el trato historiográfico, buscamos plantear cierta originalidad en el posicionamiento, en el actuar y en el pensar de Palacio. Resulta claro que cada sujeto configura una particularidad. Quizá la más perdurable, en términos políticos, se relacione a los intentos denodados de dialogar e insertarse en los movimientos populares de la primera mitad del siglo XX argentino. En primera instancia con el radicalismo y luego con el peronismo. Esa vinculación intentó realizarla desde la familia ideológica nacionalista, en la que organizó un sistema de ideas singular que compartió con un grupo mayor que, por momentos, lideró.

Fue desde la asunción de la identidad radical que confluyó y contribuyó a configurar el nacimiento del peronismo. Desde esa práctica política, logró una posición significativa, aunque no gozó del reconocimiento político que esperaba. En ese marco cabe preguntar: ¿Cuáles fueron los principios, conjunto de ideas o valores que portaba Palacio que lo volcó a integrarse al radicalismo de cuño yrigoyenista y luego al peronismo? Más allá de las opciones de cada coyuntura política con sus variaciones, interesa recuperar las razones profundas de sus decisiones en momentos críticos. Su identidad política, considerada como cierta configuración de ideas, actitudes e inclinación práctica en coyunturas concretas hacia un espacio político, se encontraba dentro de los márgenes del nacionalismo.

Si tomamos el caso del peronismo, que es el que más nos interesa porque significó un compromiso mayor y una actuación pública saliente, podemos señalar que Palacio, al igual que Torres y otros, conservó su perspectiva nacionalista y adhirió transitoriamente a determinadas políticas y acciones del gobierno. Así se sintió entusiasmado y defendió con energía esas posiciones por un tiempo. No fue el caso de

Scalabrini Ortiz o Cascella, en diálogo intenso con la matriz nacionalista, que asumieron la identidad peronista y la sostuvieron invariablemente. Menos lo fue, en los casos de Jauretche o García Mellid, que adoptaron claramente la identidad peronista y se sintieron cómodos con ella, más allá de diferencias tácticas con Perón. Quizá esta diferenciación sea más nítida o evidente a partir de las posiciones adoptadas en el año 1955 y después, pero también se expresó o podemos rastrearla en tiempos del primer peronismo. Desde otro espacio, fue el caso de Homero Manzi quien siguió siendo radical, aunque apoyaba las medidas del gobierno peronista (Ford, 1971, pp. 91-92).

En el caso de Palacio, ese tránsito de identidad no se produjo. Tal vez porque había luchado casi veinte años para que los cambios que encabezó el peronismo lo hiciera el grupo al que pertenecía o que al menos lo hegemonizara desde lugares estratégicos, estando demasiado atado sentimentalmente a la idea del nacionalismo que lo había marcado en los duros momentos de lucha. O, yendo a un plano individual, se imaginaba que la revolución debía hacerla su generación, no alejado del todo de cierto elitismo, ocupando él un lugar más protagónico que el que le había tocado en suerte.

Los “agravios” que consideraba haber sufrido y, más precisamente, la sensación de haber sido “condenado” a posiciones marginales en el esquema político del primer peronismo lo empujaron a la crítica. La reivindicación del lugar del sector intermedio de la política, de esos estratos que consideraba fundamentales en su visión dentro de la organización piramidal por él diseñada era, a la vez, la demanda por una mejor ubicación en la distribución de poder de esa ecuación en construcción. Por tal motivo, ese ejercicio de distanciamiento no se confundió con la actitud de otros hombres de su matriz ideológica que optaron por la cerrada oposición o el compromiso constante con una aventura golpista.

Esa herida no alcanzaba a explicar, sin embargo, su apoyo al golpe militar que terminó con la primera experiencia peronista en el poder. Los síntomas de agotamiento del proceso, el conflicto con la Iglesia, las negociaciones petroleras y las relaciones con el grupo civil que apoyó el encumbramiento de Lonardi proveniente de la matriz nacionalista en sus distintas variantes lo llevaron a entusiasmarse con una salida que venía a conciliar un país partido, opción que, poco después, se demostró imposible. Esa breve experiencia activaba los pliegues de su pensamiento más sólidamente forjados.

Una vez más, la tensión entre un ideal, basado en un nacionalismo abstracto en el que la soberanía política y económica ordenaban el discurso y el accionar, y la

realidad de las encarnaciones históricas que propendían a esa orientación, atravesaron su trayectoria.

Quizá, allí resida la explicación de sus coyunturales entusiasmos y decepciones.

Referencias bibliográficas:

Ediciones de los libros de Ernesto Palacio:

- (1929). *La inspiración y la gracia*. Gleizer.
- (1935a). *Catilina. Contra la oligarquía*. Rosso.
- (1936a). *El espíritu y la letra*. Editorial Serviam.
- (1939a). *Historia de Roma*. Editorial Albatros.
- (1939b). *Historia de Oriente*. Editorial Albatros.
- (1939c). *La historia falsificada*. Difusión. Prólogo de Leonardo Castellani.
- (1940a). Historia del estatismo escolar. En C. Aguilar y otros, *La enseñanza nacional*. Espasa Calpe Argentina.
- (1945a). *Catilina. Contra la plutocracia en Roma*. Claridad. Segunda edición.
- (1945b). *El espíritu y la letra*. Herrera. Segunda Edición.
- (1948a). El problema educacional. En Centro Universitario Argentino (comp.), *Tribuna de la Revolución: Conferencias*.
- (1949a). Prólogo. En J. Ábalos, *Shunko*. Editorial Raza.
- (1949b). *Teoría del Estado*. Política.
- (1954a). *Historia de la Argentina*. Alpe.
- (1955a). *Manual de Historia de la Argentina*. Itinerarium.
- (1957). *Historia de la Argentina*. Peña Lillo. Segunda edición.
- (1959). *La historia falsificada*. Peña Lillo. Segunda edición.
- (1960). *Historia de la Argentina*. Peña Lillo. Tercera edición.
- (1963). *Teoría del Estado*. Kraft. Segunda edición.
- (1965a). *Catilina. Una revolución contra la plutocracia en Roma*. Huemul. Tercera edición.

- (1965b). *Historia de la Argentina*. Editorial Huemul. Cuarta edición.
- (1965c). *Historia de la Argentina*. Peña Lillo Editor. Cuarta edición.
- (1968). *Historia de la Argentina*. Peña Lillo. Quinta edición.
- (1973) *Teoría del Estado*. Eudeba. Tercera edición.
- (1973b). *Historia de la Argentina*. Peña Lillo. Sexta edición.
- (1974). *Historia de la Argentina*. Peña Lillo. Séptima edición.
- (1975). *Historia de la Argentina*. Peña Lillo. Octava edición y novena edición.
- (1977). *Catilina. Una revolución contra la plutocracia en Roma*. Dicio.
- (1977). *Historia de la Argentina*. Peña Lillo. Décima edición.
- (1979). *Historia de la Argentina*. Peña Lillo. Undécima edición.
- (1979). *Historia de la Argentina. 1515-1976*. Editorial Perrot. Revisada y provista de anexos cronológicos por Juan Manuel Palacio.
- (1980). *Historia de la Argentina*. Revisión. Cinco Tomos.
- (1983). *Historia de la Argentina. 1515-1983*. Perrot. Décimo quinta edición.
- (1989). *Historia de la Argentina. 1515-1989*. Perrot. Décimo sexta edición.
- (2012). *La historia falsificada*. Docencia.
- (2013a). *El espíritu y la letra*. Docencia.
- (2013b). *Catilina*. Docencia.
- (2013c). *Historia de la Argentina*. Docencia.
- (2013d). *Teoría del Estado*. Docencia.

Traducciones:

- Bossuet, J. (1945). *Del conocimiento de Dios y de sí mismo*. Losada.
- Hollis, Ch. (1945). *El régimen monstruoso*. La espiga de oro.
- Chesterton, G. (1945). *The thing (La cosa)*. La espiga de oro.

Walsh, G. (1943). *Humanismo medioeval*. La espiga de oro.

Alighieri, D. (1941). *De la monarquía*. Losada.

Woolf, V. (1939). *La señora Dalloway*. Sudamericana.

Artículos y entrevistas citadas

Azul y Blanco. (20 de abril de 1967). Una hora con Ernesto Palacio. *Azul y Blanco*, N.º 32, pp. 8-9.

Castillo, H. (seud. E. Palacio) (1924a). Los nuevos poetas: Andrés L. Caro. Revista *Martín Fierro*, N.º 10-11.

Castillo, H. (seud.) (1924b). Elegía AusKeller. Revista *Martín Fierro*, N.º 5-6.

Castillo, H. (seud.) (1924c). Girardoux. Revista *Martín Fierro*, N.º 3.

Castillo, H. (seud.) (1924d). Oda a Proust. Revista *Martín Fierro*, N.º 4.

Castillo, H. (seud.) (1924e). *El espíritu de la aristocracia y otros ensayos*, de Manuel Gálvez. Revista *Martín Fierro*, N.º 7.

Castillo, H. (seud.) (15 de agosto de 1940). Comentarios políticos. *Nuevo Orden*, N.º 5, p. 5.

Confirmado. (5 de octubre de 1965). Historia con gusanos. Entrevista a Ernesto Palacio. Semanario *Confirmado*, p. 43.

Esto Es. (4 de octubre de 1955). Ernesto Palacio, escritor, político, periodista, profesor, fue elegido diputado nacional en 1946 (entrevista). Semanario *Esto es*, N.º 94.

Meya, D. (10 de agosto de 1954). *La historia de la Argentina* de Ernesto Palacio corona nuestra encuesta. *Esto es*, N.º 37, p. 22.

Palacio, E. (1925a). Miguel Obligado. Revista *Martín Fierro*, N.º 12-13.

Palacio, E. (1925b). Epitafios. Revista *Martín Fierro*, N.º 14-15.

- Palacio, E. (1925c). Carta a un joven poeta. *Revista de América, Órgano de la juventud*, N.º 4, pp. 36-37
- Palacio, E. (30 de diciembre de 1927). Un homenaje a Ingenieros. *La Nueva República*, N.º 2.
- Palacio, E. (15 de enero de 1928). La muerte de Juan B. Justo. Mitología socialista. *La Nueva República*, N.º 4.
- Palacio, E. (21 de abril de 1928). La cultura frente a la Universidad, por Carlos Sánchez Viamonte. *La Nueva República*, N.º 11.
- Palacio, E. (5 de mayo de 1928). Nacionalismo y democracia. *La Nueva República*, N.º 13.
- Palacio, E. (28 de junio de 1928). Escándalo. *La Nueva República*, N.º 2, segunda época.
- Palacio, E. (agosto 1928). En el país del arte deshumanizado. *Revista Criterio*.
- Palacio, E. (segunda quincena de septiembre de 1928). El nacionalismo. *La Vida Literaria*, N.º 2.
- Palacio, E. (1930a). La hora de José de Maistre. *Revista Número*, N.º 1.
- Palacio, E. (1930b). Romanticismo. *Revista Número*, N.º 5.
- Palacio, E. (18 de junio de 1930). Recapitulación. *La Nueva República*, N.º 1, segunda época.
- Palacio, E. (5 de octubre de 1931). Declaración. *La Nueva República*.
- Palacio, E. (7 de octubre de 1931). Oligarquías de comité. *La Nueva República*.
- Palacio, E. (8 de octubre de 1931). Los dos vetos. *La Nueva República*.
- Palacio, E. (9 de octubre de 1931). La revolución necesaria. *La Nueva República*.
- Palacio, E. (17 de octubre de 1931). El candidato de la Revolución. *La Nueva República*.

- Palacio, E. (29 de octubre de 1931). Notas Políticas. *La Nueva República*.
- Palacio, E. (24 de febrero de 1933). Los libros esenciales. Revista *El Hogar*.
- Palacio, E. (19 de marzo de 1933). La situación de los hombres de letras. Revista *El Hogar*, p. 83.
- Palacio, E. (septiembre de 1933). *Catilina* y la ambición política. Revista *Sur*, N.º 8, pp. 83-91.
- Palacio, E. (17 de febrero de 1936). Los gracos o el advenimiento de la plutocracia romana. Revista *Sur*, N.º 17 de febrero de 1936, pp. 23-40.
- Palacio, E. (agosto de 1936). Ungaretti. Revista *Sur*, N.º 23.
- Palacio, E. (1939d). La historia oficial y la historia. Revista *Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas (IIHJMR)*, N.º 1.
- Palacio, E. (22 de noviembre de 1939). El único remedio para la enfermedad que nos aqueja. *Reconquista*, p. 6.
- Palacio, E. (10 de diciembre de 1939). La situación del país y la situación de los escritores. *Reconquista*, p. 6.
- Palacio, E. (25 de julio de 1940). Enemigos del país. *Nuevo Orden*, N.º 2, pp. 1-2.
- Palacio, E. (8 de agosto de 1940). Nuestra crisis política. *Nuevo Orden*, N.º 4, pp. 1-2.
- Palacio, E. (15 de agosto de 1940). Lo que se dice y lo que se oculta. *Nuevo Orden*, N.º 5, pp.1-2.
- Palacio, E. (29 de agosto de 1940). Se salvaron las instituciones. *Nuevo Orden*, N.º 7, p. 1.
- Palacio, E. (30 de octubre de 1940). Reflexiones sobre la unidad. *Nuevo Orden*, N.º16, p. 1.
- Palacio, E. (6 de noviembre de 1940). Definición de nuestro movimiento. *Nuevo Orden*, N.º 17, p. 3.

Palacio, E. (13 de noviembre de 1940). Repetto, Mario Guido y los partidos argentinos.

Nuevo Orden, N.º18, p. 2.

Palacio, E. (9 de julio de 1941). Los equívocos del nacionalismo. *Nueva Orden*, N.º 52.

Palacio, E. (24 de octubre de 1945). Revelación del caudillo. *Política*, N.º 13, p. 1.

Palacio, E. (1948b). Dinámica de poderes en la sociedad política. *Revista de la*

Universidad de Buenos Aires, N.º 8, p. 417.

Palacio, E. (1948c). ¿Se trata de elaborar, al fin, una Constitución para los argentinos?

Revista Hechos e Ideas, N.º 54.

Palacio, E. (segunda quincena de julio de 1948). Realismo político. *Guía intelectual y*

artística de la argentina, N.º 23.

Palacio, E. (22 de julio de 1948a). *Fundamentos al proyecto de ley de Conservación de*

cosas muebles e inmuebles de interés histórico, arqueológico, paleontológico o artístico. Diario de Sesiones, Cámara de Diputados.

Palacio, E. (22 de julio de 1948b). *Fundamentos de la reforma a la ley para jubilación*

de periodistas propietarios de periódicos e imprescriptibilidad del derecho de solicitar prestaciones y reconocimientos de servicios. Diario de Sesiones,

Cámara de Diputados.

Palacio, E. (11 de agosto de 1948). *Moción de ampliación de funciones ante la creación*

de una Comisión Especial para el ordenamiento jurídico de los problemas

derivados de la creación intelectual. Diario de Sesiones, Cámara de Diputados.

Palacio, E. (1949c). *Modificación de la ley 11723 de reglamentación de la propiedad*

intelectual-Creación de la Comisión Nacional de Cultura de la Cámara de

Diputados. Diario de Sesiones, Cámara de Diputados.

Palacio, E. (6 de julio de 1949). *Escuela de Ciencias Políticas en la Universidad de*

Buenos Aires. Diario de Sesiones, Cámara de Diputados.

- Palacio, E. (1950a). Lugones vivo. *Sexto Continente*, N.º 2.
- Palacio, E. (5 de septiembre de 1951). *Discurso de Homenaje a Luis Dellepiane*. Diario de Sesiones, Cámara de Diputados, pp.1768-69.
- Palacio, E. (1952). Comentario a Ensayos históricos de Julio Irazusta. *Revista Dinámica Social*, N.º 22.
- Palacio, E. (1954b). La república liberal y mercantil. *Revista Hechos e Ideas*. N.º 120-121.
- Palacio, E. (16 de mayo de 1967). *Primera Plana*, N.º 229, pp. 20-22.
- Palacio, E. (24 de julio de 1967). La Argentina está en América. *Azul y Blanco*, N.º 40, pp. 20-21.
- Palacio, E. (noviembre de 1967). La Iglesia desde el punto de vista de la teoría del Estado. *Cuadernos de Mr. Crusoe*, N.º 1.

Fuentes Archivo Palacio (A.P.):

Carpeta de correspondencia:

- Abelleyra de, J. (21 de noviembre de 1935). Carta a E.Palacio.
- Abelleyra de, J. (5 de enero de 1979). Carta a los hermanos Palacio.
- Alberini, C. (4 de marzo de 1936). Carta a E. Palacio.
- Alberini, C. (c. 1949). Carta a E. Palacio.
- Alvear, M.T. de (30 de diciembre de 1935). Carta a E. Palacio.
- Amadeo, M. (23 de junio de 1949). Carta a E. Palacio.
- Amadeo, M. (4 de enero de 1979). Telegrama a familia de Ernesto Palacio a propósito de su muerte.
- Avanza, C. (25 de octubre de 1954). Carta a E. Palacio.

Borges Acevedo de Torre, N. (4 de enero de 1979). Tarjeta personal de pésame, a raíz de la muerte de E. Palacio.

Bouché, L. (12 de noviembre de 1935). Carta a E. Palacio.

Carman, L. (28 de junio de 1947). Telegrama de felicitación por duelo.

Castellani, L. (c. 1940). Postal enviada a Ernesto Palacio.

Castellani, L. (5 de agosto de 1949). Carta a E. Palacio.

Castelnuovo, E. (14 de agosto de 1947). Carta a E. Palacio, en la que anexa documento con antecedentes.

Castelnuovo, E. (4 de noviembre de 1947). Carta a E. Palacio.

Cattáneo, A. (3 de abril de 1936). Carta a E. Palacio.

Chilibroste, R. (3 de diciembre de 1935). Carta a E. Palacio.

Club del Progreso (4 de enero de 1979). Carta a familia de Ernesto Palacio a propósito de su muerte.

Cooke, J. (28 de junio de 1947). Telegrama de felicitación por duelo.

Corts, J. (9 de agosto de 1949). Carta a E. Palacio.

Díaz de Vivar, J. (4 de enero de 1979). Tarjeta personal con condolencias por la muerte de E. Palacio.

Eguzquiza, A. (28 de junio de 1947). Telegrama de felicitación por duelo.

Errecalte, M. (27 de junio de 1947). Carta a E. Palacio.

Etcheverry, J. (28 de junio de 1947). Telegrama de felicitación por duelo.

Fascismo Argentino. (1933). Carta a Ernesto Palacio.

Gálvez, M. (c. septiembre de 1930). Carta a E. Palacio.

García Mellid, A. (3 de diciembre de 1935). Carta a E. Palacio.

Gómez Garay, I. (28 de junio de 1947). Telegrama de felicitación por duelo.

González, N. (29 de marzo de 1946). Carta a E. Palacio.

Guerrico, H. (28 de junio de 1947). Telegrama felicitación por duelo.

Ibarguren, C. (26 de noviembre de 1935). Carta a E. Palacio.

Ibarguren, C. (11 de agosto de 1954). Carta a E. Palacio.

Irazusta, J. (27 de octubre de 1935). Carta a E. Palacio.

Keyserling, H. (4 de mayo de 1936). Tarjeta manuscrita a E. Palacio.

Lagos, L. (7 de diciembre de 1935). Carta a E. Palacio.

Legón, F. (22 de junio de 1949). Carta a E. Palacio.

Leloir, A. (28 de junio de 1947). Telegrama de felicitación por duelo.

López Francés, M. (19 de octubre de 1954). Carta a E. Palacio.

Maestu de, R. (1 de abril de 1936). Carta a E. Palacio.

Mastrolorenzo, V. (3 de enero de 1979). Carta a Susana Palacio de Sosa por la muerte de E. Palacio.

Marañón, G. (julio de 1949). Carta a E. Palacio.

Martínez Ferrer, H. (4 de enero de 1979). Carta a familia de Ernesto Palacio a propósito de su muerte.

Mayocchi, E. (22 de octubre de 1955). Carta a E. Palacio.

Medrano, S. (17 de diciembre de 1935). Carta a E. Palacio.

Noel, C. (15 de noviembre de 1935). Nota escrita a máquina dirigida a E. Palacio.

Obligado, C. (23 de noviembre de 1935). Tarjeta dirigida a E. Palacio.

Palacio, E. (s.f.). Carta a Susana Hudson de Palacio. En hoja de un hotel.

Palacio, E. (27 de septiembre de 1930). Telegrama a Susana Hudson de Palacio.

Palacio, E. (c. enero de 1937). Carta a Susana Hudson de Palacio.

Palacio, E. (c. enero de 1938). Carta a Susana Hudson de Palacio.

Palacio, E. (c. marzo de 1939). Carta a Susana Hudson de Palacio.

Palacio, E. (c. octubre de 1939). Carta a Susana Hudson de Palacio.

Palacio, E. (12 de marzo de 1944). Carta a Juan C. García Santillán.

Palacio, E. (3 de marzo de 1945). Carta a Susana Hudson de Palacio.

Palacio, E. (diciembre de 1945). Carta a Susana Hudson de Palacio.

Palacio, E. (c. 1955). Carta a Arnaldo Musich.

Palacio, E. (9 de noviembre de 1965). Carta a Susana Palacio de Sosa. México.

Palacio, E. (5 de diciembre de 1965). Carta a Susana Palacio de Sosa. México.

Palacio, E. (26 de agosto de 1966). Carta a Susana Palacio de Sosa. Nueva York.

Palacio, E. (16 de septiembre de 1967). Carta a Susana Palacio de Sosa. Génova.

Palacio, E. (3 de octubre de 1967). Carta a Susana Palacio de Sosa. Roma.

Palacio, E. (27 de octubre de 1967). Carta a Susana Palacio de Sosa. París.

Palacios, A. (8 de octubre de 1936). Carta a E. Palacio.

Palacios, A. (julio de 1949). Carta a E. Palacio.

Palacios, A. (septiembre de 1954). Carta a E. Palacio.

Peña Lillo, A. (7 de enero de 1979). Carta a los hijos del doctor Ernesto Palacio, Sras. Susana, Gloria, Inés y Sres. Ernesto y Juan Manuel.

Pérez Amuchástegui, J. (4 de enero de 1979). Tarjeta personal con condolencias por la muerte de Palacio.

Quintana, C. (septiembre de 1954). Carta a E. Palacio.

Rojas, R. (14 de noviembre de 1935). Tarjeta personal escrita a mano con acuse de recibo del libro y promesa de lectura.

Róo, L. (28 de junio de 1947). Telegrama de felicitación por duelo.

Rougés, A. (28 de agosto de 1939). Carta a E. Palacio.

Rosler, E. (c. 1946). Carta a E. Palacio.

Unión Cívica Radical (UCR) Junta Nacional Reorganizadora. (15 de enero de 1945). Carta a E. Palacio

Sánchez Sorondo, M. (8 de julio de 1949). Carta a E. Palacio.

San Luis, N. (28 de junio de 1947). Telegrama de felicitación por duelo.

Scalabrini Ortiz, R. (19 de diciembre de 1935). Carta a E. Palacio.

Seoane, M. (13 de febrero de 1950). Carta a E. Palacio.

Sobral, R. (28 de noviembre de 1935). Nota simple dirigida a E. Palacio.

Torre de la, L. (22 de noviembre de 1935). Nota escrita a máquina dirigida a E. Palacio.

Vallejo, M. (28 de junio de 1947). Telegrama de felicitación por duelo.

Vedia y Mitre de, M. (26 de noviembre de 1935). Nota simple dirigida a E. Palacio.

Carpeta papeles personales:

Afirmación de una Nueva Argentina (ADUNA). (31 de octubre de 1933). *ADUNA*, N.º 6.

Afirmación de una Nueva Argentina (ADUNA). (6 de octubre de 1934). *ADUNA*, N.º 26.

Borges y familia. (13 de diciembre de 1930). Telegrama por el nacimiento del primer hijo.

Capurro Robles y señora, Lino Palacio y Familia, Alberto Palacio, Familia Borges, Lizardo Zía, redactores de *Nueva República*, etc. (13 de diciembre de 1930). Telegramas de felicitaciones por el nacimiento del primer hijo de E. Palacio y S. Hudson, Ernesto.

Castellani, L. (c. 1954). Informe sobre situación personal.

Castillo, H. (1927). *Epitafio de un hombre ligero*, poema.

Guardia Argentina. (1933). *Propósitos*.

Irazusta, J. (1979). Ernesto Palacio. Transcripción de las palabras pronunciadas el 4 de enero de 1979, al despedir los restos mortales de E. P. Original del texto.

La Nueva República.(13 de diciembre de 1930). Telegrama por el nacimiento del primer hijo.

Legión Cívica Argentina. (febrero de 1931). Reglamento provisorio para la organización y funcionamiento de la Legión Cívica Argentina. El texto se encuentra subrayado en lápiz.

Palacio, E. (7 de agosto de 1914). *De la vida*, poema.

Palacio, E. (1928). Texto del poema leído en la despedida de soltero.

Palacio, E. (c. 12 de octubre de 1930). Borrador de discurso para el 12 de octubre de 1930.

Palacio, E. (enero de 1931). Borrador de discurso en su homenaje en San Juan.

Palacio, E. (1932-1933). Diario personal.

Palacio, E. (1934). Diario personal.

Palacio, E. (1935). Diario personal.

Palacio, E. (febrero 1935). Cuadernos de escritura *Catilina*.

Palacio, E. (1936c). Diario personal.

Palacio, E. (1937). Balance al 28 de abril de 1937.

Palacio, E. (1938). Diario personal.

Palacio, E. (septiembre de 1939). *La Argentina en el Congreso de Panamá*.

Palacio, E. (8 de septiembre de 1939). *Una nueva escuela histórica*.

Palacio, E. (21 de septiembre de 1939). *Diagnóstico del mal de América*.

Palacio, E. (25 de septiembre de 1939). Diario personal.

Palacio, E. (1940b). *Estética nihilista*.

- Palacio, E. (1940c). Notas sobre ideal nacional.
- Palacio, E. (1940d). Anotaciones personales.
- Palacio, E. (c. 1942). Borrador de acuerdo secreto de movimiento político.
- Palacio, E. (1942). Diario personal.
- Palacio, E. (17 de noviembre de 1943). La situación política argentina vista por un escritor. Montevideo, Uruguay.
- Palacio, E. (c. 1944). Texto mecanografiado.
- Palacio, E. (1944). *Memorial sobre la enseñanza de la historia argentina*, a pedido de Juan C. García Santillán. Informe de E. Palacio.
- Palacio, E. (1946a). Para el prefacio de *Los Estados Unidos vistos con ojos argentinos*.
- Palacio, E. (1946b). Notas.
- Palacio, E. (s/f. c. 1947). Informe sobre situación del teatro.
- Palacio, E. (1948d). Borradores política cultural.
- Palacio, E. (c. de 1948). Notas sobre la Constitución.
- Palacio, E. (c. de 1949). Notas sobre Galasso.
-
- Palacio, E. (1950b). *El magisterio de Leopoldo Lugones*.
- Palacio, E. (1955). Contrato con Editorial Itinerarium por la edición de *La Historia de la Argentina*, adaptada a la enseñanza secundaria.
- Palacio, E. (c. 1968). Folleto Comisión Nacional Homenaje a héroes de la Vuelta de Obligado.
- Palacio, E. (1969a). Memorias no publicadas.
- Palacio, E. (1969b). *Lugones*.
- Palacio, A. y familia (13 de diciembre de 1930). Telegrama por el nacimiento del primer hijo.

Podestá de Oro, D. (1931). Poema alusivo a E. Palacio.

Registro Nacional de Propiedad Intelectual (27 de marzo de 1936). *Título de propiedad intelectual del libro Catilina*.

Scalabrini Ortiz, R. (junio de 1946). Dedicatoria para E. Palacio de *Los ferrocarriles deben ser del pueblo argentino. Alegato a favor de la nacionalización ferroviaria*.

Secretaría Privada Presidencia de la Nación. (1931). Tarjeta con cita con el Presidente Uriburu.

Sosa, S. (1979) . Poema *Abuelo*.

Voz Nacionalista. (29 de abril de 1933). El General José F. Uriburu juzgado por diversas personas, N.º 2, p. 1.

Zia, L. (13 de diciembre de 1930). Telegrama por el nacimiento del primer hijo.

Otras referencias bibliográficas:

Acha, O. (2006). *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas del siglo XX argentino*. Eudeba.

Acha, O. (2009a). *Los estudios sobre el primer peronismo*. Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires.

Adamovsky, E. (2009). *Historia de la clase media. Apogeo y decadencia de una ilusión (1919-2003)*. Planeta.

Alderete Palacio, R. (2001). *España y la Argentina*. Editorial El Liberal.

Alén Lascano, L. (1968). *Juan Felipe Ibarra y el federalismo del norte*. Peña Lillo.

Alén Lascano, L. (1999). *Ernesto Palacio. Política y cultura*. Círculo de Legisladores.

- Altamirano, C. (2007). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Siglo XXI.
- Altamirano, C. (2013). *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Siglo XXI.
- Amadeo, M. (1956). *Ayer, hoy, mañana*. Gure.
- Andrés, A. (1968). *Palabras con Leopoldo Marechal*. Carlos Pérez Editor.
- Arcomano, D. (1984). Recordando a Ernesto Palacio. Tradición, orden, liberación. *Revista Crear en la cultura nacional*, N.º 18.
- Arfuch, L. (comp.) (2005). *Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias*. Paidós.
- Arfuch, L. (2018). *La vida narrada: memoria, subjetividad, política*. Eduvim.
- Avellaneda, A. (1983). *El habla de la ideología*. Sudamericana.
- Baily, S. (1985). *Movimiento obrero y nacionalismo en la Argentina*. Hyspamerica.
- Bainville, J. (1924). *Histoire de France*. A. Fayard.
- Barbero, M. y Devoto, F. (1983). *Los nacionalistas*. Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Barletta, L. (20 de octubre de 1946). Argentina Libre, Los premios nacionales: el fallo inaudito. *Boletín de la SADE*, XIV. p. 29.
- Bejar, M. y Barletta, A (1988). Nacionalismo, nacionalismos, nacionalistas... ¿un debate historiográfico? *Anuario IEHS*, N.º 3.
- Belloc, H. (1925). *History of England*. G. P. Putnam's sons.
- Bendaña, A. (1976). Roosevelt, Churchill y la neutralidad argentina. *Revista Todo es Historia*. N.º 119.
- Ben Dror, G. (2003). *Católicos, nazis y judíos. La Iglesia Argentina en tiempos del Tercer Reich*. Lumiere.

- Beraza, L. (2005). *Los nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)*. Cántaro.
- Berman, G. (1968). *El drama social de la universidad*. Educor.
- Berman, G. (2018). *Enrique Barros: Líder de la reforma universitaria*. Centro de Estudios Avanzados (C.E.A.), Universidad Nacional de Córdoba.
- Bertoni, L. (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad a fines del siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Bloch, M. (2002). *Apología por la historia*. Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Bohoslavsky, E. (2009). *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (Siglos XIX y XX)*. Prometeo.
- Borges, J. (mayo de 1942). La muerte y la brújula. *Revista Sur*, N.º 92.
- Borges, J. (septiembre de 1949). *Teoría del Estado*, por Ernesto Palacio. *Argentina*, N.º 9, p. 61.
- Borges, J. (1999). *Autobiografía*. El Ateneo.
- Bourdieu, P. (1986). *L'illusion biographique*. Actes de la recherche en Sciences Sociales.
- Botana, N. (1979). *El orden conservador*. Sudamericana.
- Bruno, P. (2005). *Paul Groussac, estratega intelectual*. Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Bruno, P. (2009). Reseña de la apuesta biográfica: Escribir una vida, de François Dosse. *Prismas*, vol. 13, N.º 1.
- Bruno, P. (2011). *Pioneros culturales de la Argentina: Biografías de una época*. Siglo XXI.
- Bruno, P. (2016). Biografía, historia biográfica, biografía-problema. *Revista Prismas*, vol. 20, N.º 1.

- Buchrucker, C. (1987). *Nacionalismo y peronismo*. Sudamericana.
- Bustelo, N. (2016). Derecho, extensión universitaria y revolución social. La Reforma Universitaria en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (1918-1930). *Revista Conflicto social*, N.º 16.
- Caimari, L. (2017). *Vida de archivo*. Siglo XXI.
- Calmon, P. (18 de abril de 1936). Comentario de *Catilina* contra la oligarquía, Ernesto Palacio. *Diario Noite*.
- Cámara de Diputados de la Nación. (1946). Sesión de los días 18 y 19 de septiembre de 1946. *Diario de Sesiones*, pp. 51-52.
- Cámara de Diputados de la Nación. (9 de mayo de 1947). Palacio, Ernesto. Balance de actividades de la Comisión Nacional de Cultura. *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, pp. 547-563.
- Cámara de Diputados de la Nación. (11 de junio de 1947). Palacio, Ernesto. *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, p. 547.
- Cámara de Diputados de la Nación. (3 de julio de 1947). Diputado radical Calcagno, Alfredo. *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*.
- Cantón, D. (1968). *El parlamento argentino en épocas de cambio*. Instituto Di Tella.
- Capizzano, H. (2013). *Alianza Libertadora Nacionalista. Historia y crónica (1935-1953)*. Memoria y Archivo.
- Carrizo, R. (25 de julio de 1940). El lector. *Nuevo Orden*, N.º 2.
- Carrizo, R. (1 de agosto de 1940). Otra carta del lector. *Nuevo Orden*, N.º 3, p. 7.
- Carrizo, R. (8 de agosto de 1940). Rincón radical. *Nuevo Orden*, N.º 4, p. 6.
- Carrizo, R. (15 de agosto de 1940). Nacionalismo Radical. *Nuevo Orden*, N.º 5, p. 4.
- Carrizo, R. (22 de agosto de 1940a). Rincón radical. *Nuevo Orden*, N.º 6, p. 2.

- Carrizo, R. (22 de agosto de 1940b). El ideal democrático y el *Nuevo Orden*. *Nuevo Orden*, N.º 6, p. 3.
- Carrizo, R. (19 de septiembre de 1940). Una polémica peliaguda. *Nuevo Orden*, N.º 11, p. 4.
- Carrizo, R. (26 de septiembre de 1940). Una etapa necesaria. *Nuevo Orden*, N.º 12, p. 3.
- Carrizo, R. (13 de noviembre de 1940). La juventud radical y las nuevas ideas. *Nuevo Orden*, N.º 18.
- Cascella, A. (18 de julio de 1940). El escritor argentino y el nuevo orden. *Nuevo Orden*, N.º 1.
- Castiñeira de Dios, J. (2014). *De cara a la vida. Primera parte (1920-1972)*. Universidad Nacional de Lanús.
- Castro, M. (2012). *El ocaso de la república oligárquica. Poder, política y reforma electoral, 1898-1912*. Edhasa.
- Cattaruzza, A. (1993a). Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico. En F. Devoto y N. Pagano, *La historiografía argentina en el siglo XX*. Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Cattaruzza, A. (1997). *Alvear*. Fondo de Cultura Económica.
- Cattaruzza, A. (2007). *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*. Sudamericana.
- Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI). (2018). *Los archivos personales: prácticas archivísticas, problemas metodológicos y usos historiográficos*. Actas de las II Jornadas de discusión y I Congreso Internacional (CEDINCI).
- Centro Editor de América Latina (CEAL). (1972). *Historia de la literatura argentina*. Centro Editor América Latina.

- Chávez, F. (diciembre de 1954). Historia de la Argentina. *Actitud*, N.º 11.
- Chávez, F. (1956). *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*.
 Trafac.
- Chávez, F. (1975). *Perón y el peronismo en la historia contemporánea*. Oriente.
- Chávez, F. (4 de febrero de 1979). Suplemento especial por muerte de E. Palacio. Diario
El Tiempo de Córdoba.
- Chávez, F. (1984). *Perón y el peronismo en la historia contemporánea*. Oriente.
- Chávez, F. (1986). *Perón y el justicialismo*. Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Chávez, F. (2003). *Alpargatas y libros. Diccionario de peronistas de la cultura*.
 Theoria.
- Ciria, A. (1964). *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)*. Jorge
 Álvarez.
- Ciria, A. (1982). Buenos Aires entre el Congreso y la Plaza de Mayo, 1945-1955. En S.
 Bagú (comp), *De historia e historiadores. Homenaje a J. L. Romero*. Siglo XXI.
Clarín. (4 de enero de 1979). Ernesto Palacio. Falleció ayer. Diario *Clarín*.
- Codovilla, V. (1946). *Batir al nazi-peronismo*. Anteo.
- Colegio del Salvador. (2017). *Breve historia del Colegio del Salvador*. Colegio del
 Salvador.
- Comisión Nacional de Cultura. (segunda quincena de mayo de 1947). Síntesis de la
 labor realizada. *Guía quincenal de la actividad intelectual y artística argentina*,
 N.º 3.
- Comisión Nacional de Cultura. (primera quincena de junio de 1947). *Guía quincenal de
 la actividad intelectual y artística argentina*, N.º 4.
- Comisión Nacional de Cultura. (Primera quincena de julio de 1947). *Guía quincenal de
 la actividad intelectual y artística argentina*, N.º 7, p. 71.

- Comisión Nacional de Cultura. (segunda quincena de julio de 1947). *Guía quincenal de la actividad intelectual y artística argentina*, N.º 8, p. 79.
- Comisión Nacional de Cultura. (primera quincena de noviembre de 1947). *Guía quincenal de la actividad intelectual y artística*, N.º 14, pp. 22-23.
- Comisión Nacional de Cultura. (primera quincena de diciembre de 1947). *Guía quincenal de la actividad intelectual y artística argentina*, N.º 16.
- Comisión Nacional de Cultura. (segunda quincena de diciembre de 1947). *Guía quincenal de la actividad intelectual y artística argentina*, N.º 17, p. 10.
- Comisión Nacional de Cultura. (segunda quincena de junio de 1948). *Guía quincenal de la actividad intelectual y artística argentina*, N.º 22.
- Confirmado*. (7 de octubre de 1965). Historia con gusanos. Revista *Confirmado*, p. 61.
- Convicción*. (4 de enero de 1979). Murió Ernesto Palacio, uno de los próceres del nacionalismo. Diario *Convicción*, p. 8.
- Córdoba Iturburu, C. (1962). *La revolución martinfierrista*. Ediciones Culturales Argentinas (ECA).
- Cooke, J. (8 de noviembre de 1954). Manuel Ugarte: el coraje solitario. Revista *De Frente*, N.º 35.
- Cooke, J., Díaz de Vivar, J. y Palacio, E. (julio de 1948). Hacia la protección del patrimonio artístico, histórico y científico del país. Proyecto de ley. Revista *Hechos e Ideas*, N.º 52.
- Crisis*. (Junio 1976). La historia como algo vital. Revista *Crisis*, N.º 38, pp. 40-47.
- Crítica*. (3 de julio de 1930). Obituario. Gustavo Hudson.
- Curutchet, R. (24 de agosto de 1954). Revista *Esto es*, N.º 39, p. 24.
- Cutolo, V. (1969). *Nuevo diccionario biográfico argentino*. Elche.

- D'Avila de Oliveira, L. (2014). Sanar a inteligência: Contestações ensaísticas de Ernesto Palacio e Victoria Ocampo a José Ortega y Gasset. *Outra Travessia*, N.º 17.
- De Frente*. (24 de junio de 1954). Ernesto Palacio. *Historia de la Argentina*. Revista *De Frente*, N.º 16, p. 4.
- De Frente*. (15 de julio de 1954). Actualidad. Rosas, hombre clave de nuestra historia. Revista *De Frente*, N.º 19, p. 6.
- Del Carril, B. (1959). *Crónica interna de la Revolución Libertadora*. Emecé.
- Del Rey, J. (seud. Castellani, L.) (1935). Catilina en la Argentina. Revista *Criterio*.
- Derisi, O. (1941). *Filosofía moderna y filosofía tomista*. Sol y Luna.
- Devoto, F. (1999). El ocaso del general. En F. Devoto y M. Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina plural: 1870-1930*. Taurus.
- Devoto, F. (2002). Historia de la inmigración en la Argentina. Sudamericana.
- Devoto, F. (2003). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina*. Siglo XXI.
- Devoto, F. (2004b). Reflexiones sobre la izquierda nacional y la historiografía. En F. Devoto y N. Pagano, *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Biblos.
- Devoto, F. (2005). Atilio Dell' Oro Maini. Los avatares de una generación de intelectuales católicos del Centenario a la década de 1930. *Revista Prismas*, N.º 9.
- Devoto, F. (2006a). *Estudio preliminar a Juan Agustín García. La ciudad indiana, sobre nuestra incultura y otros ensayos*. Universidad Nacional de Quilmes (UNQ).

- Devoto, F. (2006b). T. H Donghi. El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional. *Revista Prismas*, N.º 10.
- Devoto, F. (2018). Acerca de la clase dirigente como problema en el pensamiento de la derecha nacionalista. En C. Altamirano y A. Gorelik, *La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo XX*. Siglo XXI.
- Devoto, F. y Pagano, N. (2004). *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Biblos.
- Devoto, F. y Pagano, N. (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Sudamericana.
- Devoto, F. y Roldán, D. (2007). Las raíces ideológicas de la derecha en Europa e Iberoamérica. *Revista Estudios Sociales*, N.º 34.
- Didi Huberman, G. (2009). *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas, según Aby Warburg*. Abada.
- Doll, R. (27 de septiembre de 1935). Cesarismo democrático. *El Hogar*.
- Doll, R. (22 de noviembre de 1935). Han publicado libros... *El Hogar*, p. 52.
- Doll, R. (diciembre de 1935). El momento actual del libro. *El Hogar*.
- Doll, R. (1939). *Acerca de una política nacional*. Difusión.
- Doll, R. (enero de 1939). Bajo qué signos nace una sociedad investigadora. *Revista del IHHJMR*, N.º 1, pp. 45-49.
- Doll, R. (agosto de 1939). *La historia falsificada*. Por Ernesto Palacio. *Revista IHHJMR*, N.º 2-3, pp. 195-196.
- Doll, R. (1943). *Itinerario de la revolución rusa*. La Mazorca.
- Doll, R. (septiembre-octubre de 1949). La clase dirigente: su rol en la política. *Teoría del Estado*, de Ernesto Palacio. *Revista Sexto Continente*, N.º 2, pp. 41 y ss.
- Dosse, F. (2003). *La historia: conceptos y escrituras*. Nueva Visión.
- Dosse, F. (2004). *Historia del estructuralismo*. Akal.

- Dosse, F. (2006a). *La historia en migajas*. Iberoamericana.
- Dosse, F. (2006b). *Michel De Certeau. El caminante herido*. Akal.
- Dosse, F. (2007a). *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Publicacions de la Universitat de València (PUV).
- Dosse, F. (2007b). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales*. Publicacions de la Universitat de València (PUV).
- Dujovne, L. (1941-1945). *Spinoza. Su vida. Su época. Su obra. Su influencia*. Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires.
- Dussel, I. (1997). *Humanismo, democracia y curriculum*. Eudeba.
- Etchecopar, M. (4 de septiembre de 1940). Releyendo a Lugones. *Nueva Política*, p. 18.
- Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Ediciones Alfons el Magnanim.
- Fernández Moreno, C. (1933). “Décimas” contemporáneas. *Revista Nosotros*, N.º 294, p. 246.
- Ferrero, G. (1908). *Grandeza y decadencia de Roma*. Jorro.
- Finchelstein, F. (1999). *Los alemanes, el Holocausto y la Culpa Colectiva. El Debate Goldhagen*. Editorial Eudeba.
- Fiorucci, F. (2010). *Intelectuales y peronismo*. Biblos.
- Firmeza*. (24 de mayo de 1950). *Teoría del Estado* [fragmentos de la obra]. N.º 1, p. 4.
- Firmeza*. (4 de octubre de 1950). *Teoría del Estado* [fragmentos de la obra]. N.º 10, p. 2.
- Ford, A. (1971). *Homero Manzi*. Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Furlong, G. (1944). *Historia del Colegio del Salvador y de sus irradiaciones culturales y espirituales en la Ciudad de Buenos Aires*. Colegio del Salvador.
- Galasso, N. (1968). *Discípulo y su época*. Jorge Álvarez.
- Galasso, N. (1970). *Vida de Scalabrini Ortiz*. Mar Dulce.

- Galasso, N. (1973). *Vida de Scalabrini Ortiz*. Eudeba.
- Galasso, N. (1974). *Manuel Ugarte*. Eudeba.
- Galasso, N. (1981). *Manuel Ugarte: un argentino "maldito"*. Ediciones Pensamiento Nacional.
- Galasso, N. (1982). *Raúl Scalabrini Ortiz y la lucha contra la dominación inglesa*. Ediciones Pensamiento Nacional.
- Galasso, N. (1984a). *Manuel Ortiz Pereyra, un precursor de FORJA*. Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Galasso, N. (1984b). *Raúl Scalabrini Ortiz y la penetración británica*. Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Galasso, N. (1985a). *Jauretche y su época*. Peña Lillo.
- Galasso, N. (1985b). *Ramón Doll. Socialismo o fascismo*. Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Galasso, N. (1986). *Juan José Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*. Ediciones Pensamiento Nacional.
- Galasso, N. (1997). *Cooke: de Perón al Che*. Homo Sapiens.
- Galasso, N. (2004a). *Jauretche y su época*. Corregidor.
- Galasso, N. (2005). *Perón*. Colihue.
- Galván, M. (2008). *El Movimiento Nacionalista Tacuara y sus agrupaciones derivadas: una aproximación desde la historia cultural*. [Tesis de maestría no publicada]. IDAES-Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).
- Galván, M. (2013). *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)*. Prohistoria.
- Gálvez, M. (enero de 1939). La rehabilitación de Rosas. *Revista del IIIHJMR*, N.º 1, pp. 14-15.

- Gálvez, M. (2003). *Recuerdos de la vida literaria*. Taurus.
- Gambini, H. (1983). *La primera presidencia de Perón. Testimonios y documentos*.
Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Garay, M. (seud. M. Lassaga). (18 de julio de 1940). Ecos. *Nuevo Orden*, N.º 1, p. 2.
- García, A. (1971). *Yo fui testigo*. Lasserre.
- García, C. (2005). Evar Méndez y el final de *Martín Fierro*: leyendas y verdades.
Revista Esperando a Godot.
- García, D. (2006). *FORJA. 70 años de pensamiento nacional*. Corporación del Sur.
- García Mellid, A. (1946). *Montoneras y caudillos en la historia argentina*.
Recuperación Nacional.
- García Mellid, A. (1950). Etapas de la Revolución Argentina. Separata de la Revista
Hechos e Ideas.
- García Mellid, A. (1957). *Proceso al liberalismo argentino*. Theoria.
- Gascó, C. (2017). Nacionalismo, marxismo e intelectuales en la Argentina de los años cincuenta. Un emprendimiento editorial para un encuentro posible. En
Izquierdas, N.º 35.
- Gide, A. (1937). *Retoques a mi regreso de la URSS*. Editorial Sur.
- Giusti, R. (27 de septiembre de 1945). Declaraciones. Semanario *Antinazi*, p. 2.
- Ginzburg, C. (2015). *Cinco reflexiones sobre Marc Bloch*. Prohistoria.
- Girondo, O. (29 de agosto de 1940). Nuestra actitud ante el desastre. *Nuevo Orden*, N.º 7, p. 4.
- González, H. (comp.) (2001). *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros. Los clásicos. Los científicos. Los discrepantes*. Colihue.
- González Arrili, B. (1950). *Bosquejo de Historia Argentina*. La Obra.

- González Lanuza, E. (15 de julio de 1927). Las revoluciones literarias. Revista *Martín Fierro*, N.º 43, p. 364.
- González Lanuza, E. (1961). *Los martinfierristas*. Ediciones Culturales Argentinas (ECA).
- Gramuglio, M. (2004). Posiciones de *Sur* en el espacio literario. Una política de la cultura. En S. Saitta (dir.), *El oficio se afirma*. Sudamericana.
- Gramuglio, M. (2010). *Sur*. Una minoría cosmopolita en la periferia occidental. En C. Altamirano (dir), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Katz.
- Gramuglio, M. (2013). *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Editorial Municipal de Rosario.
- Halperín Donghi, T. (1956). Del fascismo al peronismo. *Revista Contorno*, N.º 7-8.
- Halperín Donghi, T. (1961). *Crónica del período*. Sur.
- Halperín Donghi, T. (1963). *Argentina en el callejón*. Arca.
- Halperín Donghi, T. (1971). *El revisionismo histórico argentino*. Siglo XXI.
- Halperín Donghi, T. (1984). El revisionismo como visión decadentista del pasado nacional. *Punto de Vista*, N.º 36.
- Halperín Donghi, T. (1987). *El espejo de la historia: problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas*. Sudamericana.
- Halperín Donghi, T. (2003). *La Argentina y la tormenta del mundo: Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*. Siglo XXI.
- Halperín Donghi, T. (9 de noviembre de 2003). Radiografía de un país plebeyo. *Página 12*.
- Halperín Donghi, T. (2008). *Son memorias*. Siglo XXI.
- Hernández, P. (1979). Ernesto Palacio. Revista *Megafón*, N.º 8.
- Hernández, P. (1981). *Para que no se vayan....*. Ditone Hernández Editores.

- Hernández, P. (1991). *Para bien y para mal. Entrevistas a los que hacen la cultura nacional*. Pera.
- Hernández, P. (2014). *Patria de escritores*. Ediciones Fabro.
- Hernández Arregui, J. (1957). *Imperialismo y cultura*. Amerindia.
- Hernández Arregui, J. (1960). *La formación de la conciencia nacional*. Hachea.
- Holroyd, M. (2011). *Cómo se escribe una vida*. Bestia Equilátera.
- Ibarguren, C. (1930). *Rosas, su vida, su drama y su tiempo*. Rosso.
- Ibarguren, C. (1935). *La inquietud de esta hora y otros ensayos*. Roldán Editor.
- Ibarguren, C. (h). (1970). *Roberto Laferrère. Periodismo. Política. Historia*. Eudeba.
- Ibarguren, F. (1969). *Orígenes del nacionalismo argentino*. Celcius.
- Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas (IIHJMR) (enero de 1939). Declaración aprobada por la Asamblea General de socios en 6 de agosto de 1938. *Revista del IIHJMR*, N.º 1, pp. 5-6.
- IIHJMR (diciembre de 1939). De la dirección. *Revista IIHJMR*, N.º 4, p. 180.
- IIHJMR (enero-abril de 1954). Boletín *IIHJMR*, N.º 17-18, p. 12.
- IIHJMR (mayo-septiembre 1970). *Boletín del IIHJMR*, N.º 9, p. 22.
- Irazusta, J. (mayo de 1936). El *Catilina* de Ernesto Palacio y la historiografía romana. *Revista Sur*, N.º 20, pp. 77-83.
- Irazusta, J. (18 de julio de 1940). Libros del momento. El *Irigoyen* de Manuel Gálvez. *Nuevo Orden*, N.º 1, p. 8.
- Irazusta, Julio (5 de septiembre de 1940). Las condiciones internacionales del Nuevo Orden. *Nuevo Orden*, N.º 6.
- Irazusta, J. (1969). *Genio y figura de Leopoldo Lugones*. Eudeba.
- Irazusta, J. (1972). *Balance de siglo y medio*. La balandra.
- Irazusta, J. (1975a). *De Alvear a Yrigoyen*. Obligado Editora.

- Irazusta, J.(1975b). *La revolución de 1930*. Obligado Editora.
- Irazusta, J. (1975c). *El estatuto del coloniaje* (Primera parte). Obligado Editora.
- Irazusta, J. (1975d). *Memorias*. Ediciones Culturales Argentinas (ECA).
- Irazusta, J. e Irazusta, R. (1934). *La Argentina y el imperialismo británico*. Tor.
- Jacovella, B. (12 de septiembre de 1939). *Nuevo Orden*, N.º 9, pp. 1-2.
- Jameson, F. (2006). *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998*. Manantial.
- Jauretche, A. (1 de abril de 1942). Aclaración. *Nuevo Orden*.
- Jauretche, A. (1959). *Política nacional y revisionismo histórico*. Peña Lillo.
- Jauretche, A. (1962). *FORJA y la Década Infame*. Coyoacán.
- Jozami, E. (2010). La revista *De Frente*. Un caso singular en el primer peronismo. En G. Korn y C. Panella, *Ideas y debates en la Nueva Argentina: revistas políticas y culturales del peronismo (1946-1955)*. Ediciones EPC.
- Klich, I. (1999). *Sobre nazis y nazismo en la cultura Argentina*. Hispamérica.
- Korembli, J. (3 de octubre de 1965). Historia y discusión. *El Mundo*, p. 43.
- Korn, G. (2016). *Hijos del pueblo*. Las Cuarenta.
- La Época*. (18 de octubre de 1945). Desde la histórica plaza de Mayo más de un millón de ciudadanos aclamó presidente al Coronel Perón. *La Época*.
- La Nación*. (27 de julio de 1927). Las revoluciones literarias fue el tema desarrollado ayer en la Sociedad de Conferencias. Diario *La Nación*, p. 7.
- La Nación*. (4 de enero de 1979). Dr. Ernesto Palacio. Falleció ayer. Diario *La Nación*.
- La Nación*. (24 de diciembre de 1947). En el Teatro Nacional Cervantes realizóse la asamblea de escritores. Diario *La Nación*.
- La Opinión*. (4 de enero de 1979). Falleció un historiador ensayista. Diario *La Opinión*, p. 13.

- La Víspera*. (16 de diciembre de 1944). *Editorial*. N.º 1, p. 1.
- Lacquaniti, L. (2021). El “gaucho criollo” y los debates sobre el canon literario. Los premios de la Comisión Nacional de Cultura en la década del treinta en Argentina (1935-1943). *Revista Prohistoria*, N.º 36.
- Lafiandra, F. (1955). *Los panfletos: su aporte a la Revolución Libertadora*. Itinerarium.
- Lafleur, H. (1972). *Arturo Cambours Ocampo*. Ediciones Culturales Argentinas (ECA).
- Lafleur, H.; Provenzano, S. y Alonso, F. (1968). *Las revistas literarias argentinas 1893-1967*. Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Lafforgue, J. (marzo de 1979). Despedida para Ernesto Palacio. En *Todo es Historia*, N.º 142, p. 55.
- La Fronda*. (28 de enero de 1928). Habló la “intelectualidad” peludista. Periódico *La Fronda*.
- La Nación*. (27 de julio de 1927). Las revoluciones literarias fue el tema desarrollado ayer en la Sociedad de Conferencias. Diario *La Nación*.
- La Nación*. (3 de julio de 1930). Obituario Gustavo Hudson. Diario *La Nación*
- La Nación*. (18 de noviembre de 1935). Catilina. Diario *La Nación*.
- La Nación*. (12 de diciembre de 1947). El jefe del Estado habló ayer ante un grupo de escritores. Diario *La Nación*
- La Nación*. (20 de diciembre de 1947). Socios de la S.A.D.E. resolvieron concurrir a la reunión de mañana. Diario *La Nación*
- La Prensa*. (3 de julio de 1930). Obituario. Gustavo Hudson. Diario *La Prensa*.
- La Prensa*. (25 de julio de 1945). Yrigoyenistas auténticos. *La Prensa*.
- La Prensa*. (1 de febrero de 1946). Escritores argentinos definen su posición cívica democrática. Diario *La Prensa*.

- La Prensa*. (12 de diciembre de 1947). Conversó ayer con un grupo de escritores. Diario *La Prensa*.
- La Prensa*. (15 de junio de 1949). *Teoría del Estado*, E. Palacio. Diario *La Prensa*.
- La Razón*. (3 de julio de 1930). Obituario. Gustavo Hudson. Diario *La Razón*.
- Larra, R. (17 de diciembre de 1939). El escritor argentino y la conciencia nacional. *Reconquista*.
- Larra, R. (1987). *Leónidas Barletta. El hombre de la campana*. Edición Homenaje “Amigos de Aníbal Ponce”.
- Le Goff, J.(1989). Comment écrire une biographie historique aujourd’hui? *Le Débat*, N.º 54.
- Le Goff, J. (1996). *Saint-Louis*. Gallimard.
- Le Goff, J. (2003). *San Francisco*. Akal.
- Leuzzi, A. (2016). *Los apóstoles de Perón: la Escuela Superior Peronista (1951-1955)*. [Tesis de Maestría]. Universidad Torcuato Di Tella (UTDT).
- Levallois, A. (2002). El regreso de la biografía histórica, ¿se unirían la historia y el psicoanálisis? Revista *Hombre y Sociedad*.
- Levene, R. (1913-1958). *Lecciones de historia argentina*. Lajouane.
- Levi, G. (1989). Usos de la biografía. Historia y ciencias sociales. Un punto de inflexión crítico. *Annales: Histoire, Sciences sociales*, N.º 6.
- Liberalis* (noviembre-diciembre 1949). Tras el elogio, la ironía por su “silencio” en la Cámara de Diputados, N.º 4, pp. 83-84.
- Lida, M. (2013). *Monseñor de Andrea. Obispo y hombre de mundo (1877-1960)*. Edhasa.

- Lida, M. (2019). El Congreso del P.E.N. Club en Buenos Aires. Revista *Todo es Historia*, N.º 619.
- Llambías, H. (18 de julio de 1940). Yrigoyen estadista. *Nuevo Orden*, N.º 1, p. 1.
- Losada, L. (2008). *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidades, estilos de vida e identidades*. Siglo XXI.
- Losada, L. (2015). *Marcelo T. de Alvear. Revolucionario, presidente y líder republicano*. Edhasa.
- Lugones, L. (1910). *Odas seculares*. Moen & hno.
- Lugones, L. (primera quincena de julio de 1928). El nacionalismo. *La Vida Literaria*, N.º 1, p. 1.
- Lugones, L. (1930). *La patria fuerte*. Círculo Militar-Biblioteca del oficial.
- Lugones, L. (1 de enero de 1938). El jefe. *La Nación*, p. 3.
- Luna, F. (1969). *El 45*. Jorge Álvarez.
- Lvovich, D. (2003). *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Ediciones B.
- Lvovich, D. (2006). *El nacionalismo de derecha en la Argentina. Desde sus orígenes hasta Tacuara*. Capital Intelectual.
- Liotard, J. (1984). *La condición posmoderna*. Cátedra.
- Llambías, H. (18 de julio de 1940). Yrigoyen estadista. *Nuevo Orden*, N.º 1.
- Macor, D. (1995). *Imágenes de los años treinta. La invención de la década del treinta en el debate político intelectual de la Argentina sesentista*. Documento de Trabajo N.º 3, Programa de Estudios Interdisciplinarios de Historia Social CAID 93-94, Universidad Nacional del Litoral (UNL).
- Malaparte, C. (1934). *Técnicas de un golpe de estado*. s. e.
- McGee Deutsch, S. (2005). *La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile (1890-1939)*. UnQui.

- Maritain, J. (1926a). *Charles Maurras et le Eglise*. Librairie Plon.
- Maritain, J. (1926b). *Réponse a Jean Cocteau*. Librairie Stock.
- Mastronardi, C. (1964). *Memorias de un provinciano*. Ediciones Culturales Argentinas (ECA).
- Mateo, G. (2002). *El cooperativismo agrario en la Provincia de Buenos Aires*. Universidad Nacional de La Plata (UNLP).
- Martín Fierro* (28 de marzo de 1927). Algunas páginas de la “Exposición actual de la poesía argentina” por J. P. Vignale y C. Tiempo. *Martín Fierro*, N.º 39, pp. 320-321.
- Martín Fierro* (28 de abril de 1927). 3 nuevos poetas que presentamos y no figuran en la *Exposición* de Tiempo y Vignale, N.º 40.
- Mayoría*. (23 de diciembre de 1957). Rechazan decreto 4161. *Mayoría*, N.º 38, p. 9.
- Mayoría*. (3 de febrero de 1958). Hombres de diversa procedencia dentro de la línea nacional coinciden en apoyar a Frondizi. *Mayoría*, N.º 44, p. 7.
- Meinvielle, J. (1937). *Un juicio católico sobre los problemas nuevos de la política*. Gladium.
- Melón Pirro, J. (2021). Oscar Albrieu. Un político de misiones difíciles. En C. Panella, y R. Rein, *Los necesarios. La segunda línea peronista de los años iniciales al retorno del líder*. Cedinpe-Prohistoria.
- Méndez, A. (2013). *El Colegio. La formación de una elite meritocrática en el Nacional Buenos Aires*. Sudamericana.
- Méndez, E. (1927). Rol de *Martín Fierro* en la renovación poética actual. En J. Vignale y C. Tiempo (comps.), *Exposición de la actual poesía argentina*. Minerva.
- Moyano Laissue, M. (2000). *El periodismo de la prensa del peronismo 1955-1973*. Asociación de la Resistencia Peronista.

- Mutsuki, N. (2004). *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*. Biblos.
- Nalé Roxlo, C. (1978). *Borrador de memorias*. Plus Ultra.
- Nallim, J. (2007). De los intereses gremiales a la lucha política: la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), 1928-1946. *Revista Prismas*, N.º 7.
- Navarro Gerassi, M. (1969). *Los nacionalistas*. Jorge Álvarez.
- Nosotros* (1938). Número especial dedicado a Lugones. *Revista Nosotros*.
- Nuevo Orden* (18 de julio de 1940a). Editorial: Llamado a la realidad. *Nuevo Orden*, N.º 1, p. 1.
- Nuevo Orden* (18 de julio de 1940b). Semanario político dirigido por Ernesto Palacio. *Nuevo Orden*, N.º 1.
- Nuevo Orden* (18 de julio de 1940c). Acción Argentina. *Nuevo Orden*, N.º 1.
- Nuevo Orden* (18 de julio de 1940d). Apostillas. *Nuevo Orden*, N.º 1.
- Nuevo Orden* (18 de julio de 1940e). Dickman periodista. *Nuevo Orden*, N.º 1.
- Nuevo Orden* (18 de julio de 1940f). La prisión de Osés. *Nuevo Orden*, N.º 1.
- Oliver, J. (5 de octubre de 1940). A propósito de Radicalismo. *Nueva Política*, p. 12.
- Oliveri, M. (2002). *José Gobello. Sus escritos, sus ideas, sus amores*. Corregidor.
- Ollivier, L. (febrero de 1936). La revolución del orden. *Revista Sur*, N.º 17, p. 62.
- Orsi, R. (1986). *Scalabrin Ortiz y Jauretche*. Peña Lillo.
- Ortelli, R. (1940). *Ubicación de la Argentina en el Nuevo Orden*. Del autor.
- Ory, P. y Sirinelli, J. (2007). *Los intelectuales en Francia*. Publicacions de la Universitat de València (PUV).
- Palacio, J. M. (1995). *El ojo avizor*. GEL.
- Palacio, J. M. (2014). El primer peronismo en la historiografía reciente: nuevas perspectivas de análisis. *Iberoamericana, América Latina - España - Portugal*, 10 (39), pp. 255–265.

- Payá, C. y Cárdenas, E. (1978). *El primer nacionalismo argentino*. Peña Lillo.
- Peña Lillo, A. (1988). *Memorias de papel*. Galerna.
- Perón, J. (1947). *El Presidente de la Nación Argentina Juan Perón se dirige a los intelectuales, escritores, artistas pintores, maestros*. s.e.
- Peterson, H. (1968). *La Argentina y los Estados Unidos*. Eudeba.
- Petit de Murat, U. (2011). *Borges Buenos Aires*. Librería del buen suceso.
- Pignataro, A (2012). *Historia del peronismo*. Edición del autor.
- Pinetta, A. (1962). *Verde memoria. Tres décadas de literatura y periodismo en una autobiografía*. Ediciones Antonio Zamora.
- Piñeiro, E. (1997). *La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de una esperanza a una desilusión*. A-Z editora.
- Piñeiro Iñiguez, C. (2013). *Perón, la construcción de un ideario*. Ariel.
- Política*. (25 de julio de 1945a). N.º 1, p. 1.
- Política*. (25 de julio de 1945b). La justicia social como elemento de la política de grandeza. *Política*, N.º 1, p. 3.
- Política*. (1 de agosto de 1945a). ¿Dónde está el radicalismo? *Política*, N.º 2.
- Política*. (1 de agosto de 1945b). Temen al pueblo, *Política* N.º 2, p. 1.
- Política*. (22 de agosto de 1945). Fracaso del frente popular. *Política*, N.º 5.
- Política*. (29 de agosto de 1945a). Introducción al caos. *Política*, N.º 6, p. 1.
- Política*. (29 de agosto de 1945b). A 55 años del 90. *Política*, N.º 6, p. 1.
- Política*. (29 de agosto de 1945c). Radicalismo y reforma. *Política*, N.º 6, p. 2.
- Política*. (5 de septiembre de 1945). El mito del “gobierno a la corte”. *Política*, N.º 7, p. 1.
- Política*. (26 de septiembre de 1945). Fracasa el complot oligárquico. *Política*, N.º 10.
- Política*. (8 de agosto de 1945). El nuevo ministro. *Política*, N.º 3.

Política. (8 de agosto de 1945). Una nueva etapa. La revolución al pueblo. *Política*, N.º 3.

Política. (15 de agosto de 1945) Contra el frente oligárquico la unión popular. *Política*, N.º 4.

Política. (22 de agosto de 1945a). Fracaso del frente popular. *Política*, N.º 5.

Política. (22 de agosto de 1945b). Tertulia política. *Política*, N.º 5.

Política. (22 de agosto de 1945c). Golpe de estado. *Política*, N.º 5.

Política. (22 de agosto de 1945d). Mentiras a mansalva. *Política*, N.º 5.

Política. (29 de agosto de 1945a). Haga memoria... ¿recuerda? *Política*, N.º 6, p. 2.

Política. (29 de agosto de 1945b). Los radicales del acomodo contra los radicales del sacrificio. Cómo los diputados radicales regulados por el fraude impidieron que el gobierno abonara los sueldos a viejos revolucionarios del 90, 92, 905, 33 y 35. *Política*, N.º 6.

Política. (29 de agosto de 1945c). Introducción al caos. *Política*, N.º 6, p. 1.

Política. (5 de septiembre de 1945a). El mito del “gobierno a la corte”. *Política*, N.º 7, p. 1.

Política. (5 de septiembre de 1945b). Ausencia y presencia del pueblo. *Política*, N.º 7.

Política. (5 de septiembre de 1945c). El mitin de prueba. *Política*, N.º 7, p. 2.

Política. (5 de septiembre de 1945d). El último acto del complot. *Política*, N.º 7, p. 3.

Política. (12 de septiembre de 1945a). La razón del error y del acierto. *Política*, N.º 8.

Política. (12 de septiembre de 1945b). ¡La oposición al archivo! *Política*, N.º 8, p. 1.

Política. (10 de octubre de 1945). La renuncia del Coronel Perón. *Política*, N.º 12, p. 1

Política. (24 de octubre de 1945). La intentona oligárquica desbaratada por el pueblo.

Política, N.º 13, p. 8

Política. (31 de octubre de 1945). Reunión de la UCR en Avellaneda. *Política*, N.º 14.

Política. (7 de noviembre de 1945a). El despertar del Radicalismo. *Política*, N.º 16-17,
p. 1.

Política. (7 de noviembre de 1945b). Movimiento Político. *Política*, N.º 16-17, p. 4.

Política. (27 de marzo de 1946). Los intelectuales contra la insolencia extranjera.

Política, N.º 31, p. 8.

Política y Políticos. (enero de 1956). Injusta detención. *Política y Políticos*, N.º 7.

Potash, R. (1981). *El Ejército y la política en la Argentina*. Sudamericana.

Prieto, A. (1969). *Boedo y Florida*. Galerna.

Pulfer, D. (2010). Presentación de *Rojas, Ricardo: La restauración nacionalista*.

UNIPE Editorial Universitaria.

Pulfer, D. (2012). *El peronismo en sus fuentes*. Ciccus.

Pulfer, D. (2015a). *Jorge Abelardo Ramos, Peña Lillo y la colección La Siringa*.

Peronlibros.

Pulfer, D. (2015b). Presentación a *González, Joaquín V: La tradición nacional*. UNIPE
Editorial Universitaria.

Pulfer, D. (2015c). *La revista Esto Es y los debates por la repatriación de los restos de
Rosas en las postrimerías del peronismo clásico*. Peronlibros.

Pulfer, D. (2016a). *José Luis Torres y el peronismo: apoyos, tensiones, confrontaciones*.
V Congreso de la Red de Estudios del Peronismo, Resistencia, Chaco.

Pulfer, D. (2016b). *Aproximación bio-bibliográfica a Juan P. Vignale*. Peronlibros.

Pulfer, D. (2016c). *Aproximación bio-bibliográfica a Homero Guglielmini*. Peronlibros.

Pulfer, D. (2016d). *Aproximación bio-bibliográfica a Bruno Jacovella*. Peronlibros.

- Pulfer, D. (2016e). *Aproximación bio-bibliográfica a Armando Cascella*. Peronlibros.
- Pulfer, D. (2017a). De *Martín Fierro* a *Nuevo Orden*. Juan P. Vignale y la revista *Poesía*. Revista *Improntas de la comunicación*, N.º 5.
- Pulfer, D. (2017b). *Aproximación bio-bibliográfica a Carlos Obligado*. Peronlibros.
- Pulfer, D. (2020a). *Aproximación bio-bibliográfica a María Luisa Domínguez*. Peronlibros.
- Quattrocchi-Woisson, D. (1995). *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. EMECÉ.
- Qué* (29 de abril de 1958). Publicidad de la Editorial Huemul. Revista *Qué*.
- Quesada, F. (2007). Rupturas político-ideológicas en la revista *Martín Fierro*. 1924-1927. *Estudios Sociales Contemporáneos*, N.º 2.
- Quijano, H. (8 de agosto de 1945). Declaraciones. *Política*, N.º 3, p. 3.
- Ramos, J. (1957). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. Amerindia.
- Randle, S. (2017). *Castellani jesuita, 1899-1949*. Vórtice.
- Ranalletti, M. (1999). De Frente (1953-1956). Una voz democrática y antiimperialista en la crisis final del peronismo. En N. Girbal Blacha y D. Quattrocchi-Woisson, *Cuando opinar es actuar*. Academia Nacional de la Historia (ANH).
- Rau, E. (1939). *El racismo nacional socialista y el cristianismo*. Gladium.
- Reconquista*. (15 de noviembre de 1939). Editorial. Diario *Reconquista*.
- Ribadero, M. (2017). *Tiempo de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de J. A. Ramos*. Universidad Nacional de Quilmes (UNQ).
- Rock, D. (1993). *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Ariel.
- Rock, D. (2001). Antecedentes de la derecha argentina. En S. McGee Deutsch y R. Dolkart (comps.), *La derecha argentina*. Ediciones B.

- Rodríguez, C. (1982). *Lencinas y Cantoni. El populismo cuyano en tiempos de Yrigoyen*. Belgrano.
- Rodríguez, F. (2004). *Inicial. Revista de la Nueva Generación (1924-1927)*. Editorial UnQ.
- Rodríguez Bustamante, N. (junio de 1955). Historiografía y política; A propósito de la *Historia de la Argentina*, de Ernesto Palacio. *Imago Mundi*, N.º 8, p. 35.
- Romero, J. (1946). *Las ideas políticas en la Argentina*. Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Romero, J. (1965). *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina*. Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Romero, L. (1972). Oscar Albrieu. Entrevista realizada por Luis A. Romero. *Archivo Oral del Instituto Di Tella*.
- Romero, L. (1973). Joaquín Díaz de Vivar. Entrevista realizada por Luis Alberto Romero. *Archivo Oral del Instituto Di Tella*, año 1973, p. 65.
- Rosa, J. (1952). Los caudillos populares en la historia argentina. Revista *Hechos e Ideas*, N.º 104.
- Rosa, J. (1970). Reportajes biográficos. José María Rosa. Revista *Envido*, N.º 2.
- Rosa, J. (1980). *Historia Argentina*. Oriente.
- Rosanvallon, P. (2003). *Por una historia conceptual de lo político*. Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Rosanvallon, P. (2015). *El momento Guizot*. Biblos.
- Rouquié, A. (1982). *Sociedad política y poder militar en la Argentina*. Emecé.
- Rubinzal, M. (2012). *El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina (1930-1943). Discursos, representaciones y prácticas de las derechas sobre el mundo*

- del trabajo*. [Tesis de doctorado no publicada]. Universidad Nacional de La Plata (UNLP).
- Sábato, H. (2001). La historia en fragmentos, fragmentos para una historia. *Revista Punto de Vista*, N.º 70.
- Saborido, J. (2004). El antisemitismo en la Historia argentina reciente: la revista *Cabildo* y la conspiración judía. *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 30.
- Sáenz Quesada, H. (H.S.Q.) (verano 1954). *Historia de la Argentina, 1515-1938*, por Ernesto Palacio. *Diálogos*, N.º 2, pp. 154 y ss.
- Sáez Germain, A. (enero 1979). Ernesto Palacio, genio y figura. *Revista Gente*.
- Sampay, A. (1951). *La formación política que la Constitución encarga a las Universidades*. Biblioteca Laboremus.
- Sánchez Sorondo, M. (2001). *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*. Sudamericana.
- Sánchez Viamonte, C. (12 de mayo de 1928). El Castillo Maravilloso o la importancia de llamarse Ernesto (Carta Abierta). *Revista Claridad*, N.º 158.
- Scalabrini Ortiz, R. (15 de julio de 1927). *Variaciones sobre una conferencia*. *Revista Martín Fierro*, N.º 43, p. 3.
- Scalabrini Ortiz, R. (1946a). Emoción para ayudar a comprender. *Revista Hechos e Ideas*, N.º 28.
- Scalabrini Ortiz, R. (1946b). *Defendamos los ferrocarriles del Estado. Un llamado de atención sobre el peligro de las sociedades mixtas ferroviarias*. Unión Revolucionaria.
- Scalabrini Ortiz, R. (1946c). *Los ferrocarriles deben ser del pueblo argentino. Alegato a favor de la nacionalización ferroviaria*. Unión Revolucionaria.

- Scalabrini Ortiz, R. (1947). *Tierra sin nada, tierra de profetas*. Reconquista.
- Scalabrini Ortiz, R. (1948). *Yrigoyen y Perón. Identidad de una línea histórica de reivindicaciones populares*. Fundación Raúl Scalabrini Ortiz.
- Scalabrini Ortiz, R. (1957). Con el endeudamiento progresivo de las empresas del Estado, preparan su entrega al capital extranjero. *Revista Qué*, N.º163, p. 9.
- Scenna, M. (1972). *FORJA. Una aventura argentina (de Yrigoyen a Perón)*. La Bastilla.
- Sebreli, J. (mayo-junio de 1955). Ernesto Palacio. *Historia de la Argentina*. *Revista Sur*, N.º 234, pp. 101-104.
- Segovia, J. (1992). *Nacionalismo y conservatismo*. Universidad de Cuyo.
- Senkman, L. (2004). Populismo latinoamericano, etnicidad y organizaciones fascistas: los casos de la AIB brasilera y la ALN argentina. *Si somos americanos, Revista de Estudios Fronterizos*, Vol.VI.
- Síntesis Semanal*. (1954). *Historia de la Argentina*, de Ernesto Palacio (Ed. Alpe).
- Sierra, V. (1950). *Las ideas políticas en la Argentina*. Nuestra Causa.
- Silenzi de Stagni, A. (1955). *El Petróleo Argentino*. Colección Problemas Nacionales.
- Sociedad Argentina de Escritores (SADE). (1942). Estatutos y lista de socios. SADE.
- Soler Cañas, L. (1974). Los retratos literarios de Lisardo Zía. *Mayoría*, suplemento de Letras, Artes y Ciencias, N.º 12.
- Spektorowski, A. (1990). Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 2, N.º 1.
- Spektorowski, A. (2001). The fascist and populist syndromes in the Argentine Revolution of the Right. En S. Larsen (ed.), *Fascism outside Europe. The European Impulse against Domestic Conditions in the Diffusion of Global Fascism*. Columbia University Press.

- Spektorowski, A. (2003). *Argentina's Revolution of the Right*. University of Notre Dame Press.
- Spilimbergo, J. (1957). *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario*. Amerindia.
- Sverdloff, M. (2019). Antimodernos periféricos: traducción, importación y tradición clásica en *La Nueva República*. Estudios de Teoría Literaria. Revista digital *Artes, letras y humanidades*, vol. 8, N.º 17.
- Swiderski, G. (1999). *La biblioteca de Juan D. Perón*. Archivo General de la Nación.
- Tangino, J. (16 de julio de 1971). Esto pasó. Una interrupción a un charlista. Diario *La Prensa*.
- Tarcus, H. (1997). *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. El Cielo por Asalto.
- Tato, M. (2004). *Vientos de Fronda*. Siglo XXI.
- Tato, M. (2008). Patricios y plebeyos: humor conservador en la Argentina de entreguerras. *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, N.º 31.
- Tedesco, J. (2020). *Educación y sociedad en la Argentina. 1880-1955*. Universidad Pedagógica Argentina (UNIPE).
- Tesler, M. (2015). *Colección de seudónimos utilizados en Argentina por anarquistas, comunistas, izquierdistas, peronistas, socialistas y trotskistas*. Dunken.
- The United States Department of State (1946). *Consultation among the American Republics with respect to the Argentina Situation: Memorandum of the United States Government*.
- Tiempo, C. (1976). Bailó todas las piezas. *Revista Crisis*, N.º 38.
- Tiempo, C. (1997). *Buenos Aires, esquina sábado. Antología de César Tiempo*. Archivo General de la Nación.

- Tiempo, C. y Vignale, J. P. (1927). *Exposición de la actual poesía argentina*. Minerva.
- Torre, J. (1990). *La vieja guardia sindical y Perón*. Siglo XXI.
- Torre, J. y Pastoriza, E. (1999). Mar del Plata, un sueño de los argentinos. En F. Devoto y M. Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina entre multitudes y soledades*. Taurus.
- Torres, J. (1941). *A las Fuerzas Armadas de la República*. s.e.
- Torres, J. (1945). *La Década Infame*. Patria.
- Torres, J. (1947). *La patria y su destino*. Centro Antiperduélico Argentino.
- Tribuna*. (9 de mayo de 1946). Celebrarán hoy el éxito de la Exposición del Libro Argentino. Diario *Tribuna*.
- Tribuna*. (11 de mayo de 1946). Celebró el éxito de la reciente muestra la Asociación de Escritores argentinos. Diario *Tribuna*.
- Tribuna*. (10 de agosto de 1946). Fue designado el nuevo presidente de la C. N. de Cultura. Diario *Tribuna*.
- Tribuna*. (28 de junio de 1947). Duelo. Diario *Tribuna*, p. 4.
- Trímboli, J. (2016). Casi reina. En H. Vanoli y otros, *¿Qué quiere la clase media?* Capital Intelectual.
- Troncoso, O. (1957). *Los nacionalistas argentinos. Antecedentes y trayectoria*. Saga.
- Van der Karr, J. (1990). *Perón y los Estados Unidos*. Vinciguerra.
- Vázquez, M. (1977). *Imágenes, memorias, diálogos*. Monte Ávila.
- Villalobos Domínguez, C. (Julio 1927). Carta abierta a Ernesto Palacio. Revista *Nosotros*, N.º 218, pp. 601-603.
- Viñas, D. (1971). *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Siglo XX.
- Viñas, D. (octubre de 2000). El sagrado recinto. Diario *Página 12*, suplemento "Radar".

Whitaker, A. (1956). *Argentina y los Estados Unidos*. Proceso.

White, H. (1973). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*.

Fondo de Cultura Económica (FCE).

Zanatta, L. (1991). *Del Estado liberal a la nación católica*. Sudamericana.

Zanca, J. (2012). Los cursos de cultura católica en los años veinte: apuntes sobre la secularización. Revista *Prismas*, N.º 16.

Zuleta Álvarez, E. (1975). *El nacionalismo argentino*. La Bastilla.